

INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA - JOSÉ ANTONIO PORTUONDO
BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

BIBLIOTECA SELECTA

DE

Amena Instruccion.



BIBLIOTECA SELECTA

26

**BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ**

INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA - JOSE MANUEL VILLANOR - ANTONIO PORTUONDO

Comunidad Económica
BIBLIOTECA
de Amigos del País

BIBLIOTECA SELECTA

DE

AMENA INSTRUCCION,

POR

D. Mariano Torrente.

TOMO 5.

HABANA:

IMPRESA DE D. T. JORDAN, C. DE MERCADERES.

OCTUBRE DE 1836.

INSTITUTO DE LINGÜÍSTICA Y LINGÜÍSTICA

PROCEDE

F. A.

FECH

1-9-75

NUM.

21386

EJEMP.

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

081

TORR

B

7, 386

OCTUBRE DE 1986

TRATADO

DE LA MITOLOGÍA.



La mitología es la religión de los paganos, i consiste en la adoración de los falsos Dioses, imaginados por sus poetas, i revestidos de diferentes atributos.

Veinte i cinco son los Dioses principales que nos presenta la fábula, i son: Saturno, Mercurio, Cibele, Júpiter, Juno, Neptuno, Pluton, Minos, Eaco, Radamanto, Marte, Minerva, Ceres, Morfeo, Momo, Harpócrates, Esculapio, Vénus, Vulcano, Baco, Eolo, Apolo, el Dios Pan, Cupido i Canópo.

Se cuentan diez diosas inferiores, que son: Nemesis, Belona, Fortuna, Victoria, Paz, Esperanza, Concordia, Discordia, Piedad i Moneta.

Los semidioses ó héroes son tambien diez en número, á saber: Eneas, Ulises, Hércules, Teseo, Perseo, Aquiles, Jason, Pélias, Castor i Polux. Hai ademas Tritones, Sirenas, Nayades i las Parcas. Hablaremos de todos por su órden.

De los Dioses principales.

Saturno, segun Apolodoro era hijo de Celo, que fué el primero que presidió en el mundo; pero otros le dan por padres al cielo i á la tierra; su nombre en griego quiere decir *tiempo*. Casó con *Opis* ó *Rea*, hermana suya. Júpiter su hijo lo libró de la prision en que lo tenia constituido su hermano mayor Titan; mas luego lo despojó del reino; á cuya consecuencia pasó

á Italia i tomó el nombre de *Latium*, en donde reinó con Jano. Enseñó el arte de sembrar i cultivar los campos, i bajo su benéfico mando principió la edad dorada. Diéronle por insignias las alas para indicar la lijereza con que vuela el tiempo, i la guadaña en una mano con la que siega lo mismo que produce, de donde tomó origen la fábula de que devoraba sus propios hijos; se le pinta en la otra mano una hacha para denotar que todo lo descubre el tiempo.

Cibeles, que es tenida por la misma tierra, i que á veces se la llama *Vesta*, fué hija del cielo i de la antigua *Vesta*, mujer de Saturno, i madre de Júpiter i de otros muchos Dioses. Dícese que fué tan honesta, que jamas vió otro hombre sino su marido; por lo cual los sacrificios en su honor se hacian siempre en lugar oscuro. Fué adorada primeramente en el monte *Cibele*. Sus sacerdotes se llamaban *Cori-*

bantes, porque en las fiestas dedicadas á esta Diosa saltaban como furiosos volviendo la cabeza de una parte á otra; tocaban sin orden ni concierto tamboriles, flautas i campanas; i ahullaban como fuera de sí, usando ceremonias i palabras indecentes. Sus insignias fueron una corona torreada en la cabeza, como Diosa de ciudades i plazas fuertes, una trompa en la mano, un leon á sus pies, i tambien le agregan algunos una piña i unas espigas como emblema de la fertilidad, i otros un pandero que denota los vientos encerrados en las entrañas de la tierra.

Júpiter, considerado como el padre de los Dioses, fué hijo de Saturno i de Opis, i segun otros, de Cibeles; fué educado en el monte Ida de Creta, segun algunos pretenden, con la leche de la cabra Amaltea; i para perpetuar este grato recuerdo, dispuso que el que poseyese un cuerno de dicha cabra alcanzase quanto apeteciese,

de lo cual dimana el emblema del cuerno de la abundancia. Estuvo casado con Juno, hermana suya melliza. El reino, que usurpó á su padre, lo repartió entre Neptuno i Pluton. Tuvo por insignia particular un rayo con tres puntas en la mano derecha, i un cetro de cipres en la izquierda: con la primera se demostraba el gran poder de aquel Dios, i con la segunda el luto i el duelo que eran las consecuencias del ejercicio de dicho poder.

Juno, reina de los Dioses, hermana i esposa de Júpiter, tuvo por insignias el pavo real i una corona de azucenas, en cuyo color blanco se convirtió el de los lirios que ella habia regado con la abundancia de su leche. Por esta razon se la dió la presidencia de los partos con el nombre de Lucina. Para encubrir Júpiter unos impúdicos amores que tenia con Io, hija de Inaco, la convirtió en vaca: sabedora Juno de esta intriga, cojió la vaca i la dió á

guardar á Argos que tenia cien ojos; pero habiendo sido enviado Mercurio en traje de pastor á adormecer á Argos i á matarlo, lo consiguió con la melodía de su flauta; i entonces Juno convirtió á Argos en pavo real poniéndole en su cola los cien ojos; i Júpiter restituyó á Io su primitiva forma de mujer, bajo la cual, i con el nombre de Isis, fué venerada por diosa en Egipto.

Neptuno, hermano de Júpiter é hijo de los mismos padres, tomó el nombre que lleva, á *nando* ó á *nubendo* porque circuye las tierras con las aguas. La fábula le atribuye la cualidad de comerse sus hijos á imitacion de su padre Saturno, i añade que para salvar la vida á uno de dichos hijos, su madre le dió á comer un pollino. Casó con Anfitrite, de la cual tuvo muchas ninfas, luego con Salacia, i en terceras nupcias con Venilia. Sus hijos de mas celebridad fueron Forco i Proteo: este últi-

mo solia tomar la figura que quería; unas veces se desataba en agua, i otras se solia encender en fuego; ora parecia ave, ora pez, luego leon ect. Sus atributos son una concha de nácar tirada por dos caballos marinos, i un Tridente en la mano con el que golpea las aguas, i que espresa los tres jéneros de aguas sobre que ejerce su imperio, la dulce de las fuentes, la salada de los mares i la amarga-dulce de los pantanos; aunque algunos pretenden que espresan mas bien dichos dientes los tres senos del Mediterráneo.

Pluton, hermano de Júpiter i de Neptuno, por lo cual se llamó *Júpiter stigijs*, es el Dios de las oscuras cavernas, de las que se dice que saca sus riquezas. No hallando Diosa alguna que quisiera casarse con él á causa de su gran fealdad, robó á Proserpina, hija de Ceres, mientras que estaba cojiendo flores con otras doncellas en el Etna. Luego que supo Ceres que su hija

estaba en el infierno pidió justicia á Júpiter, el cual le concedió que Proserpina estuviese la mitad del año con ella i la otra mitad con Pluton. Dicen algunos que fué el que introdujo el uso de los sepulcros, i el de las honras fúnebres que se suelen hacer á los muertos. Otros pretendian que Pluton fuera el sol, por el cual lo figuraban con corona i cetro, aunque oscuro, indicando la ausencia que el sol hace de nosotros.

Mercurio fué hijo de Júpiter i de Maya, hija de Atlante. Su oficio era hacer los mandados de Júpiter, barrer el cenáculo de los Dioses i asistir á los moribundos. Se dice que fué el inventor de las letras del alfabeto, i asimismo gran retórico. Enseñó el arte de mercader i el de ladron, en lo que salió consumado maestro, pues se cuenta que robó á Apolo algunos bueyes de sus rebaños i aun sus mismas saetas con las que quería castigarlo; tambien

hurtó á Vulcano los instrumentos de su fragua, i aun á la misma Vénus la quitó el cingulo en tanto que la estaba abrazando. Tiene por insignias el caduceo, que es la vara con que separó las sierpes que peleaban, i que significa la discrecion; i las mismas sierpes enroscadas á la vara denotan la prudencia. El sombrero con las plumas, que en latin se llama *patasus*, i sus zapatos con alas llamados *talaria*, son los distintivos de la lijereza i del oficio de internuncio de los Dioses. La figura del gallo, que suele ser otro de los emblemas de Mercurio, alude á los contratos de comercio, en que es tan necesaria la vijilancia.

Ceres, hija de Saturno i de Cibeles, fué considerada como la diosa de la agricultura, porque se la atribuye el haber enseñado á los hombres el arte de cultivar la tierra, sembrar el trigo i hacer el pan: sus insignias son un manojo de espigas en la mano

26/8/73

1.3.4

B

re

70

180

BIBLIOTECA - JOSE ANTONIO

BIBLIOTECA

de Amigos del País

derecha, i una antorcha encendida en la izquierda: este último emblema alude sin duda á un paso de la fábula, que nos dice que cuando le robaron á Ceres su hija Proserpina, encendió unas teas, i con ellas la fué buscando por todo el mundo.

Márte, fué hijo de Júpiter i de Juno, ó segun Ovidio, de sola Juno, la cual deseosa de tener un hijo sin concurso de varon, yendo á consultar al océano, halló en el camino á la diosa Flora, la cual le dijo que ella tenia en su jardin una flor que solo con tocarla con dos dedos la dejaría preñada. Así lo hizo i concibió al Dios Márte, del cual se cuenta que casó con Neria ó Nerena que quiere decir valor i fuerza, i que trasformó en gallo á su favorito Alectrion, porque estando de centinela á la puerta de Vénus, en tanto que Márte se hallaba con ella, dejó que el sol la sorprendiera. Sus insignias fueron las armas relucientes i el almete con un rayo

en lugar de plumas, un escudo teñido de sangre, i en la mano derecha una lanza. En Roma le erijieron un templo con el nombre de *Quirino*, que quiere decir pacífico, i fuera de aquella ciudad otro, que llamaron *Gradino*, ó feroz.

Minerva ó Palas, que es lo mismo, se dice que nació de la cabeza ó del cerebro de Júpiter; i los que pretenden que Vulcano la abrió con una segur á los tres meses de haberla concebido el Dios Tonante con un golpe que le dió en la frente, la llaman *Tritonia*. Aunque era mui diestra en el hilado de lana i en otras artes, cuya invencion se le atribuye, le fué disputada su habilidad por Ariadne, doncella de la Lidia; mas esta Diosa castigó el orgullo de Ariadne rompiéndola su hilo i trasformándola en *araña*. Se representa vestida con un morrion, una cota de malla, una lanza en la mano derecha, i un buho á los pies, como emblema de su vista en la os-

curidad, i de que la verdadera sabiduría nunca duerme.

Vulcano fué hijo de *Júpiter* i de *Juno*, pero era tal su deformidad que su padre lo arrojó del cielo de un puntapié, i se quebró una pierna al caer en la isla de *Lemnos*, en donde puso su oficina de herrero; i reconciliado ya con *Júpiter* por mediacion de *Baco*, se dedicó á forjar sus rayos i las armas de los demas Dioses, ayudado por los cíclopes, que eran unos gigantes tambien mui feos con un ojo solo en medio de la frente. Se casó con *Vénus*, cuyos impúdicos amores con *Márte* escandalizaron al *Olimpo*, i pusieron en ridículo al menguado marido, el cual, segun la fábula, anduvo mui celoso i con deseos de vengar tamaños ultrajes.

Apolo fué el Dios de la hermosura, hijo de *Júpiter* i de *Latona*, la cual lo parió en la isla de *Delos* huyendo de la serpiente *Piton*. Se le atribuye la invencion de

la medicina, música, poesía, retórica, i del arte de tirar con el arco; i es finalmente el que preside en la asamblea de las nueve musas en el monte Parnaso. Mató los cíclopes para vengar la muerte que dió á su hijo Esculapio el Dios Júpiter, con los rayos fabricados por aquellos, ofendido de los prodijios que hacía este Dios de la medicina resucitando los muertos. Sus insignias son una corona de laurel en la cabeza, i un arco en su mano izquierda.

Baco, hijo de Júpiter i de Semele, fué el inventor del vino i del arte de plantar las viñas: pero se cuenta que el verdadero descubridor de la necesidad que habia de podar las cepas fué el asno de Naopila, quien comiéndose los pámpanos hizo ver que daban mas fruto aquellas plantas á las que se descargaba de la parte superflua de hojas i ramaje. Su principal insignia fué el Tirso, i segun Macrobio, el

asta ó la lanza cubierta de hojas para denotar la fuerza del vino embozada en el gusto i sabor de la bebida; i una corona de yedra, emblema de la embriaguez, agregándole algunos un tonel por asiento.

Eolo fué hijo de Júpiter i Acesta, aunque algunos pretenden que Júpiter fuese su abuelo; habitó en una de aquellas siete islas que de su nombre se llamaron Eolias. Fué mui versado en la astronomía, especialmente en la parte relativa á los vientos, por lo cual i por creerse que los tenia encerrados en oscuras cavernas para disponer de ellos á su antojo, lo apellidaron Dios de los vientos.

Esculapio fué tenido por hijo de Apolo i de la ninfa Coronis. Se dice que lo crió el centauro *Chiron*, de quien aprendió la medicina, en cuya arte adquirió tan profundos conocimientos que curaba á los enfermos desauciados; de lo cual tomó origen el decir que resucitaba á los muer-

tos, citándose en el número de los que recibieron de manos de Esculapio tamaño beneficio á Hipólito, castísimo jóven, hijo de Teséo é Hipólita, reina de las Amazonas, que habia sido muerto por un falso testimonio que le levantó su madrastra Fedra. Celoso Pluton de los prodijios que hacía este famoso médico, por los cuales fué colocado en el número de los Dioses, se quejó á Júpiter, quien lo mató con un rayo. Tuvo tambien el nombre de Epidauro por la ciudad de Acaya, en donde le fué erijido un magnífico templo. Se representa coronado de varias yerbas, llevando en su mano izquierda un palo con una culebra enroscada, cuya insignia, segun Plinio, es el emblema de los muchos remedios en que son empleadas dichas culebras, i segun otros autores, da á entender que así como la culebra con la mudanza del pellejo recobra la salud i se rejuvenece, así los médicos renuevan al hombre

con las medicinas: i aun hai quien opine que la culebra es el jeroglífico de la vista penetrante, cuya propiedad, que es peculiar de este reptil, deben tenerla asimismo los médicos para el acierto de sus curas.

Minos, Radamanto i Eaco. Los dos primeros fueron hijos de Júpiter i de Europa; i el tercero lo fué de Júpiter i Ejina. Son considerados como los jueces del infierno, cuya magistratura les fué conferida en premio de la rectitud, templanza i demas virtudes que ejercieron en Creta. Minos es el principal ó sea el rejente de aquella audiencia, por lo cual se representa con cetro de oro. Radamanto tiene el cargo de inspeccionar las cárceles i de imponer á cada reo el castigo proporcionado á su delito. Eaco es una especie de juez suplente. El viejo Caronte es, segun la fábula, el barquero de los lagos infernales. De Eaco se cuenta que habiendo sido el único que quedó con vida en una peste que sufrió la

isla de Egina, pidió á Júpiter que la poblase, i con efecto convirtió las hormigas en hombres, que se llamaron *Mirmidones*.

Vénus, ó la Diosa de la hermosura i del amor, nació de la espuma del mar, i encerrada dentro de una concha la llevó Zéfiro á la isla de Chipre, en donde estableció esencialmente su culto, i por eso se llamó Cipria. Siendo ya grande las Flores, hijas de Júpiter, la llevaron al cielo con gran pompa, i agradó de tal modo á los Dioses que todos quisieron casarse con ella; mas éste honor estaba reservado al cojo Vulcano. Dicen que es madre de *Anquises*, i de *Cupido*, Dios del amor. Tuvo por compañero al jóven Adónis, de singular hermosura, hijo de Cinara, rei de Chipre i de Mirra, la cual por incestuosa fué convertida en el árbol de su nombre, que destilando la mirra llora su desventura. Adónis murió de mordedura

de un javalí. Las damas que servían á Vénus, la llamaban Aglaya, Talia, i Eufrosina. Es representada por lo regular esta falsa Diosa con dos cupidillos i un cisne emblema de la lubricidad.

Morfeo fué hijo del sueño i de la noche: su único oficio era adormecer á las jentes tocándolas con una amapola. Se cuenta que al piloto Palinuro lo adormeció rociándolo con un ramo empapado en agua de la laguna Estijia. Fué mui hábil en la imitacion, i presentaba los sueños bajo diferentes figuras. No tiene mas atributos que una hermosa cama, en la que se representa en ademan de estar sumido en profundo sueño.

Momo, fué el Dios de la locura, cuyo oficio era el de bufon de los demas Dioses, i el de averiguar toda clase de intrigas de los mismos i aun las interioridades de sus respectivas familias para ponerlos en ridículo i burlarse de ellos: se repre-

senta vestido de mejiganga con una máscara i rostro burlesco, i una muñeca en la punta de un palo.

Harpócrates, hijo de Osiris i de Isis, i nieto por parte de padre de Júpiter i de Niobe, hija de Tántalo, es reputado por el Dios del silencio, cuyos atributos son un bonete egipcio compuesto de cabezas de distintas aves, el cuerno de la abundancia en la mano izquierda, su dedo de la derecha puesto en los labios, i á sus pies una serpiente enroscada en un palo, i una lechuza.

Pan, Dios de los pastores, fué venerado en Arcadia; i tuvo por insignia un instrumento de siete flautas por haber sido el inventor de esta música. Dice la fábula, que habiéndose enamorado de una ninfa, ésta se convirtió en caña, i en su honor hizo de la caña de la cicuta la flauta con siete diferencias, que juntas con cera sonaban i hacian consonancia i armonía.

Cupido, ó el Dios del amor, se puso á luchar con el Dios Pan i lo venció, emblema de que todo lo vence el amor. Sus insignias son el arco i las saetas; i por ser estas armas antiguas comunes á otros Dioses, se le agregó una hacha encendida en la mano, para denotar la fuerza que en sí tiene este elemento que no se acaba en tanto que halla materia.

Canopo fué un Dios de los ejipcios, representado con figura de hidrópico, gran barriga i pies delgados, para denotar la redondez de la tierra. Otros le dan los atributos del fuego, que fué el objeto de adoracion de los caldeos.

De las Diosas inferiores.

Nemesis era la Diosa de la venganza; tenia por atributo el freno, con el cual denotaba que deben reprimirse i castigarse las pasiones de los hombres. Este emblema

era igualmente una especie de aviso para que cada uno se refrenase i se midiese á sí mismo, i de aquí provino tambien que se la diera la medida por insignia. Tuvo diferentes nombres, i fué representada como una matrona de mala condicion, que se complacía en estorbar los placeres, i en atravesar los designios de los hombres.

Belona fué considerada como hermana i esposa de Márte, cuyos dos caballos, llamados el *pavor* i el *terror*, tenia el cuidado de aparejar, así como el de conducir su carro á la guerra; tenia por insignias las armas guerreras i señaladamente la lanza.

La Fortuna tenia el timon de la nave por insignia, para denotar que ejercia el gobierno del mundo. Otras veces era pintada con la rueda, por la poca firmeza que representa, pues ni en el bien ni en el mal se halla seguridad ni consistencia.

La Victoria tenia por insignias la palma en la mano i las alas en los hombros,

para significar el perpetuo nombre i la fama que vuela por el mundo en honra de los vencedores. Tambien se la suele representar con una rodela blanca en la otra mano, i con algunas letras, segun costumbre antigua de pintarse las hazañas en los escudos. Del mismo modo fué el laurel considerado como insignia de la victoria i símbolo de la inmortalidad, á causa de su perpetuo verdor i de sus maravillosas propiedades contra las enfermedades.

La Paz tenia por señal propia el cuerno de la abundancia, como un jeroglífico de que de la paz provienen las buenas cosechas, en oposicion á la guerra que todo tala i consume, i no trae mas que hambre i miseria. Vespasiano en una medalla suya le dió por insignia el caduceo i la serpiente por ser necesarias la prudencia i la elocuencia para tratar de paz. En otras medallas antiguas se ve la paz quemando los escudos, en señal de ser ya i-

nútiles aquellos instrumentos de terror.

La Esperanza tenia por insignia la corona de flores, i á falta de ésta la azucena, flor tan hermosa i tan conocida. Parece que los antiguos anduvieron acertados en dar á la esperanza por emblema una flor, porque así como puede convertirse en fruto, del mismo modo puede malograrse por el hielo, por la sequía ó por los vientos.

La Concordia tenia por símbolo la corneja, ave conocida por su inalterable amistad; ó mas bien las dos manos juntas que se enviaban en estampas de una á otra parte cuando se deseaba la concordia. Así lo practicaban los romanos, i segun Tácito, así lo hizo entre otros el centurion Sisena en nombre del ejército de Siria dirijiéndose á los pretorianos.

La Discordia fué pintada por los antiguos con figura de una mujer que rasgaba sus vestiduras.

La Piedad tuvo por símbolo la cigüeña,

ave tan celebrada por el esmero con que los hijos cuidan de sus padres cuando son viejos.

Moneta fué tambien reputada por Diosa, i se la dió por insignia una balanza, conforme al uso que habia antiguamente de pesar toda la moneda. Por *Moneta* se entiende á veces la Diosa Juno, llamada así á *monendo*, porque se dice que en una necesidad pública amonestó, por cuya razon se la erigió un templo con el mismo nombre.

De los semidioses ó héroes.

Eneas fué hijo de Anquises i de Vénus, i descendiente de Tros, fundador de Troya, ciudad del Asia menor, que estuvo situada sobre la costa. Habiendo sido incendiada la ciudad por los griegos, tomó Eneas á su padre sobre sus hombros i lo sacó de entre las llamas; de cuya magná-

nima acción tomó el nombre de piadoso.

Ulises nació en la isla de Itaca cerca de Cefalonia. Fueron sus padres Laertes i Auticlea. Volviendo de la guerra de Troya para su reino, quisieron detenerlo las sirenas, i para no ser vencido por su canto melodioso se tapó las orejas con cera, i mandó que hiciesen lo mismo todas las jentes de su embarcacion. Una furiosa tempestad lo hizo aportar á una isla en que habitaba Circe, hija del Sol, é insigne hechicera, que convirtió á sus compañeros en cerdos, lobos, osos i otras fieras; pero envistiéndola el valiente *Ulises* con la espada, la obligó á restituirles su primitiva forma.

Encerrado en la cueva del cíclope *Polidemo*, que ya se habia comido dos de sus compañeros, lo cegó con una barrena, i vistiéndose todos ellos con pieles de ovejas salieron libres de la cueva, engañando la vijilancia del jigante que á falta de

vista reconocia por el tacto á cada uno de los animales que salia para el pasto.

Se cuenta que su esposa Penélope, hija de Icaro, fué tan honesta, que para verse libre de los muchos amantes que la tenían hostigada durante la larga ausencia de su marido, les ofreció que accedería á sus deseos tan pronto como hubiese concluido de tejer una tela que llevaba entre manos; pero de noche deshacía lo que habia adelantado de dia; i de aquí vino el epígrafe *Penelopsis telam texere*, que es deshacer con una mano lo que se hace con la otra.

Hércules fué hijo de Júpiter i de Alcmena, mujer de Anfitrion, hijo de Alceo. Juno lo persiguió constantemente; i los mayores riesgos á que se vió espuesto por resentimiento de esta Diosa, de los que salió victorioso, dieron oríjen á los doce trabajos llamados de Hércules. Como Juno hubiese alcanzado de Júpiter

que el primero que naciese de los dos mellizos que llevaba Alemena en su vientre, habia de tener un dominio sobre el otro, influyó aquella Diosa para que Euristeo naciese á los siete meses, es decir, dos meses antes que Hércules, i se valió del mismo Euristeo para atormentar á este hombre esforzado.

Dichos doce trabajos fueron por el orden siguiente:

1.º Estando aun en la cuna ahogó dos serpientes que Juno habia enviado contra él.

2.º En la laguna Lerneá mató la hidra que tenia siete cabezas.

3.º A una corza, que tenia los piés de acero i los cuernos de oro, la mató en el monte Ménalo, i se la cargó sobre sus hombros.

4.º A Diomedes, cruel tirano de Tracia, que alimentaba sus caballos con la carne de sus huéspedes, lo mató i lo dió

á comer á sus mismos caballos.

5.º En la montaña de Erimanto, en Arcadia, cojió un javalí de terrible magnitud i fiereza que hacia destrozos espantosos, i lo llevó atado á Euristeo.

6.º Sujetó i llevó atado á los piés del mismo Euristeo á un toro furioso que assolaba la isla de Creta.

7.º Al gigante Gerion, que tenia tres cuerpos, ó bien porque era rei de las tres islas Baleares, ó porque eran tres hermanos tan unidos que parecian tres cuerpos con un alma, lo mató, i se llevó á Italia los bueyes que tenia, i que se alimentaban de carne humana, habiendo despedazado antes á un perro de dos cabezas i á un dragon de siete que los guardaban.

8.º Hurtó las manzanas de oro del jardin de las Hespérides, que eran unas hijas de Hespero, i se llamaron Egle, Aretusa i Hesperetusa, habiendo muerto antes un dragon de su guarda.

9.º Destrozó con las uñas al leon de la selva Nemea que la infestaba, i que no podia ser herido con hierro; i de su piel se hizo un escudo. Se dice que este leon fué trasladado al cielo, i es el signo que lleva su nombre.

10.º A unas aves llamadas *Estinfáidas*, del lago Estínfalo, que se alimentaban de carne humana, las ahuyentó en parte, i destruyó las demas.

11.º Limpió en un dia el establo de Aujia, en el que habia tres mil bueyes, i del cual no se habia sacado el estiercol en treinta años.

12.º Bajó al infierno, ató con tres cadenas al *Cancervero* hijo de *Tifon* i *Equidnam*, guardian del infierno, que tenia tres cabezas; cuyos pelos eran serpientes, i sus ladridos difundian el espanto.

Tambien se dice que venció al ejército de las Amazonas, i que á la reina Hipólita quitó su hermosísimo talabarte.

Sofocó asimismo en la lucha al gigante Anteo. Se pretende que para aliviar á Atlas sostuviese el cielo con los hombros.

I finalmente se dice que fué quien separó las dos montañas Calpe i Avila, que antes estaban juntas, i que forman hoi el estrecho de Gibraltár.

Fueron sus insignias la maza con que derribó al leon en la selva Nemea, i la piel del mismo, que conservó como trofeo.

Teseo era hijo de Ejeo, rei de Aténas i de Aetra, hija del sábio Piteo, en cuya córte fué educado. Le cupo la suerte de ir á Creta con otros seis niños nobles que era preciso enviar todos los años como tributo de Minos, rei de aquella isla, para ser encerrados en el laberinto, del cual sino lograban salir, eran comidos por el Minotauro. Ariadne, hija del rei, se compadeció de Teseo, le dió un ovillo de hilo, i atando un cabo á la puerta del laberinto se

fué introduciendo en él, logró matar al Minotauro, i luego salió libre guiado por el hilo.

Perseo fué hijo de Júpiter i de Danae, hija de Acrisio, rei de Argos. Se representa con alas, con el escudo de Minerva, con el casco de Plutón, i con la cimitarra forjada por Vulcano, con la cual cortó la cabeza de Medusa, una de las tres Gorgonas, cuyos cabellos eran unas serpientes, i que petrificaba á los que la miraban. Libertó á Andrómeda, hija de Cefeo, rei de Etiopia i de Casiopea, de un mónstruo que queria devorarla, i se casó con ella.

Aquiles fué hijo de la Diosa Tetis, hija de Nereo i de Doris, i de Peleo, hijo del célebre Eaco, rei de Ejina, i de la ninfa Eudeis, hija de Chiron. Se dice que fué en las bodas de los padres de Aquiles cuando la diosa Discordia arrojó sobre la mesa aquella manzana de oro con la ins-

cripcion *Pulchriori detur*. (1) Se dice tambien que este héroe fué criado por el centauro Chiron con tuétano de leon.

Su madre lo bañó tres veces en la laguna Estijia para hacerlo invulnerable, i lo fué con efecto menos por la parte del talon, por donde lo tuvo asido. Su madre, que sabia por los oráculos que habia de morir en la guerra, quiso librarlo de este peligro vistiéndolo de mujer, i teniéndolo encerrado entre varias doncellas; pero Ulises, que lo supo, usó la traza de introducirse en aquella reclusion con pretesto de venderles buhonerías i otros objetos de moda, entre los cuales mezcló escudos, yelmos é insignias militares: no pudiéndose contener Aquiles á la vista de aquellos adornos guerreros, fué reconocido por el astuto Ulises, quien lo sacó de aquel oscuro i menguado encierro para la guer-

[1] Dése á la mas hermosa.

ra de Troya, en la que fué muerto por Páris.

Jason fué hijo de *Eson* i *Alcimedea*, i á la muerte de su padre fué puesto bajo la tutela de *Pelias*; dirigió la expedición de los *Argonautas* para conquistar el vellocino de oro que era guardado en la isla de *Colcos* por un fiero dragon i por unos toros que vomitaban fuego. Se cuenta que *Jason* con las instrucciones de la hechicera *Medea*, hija del rei de la misma isla, sujetó los toros, adormeció al dragon, robó el vellocino, i se fugó con *Medea*, la cual viendo que la perseguía su padre, mató á su hermano *Absirto*, i fué esparciendo por el camino sus miembros para que retardase su padre la marcha con el dolor i cuidado de recojerlos.

Pelias fué hijo de *Neptuno* i de *Tiro*, quienes lo criaron con leche de yegua, á lo que atribuyen su escesiva crueldad, la cual señaló particularmente, sacrificando

su suegra á Juno, i asesinando la mujer é hijos de Eson, escepto á Jason, á quien sin embargo usurpó el reino i mantuvo en un encierro.

Castor i Polux fueron dos mellizos salidos de dos huevos que puso Leda cuando fué convertida en cisne por Júpiter, de cuya circunstancia procede la gran semejanza que se nota en ambos: tenia cada uno de ellos una estrella por insignia; i lo que dice la fábula, que cuando murió el uno recibió la vida del otro, alude al signo Géminis, tomado de ellos mismos, que son dos estrellas, una de las cuales parece que se muestra cuando la otra se oscurece, i vice versa.

Los *Tritones*, que son los que componen la córte de Neptuno, tienen la mitad del cuerpo desde la cabeza á la cintura, semejante á la de un hombre, la otra mitad de pescado: las manos de caballo i la cola partida; sus atributos son una trom-

pa marina en la boca. Les viene su nombre de Triton, hijo del mismo Neptuno i de Amfitrite.

Las *Sirenas* eran ciertos mónstruos marinos, representados bajo la figura de hermosas doncellas desde la cabeza á la cintura, i lo restante del cuerpo en la forma de pescados con mucha escama. La fábula nos ha trasmitido el nombre de tres de ellas que fueron Partenope, Lijea i Leucosia, i eran las mismas que quisieron adormecer á Ulises con su canto embelesador para sacrificarlo i comérselo, segun tenían de costumbre. Su única insignia era una harpa.

Las *Nayades* son como las Sirenas, mitad mujeres i mitad pescados, i su oficio es el de servir de damas á Amfitrite, mujer de Neptuno, é hija del océano i de Doris, madre de las Nereidas; por lo cual sin duda se las pinta con dos alas.

Apuntes sobre la poesía i las Musas.

Las Musas recibieron diferentes nombres de los poetas antiguos, conforme á los diferentes lugares en que vivieron. Unos las llamaron *Pierides* á causa del bosque *Pieris* en Macedonia en el que se pretende que nacieron; otros *Heliconiades*, del monte *Helicon*, que estaba cerca de su decantado Parnaso. Fueron asimismo reputadas por hermanas de Júpiter i Mnemosine.

Hesiodo les dió los nombres de Caliope, Clio, Erato, Talia, Melpomene, Tersicore, Euterpe, Polimnia i Urania, con los siguientes atributos.

- 1.º Caliope es la diosa de la poesía heróica.
- 2.º Clio, de la historia.
- 3.º Erato, de la poesía amorosa.
- 4.º Talia, de la comedia.

5.º Melpomene, de la tragedia.

6.º Terpsicore, del baile.

7.º Polimnia, de las odas.

8.º Euterpe, de la música.

9.º Urania, de la astronomía.

Las musas son representadas por los poetas muy jóvenes, muy hermosas, y adornadas con guirnaldas de flores, bailando todas en rueda para demostrar el agrado y armonía que reina entre las ciencias liberales; y las gracias de que están acompañadas indican la sólida y pura alegría, compañera inseparable de la sabiduría y de la virtud.

Varios son los géneros de poesía; los principales son los siguientes:

1.º La poesía pastoral, que describe la vida campestre.

2.º La elegía, que se adopta para los cantos fúnebres.

3.º La poesía lírica, que se usa para las odas y canciones.

4.º La pindárica, que consiste en una versificación suave, libre i armoniosa.

5.º La sátira, que es una clase de composición libre, jocosa, aguda i punzante, de que se sirve el poeta para atacar el vicio i la corrupción de personas i costumbres.

6.º La comedia, que es una agradable imitación de las acciones i costumbres de la vida comun.

7.º La tragedia, en la que se representan las calamidades de ilustres personajes, i se celebran las acciones importantes de los héroes.

8.º El epígrama, jénero inferior de poema, cuyo carácter peculiar es la brevedad, la hermosura i la agudeza picante por conclusion.

TRIUNFO DE LA FILOSOFIA,

ó

Amores de Sara Th. [1]



Habia ya concluido mis largos viajes, i gozado de las posiciones mas ventajosas de la vida para estudiar á fondo el corazon humano. Las diferentes partes

[1] Aunque en estos amores nada hai de deshonoroso para la ilustre familia de la protagonista, ni otra falta sino la desigualdad en su matrimonio, sin embargo el pincel de la historia ha ocultado su verdadero nombre.

de Europa, las grandes poblaciones i las córtes principales habian sido el teatro de mis exploraciones, sin que me hubiera sido posible encontrar en ninguno de los paises que habia visitado ni en mi misma patria la felicidad i la razon. (1) Mi familia queria casarme; mi padre se dedicó á buscarme una mujer que me hiciese olvidar á una parienta que yo habia amado en la infancia, i que la muerte me habia arrebatado prematuramente; i en el entretanto quiso que empezase á manejar los bienes que pensaba cederme en el momento de efectuarse mi matrimonio.

En virtud de este plan salí para el norte de Escocia, en donde poseemos una hacienda cerca de Aberdeen. Era ácia el fin

[1] El que va refiriendo esta curiosa historia es el mismo primo de Sara Th., á quien ella en su supuesta muerte habia instituido por heredero de todos sus bienes.

de la primavera, época la mas agradable del año. Me hallaba ya en Escocia i á poca distancia de Hampstead [nombre de dicha hacienda,] cuando por haberme anochecido, hube de buscar donde albergarme, no atreviéndome á pasar mas adelante, porque no siendo esperado por mis colonos i hallándose la casa en algun abandono desde muchos años, no podia lisonjearme de encontrar las comodidades que requería mi cansancio.

Dirijí, pues, las miras ácia una quinta, la cual por su escelente posicion, i por el aire de aseo, hermosura i abundancia que presentaba, habia llamado mi atencion. Estaba con efecto situada sobre el declive de una colina que la defendia de los vientos de poniente, tan violentos en aquellos parajes; á cien toesas corría un riachuelo serpenteando sobre un valle delicioso; la rodeaban prados artificiales, verjeles llenos de manzanas, i campos eu-

biertos de legumbres; i á mui poca distancia se veía un bosquecillo sombrío. Se veían asimismo pacer de trecho en trecho sobre el valle i sobre los collados vecinos manadas de bueyes i rebaños de carneros. Cuatro muchachos de la figura mas agradable estaban jugando en un gran patio poblado de aves de todas clases, á cuya entrada se hallaba una mujer de 25 á 30 años, rubia, fresca i rolliza, ojos grandes i negros, i blanquísimo pecho que descubría en el acto de dar de mamar á un niño de cinco á seis meses.

Me pareció á primera vista que no me eran desconocidas las facciones de esta hermosa labradora; dirijiéndome á ella le pregunté si aquella hacienda era suya, i si tendría á bien hospedarnos por aquella noche á mí i á mis criados, asegurándola del comedimiento i buen porte que observarían todos ellos, i ofreciéndome á reconocer aquel beneficio. La bella aldeana me

respondió con la máyor gracia del mundo, que aquella quinta era de su marido, que nadie se hospedaba en su casa por retribucion pecuniaria, al paso que se dispensaba la hospitalidad con agrado á cualesquiera forastero que llegaba á solicitarla. En su consecuencia me invitó á que me apease, i me condujo sin ceremonia á un aposento placentero, amueblado sencillamente pero con gusto i aseo, i con vistas al risueño valle, por el cual serpenteaba el riachuelo.

Sara Philips [este era el nombre de la hermosa labradora], me dijo que debia salir para preparar la cena, i que en el entretanto dejaba á mi eleccion ó descansar en mi aposento ó en el jardin sobre un banco de césped que se hallaba á la sombra cerca de una fuentequilla. La tarde era hermosa, pero el dia habia sido caluroso; así pues, me decidí por el jardin. Tiene V. razon, dijo la aldeana, así gozará V. de dos placeres á un tiempo, del fresco

despues del calor, i del descanso despues del estropeo del viaje. Sin embargo, si V. quiere leer en tanto que llega la hora de cenar, aquí tiene V. libros enseñándome un retrete ácia el cual me dirijí.

Tenia curiosidad de ver la biblioteca de un aldeano; me figuraba que no podría encontrar sino libros de caballería, algunos romances extravagantes, cuentos de májia i otras producciones de esta especie que son las que suelen andar por las manos de la jente del campo, i á lo mas algunos libros de devocion; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando las primeras obras con que tropecé fueron las de Tull, i las de los mejores escritores de agricultura; *las memorias de la academia de Rennes*, los *ensayos de Montagne*, el *derecho natural*, la traduccion francesa del *Praedium rusticum*, poema del jesuita Vannieres, las *características de Lord Shaftesbury* i el sistema moral de Hutchison!

¡Cómo, dije para mí, libros de filosofía

en casa de los aldeanos? ¡Los mejores filósofos ingleses i franceses en una quinta cerca de Hamptead! Asombrados deben estar estos caballeros de hallarse manejados por las manos encallecidas con la reja i el arado! ¡De qué servirán tales obras á estas buenas jentes? Serán sin duda de algun hidalgo de la vecindad, el cual encantado de este ameno sitio, ó mas bien de la hermosa labradora, vendrá á pasar aquí alguna temporada en la buena estacion.

Acabé de pasar revista á dicha biblioteca, en la cual hallé algunos libros de *mecánica* i de *medicina práctica*, los *romances* de *Richardson*, las *traducciones* de los *Edilios* de *Teócrito*, las *églogas* i *jeórgicas* de *Virjilio*, las *poesías* de *Tíbulo*, de *Gesner* i de *Muller*. En cuanto á nuestros poetas ingleses, tan solo ví las *pastorales* de *Phillipps*, las *delicias* de la *vida campestre* por *Cowley*, i algunos trozos de *Spencer*, la fá-

bula de *Filemon*, i *Baucis* por *Dryden*, i las *estaciones* de *Thompson*, tomé el poema de la *lei natural*, i me senté en el campo de césped.

A mui poco rato oí grandes gritos al rededor de la casa; observé que los niños que me habian seguido al jardin llevados de la curiosidad, iban corriendo ácia la puerta, i que hacia lo mismo la hermosa aldeana; pero salí pronto de mi ansiedad al ver entrar en el patio un carro vacío, conducido por un labrador que desde luego conocí que era el amo de aquella quinta, i supe que volvia de Aberdeen á donde habia ido á vender centeno.

¡Qué alegría se difundió por esta interesante familia con la llegada del jefe de ella! Su esposa lo abrazaba con ternura, ora cojia dos de sus niños i los levantaba hasta aprocsimarlos á la cara de su marido para que los besara, ora cojia otros dos que con impaciencia aguardaban su tur-

no: todo era contento i regocijo. Concluidas estas primeras caricias, pasaron todos al jardin; el labrador, que sería un hombre como de treinta años, de arrogante figura, de hermoso cuerpo i de noble i agradable fisonomía, se dirigió á mí para hacerme un cumplimiento finísimo, diciendo que me daba gracias por la preferencia que habia tenido á bien dar á su casa para pasar en ella la noche, i que tendría el mayor gusto en obsequiarme.

Encaminándose en seguida á otro aposento que tenia vistas al jardin i cuya ventana estaba cerrada, observé que estos dos tiernos esposos se pusieron á contemplar un hermoso niño que dormia tranquilamente en su cuna, i que cojidos por las manos se miraban uno á otro con la mas dulce sonrisa. ¡Espectáculo interesante de amor conyugal i de ternura paternal, que no pude presenciar sin la mas dulce emocion!

Estando ya servida la cena, pasamos á sentarnos á la mesa: estos buenos labriegos me pidieron permiso para que pudiesen participar de la misma mesa sus criados, i aun los míos; me fué preciso acceder á esta cordial i demasiado franca invitacion. La cena se componia de perdices, de legumbres i de asados; pero su mejor salsa era el aseo, la amabilidad de los comensales, la dulce conversacion i la comedida alegría.

Se sentó en una poltrona un venerable anciano, del cual recibí asimismo la mas grata acojida. Yo estaba sentado al lado de la amable aldeana, deleitándome en ver con qué despejo i naturalidad desempeñaba los honores de la familia: su vista alcanzaba á todas partes, todos recibian las espresivas atenciones de su cuidado i esmero: hacía la descripcion de todos los platos, ilustrada con los motivos que la habian impulsado á prepararlos de tal ó

cuál modo, i que no eran otros sino los de escitar mas el apetito, i dar mas grato incentivo al paladar.

Esta mujer me parecía anjelical; su marido no dejaba de manifestar igual empeño en complacer á todos, i en hacerles mas agradables los placeres de la mesa. Cuantos platos se sirvieron á ella fueron escelentes, pero sin que una tentacion tan peligrosa alterase la sobriedad i templanza que era peculiar de cada uno de los convidados. La igualdad reinaba en aquella casa; los criados estaban familiarizados con los amos; i lejos de perjudicar esta llaneza al respeto debido, servia para aumentar el celo i el cariño.

Luego que se hubo satisfecho la primera necesidad, se animó doblemente la conversacion; el labrador me hizo varias preguntas sobre el aspecto i calidades del terreno que habia recorrido, se estendió en alabanzas sobre el de las cercanias de

su hacienda, i me instó á que me quedase el dia siguiente para verlo. Ambos esposos me prestaban las mas finas atenciones pero sin descuidar á sus criados, á los cuales dirijian la palabra alternativamente sobre los objetos que pudieran serles mas placenteros.

Lo que llamó mas mi atencion fué el viejo papá al cual se prodigaban las finezas mas cariñosas; en mi vida he visto un anciano mas afable ni mas alegre; no pude menos de hacer presente esta mi observacion á la bella Sara, la cual me contestó que tan solo se ponian de mal jenio las personas de avanzada edad, cuando se les faltaba á la atencion que pretendian merecer, i no cuando se las trataba con la debida consideracion, pues que entonces eran dulces, amables i agradecidas.

Observé asimismo, i no sin estrañeza, que escitaban al buen anciano á beber acaso con demasia, á cuyo reparo contestó

Sara, que en el curso de la vida era preciso ocuparse del cuidado de retrasar la vejez, i que cuando se habia llegado á ella, convenia hacer todos los esfuerzos para vigorizar la fibra. Tan discretas soluciones me hacian concebir la mas favorable idea de la cultura de espíritu de estos aldeanos, i esplicaban el misterio de haber encontrado entre ellos una biblioteca tan selecta.

Les hablaba de sus libros, i me respondian con intelijencia i acierto. Renovaba á cada rato la espresion de mi asombro de hallar tanta instruccion entre unos simples labradores, i particularmente en Sara, cuando el buen viejo, que no pudo ya contenerse por efecto de ternura, ó bien por demasiada alegría escitada por los vapores del nectar delicioso, prorrumpió en las siguientes palabras. "¡Oh corazon celestial, verdaderamente divino! Si V. supiera, noble caballero, lo que ella ha deja-

do por nosotros.... Ah! si yo pudiese levantarme, iría á besarle los pies....

Se traslucía la inquietud de Sara por la indiscrecion de su suegro, mudaba de color, i asomaba la turbacion á su semblante. Philips, (así se llamaba el labrador,) rogó encarecidamente á su padre no revelase un secreto que habia prometido guardar.—No diré nada, replicaba aquel buen hombre, no diré nada: ¡una muchacha tan hermosa, que era tan rica i que tiene tanto talento! Cuando ahora maneja los toscos aperos de la labranza, ¡se acuerda ella de su coche? Oh criatura mas que humana! Sara se levanta precipitadamente, i sin darle ninguna contestacion hace quitar los manteles, i manda traer los postres, que consistian en fragantes fresas, en grosellas, cerezas i escelente crema; al mismo tiempo las criadas mas jóvenes derramaban flores sobre la mesa, i las colocaban asimismo sobre los bordes de los platos.

Este espectáculo regocijó al respetable anciano, i conociendo que su indiscreta conversacion habia desagradado á su nuera, se calló. No he mandado traer flores al principio de la cena, dijo Sara, porque entonces es demasiado agradable el olor de los manjares i no conviene desvirtuarlo; pero cuando ha cesado el apetito, llega á ser repugnante el mismo olor, i en su vez se desea el perfume de las flores. Era para mí un nuevo motivo de admiracion la superior intelijencia de Sara, en saber dar mayor estímulo á las sensaciones agradables, i en saber multiplicar los goces sin separarse de la simple naturaleza. Philips i Sara me parecian tan vivamente ocupados el uno del otro, tan llenos de atenciones i finezas, i por último tan felices! Jamas habia visto una union tan deliciosa, porque es mui raro hallar en dos personas los mismos grados de sensibilidad, iguales gustos i opiniones.

A poco rato de haber cenado fuí conducido á mi aposento. Philips hizo una culta disertacion sobre la hermosura de la noche, sobre el brillante plateado de los astros, i sobre el silencio de aquella hora en que la naturaleza manda majestuosamente que todos los seres vivientes se entreguen al descanso. Sara no dejó de ir á dar la bendicion á sus hijos; Philips comunicó sus órdenes á los criados, pasó á dar una vuelta por la caballeriza i establo; i la feliz pareja se retiró á gozar de su hermosa cama.

Me costó mucho trabajo quedarme dormido: todo lo que habia visto me parecia un sueño; pero sueño de aquellos que quisiera que durasen toda la vida.

Desperté mui temprano, pero sin ganas de marcharme de aquel sitio delicioso; los amables dueños de aquella quinta, su porte, su jénero de vida, la union de los criados, la serenidad i alegría que reina-

ban en aquella casa, todo me tenia encantado.

Por poco que el corazon i el alma estén inclinados á la virtud, se experimenta el mas dulce placer en vivir junto á ella, i mas cuando se la ve recompensada; no es pues extraño que tuviera yo el mayor sentimiento en dejar aquella encantadora mansion campestre.

Luego que me hube vestido bajé al patio, en donde encontré á Philips i á Sara. Acababa de salir el sol; conservaba el cielo todavía un lijero matiz de ese amarillo brillante que sucede á la blancura que le da el crepúsculo, i que precede al azul sombrío que toma durante el dia. Se respiraba el perfume de árboles i plantas, i se gozaba de aquel vientecillo fresco que acompaña á la aurora. El campo, los hombres i los animales volvian á tomar su movimiento interrumpido tan solo por el descanso nocturno, el ganado salia del es-

tábulo, las palomas de su palomar, las gallinas se derramaban por los patios i desvanes, i los criados se preparaban para el trabajo. Confieso que por la primera vez de mi vida experimenté el verdadero placer de ver principiar el día, i estoy persuadido de que Philips i Sara, á pesar de los cuidados en que se ocupaban entonces, no eran insensibles á este placer.

Observé que en la distribución de los trabajos, se rejían por el sistema de colocar muchos operarios reunidos; encargaban á los pastores que condujesen los ganados á poca distancia de los sitios en que trabajaban los agricultores. A mis reparos sobre este punto contestó Sara diciendo: "Que los hombres distraen el trabajo cuando lo hacen en compañía; que la alegría aunque sea de uno solo se comunica á todos los restantes; que si un pastor toca la flauta, el otro canta; que muchos labradores que conducen los arados en los

campos vecinos, sufriendo como sufren iguales trabajos, los dulcifican entre sí hablando de sus esperanzas i de sus planes sucesivos. ¡No ha visto V. aquellas faenas campestres que se hacen en gran reunion como la recoleccion del grano, el trasquilo, la vendimia ect.? Allí es en donde á pesar del ardor del sol, de la sed, del sudor i del escesivo trabajo, no se oyen mas que gritos de alegría.”

Tomó entonces Philips la palabra, i dijo: ”Caballero, yo creo que hai ciertos placeres que para disfrutarlos bien, debe ser en compañía de otros. Cuanto mas lleno está el teatro, son mas vivas i mas agradables las emociones del corazon, i así sucede en todos los placeres que proceden de la admiracion. ¡Qué hai pues de mas prodijioso que el cielo i la tierra, las aguas, los prados, los bosques, i las gracias i riquezas del campo? Los bienes que la naturaleza dispensa á todos en je-

neral, son precisamente de aquella clase cuyo valor se aumenta cuando son disfrutados por muchos á un mismo tiempo; no hai quien no se complazca en dividir el placer de un hermoso dia, de una vista agradable, de la fragancia de las flores ect., porque esta participacion nada cuesta i en nada perjudica.

Es mui cierto, añadió Sara, i antes bien la aumenta. Los poetas han cantado con demasiado fuego los placeres de la soledad al hablar de las delicias del campo; parecería, segun ellos, que no se pueden gozar estas delicias sino lejos de los hombres; pero debemos suponer que ellos han aludido á los hombres de la córte i de las ciudades, es decir, á los hombres cuya alma estéril, endurecida ó frívola, ha llegado á hacerse insensible á los encantos de la naturaleza. Una prueba cierta de que los poetas conocian la necesidad de comunicar sus gustos para darles mayor

realce, es el haber pintado con tanto brío i gallardia las beldades que admiraban, i haber tratado de transmitir hasta la mas remota posteridad las impresiones que habian recibido.

Encantado con tan dulce i amena conversacion, no pude menos de manifestar á Sara el profundo respeto i la viva admiracion que me inspiraba tanto ella como su esposo, i mis deseos de pasar entre ellos el resto de mis dias mereciendo la amistad de ambos. La vecindad de Vds., les dije, da un valor inestimable á la hacienda de la cual hice poco caso hasta ahora; yo prometo á Vds. venir á menudo á verlos, i á disfrutar de su agradable conversacion i del espectáculo de las virtudes i encantos que han sabido Vds. reunir en su casa. Tal vez con el tiempo me haré digno de su confianza, i de que me revele V. lo que el padre de Philips tenia tantos deseos de comunicarme. Del enterneci-

miento de este buen viejo, i de las señales de respeto que queria dar á V., me ha sido fácil inferir que luego que esté mas instruido de las circunstancias que la han constituido en esta quinta, tendré dobles i mas fuertes motivos para apreciarla.

—Así lo creo, contestó Sara; la bondad con que V. juzga de nosotros i de nuestro jénero de vida, me hace ver que V. es superior á las preocupaciones del mundo, i le dan un título á mi confianza.

—Yo le manifesté mi agradecimiento con tanto entusiasmo, que quedó algo turbada. Volviéndose entonces á su marido le dijo: "Amigo mio, voi á hablar á este caballero de nuestros amores. Su marido la abrazó con ternura, i salió para atender á sus ocupaciones campestres, encargando á Sara me entretuviese hasta su regreso. Esta buena aldeana me suplicó la aguardase en el jardin, pues ella iba en el entretanto á dar un arreglo á la casa, i á

cuidar de sus niños. La aguardé largo tiempo; al fin vino, se sentó conmigo en el camapé de césped i principió su historia de este modo:"

"He visto la luz en la parte mas meridional de Inglaterra; mi familia reunia á sus grandes riquezas un nombre todavía mas ilustre por sus servicios i merecimientos; pero me veo precisada á ocultaros sus títulos; ella cree que no ecsisto, i deseo que persevere en esta idea, porque así conviene para que sea feliz."

"Perdí mi madre á la edad de seis años. Mi padre, que me idolatraba, no trató de pasar á segundas nupcias, á fin de poderse ocupar por entero de mi educacion que quiso tomar á su cargo. Creyó hallar en mí algun talento i una pasion decidida por el estudio; se empeñó pues en que yo habia de participar de sus sublimes conocimientos filosóficos i literarios, i se mostró contento de mis adelantos. No es vanidad

si yo coloco á mi padre en el número de los hombres mas sábios de su siglo; me he confirmado en esta opinion al comparar las lecciones filosóficas que recibia de él con lo que he visto despues en las mejores obras científicas. Su carácter era impávido, firme i resuelto; cuando habia adoptado un sistema ó un partido, no le arredraban jamas sus consecuencias; no dejo de parecerme en esta parte á mi padre, cuyas doctrinas i lecciones tan consecuentes con sus principios han radicado en mí estos mismos sentimientos."

"Mi padre era apasionado á las bellezas del arte i de la naturaleza; tenia una imajinacion viva i una alma noble i sensible; su filosofía no podia ser de aquella clase que degrada al hombre ó que lo hiel; era pues mas favorable al entusiasmo inspirado por las virtudes i por los placeres de la imajinacion. Apenas tenia yo diez i ocho años, i ya mi padre pretendia

que habia sabido crear ideas nuevas á las que él me habia comunicado; mi conversacion le agradaba sobremanera i se creia el mas feliz de los hombres; por mi parte no estaba descontenta de mi estado, ni tenia ganas de cambiarlo; lo cual coincidia con el gusto de mi padre, que deseaba tenerme siempre á su lado i bajo su tutela.”

Desde el principio de la narracion de Sara experimenté una extraordinaria emocion que se iba aumentando por instantes: me parecia que podia bastar lo que habia oido para reconocerla; me quedaba sin embargo alguna duda, i esperé con impaciencia verla disipada.

—”Pasábamos, prosiguió Sara, una parte de los inviernos en Lóndres: en uno de ellos acabábamos de llegar á aquella capital, cuando un jóven escoces se presentó á mi padre para ser admitido á su servicio. Tenia una figura tan interesante i

una fisonomía tan marcada de sensibilidad i honradez, que no podia menos de conmover á primera vista.”

”Bien sabe V. que los aldeanos de Escocia son mas instruidos que los de toda la Europa, pues á esta circunstancia agregaba el jóven de quien hablo, la de ser uno de los mas bien educados de sus paisanos. Se distinguió desde luego por una estremada aplicacion á sus deberes, vimos mui pronto que se habia granjeado la estimacion de todos sus compañeros, inspirándoles al mismo tiempo un redoblado celo ácia nosotros, de modo que mi padre se hallaba mejor servido, i ellos mas contentos i felices.”

”El escoces era tan aplicado á la lectura, que dedicaba á ella todo el tiempo que le quedaba libre de sus ocupaciones; mi padre conoció bien pronto las buenas disposiciones de este jóven, i tomó á su cargo cultivar su espíritu. Milord Dorset,

decía, sacó á Prior de una taberna para hacer de él uno de los mejores poetas de Inglaterra; tal vez haré yo de este criado uno de los ciudadanos mas ilustres i que mas honor hagan á su patria.”

”Llegó el momento de volvernos para el campo, i se determinó que el escocés nos acompañase. Mi padre se deleitaba en la conversacion con este jóven: en una de sus conferencias supo que el deseo de socorrer á los autores de sus dias con los pequeños ahorros de su salario, era lo que le había determinado á abrazar la triste carrera de lacayo: enternecido mi padre hasta el punto de derramar algunas lágrimas con este exceso de virtud, quiso que aceptase una suma considerable para enviar á su familia; pero cuán grande no fué su admiracion cuando oyó que su pundonoroso criado rehusaba el regalo que se le ofrecia!”

—Señor, le dijo, yo debo mi trabajo á

mis padres, i el precio que recibo por él nos basta á todos; yo aceptaría los beneficios de V. si aquellos estuviesen en la miseria; pero no es éste el caso; tan solo les hace falta un poco mas de comodidad; yo soi quien debo proporcionársela; el fruto de mis servicios es de ellos del mismo modo que mio; que lo disfruten pues; mas ni ellos ni yo nos envileceremos hasta el punto de comer el pan de caridad.”

”Así es que mi padre no trató ya de alterar el modo de pensar de este jóven; i en su vez le dió con decoro un salario mayor quitándole la librea, i confiriéndole al mismo tiempo dos empleos, uno de ellos el de bibliotecario, i el otro el de llevar las cuentas de la casa con los arrendatarios ó colonos.”

”Yo iba con frecuencia á la biblioteca, i me complacia sobre manera de hallar en ella á Philips, pues no era otro el jóven escocés de quien estoi hablando; gradual-

mente fué creciendo este interés hasta el punto de ponerme triste cuando no lo hallaba en aquel sitio. En cuanto á Philips no dejaba yo de observar su emocion cada vez que me veia entrar, emocion que introdujo en mi pecho estos sentimientos que aun en el dia me son tan caros, i á los cuales debo la felicidad de mi vida.”

”No podia yo desconocer las consecuencias de mi pasion; mas ella me arrastraba, i en vez de combatirla empleé mi ingenio en fomentarla. Temia i respetaba la opinion de los hombres; pero no podia figurarme que éstos hubiesen señalado como una deshónra la efusion de la sensibilidad. Mi padre sin embargo debia ser mas severo; convenia por lo tanto que no llegase á su noticia ni el mas pequeño indicio de estas relaciones. Me oculté asimismo al objeto de mi pasion, el cual sin descubrirme tampoco la suya, me daba suficiente márjen para adivinarla. Yo te-

nia el alma altiva, eleváda i sensible: estos caracteres no saben combatir el amor, pero sí resistir á sus debilidades. Philips por otra parte estaba demasiado apasionado, i el excesivo amor impone tanto respeto como la desigualdad de rango."

"Pasé dos años felices con el placer de amar, i de ser amada, i me creia menos humillada con esta pasion que envanecida por la moderacion con que me entregaba á sustentarla. Era feliz; pero en este tiempo perdí á mi padre, al cual acaso yo no habría sobrevivido sino me hubiera consolado ese mismo sentimiento de ternura de que me hallaba poseida."

Al llegar Sara á este punto de su relacion, no pudo contener sus lágrimas, i permaneció algun tiempo en silencio. Es ella, me decia yo á mí mismo, es ella seguramente, ya no es posible dudarlo; yo estaba enternecido i pronto á descubrirme; pero me detuvo el temor de hacerle perder

la confianza i de verme privado del resto de la historia. Luego que hubo enjügado sus lágrimas, volvió á tomar el hilo de ella del modo siguiente:

”Ví que el dolor de Philips igualaba al mio; sus ojos se humedecian cada vez que me veia llorar; yo observaba el mas vivo interes aun en sus menores acciones. En los servicios que me prestaba, en sus discursos, en todos sus pasos i hasta en su porte, i en el sonido de su voz se echaba de ver la fuerza de la pasion que yo le inspiraba, pero sin mezclar el mas mínimo ademan que pudiese alarmar mi virtud i menguar el respeto que debia á mi rango. Bien conocerá V. que yo no podia dejar de hacer continuas reflexiones sobre los miramientos anecsos á este rango, sobre sus obligaciones positivas, i sobre la sumision que cada uno debe á las costumbres, á las leyes i á los usos de su pais.”

”La filosofía de mi padre me habia ilus-

trado sobre las preocupaciones; mas esta filosofía tan sublime como su corazón no me habia enseñado á despreciarlas. Mis conversaciones con Philips rodaban sobre estos puntos tan importantes por sí mismos, i que nuestra situación los hacía todavía mas interesantes. Me deslizaba á veces á poner en duda la justicia de los convenios humanos, i de consiguiente el poder que se pretendia debian ejercer en las almas ilustradas. Philips combatia entonces mis opiniones con vigor, i hallaba á la mano una porcion de razones tan sólidas que no me era fácil rebatirlas; pero observaba yo que cuando él lograba esta especie de triunfo académico, se ponía mas triste que de costumbre; lo cual demostraba suficientemente los motivos que lo guiaban para abrazar una opinion que no le era favorable: estos no eran otros en verdad sino los de olvidarse totalmente de sí mismo, i de hacer los mas costosos sa-

crificios por mi felicidad i por mi gloria.”

”Me gustaba conversar con Philips sobre su padre, sobre sus virtudes, i sobre la felicidad de que disfrutaban en medio de su pobreza; le hacía asimismo varias preguntas sobre el punto de su residencia, sobre su vecindad, sobre su jénero de vida, i sobre las demas circunstancias de esta virtuosa familia. Philips se mostraba penetrado de respeto por la vida de los labradores i por las labores agrícolas. El me hablaba siempre de mi familia, i me repetia á cada instante los miramientos á que yo estaba obligada ácia una familia tan ilustre i que tanto me amaba. Es verdad que recibia de mis parientes pruebas de cariño i de confianza; me habian conseguido una dispensa para manejar mis bienes antes del tiempo marcado por las leyes. Yo era pues dueña de ellos i de mis acciones; mis parientes no temian que yo abusase de mi libertad. Era bien conocida

mi inclinacion á la filosofía i á las letras; creian que yo tenia el necesario talento i cordura para los negocios, i no podian figurarse que fuera capaz de ocuparme en el campo sino de mis haciendas i del estudio.”

”Ya hacía mas de un año que mi padre habio muerto, i todavía no habia yo salido de la casa en que habia ocurrido este funesto accidente. Un tio mio, hombre de mérito, i mui distinguido en la cámara de los comunes por sus virtudes i por su elocuencia, venia á verme algunas veces. En una de sus visitas principió á recordarme la amistad i el entrañable afecto que habia ecsistido siempre entre ambas familias, i despues de un preámbulo del mas tierno cariño, me dijo:

”Tú conoces á tu primo: es un mozo de escelentes prendas; hizo los mayores aprovechamientos en los estudios: ha ya algunos años que está fuera de Inglater-

ra; las cartas que recibo de los países por donde viaja me confirman en la buena opinion que tengo de él: es de tu edad, i está para llegar; quisiera casarlo contigo; si tú entrases gustosa en esta idea, tendría el gusto de que no se separasen estos bienes del tronco de la familia, i de amarte asimismo como si fueras mi propia hija."

"Esta propuesta llenó mi corazon del mas amargo pesar; me puse de mil colores, i respondí á mi tio con una frialdad que no pudo menos de chocarle; dije entre otras cosas que yo no habia pensado en casarme; que mis ocupaciones i mis placeres campestres llenaban el vacío de mi corazon; que para resolverme á mudar de estado era preciso que yo conociese á fondo al hombre con quien debiera unirme para toda la vida, i que en tal caso me decidiría mas bien por las prendas personales que por ninguna otra consideracion,

sin embargo de que le protestaba que en ninguna época de mi vida olvidaría lo que debía á mi familia.”

”Mi tio quiso á lo menos que le permitiese presentarme su hijo, al cual yo no habia visto desde su infancia, i que era ya un arrogante mozo, mui apasionado, segun decia, á mi persona. Contesté tambien á esta segunda proposicion con una frialdad que yo misma me reprendí: ¡tal fué la rapidez con que se agolparon las ideas á mi imaginacion!”

”Apenas salió mi tio me metí en un bosque solitario, por el cual me estuve paseando largo tiempo con ajitada violencia, parándome á ratos para discurrir el modo de obviar á ciertos obstáculos, i de dar solucion á las objeciones que se me ofrecian. Caí por último sobre un asiento de césped, sumerjida en la mas profunda distraccion, vi á esta sazon que llegaba Philips ácia mí despues de haberme bus-

cado por todas partes. Jamas su vista me habia causado un placer mas vivo, i nunca conocí tan claramente como en aquel momento la necesidad que tenia de no separarme de su compañía.”

”Le dí parte de los proyectos de mi tio, i de lo sinceramente que sentia desagradar á mi familia, negándome á adoptar unas proposiciones tan favorables. Yo me apoyé sin duda demasiado sobre la parte de mi sentimiento, de cuyo indiscreto desahogo me arrepentiré toda mi vida á causa de la pena terrible que introduje en el pecho de Philips; desapareció el color de sus mejillas, se apoderó de todo su cuerpo un fiero temblor, parecia que sus ojos querian salirse de su órbita, con dificultad articulaba algunas palabras, su lengua travada no le permitia pronunciar sino pocas sílabas. Es menester.... decia, sí.... es menester.... es un jóven virtuoso.... los parientes de V..... su rango.... no hai remedio.... así conviene....”

”Observé que se apagaban sus ojos al mirarme, i que se doblaban sus rodillas, hasta que cayó al suelo quedando apoyado en una mano. Ya no pude resistir mas, corrí á amparar á mi querido Philips, i lo estreché en mis brazos llamándole mi querido esposo! A este acto tan tierno, á esta exclamacion tan cariñosa, nada me respondió Philips; se levantó poco á poco mirándome fijamente; sus ojos se bañaron de lágrimas, i yo lo inundé con las mías repitiendo de continuo mi querido esposo! mi dulce bien!”

”Luego que Philips tuvo la fuerza de hablar, la empleó para combatir mi resolucion; yo le interrumpí suplicándole que por nuestro amor tuviese á bien oirme. Se sentó entonces á mi lado cubriendo con sus besos una de mis manos. Este momento, que es el que ha decidido de la felicidad de mi vida, está tan presente todavía á mi memoria, que no he olvidado la

mas pequeña circunstancia. He aquí lo que dije á Philips.”

”Sé cuanto tú puedas decirme: mi pasión por ti no es un delirio, yo te conozco bien, tú eres el hombre que me destina la naturaleza: ésta ha fundado la felicidad del matrimonio sobre el acuerdo é inclinación de los seres de ambos sexos; los convenios de los hombres han sustituido el decoro del rango. Tú i yo sabemos cuanto han respetado los verdaderos sábios estos convenios humanos, como que mantienen el órden en la sociedad. No se debe pues envilecer la clase en que uno ha nacido con alianzas condenadas por la opinion; es un crimen que lleva su castigo en el desprecio, i yo no podría soportar este desprecio, aunque injusto.”

”¿Debe pues ceder la lei de la naturaleza á los miramientos sociales? Así parece que conviene que sea; pero nosotros no nos hallamos en este caso; podemos ren-

dirnos á nuestra mútua pasion sin dejar de respetar las preocupaciones; i he aquí el modo: Mis padres me han dejado dos mil guineas de renta i tres mil en efectivo: esta última suma es la única que yo deseo retener de todo mi patrimonio para vivir con tigo i con tus padres.

”Quiso Philips interrumpirme en este momento para disuadirme de tal idea, dándome á entender que él sería feliz sirviéndome toda su vida, i respetando mi virtud sin recurrir al estremado caso de sufrir tantos quebrantos por un himeneo que lo contrariaba abiertamente el orden social, i jurándome al mismo tiempo que él no cesaría de amarme mientras que permaneciese en mi estado de libertad. No, le contesté, nosotros no podemos dejar de casarnos; faltariamos á las leyes de la naturaleza i de los hombres que ecsijen de nosotros la perpetuacion de la especie, ¿por qué no nos hemos de casar? ¿Acaso

por conservar mis bienes? ¿I qué me importa de perderlos sino me hacen feliz en el estado en que me hallo, i si por el contrario lo he de ser completamente llevando á efecto este filosófico plan sin que sean necesarios mas elementos que el dinero efectivo de que puedo disponer francamente?"

"Bien conozco que si me desposase con mi primo, viviría con el lustre i elegancia correspondientes á nuestro rango, i que uniendo mi suerte á la tuya no podremos pasar de ser unos labradores bien acomodados; nada importa; ya está tomado mi partido; voi á hacer mi testamento; saldré luego para Lóndres; haré que se divulgue la noticia de mi muerte con todos los caracteres que la hagan creible; i pasaremos ocultamente á Escocia, en donde espero que tu padre bendiga nuestro himeneo."

"Philips se arrojó á mis piés, me rogó que difiriese mi proyecto, que lo medita-

se, i que me parase á calcular sus consecuencias. No, le repliqué, ya todo está pensado. ¡I por qué me he de arrepentir de dar este paso? ¡Cuáles son los placeres procedentes de mis riquezas, que no puedan ser reemplazados por la naturaleza en la dulce mediania de su estado? La presencia de un collado fértil i risueño recrea mas la vista que una pared cargada de pinturas aunque sean de Rafael de Urbino; los diamantes puestos en mi cabeza me darán menos brillo que las flores; las telas simples de algodón me serán tan gratas como las estofas mas ricas de la Persia; es verdad que yo no podré tener coche, pero tambien ejercitaré mis piés. Philips, gozaremos de las comodidades que pide la naturaleza, i dejaremos superfluidades inventadas tan solo para divertir la ociosidad. En cuanto á mis relaciones i conocimientos, ¡podré echarlos de menos llegando á ser la hija de tu pa-

dre i la madre de tus hijos?"

"Philips me conocía i amaba demasiado para dejar de persuadirse que yo podía ser feliz en el nuevo estado que iba á abrazar. No podré pintar á V. su gozo, sino comparándolo con el mio, cuando ví que ya no sufrían obstáculo alguno mis designios de unirme para siempre con este modelo de virtud. Jamas se ha puesto la firma en documento alguno con tanta alegría como yo puse la mia en mi testamento; nunca se ha disfrutado de tanto regocijo en la adquisicion de una herencia, como yo lo esperimenté al desprenderme de la mia."

"Arreglados ya nuestros negocios salimos para Lóndres, en donde hice correr la voz de mi muerte, valiéndome de toda mi astucia i recursos para darle todo el carácter de verosimilitud. Llegamos por último á Escocia. Habrá siete años que entré por la primera vez en esta quinta,

i que por primera vez abracé las rodillas de ese venerable anciano que ve V. sentado sobre aquella piedra recibiendo los primeros rayos del sol, i esforzándose en reanimarse con la dulce influencia de la aurora i de la primavera. Aquí tiene V. á su hija, le dije, que viene á su casa para ayudarle en su vejez i para hacer la felicidad de su hijo: su corazon de V. me inspirará los medios de agradar á ambos. Tú, esposo mio, me instruirás en los pormenores de la casa; yo me lisonjeo de que he de ser una ama vigilante i cuidadosa, i que tanto los que dependan de mí, como aquellos á quienes tengo tanto gusto de estar sumisa, quedarán contentos i satisfechos de mi porte.”

”El anciano llegó á enajenarse de alegría: esta felicidad sin duda es la que ha prolongado su vida. Adquirió en propiedad la quinta, de la cual no era mas que arrendatario; se efectuó nuestro matrimo-

nio; i desde este momento en que tomé el nombre i el estado del hombre que mas amo, no se ha pasado una hora en la que yo haya dejado de aplaudir mi resolucion. Somos felices, i nos lisonjamos de que podremos serlo siempre en cuanto es dado á nuestra frágil naturaleza.”

”Philips i yo hacemos un estudio particular en sacar partido de nuestros conocimientos, de la filosofía de mi padre, i de nuestra aficion á las letras para asegurar nuestra felicidad. Procuramos proporcionarnos todos los gustos que nos permite nuestra situacion; i como conocemos que el oríjen principal de los pesares del hombre consiste en correr tras de aquella clase de placeres que no le son adecuados, i en no saber acomodar sus principios, sus gustos i sus ocupaciones á su estado i su carácter (en cuyo error hemos tenido la fortuna de no caer), no perdemos el tiempo en inútiles indaga-

ciones ni en deseos inútiles, ¿Qué es lo que nos hace felices á Philips i á mí? El testimonio de nuestra conciencia, nuestro amor i los beneficios de la naturaleza.”

”Tenemos ciertos principios que sabemos fortificar con la filosofía, i que no franqueamos por ninguna clase de consideracion. Tan solo admitimos las máximas de los filósofos que fijan la virtud por base i que nos la presentan con colores lisonjeros, porque aun en el caso de que éstos se hubiesen engañado, no dejaríamos de pagarles el tributo de nuestro agradecimiento por habernos ofrecido ilusiones que elevan nuestra alma i la purifican.”

”Nos inclinamos á pensar favorablemente de los hombres para poder amarlos; nos inclinamos á estimarlos á fin de tener este nuevo motivo de hacernos apreciables; no queremos una filosofía que nos degrade, i que apague en el corazon

el entusiasmo de la humanidad ó de la virtud; queremos asimismo conservar en toda su fuerza i con todos sus encantos los sentimientos del amor i de la amistad.”

”Indudablemente entra siempre algo de ilusion en estos sentimientos cuando son llevados al esceso. Hai ilusiones que se disipan; mas no son de esta clase las que nosotros deseamos formarnos. Ni Philips ni yo nos creemos perfectos; pero aplicamos todos los medios para aprocsimarnos á la perfeccion; nos tenemos por buenos i esperamos ser mejores; con el goce del bien presente se aumenta la esperanza de un bien mayor. El designio que tenemos de perfeccionarnos el uno con el otro estrecha los vínculos de nuestro amor, i hace que nuestros sentimientos sean mas preciosos i mas respetables, i conserva toda la actividad de nuestros corazones i el delicioso entusiasmo de

nuestra mútua pasion. A fin de que no se desvirtue ó enflaquezca nuestra inclinacion á la virtud leemos los romances de Richardson; ¡cuántas veces nos ha sugerido este autor sentimental la idea de hacer el bien! Leemos asimismo los poetas; però hemos dado la preferencia á las églogas i bucólicas.”

”La lectura de poesías campestres es doblemente deliciosa á los que tienen aquellos objetos á la vista; el entusiasmo del poeta i la animacion que sabe dar á sus pinturas aumenta siempre el entusiasmo del espectador, ó por lo menos lo conserva impidiendo que se amortigüe por el hábito. La poesía nos inspira respeto i amor á la antigua i venerable agricultura, así como á nuestras ocupaciones i á los lugares en que vivimos. Hemos dicho algunas veces que Homero i Virjilio habrían sido felices en esta mansion; que Tíbulo habría amado

aquí á su Delia i que habría cantado sus amores, nuestro bosquecillo i nuestro risueño valle. En el campo es donde Haller i Gesner han compuesto sus amables poesías, ¿i á qué estado de la vida no han preferido el nuestro estos grandes hombres? ¿Cuáles son las costumbres que, segun ellos, pueden ser comparadas con las campestres?”

”Los poetas hacen que fijemos nuestra atencion en las sensaciones deliciosas que recibimos de la naturaleza, i nos enseñan á disfrutar de una gran parte de estas sensaciones, que sin su armoniosa voz con dificultad habrían afectado nuestros órganos. Todos estos hombres que han hablado con tanto calor, i en los cuales abundan las ideas sensibles i las imájenes brillantes, mantienen en el alma el encanto de la vida i del placer; finalmente, hemos simplificado i afianzado la felicidad, i hemos dedicado todo nuestro estudio á conservar

los sentimientos de ternura i honradez, i á disfrutar de ellos del mismo modo que de las sensaciones agradables.”

”Me parece que no se hace así mal uso de la filosofía; en nuestros dias ha dejenerado ésta en sutileza; se ha empleado mas de una vez en satirizar á aquel mismo hombre al que debia consolar; mas bien ha servido para degradarlo que para dirigirlo, habiéndose debido esperar en su vez que nos hubiera enseñado los bienes que están al alcance de los diferentes estados de la vida, i los deberes de estas mismas clases. Este era el proyecto de mi padre, i lo habría ejecutado si hubiese vivido; nosotros nos arreglamos á las lecciones de este buen padre, i educamos á nuestros hijos por estos principios.”

Habia tenido ardientes deseos de interrumpir varias veces á Sara para dármela á conocer; mas esta escelente mujer habia hablado con tanta rapidez que no habia

podido tomar baza. Así es, que apenas hubo concluido su discurso, me arrojé á sus piés exclamando: Oh Sara Th.... No bien habia pronunciado su nombre cuando se levantó precipitadamente gritando: "¡Soi perdida!"

No tal, repuse yo, tú no estás perdida; tienes en tu presencia ese primo que tanto te ha amado desde su infancia, i que por ti ha derramado lágrimas amargas; no te abochorne el referir la pasion que nutres por un marido lleno de virtudes. Tú me has dejado tus bienes, yo estoi pronto á devolvértelos; acéptalos, te lo pido encarecidamente; i cualquiera que sea el partido que tomes, puedes estar segura de que guardaré un secreto inviolable. Me costó mucho trabajo calmar á mi encantadora prima; ésta no podia consolarse de haber abierto su pecho precisamente á la persona á quien quisiera haber tenido mas oculta que á nadie la historia de su vida; i en

cuanto á su herencia se mantuvo inflexible. Philips, que entró en este momento, apoyó la resolución de Sara en todas sus partes.

Vea V, me decia, nuestra quinta, recórrela V., i la hallará llena de todos los bienes necesarios; ecsamine V. nuestros jardines, nuestros campos, nuestros prados, nuestros ganados, i díganos V. si nos puede faltar algo. Observe V. nuestros muebles, ¿no son cómodos? ¿no es nuestra mesa sana i abundante? Si tuviésemos mas riquezas no haríamos por cierto con tanto esmero lo que estamos haciendo en el dia; sería menos vivo nuestro apego al trabajo; el fastidio usurparía el lugar de nuestras ocupaciones campestres: viviendo sin cansancio, sin obligaciones, sin funciones que ejercer, i entregados siempre á la diversion nos disgustaríamos mui pronto de lo que ahora nos divierte.

Si pudiéramos pasar sin cosechas i sin

ganados, no tendríamos ratos alegres con la esperanza de recojer mucho grano i lana escelente; nuestros campos, ya no necesarios, i útiles tan solo para la parte superflua, serían para nosotros mucho menos preciosos; veríamos la campiña con indiferencia; i quién sabe si los demas estímulos que ahora forman la delicia de nuestros corazones no se apagarían tambien juntamente con los que inspira la espresiva naturaleza. Tal vez nuestro amor se enfriaría perdiendo el alma aquella actividad de que necesariamente debe privarla la vida ociosa. Todo nos hace felices en este momento; la menor mudanza en nuestro jénero de vida podría alterar nuestra felicidad que está enlazada con un sistema tan bien combinado.

Hice, aunque inutilmente, los mas vigorosos esfuerzos para inducir á mis parientes á que entrasen en posesion de la herencia que me habian cedido; i todo cuan-

to pude obtener fué la protesta de su cariño, la promesa de que me escribirían con frecuencia, i la licencia para pasar todos los años algunos dias en su hermosa quinta. Me separé con las lágrimas en los ojos de esta amable i afortunada pareja, i convencido de que puede hallarse sobre la tierra felicidad i razon. ¡Ojalá que estas reflexiones me conduzcan á ser feliz i razonable!

Desde que he reconocido á estos virtuosos parientes he cobrado aficion á la hacienda que poseo en las cercanias de la encantadora quinta; he dispuesto que sea reedificada la antigua habitacion que habia en ella con la idea de ir á menudo á este sitio, que ya en el dia me parece tan delicioso como antes me era repugnante, i acaso con la de fijar en él mi residencia.

En cuanto á los bienes que he heredado de Sara, no es mi ánimo tocarlos; distribuiré por ahora su renta entre nuestros

parientes mas necesitados, i reservaré la propiedad para los hijos de estos mis primos virtuosos, ya que no se los permite aceptar esa misma filosofía que les asegura el triunfo mas noble sobre las preocupaciones sociales.

[*Saint Lambert.*]





BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

ECONOMÍA.



Camino de Hierro.

El deseo que nos anima de que nuestra nacion adopte las útiles empresas del vapor, agente el mas poderoso para aumentar la riqueza pública, hará que destine-mos algunas pájinas á la descripcion de los caminos de hierro de Inglaterra i de los Estados-Unidos, que son los paises que han sabido sacar mejor partido de esta portentosa invencion.

Si aun en el dia admiran los restos que

se han descubierto de los antiguos caminos empedrados de los romanos por su solidez i por las inmensas sumas que se debieron invertir en ellos; cuánto mas debemos admirarnos de ver los caminos de hierro de que están cubiertos los dos puntos indicados. Los caminos de los romanos eran mas bien rutas militares construidas para llevar sus ejércitos á la conquista i dominacion del mundo, ó lo que es lo mismo para introducir la desolacion i espanto: los actuales caminos de hierro tienen un objeto mas noble, mas filantrópico i mas justo, cual es el de derramar la abundancia por todas partes, el de aumentar los productos, ahorrar los gastos, disminuir la pesadez del trabajo, estender el consumo, i multiplicar las relaciones comerciales i con ellas la riqueza jeneral.

Algunos jeógrafos han calculado que los romanos no tuvieron menos de cuarenta mil leguas de grandes caminos, dichos vul-

garmente reales. En Sicilia se contaban seiscientas leguas de caminos empedrados, ciento en Cerdeña, setenta i tres en Córcega, mil i ciento en las Islas Británicas, un número mucho mayor en cada uno de los tres reinos de España, Gália é Italia, cuatro mil doscientas cincuenta en Asia, cuatro mil seiscientas setenta i cuatro en Africa ect. ¿Las ventajas de esta inmensa estension de caminos empedrados, correspondian á sus costos? De ningun modo; porque carecian del carácter económico que va impreso en los caminos de hierro. Puede pues asegurarse que las ciento trece leguas de esta clase de caminos que tenia la Inglaterra á principios del año presente, i las trescientas cincuenta i dos que poseen los Estados-Unidos, total cuatrocientas sesenta i cinco leguas de caminos de hierro, han sido mas útiles á la riqueza pública, que las cuarenta mil leguas de caminos empedra-

dos de los antiguos romanos.

Empero dejando á un lado estas comparaciones que no hacen al intento, entraremos en algunos pormenores sobre el vapor aplicado á los caminos de hierro. El primero que hizo práctica aplicación de este loco motor fué un sábio catalan en el siglo XVI, quien desistió de estos proyectos al ver el malogro de sus primeros ensayos, sin duda por no haber adquirido el tino necesario para dirigirlos; mas como este dato se nos presenta mui vago é indeterminado, nos referiremos á los que tienen un carácter de verdad mas positivo.

En 1649 llegó un cierto Mr. Beaumont á New-Castle sobre el Tyne, en donde hizo una serie de experimentos sobre la explotación de las hornagueras i sobre el transporte de sus productos en carruajes de nueva invencion. Aunque no se sabe ecsáctamente en qué consistia su meca-

nismo, Mr. Ward lo considera como el primer inventor de estos caminos de carril artificial; pero se arruinó como sucede jeneralmente á los primeros inventores de todo método nuevo. Es cierto sin embargo que en 1676 ecsistian dichos caminos, aunque sus carriles eran de madera; i solo en 1767 empezaron á usarse los de hierro; cuyo útil descubrimiento se extendió por las varias provincias ó condados de Inglaterra, penetró en Escocia, i se comunicó rápidamente á Irlanda, i en todas partes ha producido los mas felices resultados, de modo que se calcula que antes de tres años se habrán duplicado las ciento trece leguas que ahora tiene la Gran Bretaña de caminos de hierro en sus diversas líneas, i que este utilísimo invento se propagará el infinito, ¡tan firme i tan patriótico es el espíritu de asociación que reina en estos paises!

Segun los últimos datos que se han po-

dido recojer, se estaban construyendo cinco líneas que deberán abrazar un espacio de ciento setenta i cinco leguas, i se han proyectado otras doce líneas que harán partícipe de tan interesante beneficio otro espacio de doscientas setenta i nueve leguas; para lo cual sobran empresarios i accionistas. Así pues, el estado de la Gran Bretaña, respecto á los caminos de hierro, es el siguiente:

Caminos ya construidos.....	113 leguas.
Caminos que se están construyendo.. .. .	175 id.
Caminos proyectados, i que se realizarán mui pronto..	279 id.
	<hr/>
Total.....	567
	<hr/>

Esta admirable invencion no ha dejado sin embargo de tener sus impugnadores:

unos han querido atacarla por la parte de los inmensos capitales que absorbe; otros por el inminente peligro que amenaza á los viajeros; i otros por lo costoso de su manutencion; por lo cual se han dedicado varios ingenios á descubrir otro agente que pudiera ser sustituido al vapor. Mr. Pin-kus pretendió haber descubierto un carril *neumático*, por medio de una bomba aspirante, creando el movimiento por el empuje que diera el aire atmosférico á un piston en el vacío; pero parece que no ha sido practicable esta idea cuando no hemos visto todavía su aplicacion. Resta ver ahora el resultado de la máquina hidrostática, inventada por Mr. Palmer, para dar movimiento con la presion de los fluidos, i de la cual hablamos en el tomo cuarto de nuestra biblioteca. No nos atrevemos todavía á condenar este nuevo agente, porque su descubrimiento es mui moderno, i no habrán podido hacerse los es-

perimentos necesarios para calificarlo de un modo positivo, si bien las presunciones le son mui favorables.

La gran dificultad que se experimenta en el dia en la construccion de los carriles de hierro, es la de obtener la adherencia necesaria sin aumentar la frotacion; porque por débil que sea esta frotacion, se hace mui sensible desde el momento en que el camino tiene que desviarse de la línea derecha. El medio que se adopta en la actualidad para que sea menor dicha frotacion, consiste en hacer describir al camino un segmento de círculo de gran diámetro, i asimismo en la figura de las ruedas. Mr. Bravender juzga que facilitaría mucho para remediar este inconveniente, tomar por curva una *cicloide*, ó cualquiera otra curva de mas *fácil descenso* i que ofreciera menor resistencia.

Pasaremos á hablar de los caminos de hierro de los Estados-Unidos. La prodi-

jiosa estension de estos países, que van perdiendo ahora su primitiva virjinidad, ofrece un interes mayor que ninguna otra parte de Europa para esta clase de atrevidas empresas: no es extraño, pues, que apenas se anuncia un proyecto, corran los especuladores de todas partes á tomar parte en él. Si falta el hierro, se reemplaza con piedra ó con madera, i los carriles, cuya ejecucion es tan lenta en Europa, parece que salen improvisados en este país. Aunque el trabajo no es perfecto, se abre sin embargo la comunicacion proyectada, i luego adquiere las mejoras de que es susceptible.

Desde que se introdujo en los Estados-Unidos este nuevo sistema, que fué en 1826, se ha cubierto la Confederacion de carriles que han establecido relaciones prontas i cómodas entre los puntos mas lejanos. Prolijo sería dar una cuenta circunstanciada de sus infinitas líneas; nos

limitaremos por lo tanto á insertar el resúmen de leguas á las que se estienden dichos carriles i sus proyectos ulteriores, á saber:

Caminos construidos hasta principios del año corriente de 1836.....	352	legs.
Caminos que se están construyendo.....	229	id.
Caminos proyectados, i que no debe dudarse llegarán á realizarse.....	200	id.
	<hr/>	
Total.....	781	
	<hr/>	

Este último proyecto es el de abrir una línea desde Cincinnati hasta Charlestown, que deberá recorrer un espacio de 200 leguas, i que unirá los Estados del Noroeste con los del Sud Este. Sus ventajas se.

rán las de trasportar las mercaderías de un punto á otro en sesenta horas, en cuya travesía se emplean en la actualidad diez ó doce dias con un costo i trabajo infinitamente mayor; i el gran movimiento que se dará al comercio de las Carolinas, Ohio, Kentucky, Tenesea, ect., cuyos pais abundan respectivamente en granos, tabaco, bueyes, cerdos, i en producciones mineralójicas como carbon, hierro, sal, pizarras, plomo, zinc, yeso, i aun el oro. Los siete millones de pesos, que se gradua ser necesarios para la ejecucion de este gran proyecto, no parecerán escesivos á estos hombres emprendedores i activos; i con efecto el plan que se presentó en agosto de 1835 á la asamblea de Cincinnati, fué recibido con el mayor aplauso, i se nombró en el acto una comision especial para su ecsámen.

*Modo de evitar la sofocacion en las minas i
en los incendios.*

Siempre que ocurre algun furioso incendio que envuelve el sacrificio de algunas víctimas, se habla mucho de los medios que se deben adoptar para preservarse de tan desgraciados accidentes; mas luego que pasa el peligro se olvidan las especies que se habian adquirido, i no vuelven á recordarse hasta que se repite aquella calamidad.

Sería mui conveniente que se jeneralizasen ciertos conocimientos tan útiles i necesarios como el de conservar la vida á los infelices que se ven repentinamente sitiados por un incendio. A falta de otros preparativos, de que hablaremos mas adelante, la aplicacion á la boca de un simple trapo ó pañuelo empapado en agua permite arrojarse sin peligro al medio del

humo el mas espeso i del aire mas inflamado: con este medio tan sencillo i de tan pronta i fácil ejecucion se puede respirar libremente bastante tiempo, i pasearse por el teatro del incendio á menos que no se dé con algun brasero de combustible; i este sencillo espediente será todavía mas eficaz si el individuo tiene valor para penetrar en el fuego andando con las rodillas, es decir, con la cabeza mui pegada al suelo, porque así son menos sensibles los gases deletéreos i los vapores inflamables.

Un pobre minero ingles, Juan Roberts, indicó ha ya muchos años este método; se habló mucho de él en aquel tiempo; mas luego quedó olvidado. Las discusiones del parlamento ingles sobre las desgracias ocurridas en las minas, acababan de llamar la atencion pública sobre la preparacion con la que pudo el citado Roberts permanecer encerrado media hora

en un aposento lleno de vapores los más infectos, producidos por la combustion del azufre i de la resina.

Es admirable la sencillez de este aparato, el cual consiste en una especie de cobertor con el que se envuelve la cabeza, teniendo pegados dos vidrios á la parte que cae delante de los ojos, i un agujero con un tubo de cierta lonjitud para la boca. La historia de este descubrimiento es mui curiosa. He aquí como se esplicó Roberts al dar cuenta á la comision del parlamento encargada de su ecsámen.

”Cuando yo trabajaba en la hornaguera de New-Bath, me vi precisado un dia á bajar á un pozo en el cual ardian dos grandes hogueras, á fin de espeler el mal aire de la mina i establecer una buena corriente en el interior. En el momento en que principiaba yo á bajar, acababan los trabajadores de llenar de combustible aquellas hogueras; de modo que viéndo-

me de repente sofocado por el humo, no tuve mas arbitrio, aun sin saber lo que hacia, que de taparme la cara con mi chaqueta que felizmente la llevaba muy mojada. Llegué de este modo al fondo del pozo sin lesion alguna, i observé que el aire encerrado en mi chaqueta habia sufrido una notable variacion.

Pensando algun tiempo despues en este incidente, recelé que la causa de la alteracion que habia sufrido el aire debia atribuirse á su roce con la lana humedecida que lo habia depurado. Repetí este experimento en el mismo pozo, i me confirmé en mi opinion de que el paño mojado con el que me habia tapado la respiracion, habia sido causa de aquel fenomeno singular. Habiendo hecho sucesivamente otra porcion de cálculos i reflexiones, logré construir una preparacion que me pareció la mas propia para preservar á mis operarios de la sofocacion sin

tropiezo alguno para trabajar aun en la atmósfera mas impura.

Este invento, por el cual recibió el autor cincuenta guineas i una medalla de la sociedad de artes, i cien guineas del rei en particular, es superior bajo el aspecto de la sencillez, á cuantos medios se han indicado en estos últimos años como los mas adecuados para llenar igual objeto.

El del teniente coronel Paulin, comandante del cuerpo de bomberos de la ciudad de Paris, con el cual se puede penetrar por medio del aire el mas mefítico i sofocante, i que consiste en un tubo elástico destinado á trasmitirle el aire exterior con el apoyo de una bomba absorbente, es mas costoso i de mayor embarazo, i no puede ser empleado en el acto; ademas de que no se puede adelantar con él sino á distancias mui cortas á causa del tubo que debe arrastrar tras sí el que se sirve de él.

El método de Roberts tiene la ventaja

de poder ser de la mayor utilidad aun en las minas mas profundas. (1) Es probable que los vapores formados en las casas incendiadas sean menos deletéreos que el gas no respirable que se desenvuelve muchas veces en las minas. La naturaleza de estos vapores varía necesariamente segun las sustancias sometidas á la combustion, i segun la cantidad de oxígeno que se encuentra en ellas; pero deben por lo jeneral contener en abundancia el gas ácido carbónico i el hidrójeno carbonato.

Uno de los experimentos hechos por Roberts, fué entrar en un aposento circundado de vapores de resina i azufre, i de permanecer en él conservando toda la libertad de sus movimientos, i ocupado en esci-

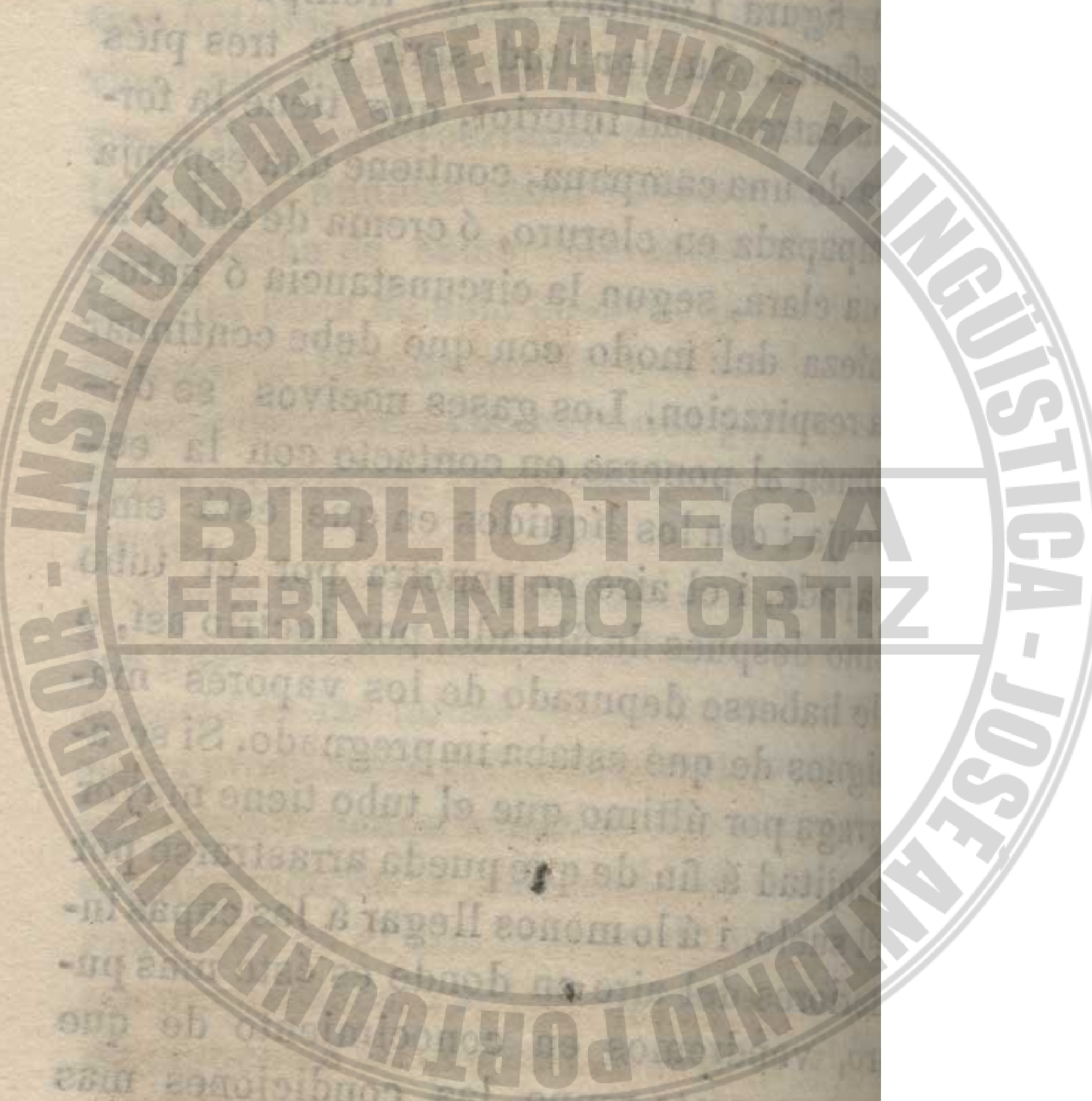
[1] El coronel Origo, coronel de los bomberos de Roma, es el inventor de los vestidos de cobalto para correr impunemente por medio de las llamas.

tar la combustion para hacer la prueba con tres botellas que llevaba llenas de mercurio, i que debia vaciar en diferentes alturas, á fin de que cerrando inmeditamente la botella, pudiese saber la clase de aire que reinaba en estas diferentes alturas. Resultó pues de este ensayo, que el aire tomado en la zona media, que era de cinco pies de altura, contenia dos partes de ácido carbónico, 18 de oxígeno i 80 de azoth.

Ahora bien, si se compara este aire con los gases deletéreos que se hallan con frecuencia en las minas, se verá que los vapores producidos por la combustion deben ser mucho menos temibles. No es la gran disminucion de la cantidad de oxígeno contenido en el aire la causa de sus funestas propiedades, i sí los vapores i el ácido carbónico de que está recargado dicho aire: este se puede absorber, i aquellos destruirse con el aparato de Roberts.

El tubo construido para que llegue á la máscara es flexible, i mui parecido en su figura i tamaño á la trompa de un elefante. Su lonjitud será de tres piés i su estremidad inferior, que tiene la forma de una campana, contiene una esponja empapada en cloruro, ó crema de cal, ó agua clara, segun la circunstancia ó naturaleza del modo con que debe continuar la respiracion. Los gases nocivos se detienen al ponerse en contacto con la esponja i con los líquidos en que está empapada, i el aire no penetra por el tubo sino despues de filtrado, por decirlo así, ó de haberse depurado de los vapores malignos de que estaba impregnado. Si se agrega por último que el tubo tiene mayor lonjitud á fin de que pueda arrastrarse por el suelo, i á lo menos llegar á las capas inferiores del aire en donde es éste mas puro, vendremos en conocimiento de que este aparato reúne las condiciones mas favorables para el objeto á que se destina.

117
... tubo constituido para que lleguen a la
... es factible, y muy parecida en
... la forma de un
... tres pies
... una columna, contiene
... en el tubo, y como de
... la claridad según la circunstancia
... del tubo con que debe contar
... Los gases movidos
... con la



BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

... habiendo depurado de los vapores
... que están impregnados. Si
... el tubo tiene
... queda
... y a lo menos llegar a
... de que
... condiciones más
... el objeto que se destina.

HISTORIA.

—•••••—
MARTA,

6

EL SALTO DEL TEQUENDAMA [1].

FERNANDO ORTIZ

Una señorita americana, en la flor de su edad i de su hermosura, se hallaba sentada á la sombra de una copuda pal;

[1] La cascada del rio Bogotá está situada al O. S. O. de la ciudad de Santa Fé á los 4 gr. 36 min. 1. N.: de su medicion por escandallo en

ma en compañía de su madre i de algunos criados en una de las colinas mas elevadas de las cercanias de Santa Fé de Bogotá, desde donde se divisaban por el frente los campanarios de aquella capital i el espeso humo que se elevaba hasta el cielo; por la derecha se daba vista á la famosa montaña del Tequendama, i por la izquierda se gozaba del hermoso espectáculo que ofrecia una casa de campo de linda construccion situada en medio de un verjel, en el cual parecia haberse reunido los árboles i plantas de todos los climas i paises. Tal era la casa de don Pablo Isidoro, padre de la citada hermosura, i jefe de esta familia venturosa.

los tres choques del agua á su desprendimiento, ha resultado una altura perpendicular de 311 varas i media, con su gran foso ó abismo abierto por el incesante choque que tendrá unas 46 varas de profundidad.

Desde aquella elevada posicion, á la que se dirijian los mismos personajes todas las tardes con la idea de anticiparse de algunas horas el placer de ver llegar á don Pablo de regreso de un viaje largo que habia emprendido pocos meses antes, se dominaba francamente i á larga distancia el camino por donde habia de aparecer el tan suspirado consuelo i amparo de aquella casa.

No era menor la impaciencia, ni menos estremada la ansiedad de la esposa é hija de don Pablo, que lo es la de una tierna amante al divisar á lo lejos en medio del océano una vela en la cual espera que pueda venir el objeto de su mas ardiente solicitud i cariño. Hasta los criados de Marta participaban de esta ansiedad, sin embargo de que se observaba en ellos mayor calma i una atencion menos contraida.

Era ésta una de las muchas tardes en que aquella afectuosa familia habia sali-

do á su paseo acostumbrado, i en el momento en que mas fija tenia la vista sobre aquel horizonte que debia embalsamar su corazon del mas puro placer, exclamó la hermosa Marta en un arrebatado de alegría: Mamá, mamá, allá están por fin, gracias á la Vírjen santísima; sí, ellos son; i en tanto que aplaudia con las manos tan fausto suceso, se llenaban sus negros ojos de lágrimas de gozo.

Con efecto, contestó la madre echándose á la cara un pequeño antejo; por aquella parte observo yo una comitiva que camina mui despacio; pero no debe ser tu padre, hija mia, porque estando ya cerca de su casa despues de un viaje tan dilatado, me figuro que su paso habría de ser menos pausado.

¡Vírjen santa! exclamó uno de los criados cruzando las manos; mas bien parece aquella reunion de jentes el acompañamiento de un entierro.

A medida que se iba aprocsimando la

procesion, presentaba mayor apariencia de una marcha fúnebre hasta el grado de tomar el semblante de la madre i de la hija las pálidas tintas del terror. Por cada instante se hacía mas visible el lento i mesurado movimiento; i llegó por fin tan cerca la comitiva que ya no fué posible equivocarse. Venia don Pablo á caballo delante de una litera tirada por dos mulas, i acompañada por ocho ó diez hombres que en su mayor parte eran criados del citado don Pablo. No podia dudarse que venia un cuerpo vivo en aquella litera al ver la atencion i esmero con que era conducida, i el prolijo cuidado con que trataban de evitar los malos pasos del camino.

Era este el tiempo en que estaba encendida con mayor encarnizamiento la guerra de las colonias españolas con la madre patria; por todas partes hormigueaban las guerrillas, i las tropas del rei desplega-

ban con igual teson i constancia todos los recursos de su ingenio i de su valor para que no triunfase la causa de la independencia. Nunca don Pablo habia estado ausente de su casa mas que un dia: era esta la primera vez que habia emprendido un viaje tan largo i tan lleno de azares i peligros; difícil es, pues, describir el placer con que se arrojó de su caballo para caer en los brazos de su amable familia: besos, abrazos i lágrimas de ternura fueron los primeros intérpretes del paternal cariño i del gozo de que estaba inundado el corazón de los personajes que formaban este cuadro interesante: felicitaciones, ansiosas preguntas, azoramiento, ajitacion ó impaciencia en saberlo todo á un tiempo, completaron la viva espresion de la alegría por tan fausto suceso.

Concluidos los primeros i recíprocos arrebatos de los tres principales interesados en esta tierna escena, entraron los

criados á proferir sus cordiales congratulaciones i á manifestar la activa parte que tomaban en aquellas satisfacciones. Calmado ya el tumulto de los cumplimientos, exclamó doña Anjela: "Solo Dios ha podido traerme sano i salvo á mi querido Pablo despues de haber arrostrado tantos peligros. ¡Cuántas veces me he arrepentido de haberte dejado salir para un viaje tan arriesgado, i tan erizado de precipicios! Bendita sea la vírjen que te ha preservado de toda desgracia! Pero ¿á quién traes ahí, mi querido Pablo?"

—Ese es un caballero anglo-americano que viene herido, contestó don Pablo; i dirijiéndose al mismo tiempo á los que lo conducian i que habian hecho alto durante esta escena interesante, les dijo que continuasen su camino; i tomando por el brazo á su esposa i á su hija, i entregando el caballo á uno de sus criados se colocó delante del convoi en direccion de su casa.

Ese caballero, prosiguió, que viene en la litera, es un teniente de navío al cual debo mi vida. Fuimos atacados i abordados por un buque de guerra español, i á no haber sido por el admirable manejo de este bizarro oficial nuestro barco colombiano habría sido apresado. Batimos por fin á nuestros contrarios, i nos apresuramos á llegar al puerto de Cartajena para ocuparnos con ardiente celo en la curacion de las graves heridas que habia recibido; pero como el mortífero clima de la costa no fuera el mas á propósito para ver cumplidos pronto nuestros deseos, resolvimos ponernos en camino para esta saludable mansion. Sin embargo de la pureza de mis intenciones, tengo el desconsuelo de ver que este mi querido amigo i bienhechor ha empeorado: el movimiento de las mulas, i la nociva influencia de las *tierras calientes*, por donde hace tantos dias que estamos caminando, ha enconado sus heridas, i le

ha causado una fiebre tan violenta que está en un continuo delirio. No tengo voces para espresar el mérito i heroismo de este hermoso jóven; jamas podré olvidar que él se halla en tan lamentable estado por su jenerosidad i bravura en querer salvar la vida de una persona estraña cual lo soi yo para él. Sin su denodado esfuerzo estaría en poder de nuestros terribles enemigos, ó mas bien habría sido pasto de los peces. ¿Puedo efrecer motivos mas poderosos para recomendarlo á la ternura i cuidado de mi buena esposa i de mi querida Marta? Pidamos á Dios que le alivie sus dolencias. El descanso i la tranquilidad que disfrutará en nuestra casa, la eficacia de nuestros facultativos, la esmerada asistencia que todos le prestaremos, i sobre todo el aire fresco i balsámico de nuestras montañas restablecerán mui pronto su preciosa salud.

Marta era una hija mui tierna i compa-

siva; se hallaba entonces en el primer desarrollo de sus afectos; la sensibilidad de su corazón participaba de la vivificadora acción de un clima voluptuoso, en el cual no se conocen estaciones destempladas, sino una perpetua primavera. Era pues natural que al ver sin conocimiento al jóven oficial americano tendido sobre la litera con las insignias aunque sencillas de su rango, i presentando unas elegantes facciones en medio de la palidez de la muerte, experimentase una impresion de simpatía romántica, i que se ecsaltase su imaginacion con aquel ardiente interes que se manifiesta jeneralmente en el bello sexo por los rasgos de valor, de hidalguía i de jenerosidad. A esta consideracion jeneral se agregaba otra mas fuerte i obligatoria, cual era la de haber recibido este jóven sus heridas por defender á su padre.

Se destinó para el herido una de las habitaciones mas cómodas i agradables de

la casa; se le puso la cama en un gabinete mui placentero, que recibia de frente la deliciosa brisa: sus ventanas daban á un hermoso balcon corrido que formaba una glorieta ó emparrado cubierto de jeranios, jazmines, rosas, lilas, azucenas i de miles de flores de gran aroma i fragancia, de que tanto abunda aquel benéfico clima. Revoloteaban al rededor de aquel sublime retiro infinitos pájaros que con sus encantadores trinos i gorjeos le daban un aire de encanto; las varias clases de aves de que estaban llenos los corrales de aquella quinta, que parecia mas bien una aldea que una casa particular, no dejaban de animar este cuadro campestre. En medio de estos cantos i voces de diversos tonos i matices, se oia á lo lejos con mas ó menos claridad, segun la direccion i la fuerza del viento, el sordo ruido del salto del Tequendama, parecido al murmullo de las olas despues de la tempestad.

Vino al momento de Santa Fé el cirujano de mas fama, i empeñado en arrancar del sepulcro esta prematura víctima, no perdonó medio alguno ni recurso de cuantos le ofrecia su sabiduría i su prudencia; fueron puestas en requisicion las balsámicas plantas i yerbas de que tanto abundan las crestas de aquellas montañas, i que son tan eficaces para las heridas; se le aplicaron cuantos remedios habia descubierto el arte de curar; no se perdonó diligencia alguna en obsequio de este desgraciado jóven; toda la casa estaba en continuo movimiento, i nadie pensaba ni se ocupaba sino en el modo de dar la salud á quien tan digno era de recobrarla. Sin embargo de tan incesantes desvelos, presentaba el enfermo en el primer dia síntomas los mas alarmantes; su rostro desfigurado, la mayor inflamacion de sus heridas, i el continuo delirio tenia sumida la casa de don Pablo en un mar de angustias i confusion.

Marta, que habia tomado la presidencia en el cuarto del enfermo, no cesaba de encargár á todos el silencio, i estaba pendiente del menor movimiento del paciente, sin que hubiera podido concebir todavía esperanza alguna en las primeras veinte i cuatro horas. No fué menos triste el segundo dia; pero estaba reservado para el tercero todo el peso del dolor, cuando los facultativos por unanimidad convinieron en que no habia posibilidad humana de salvar aquel benemérito oficial. Sin embargo, al cuarto dia hizo crisis la enfermedad; ácia el anocheecer apareció una lijera tinta de color sobre aquellas mejillas de mármol, i la tan afectuosa como agradecida familia de don Pablo pasó en un momento de su estado de abatimiento i desesperacion, al del mas puro placer i de halagüenos cálculos.

Cinco dias habian trascurrido sin que hubiese pronunciado el enfermo otras pa-

labras sino algunas interjecciones ó exclamaciones dirigidas á su padre, ó á algun miembro de su parentela, i aun éstas de un modo confuso, inarticulado i casi ininteligible. Ya el sexto dia habia adquirido su conocimiento, aunque todo lo que veia i lo que recordaba haberle sucedido le parecia un sueño disparatado. Los rayos del naciente sol de aquella mañana, que habian llegado hasta su cama por entre el tejido de rosas i jeranios que formaba el cortinaje exterior, lo despertaron de su sueño profundo, pero ya natural i tranquilo; i aunque se sintió libre de afanes i dolores, no dejó de observar una suma debilidad en todos sus miembros.

Apenas abrió los ojos por primera vez á una nueva vida, los dirigió á observar los objetos que lo rodeaban. La afectuosa Marta, que se hallaba á su cabecera, i que no habia visto todavía brillar aquellos ojos con la luz expresiva del sano juicio, se

transportó de gozo, i aplicó atentamente el oído á lo que principiaba á hablar con un tono débil de voz i con acento extranjero.—”¿Dónde estoi? Dónde he estado? Qué me ha sucedido? Yo estaba en la mar. Este lugar es todavía.... pero éstas no son las flores; éstos no son los sonidos de la mar, si bien aquel sordo ruido se asemeja al lejano murmullo de las olas. Dígame V., amable señorita. Mi cabeza está trastornada. Parece que yo no he descendido al sepulcro, aunque mas bien parecen del paraiso estas flores, estos sonidos i los ángeles que me rodean.” Al concluir estas palabras dejó traslucir una débil sonrisa por sus mejillas.

—Silencio, querido amigo, dijo Marta aplicando el dedo á sus labios; V. se halla entre amigos; no puedo decir mas; no se le permite á V. hablar ni una sola palabra. V. se halla en casa de don Pablo Isidoro de la Paz; aquí tenemos abundancia

de flores i de pájaros, pero nada de ángeles. Ese ruido distante es el del *salto del Tequendama*; todos estamos aquí para cuidar á V.; así pues, tenga V. buen ánimo, caballero americano, i procure V. restablecerse pronto. Basta ya por ahora, porque la prohibicion de hablar me alcanza tambien á mí.

—Mas ya V. ha faltado á esas prescripciones, hermosa doncella, así pues, no será extraño que yo la imite. Dígame V. ¿qué ha sido de mí? ¿Qué es lo que me pasa? ¿Cómo se llama V.?

—Es verdad que he faltado; pero ya no volveré á incurrir en este defecto. V. puede mandar cuanto guste en esta casa; i en cámbio tan solo se le ecsije que calle; los facultativos lo han dispuesto así.” Acompañando Marta estas espresiones con una sonrisa i con un movimiento significativo de silencio, desapareció de la habitacion con graciosa lijereza.

El modo con que don Pablo habia referido la historia del teniente anglo-americano, habia sido el mas á propósito para despertar dulces emociones en el corazón de la cariñosa i sensible Marta. Un hermano de dicho don Pablo habia muerto en Veracruz dejándole una rica herencia precisamente en el momento de soplar con mas ardor el fuego de la guerra de las colonias con la madre patria, segun ha sido indicado. Los mares estaban cubiertos de corsarios i de buques de guerra; los viajes por tierra no eran menos peligrosos porque por todas partes se cruzaban las tropas del Rei, i los independientes no tenian un momento de descanso; así que, don Pablo, que ya era por sí bastantemente rico, estuvo indeciso sobre si iria á tomar posesion de su herencia; pero amaba demasiado á su hija, i por otra parte se preciaba de caballero noble i esforzado, para renunciar por miedo i cobardia á la

adquisición de sumas inmensas de dinero en que consistía la citada herencia.

Finalmente se había resuelto á este penoso viaje; i haciéndose superior á los ruegos i á las lágrimas de su familia, había tomado el camino de Cartajena, en cuyo pueblo se había embarcado para Veracruz. Luego que don Pablo llegó á esta ciudad, arregló sus negocios, realizó su herencia, i volvió á embarcarse con sus riquezas á bordo de un bergantin de guerra colombiano, en el cual había tomado pasaje el señor Gustavo H., teniente de navío anglo-americano, encargado de llevar despachos de su gobierno para su ministro en aquel Estado.

El teniente Gustavo hablaba corrientemente el español, i era maestro en el juego del ajedrez. Aunque don Pablo había aprendido este juego en Paris, estaba sin embargo mui distante de poder competir con su compañero de viaje; pero este juego

le sirvió de pretesto para principiar una amistad, que fué cobrando nuevas fuerzas á medida que el oficial iba desplegando sus conocimientos en literatura, á la que era mui aficionado el referido don Pablo. Por otra parte la circunstancia de ser todos los demas pasajeros i la tripulacion jente vulgar i sin instruccion, estrechó mas i mas los vínculos de adhesion i aprecio de estos dos amigos.

La condescendencia del oficial en dejarse ganar algunos juegos, i mas que todo su amena conversacion, i los sanos principios i doctrinas que empezó á desenvolver durante la navegacion, cautivaron de tal modo el ánimo de don Pablo, que le habia ofrecido su casa con vivas instancias de que fuera á pasar algunos meses en su compañía, á gozar de aquellos aires saludables, i á disfrutar del magnífico espectáculo de objetos naturales que tanto recrean el ánimo del filósofo observador. No

dejó de hablarle de su hija, i de pintarla, aunque con delicada modestia, como una joya de inestimable valor.

Ya estaba para concluirse el viaje con toda prosperidad; ya faltaban tan solo dos ó tres días para llegar al suspirado puerto de Cartajena, cuando se descubrió una vela sospechosa que se conoció mui pronto ser un bergantin de guerra español que á todo trapo se dirigia sobre el colombiano. Conociendo el capitán independiente que ya era inevitable el combate, empezó á hacer de priesa su zafarrancho; pero no considerándose con las calificaciones necesarias para salir victorioso de aquel empeño, pasó á ofrecer el mando del buque al oficial anglo-americano, porque en tiempo de tormenta el piloto hábil es el que debe colocarse al timon.

No titubeó Gustavo en admitir el mando al considerar que la mayor parte de la tripulacion eran paisanos suyos, con los

cuales podría entenderse mejor. Grande fué el empuje i violento el choque del buque español; á los pocos minutos estaba ya á tiro de pistola del colombiano; pero la serenidad de Gustavo, el acierto en sus maniobras, i el denodado esfuerzo con que dirigia la acción, infundió aliento i esperanza en los independientes, i les hizo hacer prodijios de valor. La diestra puntería del nuevo capitán habia hecho los mayores destrozos en la arboladura del buque enemigo; por lo cual conoció el comandante español que ya no le quedaba mas arbitrio, para salir airoso de su empeño, que dar el abordaje.

Dióse efectivamente con tanto valor i decision que honró sobre manera aquella bandera que tremolaba como anuncio de un triunfo seguro. Atribuyendo los españoles el mérito de tan fiera resistencia á los talentos del teniente anglo-americano, porque no podian figurarse que los aisla-

dos esfuerzos de los colombianos fuesen capaces de tener indecisa la victoria, se lanzaron sobre él con el mas desesperado furor; pero abroquelado éste por todos sus marineros, pudo resistir la primera furiosa investida, i reanimar á su jente para continuar la defensa hasta el heroismo.

Al ir don Pablo á proteger á su amigo en uno de los accidentes de la pelea, fué alcanzado por dos marineros españoles, quienes ya lo habian derribado sobre la cubierta, é iban á descargar sobre él mortales golpes, cuando se hizo adelante el jóven Gustavo i logró pararlos á costa de su sangre que corrió profusamente de una profunda herida que recibió en aquel instante; pero aunque herido continuó con ciego ímpetu el combate, mezclándose con los contrarios, repartiendo horribles golpes, i á su ejemplo todos los demas individuos del buque, hasta que obligaron á los contrarios á retirarse.

Al recorrer Gustavo el campo de batalla encontró la mayor parte de su jente muerta ó herida, i él mismo se vió cubierto de sangre que arrojaban otras varias heridas que habia recibido, aunque ninguna de ellas tan grave i tan peligrosa como la primera; se trató pues de dirijirse apresuradamente al puerto de Cartajena en busca de los auxilios necesarios. El principal cuidado de don Pablo fué el de no dejar á su amigo en aquel pais tan caluroso é insalubre, sino llevárselo á su propia casa, como lo verificó.

Era pues de suponer que con tales antecedentes habia de ser el teniente Gustavo asistido por toda aquella afectuosa familia con igual esmero como si fuese un individuo de la misma. Hasta el último criado estaba vivamente interesado en la salud del caballero americano. Ya en Marta habian hecho una impresion favorable las elegantes formas de Gustavo; ya

los encantadores acentos de su conversacion, aunque corta, habian penetrado dulcemente hasta su corazon. Como no habia visto mas mundo que Santa Fé, no podia estender sus cálculos comparativos sino con los jóvenes de esta ciudad, i respecto de estos llevaba el oficial una ventaja indisputable. Se hallaba por lo tanto en disposicion de nutrir sentimientos mas tiernos que los de la compasion i gratitud ácia el citado joven; i en el acto de concebirlos se engañaba así misma, pues creia que fuesen tan puros é inocentes como los que habría manifestado la misma hermana del joven si se hubiese hallado en su lugar.

El enfermo se iba mejorando rápidamente; en mui pocos dias pudo levantarse, i sentarse en un blando sofá que le habian colocado al lado del frondoso i balsámico balcon, desde cuyo sitio podia dirigir la vista á una gran parte de aquel es-

tenso establecimiento rural, observar la activa industria de la vida campestre, oír los melodiosos cantos de los pájaros, contemplar los majestuosos palmares i las erguidas montañas que se hallaban en el último término de aquel cuadro magnífico.

Marta habia recibido una brillante educacion, especialmente en las artes de adorno; así que cuando conocia que ya el jóven oficial podia estar fastidiado de la vista de objetos naturales, cojia la guitarra ó el piano, i acompañándose con cualquiera de estos instrumentos, deleitaba los oídos de su huésped con su melodiosa voz, i con su flecsibilidad en toda clase de modulaciones; otras veces se dedicaba á leerle algunas novelas ó romances españoles; el padre venia asimismo en su auxilio promoviendo una partida de ajedrez; se servian en el intermedio crema, frutas i vinos jenerosos; i finalmente formaban todos los individuos de esta casa

un estudio particular en hallar los medios de aliviar los males del paciente, i en distraer su ánimo de tristes cuidados.

Aunque tan diferentes en nacimiento i costumbres, en relijion i en las demas circunstancias que concurren á formar el carácter, sin embargo, para fortuna ó mas bien para desgracia de ambos, convenian en una porcion de cualidades, i conjenian demasiado para que dejase de tener el amor una parte mui activa en estas relaciones. La atraccion de dos almas que tienen tales puntos de afinidad, se forma bajo principios mas sólidos i mas filosóficos que las efímeras insinuaciones de la música i de las novelas. Marta estaba dotada, del mismo modo que su huésped, de un vigoroso ingenio que se prestaba á concepciones sublimes, i asimismo de una imaginacion ardiente i brillante; cuyas dotes son una bendicion ó una fatalidad para quien las posée, segun se desenvuelven

mas ó menos favorablemente sus respectivos planes. Ricos, hermosos i completos caballeros, pero que merecian el dictado de cazadores de fortuna, de cuya clase los hai en todo pais, i en todas partes son despreciados, habian solicitado su mano por su riqueza. Jóvenes románticos, que no escasean tampoco en Colombia, habian sido movidos esclusivamente por su hermosura i por sus encantos físicos; otros se habian presentado como candidatos sin mas consideracion que á sus talentos, i éstos eran los que mas se habian aprocsimado al corazon de Marta; pero ni unos ni otros habian logrado interesar las fuentes del amor, las cuales corrian con tanta calma como la primavera perpetua de aquel clima privilegiado.

Marta fijó su atencion en el noble porte del oficial, en sus modales circunspectos, en la viveza de su ingenio i en su fina penetracion, que alcanzaba aun á los movi-

mientos mas ocultos, de modo que parece dominaba los mas íntimos pensamientos de la que prendada ya con estas primeras dotes, fué estrechando sus mismos lazos con la fluida conversacion del referido oficial, con su delicado discernimiento i con la ecsactitud de sus racionios. Tan halágueno i persuasivo era el modo de expresarse de Gustavo, i tan oportunas sus observaciones, que los magníficos cuadros de la naturaleza adquirian doble interes con sus analisis; i aun los objetos menos importantes á la vista recibian nuevas i no conocidas tintas de belleza positiva.

Esta persona, pues, tan hermosa, de un espíritu tan cultivado, inundada de gracias, i tan interesante aun en su estado de palidez, que habia sido la primera á enseñar á Marta que tenia una alma i un corazon....., reunia otros talentos no menos solemnes para conquistar el amor de aquella tierna doncella: habia sido el li-

bertador de su padre, i habia recibido aquellas heridas presentando jenerosamente su cuerpo como escudo de su amigo don Pablo. Era por otra parte otro manantial de gratas sensaciones el oficio de asídua enfermera, en el que llevaba algunos dias de ejercicio; el paciente habia mostrado una suma docilidad á cuantas indicaciones le habian sido dirigidas por aquel ángel de piedad i de ternura.

Marta, pues, amaba; amaba intensamente, i aun puede añadirse con imprudencia i sin tino, porque no se habia fijado todavía en la necesidad que tenia de una fina correspondencia antes de empeñar su corazon. Ella ignoraba con efecto la clase de pasion que insensiblemente se habia deslizado en su pecho. Habia principiado por una simple curiosidad; se habia interesado luego la compasion, sucesivamente la gratitud; i con el mayor trato, el cariño aparentemente fraternal, i una cier-

ta idea de romántica adhesión á un extranjero que se hallaba gravemente enfermo á gran distancia de su país.

Por algun tiempo no pasaron las sensaciones de Marta del carácter de agradables i tranquilas; empezaron luego las de afán é inquietud al considerar la resolución que tomaría el enfermo luego que se hubiese restablecido. ¿Tendría éste en su país alguna otra persona que alegase títulos mas solemnes que los de hermana? ¿Participaba él de iguales sensaciones á las que experimentaba la cariñosa Marta?

Bien conocia esta amable doncella que sus sensaciones no procedian simplemente del deber social, porque segun habia oido á su confesor, las obligaciones ácia el prójimo no inspiraban ideas ni sentimientos de agitacion é inquietud, sino de dulzura i agrado. ¿En qué consistia, pues, esta notable variacion? Al principio eran dirigidas sus oraciones de la mañana, me-

dio dia i tarde á rogar á Dios i á la Virgen por la salud del pobre oficial, para poder ir á paseo con él, i á admirar las bellezas del campo; ya no pedia ahora que se pusiera enteramente bueno, sino que cesase todo peligro, i que conservara alguna palidez en su semblante; en fin que su salud ecsijera todavía algun método curativo, i no que adquiriese de repente una completa robustez, por temor de que quisiera entregarse de nuevo á las tormentas del océano, i que la abandonase para siempre.

A pesar de esta contradiccion, i de esta mezcla de sentimientos relijiosos i profanos, el teniente Gustavo recobró muy pronto la salud mas completa á beneficio de aquellos aires balsámicos i de la esmerada asistencia de la afectuosa familia de don Pablo. ¡Cómo temblaba Marta cada vez que el jóven oficial recibia cartas ó hablaba de su pais! ¡Con qué estu-

diado empeño evitaba ella todo cuanto pudiera abrir la discusión sobre sus futuros planes!

Mil ocasiones se les habian proporcionado á ambos de comunicarse ideas i sentimientos que tuvieran alguna fuerza mayor que los de simple amistad ó de estériles cumplidos; todos los dias se proyectaban salidas á pié, á caballo ó en caruaje por los bosques, i por cuantos sitios deliciosos encerraban aquellas cercanías, i Gustavo observaba siempre una conducta tan contenida i reservada, que ya Marta llegó á darse por ofendida de ver que su amante no sabia ó no queria interpretar lo que pasaba por su corazón, i de que ni aun por mera cortesania le hubiera dicho al encarecer la amenidad i belleza del pais, que pasaria con gusto en él toda su vida.

Se dispuso salir á ver por primera vez el Tequendama, i á petición del convale-

ciente, que gustaba dar á pié aquel paseo, se convino en que le acompañase su dulce enfermera. La mañana estaba de lo mas brillante que podia apetecerse; salió el sol difundiendo su benéfico influjo sobre aquellas montañas, i recibiendo las armoniosas salutations de los seres alados que comunicaban un verdadero encanto al corazon.

Asida Marta del brazo de Gustavo, gozaba á un tiempo de las bellezas de la naturaleza i del placer de tener á su lado al objeto de su amor. Sin embargo de la confianza que éste le inspiraba, no dejó de experimentar una cierta inquietud al verse sola en el campo con aquel amable jóven; así que fueron algo torpes al principio sus esplicaciones sobre los varios objetos que se presentaban á la vista; pero las delicadas atenciones i finos modales de su compañero, la fueron tranquilizando hasta el punto de hacer una ostentosa gala

de sus conocimientos botánicos i de su elocuencia, que dejó asombrado al oficial americano. La flora ecuatorial le era desconocida; pero por mucho que se complaciera en admirar una vejetacion tan lujosa, por grande que fuese su curiosidad en contemplar la variedad de plantas de que está cubierto aquel rico suelo, i de que él no tenia la menor idea, fué mayor su embeleso al oír los eruditos analisis, i la mágica afluencia con que la graciosa Marta le daba una instruccion jeneral sobre aquella parte de historia natural, á cuyo estudio se habia dedicado con tal aprovechamiento, que parecia increíble en una jóven de tan tierna edad. Nunca el jóven Gustavo habia oído acentos tan melodiosos en la carrera de las ciencias, i nunca le habia parecido tan hermoso el estudio de la botánica, ni tan sublimes sus lecciones como cuando descendian de los coralinos labios de la divina Marta.

Despues de haber recorrido varios de los puntos mas sublimes que ostentaban con la mayor lozanía casi todas las producciones de los diversos climas i rejiones, porque este suelo privilegiado las ha hermanado todas, se internó esta dulce pareja por un bosque, á través del cual serpentea el voluptuoso rio de Bogotá, formado de las vertientes de aquellas montañas: sus orillas estaban cubiertas de perpetua verdura, haciendo pompa de todo el esplendor, riqueza i variedad de las producciones tropicales, sobre las cuales volvió de nuevo á ejercitarse la elocuencia de los dos botánicos.

Mas ya en este punto, que tan prócsimo se hallaba á la cascada, era tan fuerte i estrepitoso su sonido, que para poderse entender debian tener casi pegada alternativamente la boca al oido; circunstancia necesaria, i que no suele desagradar á las personas que se miran con algun inte-

res. Gustavo estaba impaciente por precipitarse mas adelante, i por llegar al mismo punto del salto á fin de contemplar de cerca aquel sublime espectáculo.—”Cállese V., amigo mio, le dijo Marta, no sea V. como esos jóvenes inquietos i volubles que nunca están contentos con lo que ven i con lo que poséen, i que no saben dejar en reserva alguna parte de sus placeres, sino que los quieren gozar todos á un tiempo.

Para mí es demasiado horroroso el Tequendama. Yo gusto de esta deliciosa sombra, de estas fragantes flores, i de la calma i fresco que ofrece este sitio, infinitamente mas que de la imponente i espantosa caída de las aguas: esa magnífica corriente pierde para mí todo su encanto desde que observo su progresiva rapidez i sus remolinos que me indican la proximidad del horroroso salto. ¡No estamos bien en este ameno sitio? Disfrutemos al-

gun tiempo mas de su apacible sombra i de su frescura.

El sol iba sin embargo adelantando su carrera, i al sacar Marta su reloj, vió que les quedaba poco tiempo para ver el Tequendama antes de la hora de comer: así que, conociendo la necesidad de usar de toda dilijencia, dijo á su compañero: "Ea pues, vamos adelante si á V. le parece; vea V. ese gran espectáculo, ya que debe verse una vez á lo menos para conservar el recuerdo de la realidad." Principiaron á caminar, i subiendo por una eminencia escarpada llegaron á una de las mesetas que forma aquella elevada montaña, desde la cual se gozaba de una perspectiva encantadora. Aquel famoso rio, cuyo curso se presenta lento i majestuoso, llega al tremendo punto, desde el cual se desprende á una profundidad de 311 varas i media, presentando á la vista la figura de una inmensa sabana que descende del cie-

lo á la tierra, reventando en vapor tan blanco como la nieve, que cubre toda la atmósfera que rodea aquellos sitios.

Marta dijo al atónito observador anglo-americano, que el ruido que se percibía en la parte mas baja no era propiamente el de una cascada, sino una especie de silvido, ó sonido hueco que ensordecía, no tanto por su fuerza como por ciertas causas inapeables que obraban sobre el oído i sobre la imaginación. Como este sonido venía ya mui suavizado desde las rejiones inferiores, formaba un efecto maravilloso parecido á la arpa eólica cuando se toca en escala mayor entonando un himno á la Divinidad con la respetuosa veneración proporcionada al sublime aspecto de aquel magnífico espectáculo.

Despues de haber disfrutado esta amable pareja de unos rasgos tan preciosos de perspectiva natural, empezaron á bajar de aquella montaña, parándose por interva-

los á saborear el placer de aquellos cuadros de tanta ilusion. Marta, que iba colgada del brazo del jóven inválido, observó de lejos á sus padres que estaban sentados debajo de un embovedado de palmas con vistas al Tequendama. Aunque éstos divisaron tambien á los dos jóvenes naturalistas, no se movieron para salirles al encuentro por un exceso de condescendencia que les hizo creer que habia de serles mas grato concluir aquella excursion sin que nadie presenciase sus dulces coloquios.

Descubriendo Marta el arrobamiento de su compañero, se aprovechó de tan favorable instante para dirigirle el discurso siguiente: "¿No le parece á V. que es admirable este sitio, i tan variadas como encantadoras las escenas que se presentan á nuestra vista? ¿Cuán agradecida i contenta debo estar al todopoderoso que ha querido fijar mi destino en una mansion tan

placentera! Este grandioso espectáculo de la naturaleza lo he tenido delante de mi vista desde mi infancia. La lectura ha ensanchado mis goces. Me parece que mi corazón había de estar fuera de su centro en cualquiera otra parte. Es muy agradable ver de lejos las plateadas crestas de esas montañas; pero vivir entre la nieve, la sola idea me horroriza; V. dice que la mitad del año es invierno en su país de V.; i después de haber visto un clima tan delicioso como lo es éste, ¿podrá V. volveri acostumbrarse á su nativo cielo tan áspero é inclemente? Mas, sí, ya veo que sus ojos de V. se fijan ácia las tierras calientes, por donde debe V. alcanzar su favorito elemento, i volar á los brazos de alguna querida que ocupa indudablemente su atención por entero.”—

Crúzase de repente por el ánimo de Gustavo un grato i activo recuerdo; el honor i la verdad dictaron su contestacion.—

—Sí, mi querida Marta, ya no puedo entregarme mas tiempo á la distraccion sin que se me presente la imájen de aquella á la que he jurado mi fe. Hemos nacido i nos hemos criado juntos; hemos sido bautizados en la misma pila. Volveré á ella, ya que espero poderla ofrecer todavía el cumplimiento de mis promesas.

Aunque al hacer Gustavo esta noble é injenua confesion tenia la vista desviada de Marta, advirtió en ella sin embargo un estremecimiento i turbación como si hubiera sido atravesada por una bala; la palidez de la muerte se difundió por su semblante; salió al mismo tiempo el sol de entre celajes i brilló con toda su fuerza i resplandor, de cuya circunstancia se valió la infeliz Marta para rogar á su compañero que la llevara al lado de sus padres, porque temia una insolacion. Gustavo la cojió por el brazo, i la fué bajando por el declive de aquella montaña hasta

la orilla del rio, á cuya sombría márjen se sentaron hasta que la angustiada Marta cobrase nuevas fuerzas para continuar su camino.

Despues de un breve descanso rompieron de nuevo la marcha; pero observó Gustavo en ella una descomunal alteracion, ó bien procediese de desfallecimiento, ó de extravío, ó de desesperacion. Sus padres estaban ya mui cerca, cuando Marta se desasíó del brazo de Gustavo para dirigirse ácia ellos; pero resbalando sobre el terreno humedecido por la continua lluvia del rocío ó vapor elevado de la cascada, de la cual distaba tan solo unos treinta pasos, cayó en aquellas aguas arremolinadas, i desapareció de la vista. La madre dió un grito de terror. El encontrado choque de aquella corriente presentó mui pronto sobre la superficie su vestido de seda verde i las hermosas trenzas de su cabello. Gustavo se arrojó al agua i

asió de ella precisamente en el momento en que uno de aquellos remolinos vortijinosos estaba para arrastrarla á la blanca espuma, en donde hubiera sido imposible libertarla de la fuerza de la atracción ácia la misma caída del agua. Aunque se habia podido evitar este gran peligro, quedaba otro no menos grave, ó sea otra vorájine que habia que superar á la parte opuesta, i por la cual era preciso atravesar para no ser arrastrados de nuevo á estrellarse debajo del salto. Recojó el valiente marino todas sus fuerzas, i teniendo bien aferrada á la ecsánime doncella, se arrojó á pasar nadando por dicho remolino; el riesgo era terrible; aquel movimiento turbulento de las aguas enviaba de una parte á otra á sus dos presuntas víctimas, i ejercia su poderoso influjo para tragárselas, pero el impávido Gustavo luchaba á brazo partido con estos elementos de contrariedad, i ya se iban agotando sus fuerzas i des-

mayando su espíritu, cuando la Providencia le deparó las ramas de un árbol, cuyo tronco estaba fijo en una de las márgenes; agárrase de aquella única áncora de su esperanza, i arrastrando su preciosa carga, salta á tierra sin aliento i sin sentidos, los cuales sin embargo recobró mui pronto.

Marta fué conducida á casa con el acceso de una fiebre violenta que la tenia en continuo delirio: se la oia hablar por intervalos con la mayor formalidad i reserva, luego llorar, gritar, llamar al oficial americano i quejarse amargamente de su crueldad en dejarla; cuyos desahogos impusieron bien pronto á toda la familia del verdadero estado del corazon de aquella inocente jóven.

A la caida de la tarde se fué serenando, cedió la fiebre, i tuvo la calma necesaria para desahogar sus penas en el seno de su madre. En vez de acusar á Gustavo por artificio alguno que hubiera tratado de u.

sar para enamorarla, habló con encarecimiento de su moderacion, delicadeza i pundonor, i sobre todo de su injenua i franca confesion en el Tequendama. Era su único consuelo el figurarse que no habría sido insensible á su amor sino se hubiera visto ligado con compromisos anteriores.

Cuando sus padres, cuyo amor ácia ella era una verdadera idolatría, le preguntaban qué queria ella que se hiciese respecto á su huésped, i si deseaba volverlo á ver, contestó; "No, yo procuraré olvidarlo por amor de Vds. Ya que su fe está empeñada con otra, deseo que se vaya en paz i que me deje. Creo que mi única medicina ha de ser la absoluta certeza de que no he de volverlo á ver jamas. Aunque estuviese en mi mano no trataría de influir en que faltase á sus juramentos; que se vaya, pues, cuanto antes, yo me arreglaré del mejor modo posible." Pero al

mismo tiempo que pronunciaba con frenética amargura estas palabras, hijas del resentimiento por su amor burlado, se traslucía un estravío en sus ojos, una moribunda palidez en su semblante, una respiración forzada i trabajosa, i otros síntomas tan alarmantes que sus padres se llenaron de terror i de angustiosa inquietud.

A la mañana siguiente tuvo don Pablo una entrevista confidencial con el jóven oficial, cuyo dolor al ver el funesto sesgo que habian tomado los negocios, le habia hecho pasar una noche la mas ajitada i molesta; ;pero cuán grande no fué su asombro cuando se le dijo que no convenia se presentase á la presencia de Marta! ;I cómo describir la pena que despedazó su corazon cuando don Pablo le dirijió el siguiente discurso! "Yo he sido, amigo mio, por mi indiscrecion, la causa del vehemente amor que mi hija ha nutrido por V. Yo debiera haberlo previsto; mas ya

es demasiado tarde. Yo lo aprecio á V. mas que todo por la injenua confesion que V. ha hecho. Me lisonjeo en creer que si no hubiera sido por el impedimento que con tanta nobleza i lealtad ha declarado V., habría V. correspondido á la pasion de mi hija. Nada digo de su mérito ni de sus esperanzas. Si no se hubiera cruzado el citado inconveniente, yo la habría desposado con V. gustosísimamente; pero ya que no puede ser, váyase V. en paz. Las bendiciones del cielo lo acompañen en su viaje, i cualesquiera que sea el resultado para esta incauta criatura, podrá V. contar siempre con mis finos i agradecidos recuerdos.”

—¿Pero no podré verla, le interrumpió Gustavo? ¿No podré hablarla?

—No; así conviene para su bien de V. i para el nuestro; por otra parte ella insiste, i al parecer con prudencia i acierto, que V. no entre en su cuarto: su presencia de

V. causaría en su salud mayor alteracion.

Resuelta pues la pronta salida de Gustavo, se pusieron al momento á su disposicion mulas i criados que lo condujesen á Santa Fé. Los padres de la angustiada Marta abrazaron al extranjero, i se despidieron con acerbo dolor, quedando sumidos en el mayor desconsuelo.

Cuando ya Gustavo se hallaba á alguna distancia de aquel sitio, se volvió para contemplar por la última vez aquellos hermosos paisajes, i la mansion en que yacía tal vez espirando una tierna doncella sin mas delito que haberlo amado con exceso. El tropel de ideas que se agolpó á su imaginacion i el vivo interes que lo movia ácia aquella desgraciada víctima de sus desdenes, conmovió su corazon hasta el punto de desprenderse de sus ojos dos rios de lágrimas, lágrimas de ternura, de sensibilidad, de gratitud i de remordimiento.

Al llegar á Santa Fe le entregaron un paquete de cartas traídas recientemente á Cartajena por un buque de Nueva-York, i que su corresponsal le habia remitido á aquella capital. Entre las varias noticias que le comunicaba su hermano, le daba una relacion circunstanciada de la señorita L., objeto de sus ardientes votos. Decia que como el norte de esta dama habia sido el cálculo de la posicion social mas bien que el impulso ardiente del corazon; como no eran tan lisonjeras como ella deseaba las ventajas que podia ofrecerle Gustavo, habia dedicado su atencion al señor Hornsby, el cual sino era ni hermoso ni insinuante en sus modales, poseia grandes riquezas, las cuales, en el concepto de la mayor parte de las compañeras del hombre, suplen los demas defectos; así pues, rejida por su mania de figurar en el mundo galante, i siguiendo los consejos de personas que se llaman jui-

ciosas porque saben sacrificar las inclinaciones simpáticas del corazón á los fríos cálculos de la conveniencia, habia olvidado sus primeros juramentos, i se habia echado en brazos de su nuevo amante.

Concluía la carta en estos términos: "Tú deberás recordar que yo siempre traté de distraerte de esta pasión porque conocía que tu dama no tenía mas corazón que una ostra. Tengo bien presentes tus furiosos enfados cuando glosando yo las protestas que ella te hacía de no poder sobrevivir al dolor de tu salida de Nueva-York, me reía de ellas, i te aseguraba que esta caprichosa mujer haría la coqueta con todo el mundo, i te dejaría burlado. Poco fué menester para que se viese el acierto de mi predicción. Hablen los baños de Saratoga, á donde pasó á poco tiempo de tu marcha; hablen las tertulias de Nueva-York que han sido testigos de las multiplicadas proezas amorosas de esta tu en-

cantadora sirena; se fijó por fin en Mr. Hornsby.

Todos sus votos de eterna constancia; todas sus protestas de pasar entre lágrimas i el luto el tiempo de tu ausencia; todos sus artificiosos alhagos han cambiado de direccion á la vista del magnífico metal de este indiano, quien acaba de conducirla al altar por fortuna tuya, pues por tal la reputo. Ya ocupa, pues, su palacio, ya luce sus brillantes coches, i ya las reuniones de la casa de Madama Hornsby son las de mas tono de la ciudad.

No envidies la suerte que ha cabido al preferido rival. Los jóvenes i las muchachas que tenian conocimiento de estos amores dicen que te compadecen; pero yo te doi la mas cumplida enhorabuena, i te ecsorto á que con el mayor fervor dés un millon de gracias al Todopoderoso por haberte libertado de una mujer sin fe i sin carácter, la cual tratará á su marido, cuan-

do menos lo espere, con la misma perfidia con que te ha tratado á ti. Procura, pues, casarte con la primera criolla rica i hermosa que te se proporcione, i no te apures por tus pasados amores: este es el consejo mas sano que puede darte tu afectuoso hermano.”

¡Gracias á Dios! exclamó Gustavo, que me veo libre de todo empeño; ya mi honor está á cubierto; ya podré hacer sin obstáculos la felicidad de una familia tan digna de mi mas ardiente solicitud. A los motivos tan poderosos para dar la mano á la hermosa Marta, que llevamos relacionados, se agregaba otra consideracion que pesaba mucho en el ánimo delicado i pundonoroso del jóven extranjero. En el poco tiempo que llevaba de permanencia en Santa Fe habia tomado conocimiento de las absurdas i variadas voces que circulaban por aquella ciudad en menoscabo del honor de la aflijida Marta, voces que te-

nian doble empeño en propalar aquellos mismos jóvenes cuyos obsequios habian sido desairados: unos decian que habia vacilado la virtud de Marta, i que viendo que su afortunado amante no queria casarse con ella, se habia arrojado al rio por desesperacion: otros afirmaban que no habia llegado el caso de delinquir, porque el americano habia estado mui frio i mui reservado con ella: otros aseguraban que el extranjero habia cometido la villania mas atroz, abusando de la inocencia i sencillez de aquella jóven, i arrojándola al agua para ocultar su atentado; de cuyo peligro la habia salvado don Pablo. El objeto de estas injustas acriminaciones se dirigía por parte de los agraviados á desahogar su despecho, i á pintar al venturoso rival con los colores mas odiosos, no dejando don Pablo de participar de tan severa censura por haber admitido en su casa, i haber entregado su hija, segun decian ellos,

á un pérfido extranjero, á un hereje, como lo eran casi todos los anglo-americanos.

Doblemente estimulado nuestro héroe con estas injuriosas murmuraciones, se puso al instante en camino, i ya en la mañana del dia siguiente se hallaba en casa de Marta: esta jóven habia tenido un acceso violento de fiebre apenas supo la marcha de Gustavo; i su estado llegó á ser de tanta alarma i peligro, que sus padres habian despachado un propio á Santa Fe para invitarle á que volviese á ver á su hija, única esperanza que les quedaba para arrancarla del sepulcro; pero el mensajero habia tomado otro camino, i no se encontró con Gustavo.

No es fácil describir el júbilo de aquella familia al ver tan inesperadamente al virtuoso oficial: su presencia calmó la inquietud de Marta; i sus amorosas protestas hicieron desaparecer como por encanto aquella ardiente fiebre que la devoraba.

En el acto empeño su fe con la amable heredera, i en breves dias se celebraron las bodas con el mayor alborozo i alegría. En uno de los paseos que dió al Tequendama esta afortunada pareja, al dirigir Marta la vista ácia el sitio en que habia sido salvada por los esfuerzos de su amante, le dijo: "Si alguna vez, lo que no creo, se llegase á entibiar mi amor para contigo, vendré á este lugar, fijaré en él intensamente mis miradas, i mi corazon se inundará de placer, de gratitud i de amor. Nada en el mundo podrá borrar esta impresion de entusiasmo i admiracion."

Es natural la presuncion de que continuan disfrutando de su bien merecida felicidad estos dos amantes unidos por tan dulces simpatías; no es menos cierto que el cielo ha bendecido esta union con numerosa prole, i que gozan de todos los placeres domésticos, i de los que ofrece aquel delicioso clima, en el cual no se co-

nocen los extremos de calor i frio, i sí solo la envidiable temperatura de una eterna primavera.

(*Knickerbocker.*)



ECONOMIA POLITICA.



LECCIONES DE FINA EDUCACION.

Las cartas de Milord Chesterfield á su hijo Stanhope merecieron un aprecio tan jeneral apenas vieron la luz, que fueron vertidas á todos los idiomas, i sus máximas i doctrinas adoptadas como modelos los mas acabados del buen porte i delicado trato social. Analizar estensamente esta obra maestra, i enunciar con difusion todas sus gracias i perfecciones, sería ajeno de este lugar, i nos haria franquear los límites de la concision que nos hemos pro-

puesto; nos limitaremos por lo tanto á presentar un reducidísimo extracto comprendido en 166 acsiomas ó preceptos, i son por el órden siguiente:

AMISTADES.

- 1 Guárdate de los amigos de boca; recíbelos con gran política, pero con reserva; págales con cumplimientos, mas no con confianzas.
- 2 La amistad contraída en la disolucion i libertinaje es efímera i aparente, i mas bien puede llamarse conjuracion contra las buenas costumbres.
- 3 Desconfía del que para hacerte creer una cosa se vale de protestas i juramentos, i manifiesta un empeño mui fuerte i decidido.
- 4 Huye de las malas compañías, porque quien las frecuenta recibe las odiosas

tintas de que aquellas están impregnadas.

- 5 Distingue al compañero del amigo: aquel lo es involuntaria i accidentalmente, éste lo es voluntaria i decididamente. El primero, siendo malo, es enemigo tan temible como el segundo.
- 6 Declárate contrario de los vicios; pero no ataques descaradamente á aquellos conocidos tuyos que se vean dominados por ellos, porque no es menos peligrosa su enemistad que su amistad.
- 7 No abandones las amistades antiguas por otras nuevas ó de mas brillo, porque es mui fea la nota de ingrato ó de inconsecuente.
- 8 Procura no tener enemigos, i haz todos los esfuerzos por granjearte el aprecio del mayor número de jentes que te sea posible.

BUENA CRIANZA.

- 9 Si quieres merecer consideraciones, úsalas con los demas.
- 10 El saberse presentar en sociedad con despejo, con urbanidad i con decoro es la mejor carta de recomendacion, i el mejor padrino del mérito.
- 11 No incurras jamas en aquellas faltas que por ser demasiado conocidas habian de estrañarse mas: tales son, no responder por monosílabos sin la agregacion de señor ó señora; contestar con afabilidad al que dirige la palabra; ponerse de los últimos en la mesa; comer con aseo, sin cortedad, i sirviendo los platos que se tuviere delante, no sentarse en tanto que están los demas en pié; ceder el asiento, el paso, la entrada; i finalmente hacerlo todo con buena cara i con agrado.

12 La buena crianza es incompatible con la estudiada formalidad, con el impertinente desasosiego i con el torpe encojimiento.

13 No dejes de acomodarte á los usos i costumbres del pais en que vivas.

14 Tan chocante es presentarse delante de personas de respeto con torpeza, coquedad i atolondramiento, como con excesiva llaneza i descarado; lo primero arguye falta de trato i de dignidad; i lo segundo exceso de petulancia; débese, pues, escojer el justo medio.

15 En toda sociedad te deberás colocar bajo un pié igual á los demas, teniendo tanto cuidado en huir de las confianzas como de las desatenciones, especialmente con el bello sexo, al cual nunca deberás desairar, sino por el contrario procurarás oír con agrado aunque no diga mas que sandeces, disimular sus defectos, i aun derramar de tiempo en

tiempo algun tanto de adulacion.

16 Para hacerte apreciable en el trato social no necesitas menos de la afabilidad i buena crianza, que de la ciencia, honor i virtud.

17 El sábio sin crianza es un fastidioso pedante.

18 La buena crianza es la mejor defensa para contener los malos modales de los que te traten.

19 La buena crianza es entre las cualidades mundanas lo que la caridad entre las virtudes.

CARACTER.

20 El hombre de mal carácter puede deslumbrar si reune otras dotes exteriores que lo recomienden, pero dura poco tiempo el engaño; se disimulan con facilidad los defectos de los sentidos, mas no los del corazon.

21 Nada degrada i envilece tanto como la nota de mal carácter.

22 Debes evitar la compañía de aquellos hombres que se jactan de sacrificar la moral á la falsa filosofía i á su libre creencia; i cuando no te puedas excusar de ellos, no condenes acrimoniosamente sus licenciosos discursos sino de un modo que no escite en ellos confusion i vergüenza; como por ejemplo, diciendo que tú no los crees capaces de ejecutar lo que dicen, ni aun de sentir lo que decantan.

23 Conserva sin mancha tu carácter moral á costa de cualquiera sacrificio.

24 Mantén inviolablemente tu palabra: faltar á ella es necedad, desdoro i delito.

COMPAÑÍAS.

25 Frecuenta buenas compañías, que es el único camino de adquirir sanas ideas,

i de recibir nobles i jenerosas impresio-
nes.

26 Procura acompañarte con personas que
sean mas que tú, no tanto en nacimien-
to, como en mérito i buena opinion.

27 Huye de personas ordinarias en cla-
se, en modales i en circunstancias,
porque el lugar de preferencia que pue-
das ocupar entre éstas, te degrada para
las demas.

28 Para el trato social sacarás menos fru-
to de un Newton ó de un Descartes,
que de jentes de este mundo que contri-
buyen á la sociedad con su parte de
buen humor, de buena crianza i de co-
nocimientos jenerales.

29 Hai sujetos que en medio de sus vi-
cios poséen virtudes i brillantes do-
tes, cuales son finura, aire noble, buen
manejo con las jentes, gracia en su con-
versacion, ect.: imítense estas i desé-
chense aquellos.

CONVERSACION.

30 No seas difuso en la conversacion para no cansar al que te escucha.

31 No elojies una virtud ni condenes un vicio con demasiada viveza delante de alguna persona que carezca de aquella ó que se vea dominado por éste, porque podrá considerar tu invectiva como un ataque personal.

32 No debes referir cuentos sino mui raramente, cuando vengan mui al caso i que sean cortos, suprimiendo toda circunstancia que no sea de interes, i absteniéndote de pesadas digresiones.

33 No agarres á nadie por la ropa ó por la mano para que te oiga, porque es suma impertinencia.

34 Es falta de buena educacion ponerse á hablar en secreto delante de otras personas.

- 35 Lo es asimismo interrumpir á otro cuando habla, ó llamar á otro objeto la atencion de los que escuchan, si antes no se hace una política protesta.
- 36 No se debe proponer en sociedad asunto alguno del cual no se tenga una completa seguridad, porque el error ó equivocacion en tales casos abochorna al proponente.
- 37 No presumas de sábio, porque nada rebaja tanto el verdadero mérito como la necia vanidad de tenerlo.
- 38 La modestia atrae i cautiva los corazones, porque se la presupone compañera del mérito; el descaro i la presuncion es lo que mas choca i se detesta.
- 39 Procura evitar en público disputas problemáticas; i si te opones á la opinion emitida, que sea con dulzura i modestia, usando los paliativos de *"estare equivocado, "me inclino mas á... "siento no estar de acuerdo con V. "tengo la des-*

gracia de no ver este asunto bajo el mismo aspecto ect.,” i si no se logra establecer una conformidad, vale mas cortar la conversacion con sutileza i sin desairar al adversario.

40 Debes usar con mucha economía las chanzas i los chistes, distinguiendo de clases i de personas, porque lo que tiene gracia en una reunion, es cosa mui desabrida en otra.

41 Cuando quieras referir algun suceso, nunca uses de preámbulos hinchados i ponderativos, porque por mérito que tenga la relacion, nunca corresponde á lo que los oyentes se habian figurado al oír los anticipados encomios.

42 No hagas nunca el misterioso ó enigmático, porque serás tenido por desconfiado i sospechoso. El secreto propio es el único misterio de los hombres de talento, i el misterio es el único secreto de los charlatanes.

43 Los tontos revelan los secretos por estolidez, los pícaros por su conveniencia, i las mujeres i los muchachos para hacer pompa de la confianza que han merecido; el mejor de los dados es pues.... la reserva.

44 No debes escuchar los escándalos, i menos convertirlos en objetos de chiste i rechifla, porque sucede con ellos lo que con los robos, que quien no los desaprueba es tenido por tan culpable como el agresor.

45 Nunca ataques las clases ó profesiones colectivamente aunque haya varias personas de un mismo cuerpo que sean dignas de censura; porque en todo hai excepciones.

46 Nunca remedies los defectos ó imperfecciones de otro, ni aplaudas tales bufonadas, que son las mas indignas de todas, i cuyo insulto no se perdona de corazon.

47 Tan solo las personas de mala educacion i de peor conducta son las que juran, blasfeman, i dicen palabras soeces é indecentes en la conversacion: inútil será, pues, que te amoneste contra estos excesos.

48 Nada hai mas ridículo que hablar con entrecejo, con tono majistral, con encojimiento ó con visajes ridículos; i nada deja á un hombre mas cortado que el silencio ó la desaprobacion con reticencias ó con mezcla de amarga ironía á la conclusion de un cuento que ha referido con torpeza, convirtiendo en desabrimiento lo que en su oríjen pudo ser un chiste gracioso.

49 No refieras en una parte lo que has oido en otra, porque el chismoso, que se mete en enredos i embrollos, es aborrecido de todos.

50 Acomoda tu conversacion á la clase, carácter, edad i circunstancias del interlocutor.

- 51 Que tus miradas i acciones tengan una cierta formalidad, tan distante de la ridícula seriedad é hinchado orgullo, como de la estrepitosa alegría.
- 52 El hombre formal no se cree desairado, ó burlado, sin que tenga alguna prueba mui positiva; el hombre bajo es caviloso, violento i precipitado.
- 53 Que ni tus asuntos domésticos ni los de otros sean objeto de la conversacion pública, porque sobre ser fastidiosos, acarrean á veces disgustos i compromisos.
- 54 Mira siempre á la cara de la persona que te habla, porque sobre la nota de traidor, cobarde ó culpado que se granjea quien así no lo practica, pierde la ventaja de conocer la impresion que hacen sus razones, pues es bien sabido que para conocer los sentimientos de los hombres, débese dar mas fé á los ojos que á los oidos.
- 55 Escusa cuanto puedas hablar de ti

- propio, porque es necesidad i descortesía.
- 56 Los panejóricos i alabanzas que algunos se tributan finjiendo acusaciones que nunca han ecsistido, no están exentos de justa censura, sin embargo del trasparente velo con que quieren ocultar su presuntuosa intencion.
- 57 No imites á los hipócritas que finjen humildad i modestia para que los ensalcen.
- 58 No basta el no alabarse uno á sí propio, i el no comprometer á los demas á que nos lisonjeen, sino que se debe manifestar del modo mas leal i sincero un desagrado de tales adulaciones.
- 59 Nunca dés consejos, porque si salen bien, se abochorna de confesarlo el agraciado, i si salen mal, todas las cargas recaen sobre el consejero; i si alguna vez infrinjieras esta regla, que sea mui rogado, i mui seguro de su écsito i del agradecimiento correspondiente.

CORTEDAD.

- 60 La cortedad es la prueba mas segura de la falta de trato civil. Los que se abochornan delante de jentes, tartamudean, no saben como poner sus manos ni se atreven á levantar los ojos, i dan otras muestras de torpeza, que arguyen temor de que puedan ser ridiculizados, están mui distantes de ser estimados en la sociedad.
- 61 La cortedad es mui diferente de la modestia: aquella es estremadamente ridicula, i ésta mui recomendable.
- 62 Tan censurable es el hombre corto, como el entrometido i petulante; pero éste lleva una ventaja sobre aquel en punto de adelantos personales.
- 63 Debes evitar ambos extremos i presentarte en todas partes con gracia, con naturalidad i con desembarazo; solo el vi-

cio i la ignorancia deben avergonzarnos.

64 Los hombres de poca crianza se cortan i se desconciertan al entrar en una concurrencia; los que están criados en el gran mundo sostienen siempre su carácter i su dignidad, saben tratar á sus inferiores con agrado i sin insolencia, i á sus superiores con respeto i sin timidez.

65 Si quieres evitar que te crean hombre de bajo nacimiento, economiza los refranes, no uses el lenguaje vulgar ni el acento provincial; ten cuidado de que no te se olviden los nombres de las personas ó de las cosas sobre las que has principiado á hablar, ni emplees apodos ni títulos que no convengan al denominado; ni te pongas á contar una cosa que no sepas bien con todas sus incidencias.

DESATENCIÓN.

66 Nunca dejes de prestar atención al que habla; solo incurren en este defecto los espíritus frívolos i los hombres mal educados.

67 El conocimiento del mundo no puede adquirirse sin una grande i constante atención, porque ésta sola, i la perspicacia, son los ojos que pueden penetrar el carácter particular de cada hombre al través del velo con que lo cubren ciertas fórmulas que dan una equívoca apariencia.

68 La atención contraída á un objeto es la prueba mas cierta de un jenio superior, así como la distracción lo es de un espíritu frívolo.

69 La atención que te recomiendo debe abrazar á un tiempo á cuantas personas haya presentes, pero sin fijarles la vista

de modo que conozcan que los estás observando.

70 Hai atenciones nimias, como las de ofrecer una fineza en la mesa, beber á la salud de otro, manifestar interes por la familia ect., que empeñan i alhagan el amor propio i el orgullo, como pruebas incontestables de aprecio i consideracion.

71 Disimula las faltas i debilidades ajenas si quieres que disimulen las tuyas. Sé condescendiente i oficioso en cuanto conozcas pueda ser grato á otros aunque se trate de pequeños obsequios, pues que éstos suelen empeñar mas fuertemente la amistad; pero no seas demasiado confiado con los que te dirijan iguales atenciones, porque pudiera mal bien suceder que fueran el cebo para ganarte el corazon i corromperte.

DISTRACCION.

72 Como los tontos no tienen ideas fijas, i los locos las han perdido, puede el distraido ser comparado á ambos, i aplicársele con razon una de las dos indicadas denominaciones.

73 El hombre se distrae por afectacion ó por mentecatez, i en ambos casos es fastidiosísimo para la sociedad.

74 Huye de este vicio si quieres merecer el aprecio de los que trates, quienes difícilmente perdonan esta parte de grosero desprecio.

ECONOMIA.

75 Lleva cuenta i razon de tus rentas i gastos para que puedas arreglarte á ellas, reservando siempre algun sobrante para las necesidades imprevistas.

76 Debiendo optar entre los dos extremos de frugalidad i prodigalidad, débese preferir el primero, cuya correccion, si conviene hacerla, es fácil i aun grata, no así la del segundo.

77 La reputacion de jeneroso se adquiere no tanto arrojando el dinero, como gastándolo á tiempo i con garbo.

78 Si quieres evitar la nota de tramposo, no contraigas deudas sino tienes seguridad de pagarlas en el plazo prefijado.

GRACIAS.

79 El porte de un caballero debe ser noble; graciosos deben ser sus ademanes, finos sus modales, i su carácter agasajador i despejado. Debe ser asimismo respetuoso sin bajeza, afable sin familiaridad, político sin afeccion, expresivo sin estudio, i natural en todas sus acciones.

80 Abrete camino en el ánimo de las jentes por la senda que hai desde los sentidos al corazon, porque la vereda de la razon es mas larga, i no siempre la mas segura; ó lo que es lo mismo, agrada á los ojos i á los oidos; no descuides el brillo de la exterioridad, con lo que te ganarás mas amigos que con un relevante mérito intrínseco.

81 Para adquirir el arte de agradar, basta el deseo i el modo: con el primero se tiene adelantada la mitad del camino, con el segundo se consigue lo demas.

82 La gracia deslumbra de tal modo, que empleada oportunamente para negar un favor, deja mas complacida á la persona interesada en él, que la afirmativa cuando se pronuncia con aspereza i grosería.

83 No pretendas meterte á gracioso sino lo eres naturalmente, i aun en tal caso procura no echarlo á perder por demasiada sal, porque segun Pope, las per-

sonas dotadas de gracia necesitan de otra para manejarla; i como dijo el mismo en otro lugar, "la gracia i el juicio están siempre reñidos aunque parezca que se ayudan, como sucede entre marido i mujer."

HABILIDADES.

84 Un caballero debe cuidar hasta de la eleccion de sus juegos i entretenimientos, dedicándose al estudio de los mas nobles.

85 Aunque la música es tenida por una de las nobles artes, debe sin embargo un caballero elejir instrumento que no le rebaje su dignidad, obligándole á hacer visajes i ademanes ridículos.

86 Otra de las habilidades esenciales en un caballero, es la de servir una mesa sin omitir aun aquellas frivolidades que dan prueba de finura i buen gusto.

87 Ya no se usan los bríndis en las mesas de jente fina; i así no brindes nunca á menos que no seas iuvitado por los demas, en cuyo caso debes acomodarte á este acto de complacencia.

88 Tambien los modales de caballero se conocen en el modo de servir á las señoras al bajar la escalera, subir al coche i en otros actos de sociedad, en los cuales luce la habilidad, no equivocando los obsequios i atenciones que se deben á las varias clases de personas.

89 El aliño personal, el aseo i limpieza, i demas elementos de primera educacion, son demasiado conocidos para que pueda ignorarlos i dejar de practicarlos un caballero que haya tenido algun trato.

90 Hai en el baile ciertas señales que deciden, de la buena educacion: tales son la gallardia i soltura en el movimiento de los brazos, tener el cuerpo derecho,

- mover la cabeza con libertad, hacer las cortesias con garbo, ect.
- 91 Las risotadas fuertes son evidentes pruebas de mala crianza. La verdadera gracia i el verdadero talento nunca causan risa: son superiores á las bufonadas, i se espresan con un aire de complacencia, i con una sonrisa que se asoma al semblante.
- 92 Con el ausilio de la gracia pueden hacerse interesantes aun las conversaciones mas triviales.
- 93 Imita exactamente el modo de hacer los cumplidos segun el pais en que vivieres, tomando por modelos los que dan el tono en la sociedad.
- 94 Es un insulto nombrar á uno por su mote.
- 95 Evita la afectacion en el traje del mismo modo que el abandono: lo primero acarrea la nota de casquivano, lo segundo de cochino. Debes ir vestido como

las jentes finas i de juicio, no como los monos que llevan las modas al extremo, ni como los raros que van siempre atrasados de una ó dos jeneraciones.

96 Aunque te parezcan ridículas algunas modas, debes usarlas si están introducidas entre los jóvenes de tu edad; porque de sábios es despreciar las extravagancias, pero de locos el no contemporarizar con ellas cuando tienen fuerza de lei por la costumbre.

97 Debes vestirte de una vez, es decir, que no vaya tan floja la ropa que á cada rato tengas que ajustarla; ni tan apretada que vayas rabiando con las ligaduras.

98 Toda carta que escribas debe tener buena ortografía, estilo, fluidez i naturalidad, sin descuidar el aseo en cerrarla, i la propiedad en el sobre-escrito, porque estas frioleras suelen refluir en honor ó deshonor del que escribe.

- 99 Los mejores modelos de cartas son las de Ciceron á Atico i á sus amigos, las del cardenal D' Ossat para officios; i como entretenidas las de Madama Sevigné i del conde Bussi.
- 100 La buena crianza ecsije una letra limpia, lejible, suelta i sin mentiras.
- 101 Tu estilo debe ser correcto hasta en las conversaciones de confianza i cartas particulares. El estilo es el vestido de las ideas; i así como un vestido sucio ó con remiendos da un aire de deformidad á la mejor figura, del mismo modo el desaliño en espresar tus ideas deslustrará todo el mérito que éstas puedan tener.
- 102 La buena pronunciacion i el tono de voz son tambien habilidades que se estudian para agradar, i se aprenderán como las demas con un metódico ejercicio de la lectura en voz alta, i con presencia de todas las reglas que den

el verdadero sentido á lo que se dice.

103 Debes evitar todos los vicios que corresponden á la locucion, como hablar mui recio, ó mui bajo, ó mui apriesa, ó entre dientes, ó con la boca medio cerrada, ó salpicando de babas al que escucha.

104 Una mala pronunciacion, una corruptela de vocablos, un tonillo alugarado, un acento provincial i el uso continuo de muletillas, dan una idea mui triste de la persona.

HABITOS MALOS.

105 Entre los hábitos que mas desconceptuan á un sujeto ocupan el primer lugar el taralarear entre dientes, silvar, estar tecleando con los dedos sobre la mesa ó la silla, llevar un compas ideal con los piés, hacerse sonar las conyunturas de los dedos, menear

la pierna con rápido temblor, morderse las uñas, estarse componiendo siempre el vestido ó el peinado, escarbarse las narices ú orejas, rascarse la cabeza, tirarse de la barba, patillas ó bigote, sacar la lengua, frotarse las manos, suspirar recio, estremecerse afectadamente, bostezar, estirarse ect.

106 Los defectos de crianza en la mesa son los menos escusables: tales son el comer mui apriesa ó mui despacio, el estar callado sin contribuir á su amenidad con algunos chistes ó con discursos festivos, el ser mui hablador ó charlatan, el hacer melindres i jestos con los platos, comer de todo, cojer grandes porciones, ensuciar los manteles, derramar por torpeza la salsa ó el vino, estornudar, toser, escupir, sonarse, gargajear i erutar de modo que puedan llegar á los vecinos algunos de sus efluvios convertidos en grani-

- zo, en rocío ó en vapores gaseosos.
- 107 Tampoco se debe escupir en medio de la sala, ni sobre las alfombras; ni se debe andar mui apriesa, ni mirar á la cara hito á hito á nadie.

MENTIRA.

- 108 No hai tacha tan denigrativa como la mentira, porque siempre se considera hija de la malicia, de la vanidad ó de la cobardia, i porque tarde ó temprano llega á descubrirse, i deja abochornado al que incurre en este vicio.
- 109 El único medio de reparar una falta es el confesarla francamente; el que quiere ocultarla con desabridos equívocos, miserables efujios i torpes mentiras se desacredita completamente.
- 110 Hai algunos que mienten por vanidad i por jactancia, i aunque no causan perjuicio de tercero, no reparan en el

mal que se hacen á sí mismos, porque es claro que quien dice mentiras por vanidades, no escrupulizará en decir las por cosas de interes.

111 No es tan precisa la reputacion de casta á una mujer como la de verídico i formal al hombre: una falta de esta clase en el bello sexo puede ser efecto de la fragilidad de la naturaleza; pero la mentira en el hombre es un vicio del corazon.

BIBLIOTECA FERNANDO ORTIZ

112 La dignidad en los modales debe estar tan distante del orgullo, como el valor de la temeridad, i la verdadera gracia de la bufonada.

113 No hagas el gracioso, ni uses chanzas, burlas i familiaridades sino con mucha oportunidad i discernimiento, porque los superiores pueden tomar-

las por insultos, i los inferiores por títulos de llaneza é igualdad.

114 Ten mucho respeto al público i mucha decencia exterior para que te sirva de escudo contra las orgullosas pretensiones de los mayores, i contra las familiaridades de los inferiores. Las acciones i ademanes soeces envilecen lo mismo que las palabras indecentes.

115 La cortesania de modales debe ir unida con la dignidad i entereza de carácter; porque si están desunidas puede dejenerar la primera en tímida complacencia, i la segunda en impetuoso arrebató.

116 No debes pedir un favor con altanería ni con bajeza; lo primero causa indignacion, i lo segundo menosprecio.

117 Si tuvieres el jenio violento, debes hacer todos los esfuerzos por reprimirlo sin incurrir en una baja condes-

cendencia que te haga ceder de aquel punto que la razon i la justicia te hayan prescrito, porque los hombres injustos, i que carecen de probidad i delicadeza, abusan de la tímida complacencia i atropellan la humillacion. Sostente con entereza i resolucion, pero sin mostrarte iracundo ni soberbio, i serás respetado.

118 La firmeza de carácter no es menos útil en las amistades que en las enemistades; pero aun en este último caso debes desarmar á tus enemigos con modales caballerosos i con la noble persuasion.

119 Sé afable i cortés con el hombre cuyos designios quieras desconcertar, i merecerás el dictado de jeneroso i noble caballero; i ten presente para todos los lances de tu vida, que los buenos modales con la entereza de carácter, son la definicion mas cabal de la per-

feccion humana en la parte de buena crianza.

MUNDO.

120 El conocimiento del mundo solo se puede adquirir en medio de la sociedad, i se perfecciona con los libros.

121 Para conocer bien á los hombres se requiere tanta atencion i aplicacion como para comprender los libros, i tal vez se necesita todavía de mayor perspicacia i discernimiento.

122 Para juzgar del interior de los otros estudia el tuyo propio, porque en lo jeneral todos los hombres se asemejan en sus inclinaciones i deseos; i he aquí el lugar de aplicar con oportunidad aquella sábica mácsima moral, "No hagas á otros lo que no quisieras que te hiciesen á ti."

123 Aunque todos los hombres son de u-

na misma composicion, hai sin embargo alguna diferencia en sus matices; i esta diversidad es la que debe estudiarse con particular cuidado para sacar de ella todo el partido posible.

124 Una ignorancia aparente es casi siempre el medio mas seguro de conocer al hombre i de ponerse en buen lugar, tanto con los que tienen empeño en dar noticias que no se ignoran, como con los que se entregan á la murmuracion.

125 Para ganarse el afecto de una persona se le deben elojiar mas aquellas cualidades, cuyo mérito es disputable ó tal vez infundado, que aquellas cuya escelencia es innegable. Guiados por estos principios los cortesanos del cardenal Richelieu, lo adulaban mas por sus talentos poéticos que por su habilidad diplomática, i dominaban

por este medio el corazon de aquel Purpurado.

126 Ataca á cada cual por su flanco descubierta, porque todos lo tienen, pero aprovéchate del cuarto de hora, ó lo que es lo mismo, tira tus líneas con acierto i oportunidad. El flanco de las mujeres es bien conocido. Todas gustan que se las adule por sus atractivos personáles; las hermosas, como que están bien pagadas de este privilegio, se complacen mas de que se las celebre su gracia i su talento.

127 Debes tener muy presente que la buena crianza nos obliga á ensalzar á los demas antes que á deprimirlos i mortificarlos; por lo tanto nunca deben sacarse á relucir sus faltas.

MURMURACION.

128 El vicio de la murmuracion en los

hombres es indicio seguro de ignorancia, de mala crianza i de falta de mundo.

129 La conversacion favorita de los jóvenes que aspiran al título de espíritus fuertes, es por lo regular la de la religion, mas no con el objeto de venerarla, i sí de ridiculizarla. Para ellos todo ministro del culto, de cualquiera creencia que sea, es un hipócrita i seductor; guárdate bien de participar de estas aberraciones llamadas filosóficas, i aprende á respetar á unos hombres que por lo regular están dotados de mayor moralidad i virtud por su educacion, por su ejercicio i por sus sagradas obligaciones.

130 Otro punto favorito de la conversacion de dichos jóvenes es el matrimonio, contra el cual declaman asimismo pintándolo con los colores mas odiosos: este es un escándalo contra las buenas costumbres.

131 Huye asimismo de la envidia como de una de las pasiones mas viles é incómodas, pues con dificultad habrá persona en el mundo que no dé inquietudes á un corazon dominado por aquel vicio: de aquí su inmediato desahogo, que es la murmuracion i la calumnia, sin calcular que estas armas prohibidas se convierten contra él mismo, i refluyen en honor del injustamente injuriado.

132 Como el objeto de todo el que habla es el de asegurarse la atencion, granjearse la benevolencia, i persuadir acerca del punto sobre el que diserta, es fácil conocer que sin las dotes oratorias no le será fácil conseguir su intento.

133 Está en manos de cualquiera, poniendo cuidado, hablar con agrado i dul-

zura i ser un mediano orador, lo cual se consigue fácilmente haciendo elección de buenas frases, pronunciando con claridad i accionando con naturalidad i desembarazo. Demóstenes llegó á reunir todas estas cualidades con su empeño i constancia; la primera leyendo las mejores obras, la segunda llevando piedrecitas en la boca para adelgazar su lengua, i la tercera yendo á declamar á la orilla del mar entre el ruido de las olas.

PEDANTERIA.

134 Tambien la virtud tiene sus vicios siempre que sale de sus límites. La jenerosidad puede dejenerar en prodigalidad, la economía en avaricia, el valor en temeridad, la precaucion en timidez i la sabiduría en pedantería.

135 Se evita este último defecto no ha-

blando en tono majistral, porque cuanto mas sepas debes ser mas modesto; i aun cuando estés seguro de tus sentencias, no debes ecsijir que te crean por tu dicho sino por la conviccion.

136 No afectes un culto de idolatría á todo lo antiguo despreciando lo moderno, porque en unos i otros se halla un mérito distinguido.

137 Tampoco debes andar mui solícito por hallar entre los autores antiguos ó modernos, ejemplos que acomoden á cualquier accidente relativo á tu persona, porque seria un exceso de pedantería.

138 Lo será tambien si á cada paso sacas á relucir textos científicos, manifestando familiaridad con los sábios de mayor nota.

139 Merecen asimismo el nombre de pedantes los que en una conversacion familiar se valen de voces técnicas de

alguna ciencia ó arte, sabiendo que no han de ser entendidas por sus oyentes; los que siembran sus discursos de refranes, versos de comedia, estribillos vulgares i espresiones provinciales, i que aburren con decir que nada hai bueno sino lo antiguo ó lo de otros reinos, figurándose que por este medio resplandecen sus estensos conocimientos i su gran práctica del mundo.

140 Debes por último usar de tu saber como de tu reloj, no sacándolo de la faltriquera sino cuando necesites saber qué hora es, ó cuando te lo pregunten.

PLACERES.

141 Guárdate de aquellos placeres que no tienen de tales mas que el nombre que les ha querido dar el capricho de

los hombres, ó mas bien su relajacion.

142 El deleite es el escollo en el que se estrellan los jóvenes, i del cual no sacan por último resultado sino el pesar i la vergüenza.

143 El hombre fino tiene decencia, no hace ostentacion de sus flaquezas particulares, ni adopta los desórdenes de los otros, i si por desgracia tiene algun vicio predominante, lo satisface con delicadeza i secreto.

144 Las diversiones que no satisfacen al corazon, mas merecen el nombre de distracciones que de placeres, porque sin utilidad del espíritu ó del cuerpo, no hai verdadero deleite.

145 El ejercicio de las potencias entre dia aviva el apetito á los desahogos de por la noche, del mismo modo que el ejercicio corporal aguza el apetito del estómago, siendo no menos cierto que el trabajo i los placeres bien com-

binados se ayudan recíprocamente. (Se trata de placeres decentes i racionales.)

PREOCUPACIONES.

146 No adoptes idea alguna vertida en los libros ó en la conversacion sin examinar su rectitud, i este es el medio mas seguro de preservarte de errores i preocupaciones, á lo menos de la mayor parte de ellos.

147 Pon en primera línea tu discurso i tu raciocinio, reflexiona i analiza cada cosa de por sí, sin dejarte guiar ciegamente de otra cita ó autoridad por respetable que sea, porque si bien éstas son unos poderosos auxiliares para el acierto, con todo no pocas veces fallan i crean una preocupacion.

RELIJION.

148 Los errores en materia de opiniones merecen lástima mas bien que escarnio, porque la ceguedad del entendimiento no es menos digna de compasion que la de los ojos. La caridad en tales casos prescribe que ilustremos al extraviado, i que pidamos al Señor disipe su obcecacion; mas no que lo ridiculicemos.

TIEMPO.

149 El tiempo es tan precioso i la vida tan corta, que no debiera perderse ni un instante. La ociosidad es madre de todos los vicios. Todo holgazan es necio é ignorante, i el mas inútil i despreciable de los hombres. Una de las tres acciones de que mas se arre-

penia Caton el censor era de haber pasado un dia sin haber hecho algo de bueno.

150 Un tesorero de gran talento decia á sus oficiales: "Tened cuidado de las monedas de cobre, que las de oro se cuidan por sí mismas." Esta sentencia es aplicable al tiempo. Si cuidas de los minutos, no hai peligro que pierdas las horas.

151 Nunca recargues tu imaginacion con muchas cosas á la vez, porque no harás ninguna de ellas bien, i será tiempo perdido. Cuando leas un libro que sea con la debida atencion, porque si estás distraido tendrás que volverlo á leer una ó mas veces, i no podrás retener ningun concepto; i he aquí otra pérdida de tiempo.

152 Lo que puedas hacer hoi no lo dejes para mañana; i cuando principies á hacer una cosa, no la dejes hasta haber-

la concluido si te es posible, porque estas suspensiones i la falta de enerjía i de constancia, son tambien una pérdida de tiempo.

153 El buen método es lo que mas contribuye al pronto despacho de los negocios i al ahorro de tiempo: i debe estenderse aun á las cuentas particulares, á la conservacion de cartas i papeles privados, á la lectura, al estudio, i finalmente á todas las operaciones del hombre.

154 Si alguna vez te hiciesen falta dos ó tres horas para dar vado á un asunto importante, pídeselas prestadas al sueño, pues todo lo que pasa de seis á siete horas es dañoso al cuerpo, i embota los sentidos i potencias.

155 Jamas te empeñes en una pretension de la que no tengas alguna probabilidad de salir airoso, porque pidiendo cosas impropias ó imposibles, acos-

nos tumbras á los superiores á que te nie-
guen aun las mas justas.

156 El querer á veces hacer las cosas
mui de priesa acarrea pérdida de tiem-
po, porque se echan á perder i hai
que hacerlas de nuevo. Los hombres
de cortas luces son los que se atolon-
dran i se aturden; no así los hombres
de talento, los cuales saben tomar el
tiempo necesario para evacuar un asun-
to metódicamente, i las medidas mas
conducentes para que les salga bien.

167 Huye de los espíritus frívolos que
siempre están ocupados en cosas ridí-
culas i despreciables, gastando en a-
suntos de poca monta el tiempo i la
atencion que se debe á las cosas de
importancia.

158 Las diversiones no pueden ser consi-
deradas como pérdida de tiempo cuar-
do son honestas i racionales, porque
sirven de desahogo al ánimo i de des-

canso al trabajo, cuyos paréntesis son de la mayor utilidad para volver á la tarea con nuevo vigor.

159 Nada hai que fastidie tanto como la vida monótona i ociosa; procura, pues, que los sitios que frecuentes sean ó la escena de los placeres nobles i activos, ó la escuela de tus aprovechamientos; i que todas tus compañías satisfagan tus sentidos, adelanten tus conocimientos, ó afinen tus modales.

VANIDAD.

160 Vive siempre alerta contra la vanidad, que es el defecto mas jeneral de la inesperta juventud, i especialmente de aquella clase de vanidad que imprime el carácter de mentecatez.

161 Es una vanidad mui necia querer saberlo todo, decidir majistralmente, i fundar en el aire una superioridad de

luzes chocante en todo sentido.

Es una necia vanidad jactarse de brillantes conquistas amorosas que no existen sino en la imaginación ó en el deseo.

162 Lo es también hablar de parentesco ó íntima relación con elevados personajes, que tal vez no se conocen sino de nombre, porque las plumas postizas con que se visten estos hombres jactanciosos, prueban su falta de mérito intrínseco, pues sabido es que el hombre rico no necesita pedir prestado.

163 Hai también una clase de vanidad pueril, cual lo fué la del cardenal Chigi, á quien el de Retz tachó de pobre hombre porque se alabó de haber escrito tres años con una misma pluma, la cual todavía estaba buena cuando la hubo desechado.

164 Encargándote que huyas de la vanidad, es claro que te recomiendo la mo-

destia; pero no ha de ser de aquella clase que indique timidez, cortedad i desconfianza, sino que ha de tener firmeza i dignidad, dejando á los demas que sean los jueces de tu mérito.

VIRTUD.

165 La virtud debe ser tu primera atencion, i en ella hallarás un placer, un consuelo, una satisfaccion interior que ninguna otra cosa ni persona de este mundo puede dártela igual.

166 Todos los bienes i regalos de este mundo son accidentales é inseguros, menos la virtud, de la cual nadie puede desposeernos. Un hombre virtuoso, aunque esté lleno de trabajos, encuentra dentro de sí un consuelo que lo hace mas feliz, que al hombre ruin todas las comodidades i placeres que esté disfrutando. La sana conciencia

comunica al primero una paz alegre é imperturbable de dia, i por la noche un sueño profundo i apacible; el continuo sobresalto en que se halla el hombre ruin, no da tregua alguna á sus penas, á sus remordimientos i á sus pesares; ¡á qué partido, pues, se inclinará quien sepa hacer buen uso de su razon? Aunque no se consulte mas que el propio bien individual, debe ser preferido el camino de la virtud.

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

comunicar al primero una vez se
e importante de día, i por la noche

el cor-
la el

los
peras, a sus temerarios

destru- que puer- que, se
de quien se ha de

destru- que puer- que, se
de quien se ha de

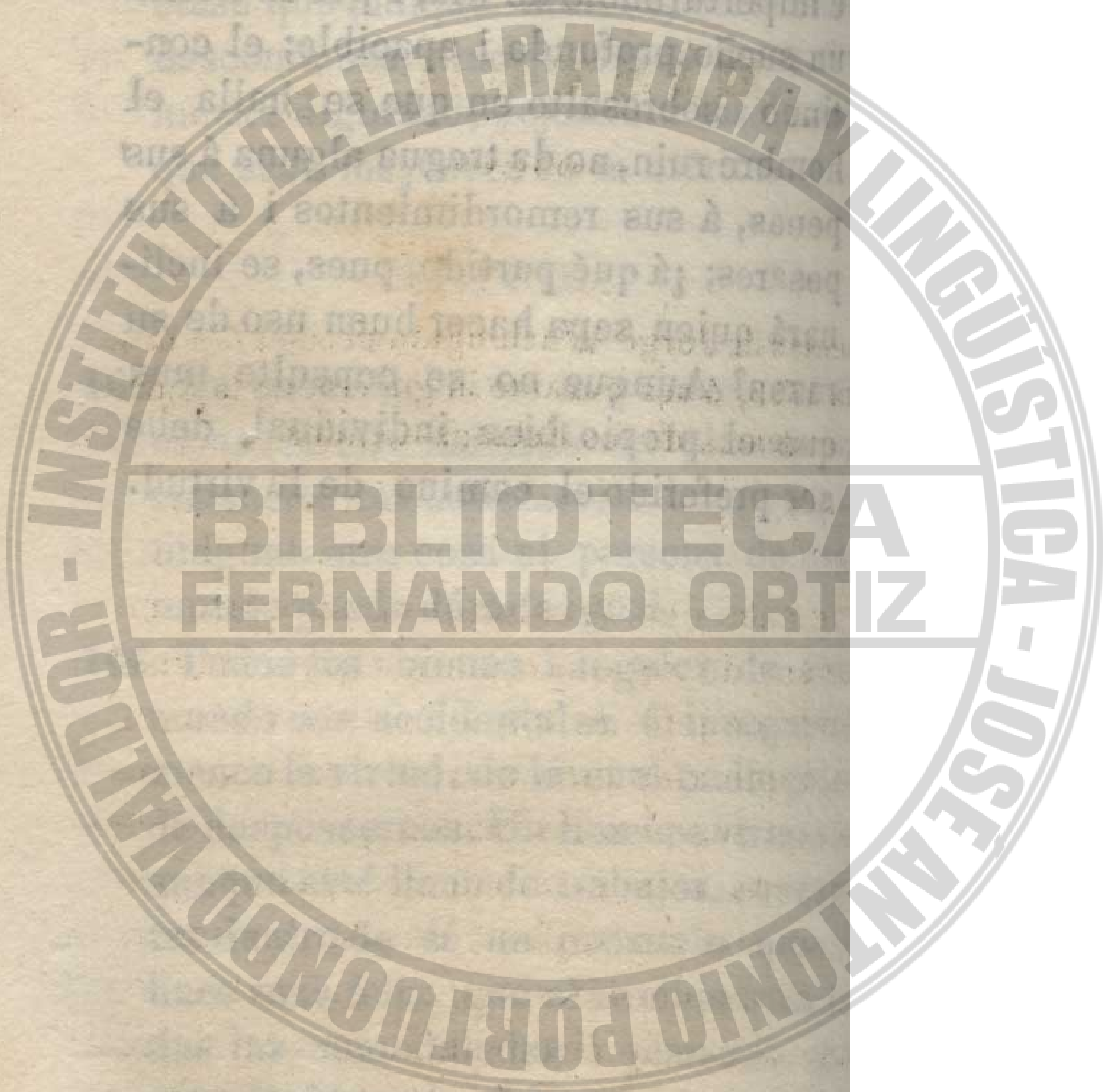
**BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ**

destru- que puer- que, se
de quien se ha de

destru- que puer- que, se
de quien se ha de

destru- que puer- que, se
de quien se ha de

destru- que puer- que, se
de quien se ha de



HISTORIA.

Cuentas de Jorge Washington desde 1775 hasta 1783, ó sea durante la guerra de la independencia de los Estados-Unidos.

Se sabe que Washington no quiso cobrar sueldo alguno mientras que retuvo el mando en jefe de los ejércitos americanos, i que mas bien subvino muchas veces con sus propios fondos á los gastos de la guerra. Despues de haber acabado gloriosamente su empresa entregó su autoridad en manos del congreso en 1783, así como el estado circunstanciado de la inversion de los caudales que habia recibido

del Estado, i la cuenta ecsácta de sus alcances.

Se conserva con el mayor aprecio en los archivos de los Estados-Unidos este rendimiento de cuentas escrito de mano del mismo Washington: algunos americanos, celosos de la gloria de su patria, acaban de publicar el *fac simile* de este importante documento, el cual forma un cuaderno en folio que contiene cincuenta i cuatro pájinas, rubricadas todas ellas por su autor.

No puede ponerse en duda su autenticidad; todos los ejemplares del *fac simile* litográfico están certificados por Mr. Nurse, jefe de la oficina del registro en aquella república. Esta cuenta no prefiija las sumas que empleó dicha república en los gastos jenerales de la guerra, i sí solo las que recibió directamente el jeneral en jefe, i sus espensas personales. He aquí algunos extractos, en los cuales

se ven pintados á lo vivo el desinterés i el buen manejo de Washington.

Washington fué nombrado jeneral en jefe por el congreso reunido en Filadelfia en 15 de Junio de 1775; se presentó inmediatamente delante de Boston, á donde se habia retirado el jeneral ingles Gage. El primer artículo de sus cuentas está concebido en estos términos: "Compra de „cinco caballos 239 libras. Por un cabriolé ligero 55 libras. Por dobles arneses 7 „libras. Por una cartera de correspondencia, planos, mapas i anteojos 29 libras."

Estas fueron las primeras medidas que tomó Washington para su equipo al abrir su gloriosa campaña. Segun su cuenta, ya en los meses de Junio i Julio alcanzaba 466 libras, sobre tres que habia recibido tan solo del gobierno. En cuanto á sus gastos personales i de mesa los pasa siempre al débito de su mayordomo Mr. Eben Austin; la primera es la del 19 de Julio, i

dice así: "Dinero entregado á Mr. Eben
 „Austin, mi mayordomo, para los gastos
 „de la casa, 10 libras." A esta partida a-
 ñade Washington, "Esta suma i todas
 „las demas que se hallen acreditadas á
 „Mr. Eben Austin, van especificadas en
 „su libro de gastos que agrego aquí como
 „pieza de comprobacion." Sin embargo
 hai renglones pagados directamente por
 Washington sin pasar por las manos de
 su mayordomo; he aquí la partida siguien-
 te de 24 de Julio de 1775 que lo accredi-
 ta: "Gratificación á un cocinero frances
 „2 libras 5 chelines."

Los gastos anotados por Washington
 están enlazados las mas de las veces con
 los sucesos mas importantes de la guerra:
 así, pues, los primeros laureles que coro-
 naron á los ejércitos americanos fueron
 ganados en la toma de Boston, que se de-
 bió á las baterías levantadas sobre las al-
 turas de Dorchester, i cuyo mortífero fue-

go, que barría á un tiempo la ciudad i la rada, obligó al jeneral enemigo á retirarse en 17 de Marzo de 1776. Sobre este suceso hai en los asientos la siguiente partida con fecha de 4 de Marzo: "Gastos para reconocer las alturas de Dorchester, á la cabeza de una partida de caballería antes que yo la hiciese ocupar por nuestras tropas, 10 libras 10 chelines."

Las únicas partidas que quedaron en blanco en estas cuentas, son las relativas á los espías que hicieron á Washington los mayores servicios, por lo cual eran muy bien recompensados sin descubrir jamas sus nombres. Estos estados ofrecen numerosos ejemplos de aquella clase de gastos; he aquí algunos: "En 15 de Julio de 1775 se dieron 100 libras á N. para que entrase en la ciudad de Boston, á fin de establecer conmigo una correspondencia secreta." Añade Washington por nota: "No pueden insertarse los nombres de

„los que tenemos empleados en lo interior de las líneas de los enemigos, i que están espuestos á caer en su poder.”

Se ha repetido en varias obras que el total de lo que gastó Washington en los servicios secretos no ascendió en todo el curso de la guerra de la independencia sino á 1982 libras 10 chelines; pero añade por nota que omite la suma de 200 guineas entregadas al jeneral Mac Dongall para el mismo objeto, i cuya inversion ignoraba.

Esta partida singular de gastos lleva otra nota de Washington que merece ser transcrita por su orijinalidad. Dice así: “Antes de dar por terminadas estas cuentas, los principios de conveniencia i de justicia me obligan á declarar que hai en las líneas inglesas personas, que á no estar muertas ó ausentes, tienen derecho á reclamar del Estado en virtud de formales seguridades que les he dado,

„una recompensa por los servicios que me
 „han prestado trasmitiéndome noticias re-
 „servadas. Si sus títulos me fueren pre-
 „sentados, me creo obligado por honor
 „á no desatenderlos. No sé por qué no
 „han dirigido ya sus peticiones, á menos
 „que no sea por una de las causas que a-
 „cabo de indicar, ó tal vez porque no se
 „atreven á dar la cara hasta que las tro-
 „pas británicas hayan evacuado totalmen-
 „te los Estados-Unidos; pero es un deber
 „mio sagrado recordar aquí estos servi-
 „cios para que no se olviden si se hacen
 „mas tarde estas reclamaciones.” Es de
 observar en este lugar la contradicción de
 principios de Washington, el cual recuer-
 da con honor aquella clase de servicios,
 que él mismo hizo espiar tan severa-
 mente en el mayor André, espía de los
 ingleses.

Las cuentas de Washington concluyen
 con la suma jeneral de gastos i desembol-

esos desde Junio de 1775, hasta 1.º de Julio de 1783, que dice así:

	Pesos.
Gastos privados sin comprender los víveres suministrados por los comisarios.....	69250
Servicios secretos.....	7617
Reconocimientos militares i viajes hechos con el ejército ó sin él, pero siempre con una partida de caballería.....	42755
Gastos diversos segun cuenta por menor.....	40451
	<hr/>
Total.....	160073
	<hr/>

Los 160.073 pesos equivalen á 33.700 libras; i como Washington no hubiese recibido del Estado mas que 33080, resulta un balance á su favor de 620. En cuanto á sus gastos particulares se halla que

ascendieron á unos treinta mil pesos, que corresponden á algo menos de 4000 en cada uno de los ocho años que estuvo mandando en jefe; cuya economía i sobriedad honran sobre manera su ilustre memoria.

La partida mas curiosa de estas cuentas es la que tiene relacion con el abono de gastos por los viajes que hizo Madama Washington al campo de su marido. Dice este ardiente patriota que dudó mucho en poner en la cuenta de la república este renglon conyugal, que asciende á 1064 libras; pero se decidió finalmente á ello por las razones que dejó espuestas con tanta sencillez i buena fe. Dice así: "Aun-
 ,,que tomé nota de estos gastos, no los
 ,,hice figurar al principio en mis cuentas
 ,,de oficio porque los consideraba de la
 ,,clase privada; pero las circunstancias
 ,,particulares en que me colocó la suerte,
 ,,así como la embarazosa situacion de los

„negocios públicos, me obligaron con
„gran detrimento de mis propios intere-
„ses, á dejar de hacer á mi familia una vi-
„sita anual en el intévalo de una cam-
„paña á otra.”

„Como los gastos de viaje de mi espo-
„sa fueron ocasionados por la posicion de-
„licada en que me encontraba, i porque el
„servicio público me retenia sin poder a-
„tender á mis negocios, he resuelto, des-
„pues de maduras reflexiones, poner esta
„partida á cargo del Estado porque creo
„que es justo. Lo hago con tanto menor re-
„pugnancia, cuanto que observo al liqui-
„dar estas cuentas pendientes desde mu-
„cho tiempo, que tengo alcances mui con-
„siderables. Hai asimismo otra razon que
„me tranquiliza, i es la de que tengo por
„cierto haber omitido una porcion de gas-
„tos á causa de la confusion i bullicio de
„los negocios públicos, i que cuanto he
„recibido del Estado ha sido anotado con

„la mayor escrupulosidad, sin haber pasado por alto la mas pequeña partida.”

1.º de Julio de 1783. Washington.

NOTA.—Nuestra firme adhesion á los principios de honor, virtud i patriotismo, nos obliga á respetarlos en cualquiera parte en que los encontremos, i aunque fuese entre nuestros mas encarnizados enemigos. Nos ha parecido, pues, justo i conveniente incluir en nuestra biblioteca con el debido elogio este precioso documento, que hace tanto honor al primer ciudadano de los Estados-Unidos, como sus empresas mas gloriosas.

EL CRIMEN CASTIGADO [1].

Voi á confiarte, amigo mio, un secreto horrible que á nadie me atrevería á revelar sino á ti. Ayer se celebraron las bodas de la señorita Vildac con el jóven Sainville. Como vecino, me he visto precisado á asistir á ellas. Tú conoces á Mr. de Vildac; su fisonomía es ominosa; nunca me ha inspirado confianza. Ayer en particular tuve mas tiempo de observarlo en medio del jeneral regocijo; pero en vez de tomar parte en la felicidad de su hija i de su yerno, parecia mas bien que el contento de los demas fuese un peso para él.

[1] Esta aventura, escrita por Mr... á uno de sus amigos, ocurrió en Provenza de Francia á principios del siglo pasado; por honor á la noble familia interesada en ella ha disfrazado el historiador los nombres verdaderos.

Luego que se hubo concluido la función, cada cual se retiró á su aposento; á mí me condujeron á uno que se halla debajo de la torre grande. Apenas principiaba á quedarme dormido cuando fuí despertado por un ruido sordo que partia precisamente del piso superior, casi por encima de mi cabeza. Apliqué el oído, i me pareció percibir los pasos de un hombre que iba arrastrando algunas cadenas, i que bajaba lentamente por la escalera. Se abrió de allá á poco una puerta de mi aposento; redobló el ruido de las cadenas; el que las llevaba se adelantó ácia la chimenea, reunió algunos tizones medio apagados, i dijo con voz sepulcral. "*Ah! cuánto tiempo hace que no me he calentado!*" Debo confesarte, amigo mio, que me sobreeojí de espanto; eché mano á la espada para defenderme; entreabrí poco á poco mis cortinas, i á la escasa luz que despedian los tizones, pude descubrir un

anciano descarnado, i medio desnudo, con su cabeza calva i su barba blanca, que arimaba sus arrecidos miembros á aquel débil fuego.

Confieso que la vista de este anciano aumentó la emocion de mi alma; en tanto que yo lo estaba contemplando, salió un poco de llama de aquel combustible, i pude percibir mejor su aspecto i sus movimientos; primero dirigió su vista ácia la puerta por donde habia entrado, luego la fijó en el techo, i en seguida se entregó al mas agudo dolor. Habiéndose hincado de rodillas poco despues, se prosternó á besar la tierra, i en esta actitud prorumpió en los mas penetrantes sollozos, i en ardientes exclamaciones al Ser supremo.

Hizo en este instante algun ruido mi cortinaje, se volvió aquel desgraciado con sorpresa ácia mi cama, i preguntó lleno de sobresalto i ansiedad, si habia algun

ser viviente en aquel aposento. Sí, le contesté yo saltando de la cama. ¡V. quién es, le pregunté?

Sus lloros no le permitieron responderme; me dió á entender con la mano que le faltaba la voz. Calmándose por fin, me dijo: "Soy el mas desgraciado de los mortales; no debiera decir mas; pero ha ya tantos años que no veo á nadie, que el placer que tengo de conversar con uno de mis semejantes me hace atropellar por todo. Nada tema V. de mí; venga V. á sentarse al lado de la chimenea; apiádese V. de mí, i dulcifique mis penas con oirlas."

Al susto que tuve al principio sucedió un movimiento de compasion; pasé con efecto á sentarme á su lado. Esta prueba de confianza le interesó; me cojió la mano i la inundó de lágrimas. "Hombre generoso, me dijo, principie V. por satisfacer mi curiosidad; dígame V. por qué está hospedado en este aposento que nunca es

habitado? ¿Cuál ha sido la causa de ese gran ruido que he oído todo el día? ¿I qué suceso extraordinario ha ocurrido hoy en este castillo?

Cuando yo le dí la noticia de la boda de la hija de Vildac, alargó sus brazos al cielo i exclamó: "¿Cómo? Vildac tiene una hija? ¿i acaba de casarla? ¿Gran Dios! haced que sea feliz; i sobre todo no permitais que su corazón llegue á conocer el crimen!... Sepa V. por fin quién yo soy... Está V. hablando con el padre de Vildac; pero ¿tengo yo derecho de quejarme? Puedo yo acusarlo?"

—Cómo! repliqué con admiración. ¿Vildac es su hijo de V.? ¿I ese es el monstruo que lo tiene aquí confinado, totalmente separado del mundo i entre cadenas?

—He aquí, me contestó, lo que puede el vil interés. El corazón duro i feroz de un hijo, no ha conocido jamás las dulces emociones de la humanidad. Insensible

á la amistad i al amor, se hà puesto scr-
do al grito de la naturaleza, i me ha car-
gado de cadenas por la sola codicia de a-
poderarse de mis bienes. Desde que fué
un dia á casa de un amigo suyo, jóven de
su misma edad, i observó que por haber
fallecido prematuramente su padre esta-
ba rodeado de sus colonos, que habian ido
á pagarle sus rentas i á vender sus cose-
chas, se estravió el juicio de este misera-
ble. Habia ya mucho tiempo que lo devo-
raba la insaciable sed de tomar posesion
de su herencia; mas nunca habia observa-
do en él síntomas de tanta inquietud, ni
sombras tan tétricas en su semblante. A
los pocos dias me vi asaltado por tres
hombres enmascarados que me arreбата-
ron durante la noche, i que me condujeron
á esta torre. Ignoro cómo se manejó Vildac
para dar el carácter de verdad á mi finjida
muerte; pero del toque de las campanas,
i de algunos cantos fúnebres que llegaron

á mis oídos, inferí que se estaban celebrando mis exequias. La idea de esta ceremonia me sumerjió en un dolor profundo. Solicité hablar un momento con Vildac, mas no me fué concedido. Los que están encargados de traerme el miserable sustento, me tratan como á un criminal condenado á morir en esta torre, en la que llevo ya veinte años de retencion. Descubrí esta mañana que al traerme la comida habian dejado mal cerrada la puerta, i he aguardado la noche para aprovecharme de este descuido, no con la idea de fugarme, sino de estender algo mis piernas, lo que no deja de ser un beneficio inestimable para un preso.”

No, repliqué yo con viveza, V. saldrá de esta indigna mansion, el cielo me ha destinado para ser su libertador; vámonos fuera; todos están dormidos; yo seré su defensor de V., su apoyo i su guia.” ¡Ah amigo! me dijo despues de un rato de si-

lencio; esta clase de vida solitaria ha cambiado enteramente mis principios i mis ideas, todo en este mundo está sujeto á la opinion; ahora que ya estoi hecho á la parte mas dura de mi posicion, ¿por qué la he de dejar por otra? ¿Qué iré á hacer entre los hombres? Ya se tiró el dado; he de morir en esta torre.”

—¿Será posible que V. piense así? No lo creo; vámonos, la noche se avanza, poco tiempo nos queda, no lo perdamos, venga V. conmigo.

—Doi á V. muchas gracias por su ardiente celo, me contestó; pero es tan poco lo que puedo vivir, i tan poco lo que me tienta la libertad, que por disfrutar de ella no puedo resolverme á deshorrar á mi hijo. Es verdad que él es quien se ha deshonrado.....; pero su hija, ¿qué me ha hecho esa pobre criatura? Esta inocente jóven está ahora en los brazos de su esposo, ¿i seré yo quien vaya á cubrirla de infa-

mia? Ah! si pudiera mas bien verla una sola vez, rociarla con mis lágrimas, i estrecharla entre mis brazos! Pero yo me enternezco inútilmente; es en vano que yo me lisonjee de verla algun dia. A Dios, va rayando el alba; podríamos ser oidos; yo me vuelvo á mi encierro.”

—No, le dije yo deteniéndolo por el brazo, no lo permitiré, la esclavitud ha enervado su alma de V.; yo debo infundirle valor; luego pensaremos en si convenirá que V. se dé á conocer, principiemos por salir; yo le ofrezco mi castillo, mi crédito i mis riquezas. No se revelará á nadie el secreto de su nombre si así puede convenirle; se ocultará el crimen de Vildac á toda la tierra. ¿Qué teme V?

—Nada; yo estoi penetrado de gratitud i admiracion; pero todo es inútil; yo no puedo seguir á V.

—Pues bien, prepárese V. á recibir al gobernador de la provincia, voi á decirle

quién es V.; i vendremos con fuerza armada á arrancarle de la barbarie de su hijo.

—No; guárdese V. bien de abusar de mi secreto; déjeme V. morir, yo soi un mónstruo indigno de la vida. Yo debo espiar un delito el mas infame i el mas horrible..... Vuelva V. la vista.... mire V. esas manchas de sangre en el techo i en la pared; esa sangre es la de mi padre, i yo fuí quien la derramé, yo fuí su asesino. Quise del mismo modo que Vildac.... Ah! todavía lo estoi mirando!.... cómo me alarga sus brazos ensangrentados!..... Quiere detenerme!.... Ya cae.... Oh imájen horrible!.... Oh desesperacion!.....”

Se arrojó al mismo tiempo el anciano al suelo, se arrancó el cabello, é hizo las mas horribles contorsiones sin atreverse á mirarme á la cara. Yo permanecí abisma- do en mis reflexiones. Despues de algunos momentos de silencio nos pareció oír

algun ruido; ya empezaba á rayar el dia; se levantó el anciano con inquietud i sobresalto diciéndome: "V. está horrorizado: no lo extraño; este es un castigo del cielo.... A Dios, huya V. de este monstruo; vuelvo á mi torre para no salir mas de ella.

Yo quedé sin voz i sin movimiento, todo me causaba espanto en este castillo; salí de él al instante para no volver jamas á pisarlo; i para no ver ni oír esta familia de malvados, me preparo á trasladar mi residencia á otra hacienda mia mas distante. Ah amigo mio! ¿Cómo es posible que la naturaleza aborte tales monstruos, i que se cometan atentados tan atroces?

RASGO DE FEROCIDAD CONYUGAL.



LA CONDESA DE CERIFALCO.

La historia de la duquesa de Cerifalco es de lo mas horroroso que pueda concebirse. Su cruel marido arrastrado por la furia de los celos i obcecado con las sospechas de infidelidad, encerró á esta desgraciada señora en un subterráneo, al cual iba todos los dias aquel hombre inhumano á llevarle la comida, i á gozarse con el espectáculo de una víctima, cuya penosa ecsistencia iba prolongando para gozar por mas tiempo de su cruel venganza.

Habia hecho correr la voz de que la duquesa habia muerto de fiebre violenta, i ya no se volvió á hablar de ella. Pasados algunos años enfermó el duque, i co-

nunciando que se aproximaba el término de su vida, confió ese gran secreto á un criado, el cual despachó un correo á Roma al príncipe de Palestrina, padre de aquella señora desgraciada. Corrió el príncipe á Nápoles, obtuvo del rei una partida de tropa, i se presentó con aquella escolta en el palacio del duque á tiempo que éste se hallaba en su última agonía. Se dirigió en seguida al subterráneo, en el cual hacia nueve años que estaba sepultada aquella desventurada víctima.

Fué preciso derribar la puerta; la duquesa, que en los tres últimos dias no habia recibido alimento alguno, se presentó como un espectro; se tomaron las mas cuidadosas precauciones para arrancarla del sepulcro; luego que hubo recobrado alguna fuerza fué conducida á su casa paterna; pero jamas pudo volver á un estado perfecto de salud, ni deponer su melancolía, i llevó constantemente impresa en el

semblante la palidez de la muerte, de modo que á los cuarenta años parecia que tenia setenta.

Madama Genlis refiere haber visto una carta que escribió la infeliz duquesa á su padre desde su encierro, i la cual parece no llegó á sus manos sino despues de haber recibido el correo que le espidió el criado del cruel Cerifalco: entre las varias particularidades que notó aquella benemérita escritora, cuenta la de que faltaban las últimas letras á todas las palabras de la citada carta; si bien no le causó la mayor estrañeza, porque está probado que así sucede con los que pierden la memoria, i mas con los que han sufrido por largo tiempo grandes pesares i quebrantos.

RASGO DE AMOR MATERNAL.

EL LEON DE FLORENCIA.

La historia del leon de Florencia se halla representada en finísimas estampas, en soberbios cuadros i en admirables estátuas: las artes han perpetuado este portentoso suceso, ocurrido en el siglo XVII, por cuantos medios están á su alcance, i no es creible que el tiempo devorador pueda destruir los sólidos é imperecederos monumentos que atestiguan la májica fuerza del amor maternal.

Se habia escapado de la casa de fieras del Gran duque de Toscana un leon de los mas indómitos i de la mayor corpulencia que se hubiera visto en el Africa, de donde habia sido trasportado á Florencia.

Este rei de las fieras corria por las calles de aquella ciudad introduciendo por todas partes la alarma i el terror: todos huian de las garras de tan terrible animal, el cual ajitando su encrespada gueja, abriendo su enorme boca, i encendidos sus ojos con el color de la saña i del furor, buscaba un objeto en que desfogar su ira, tanto tiempo reprimida en su estrecha prision; tropieza desgraciadamente con una infeliz mujer que llevaba pegado á su pecho un tierno infante. A la primera impresion del terror se le cae su hijo de los brazos; lo coje el leon en su boca; el peligro ó por mejor decir la muerte segura de este niño hace volver de su aturdimiento á esta madre desolada, la cual armada de valor, sino para disputar la presa con la fuerza, á lo menos con las lágrimas, se hinca de rodillas ante aquella tremenda fiera; i con los acentos del dolor mas agudo i penetrante, le pide que le de-

vuelva aquella prenda de sus entrañas.

Esta accion extraordinaria de la madre, que es el último grado del extravío i de la desesperacion, este olvido de la razon, tan superior á la misma razon; este instinto de un extremo dolor que no se resuelve á creer que puedan ni aun las fieras dejar de ser flecsibles á su influencia, esto es lo que puede llamarse la parte mas sublime del cuadro; pero todavía sorprende mas la continuacion de esta relacion.

El leon se para á la vista de aquella mujer, que en su actitud representaba el retrato mas acabado del espanto i de la desesperacion, le fija sus centelleantes ojos; toman éstos de repente una tinta de mansedumbre i de piedad, suelta de su boca aquella tierna víctima, hace noblemente el jeneroso sacrificio de un manjar con cuya deliciosa vista habia principiado ya á regalarse, i se aleja sin hacerle el menor daño.

¿Será posible que la desgracia i el acerbo dolor tengan un lenguaje tan espresivo que lo entiendan hasta los animales feroces? Es indudable que la madre no tuvo en este apurado lance mas armas para contener el furor de aquella fiera, que las lágrimas i el humilde ruego; preciso es que el leon la entendiese, i que se escitára su noble sensibilidad cuando le concedió en el acto lo que pedia. ¿Cómo puede esplicarse este fenómeno tan raro? Es verdad que tenemos repetidos ejemplos de adhesion, deferencia i gratitud de parte de los brutos; pero iguales al que acaba de referirse tal vez no se hallará otro en la historia. Sea como quiera el hecho es positivo, i ha ofrecido un vasto campo á las reflexiones del filósofo observador, sobre la correspondencia natural de los seres animados, i sobre su delicada organizacion, cuya materia es demasiado abstracta i metafísica para que pretendamos fijar un juicio acertado sobre ella.

RASGO SUBLIME DE FIDELIDAD.



LONGINO.

El célebre Lonjino, que segun La Harpe fué el hombre mas célebre de su tiempo por su gusto i elocuencia, i cuyo único tratado *de lo sublime* que nos ha quedado de él, puede justificar por sí solo esta reputacion, nos ofrece un rasgo de fidelidad digno de ocupar un lugar en la historia.

Habia nacido este sabio en Aténas, i ácia el fin del siglo III de nuestra era habia adquirido dentro i fuera de su país una opinion tan ventajosa, que la famosa Zenobia, reina de Palmira, que tan desgraciada fué en sus empeñadas guerras con el emperador Aureliano, lo habia hecho ir á su córte para que la enseñase la lengua griega i la filosofía. Habiendo descubier-

to mui pronto esta heroína los talentos superiores de su maestro, lo nombró su primer ministro.

Como en este tiempo ardiese la guerra entre ella i el imperio Romano, se dió una gran batalla, en la que fué derrotada, de cuyas resultas debió encerrarse en su capital, contra la cual se dirigió en seguida el ejército de Aureliano.

Habiéndole escrito este emperador intimándole la rendicion, aunque con ofertas jenerosas que salvarsen en lo posible su decoro, el fiel i reconocido Lonjino, que apreciaba en mas el honor de su soberana, que su propia vida; ese hombre virtuoso que si hubiese adoptado un carácter oficioso i favorable á las miras de los romanos podia haber asegurado una suerte feliz; ese jenio privilegiado, que con el don irresistible de su elocuencia arrastraba todas las voluntades, confiando demasiado en los recursos del Estado, i en que

Con aquella arma atronadora de la que sabia valerse tan diestramente, habia de comprometer el pueblo á una tenaz i aun desesperada defensa, aconsejó á la reina no capitulase con el enemigo, i dictó una contestacion noble i altiva, cual correspondia á aquella gran reina, i que nos ha sido conservada por el historiador Vopisco como un modelo de elocuencia, de entereza i dignidad.

No desconocia Lonjino que este rasgo sublime de su pluma le habia de costar la vida, si la ya ceñuda suerte de las armas le negaba sus favores, como era muy probable que así sucediese; pero nada arredraba á este varon esforzado tratándose de hacer el último sacrificio en obsequio de su soberana, i de ofrecer un nuevo testimonio de su amor i fidelidad. Dióse con efecto el asalto, fué tomada la ciudad de Palmira; Lonjino fué conducido al patíbulo, i Zenobia quedó reservada para

ilustrar el triunfo del conquistador.

Lonjino murió con el mismo valor i entereza con que habia vivido, sin desmentir en aquel amargo trance su noble carácter, ni los severos principios de su sana filosofía. Murió dejando sellada con su sangre la fidelidad que debia á su soberana i que formaba todo su timbre, sin que su corazón se manifestase de modo alguno angustiado por su suerte, i sí por la de la infeliz Zenobia, en la cual no podia pensar sin deshacerse en lágrimas del mas amargo dolor.

La noble conducta de este hombre virtuoso, que fué el honor del siglo en que vivió, forma un contraste mui notable con la crueldad del vencedor, cuya mancha no se borrará jamas de su carrera política; i en tal sentido nos ha transmitido la historia este suceso.

...del ...
...del ...
...del ...



INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA - JOSE ANTONIO PORTUONDO

BIBLIOTECA FERNANDO ORTIZ

JEOGRAFIA.

De la secta de los Aghoris en la India.

Durante nuestra mansion en Deesa en 1833, hice una escursion á pié al famoso monte Abu ó Abuji, situado en la pequeña provincia de Sirohi, sobre las fronteras meridionales de Joudpour. No era mi ánimo visitar la venerable sede de la fe de Jain, ni tenia tiempo, ni los medios; queria tan solo ver el pais, i recojer algunas noticias sobre las costumbres de los montañeses, llamados Rahtis; no llevaba por lo tanto conmigo mas que dos criados indíjenas, con los cuales me dirigí en bus-

ca de estos lugares tan poco explorados.

La campiña es risueña; á lo lejos se ve descollar el Sikra, montaña santa, cuyo aspecto imponente ha hecho creer á la jente sencilla del pais que los dioses han fijado en ella su morada. Por su falda se abre una vasta estension de campos fértiles cubiertos de mieses, cortados por hileras de cactus i de koujas, i entremezclados de palmeras, granados, mangos i tamarindos.

Al recorrer algunas de las cavernas que se hallan tan abundantes en las cercanias de Albu, vi venir ácia mí á un hombre que se parecia á un espectro; alto de estatura, carilargo i seco, i envuelto su semblante en una cabellera desordenada que aumentaba lo repugnante de su figura. Su cuerpo, medio desnudo i descarnado, estaba pintado con sangre i hollin, i sus ojos brillaban con una ferocidad inespliable. Este hombre, tan feo i tan extraño,

era un *aghorí* ó *aghorapanti*, nombre que se da á una especie de hombres ascéticos, que por fortuna son mui raros sobre la tierra, que adoran á Maha-Devi en las formas mas asquerosas, ofreciendo á su divinidad sacrificios humanos, i alimentándose de carne de sus semejantes; que se someten á los rigores de una penitencia la mas severa, i que á fuerza de austeridades, asesinatos i miseria, consiguen muchas veces una gran reputacion de santidad.

De buena gana habría yo evitado la presencia de tal hombre; pero ó por miedo ó por curiosidad aguardé á que se aprocsimase. Nos miramos el uno al otro sin decirnos una palabra, aunque comprendi que gracias al *coumlis* de que estaba vestido (así es como se llama en el pais el traje que llevan los naturales), mi terrible camarada me tomaba por un hindou. Siendo yo por fin el primero en romper el si-

lencio, le dije: ¡Quién eres? Sin responderme levantó los ojos al cielo, luego los dirigió á la montaña, i pronunció entredientes algunos sonidos que yo no pude entender, i en seguida me hizo seña invitándome á que entrase en su caverna.

Aunque mi alma estaba poseida de terror, no pude menos de seguir á este hombre feroz; ¡pero qué asco! A la entrada de dicha gruta vi un gran monton de huesos humanos, mas adelante un perro en putrefaccion, el suelo i las paredes de esta cueva espantosa estaban llenas de inmundicias las mas repugnantes. Se sentó por fin el aghori sobre una piedra, i mirándome á la cara me preguntó si yo era feringhiano. Le contesté que sí. — Usted extrañará verme en esta figura, añadió, señalándome con la mano su habitacion i su traje; pero debe V. saber que yo soi un adorador de la terrible Kali, diosa cuyo holocausto mas grato es la sangre.... I yo

tambien gusto de sangre, prosiguió despues de una corta pausa, i nunca me veo harto de ella. Al pronunciar estas palabras se contrajo su boca de un modo espantoso.

Oiga V. la historia de mi vida, me dijo; yo no he sido siempre cual V. me ve ahora. Yo desciendo de una familia noble de los *Rahtores*, i pertenezco á la casta de los *seojis*. Aunque los turcos i los feringhianos nos hayan vencido, no por eso dejamos de ser los mismos *Rahtores*.

Un dia fué asesinado mi abuelo por el *thakour* de Nokra; resolví vengar su muerte, i desde aquella época cojí aborrecimiento á los hombres. El hijo del *thakour* propuso un convenio, finjí acceder á él, me convidó á una fiesta que se celebraba en su pueblo, concurrí á ella con algunos individuos de mi familia llevando ocultas nuestras armas.

A la señal acordada, que era la del mo-

mento de beber el opio, desenvainé mi puñal i lo sumerjé en el seno del *thakour* i de mi hermano, que habia querido oponerse á este acto de justicia. Sin embargo, no habia yo saciado con estos dos asesinatos la ardiente sed de sangre que nutria mi corazon. Monté á caballo i me dirigí al desierto (*Thul*), en donde viví como salvaje entre los *Bheels*. Las costumbres de estos hombres escitaron todavía mas la ferocidad de mi carácter, de modo que se hizo natural en mí é indispensable el hábito de derramar sangre por puro placer.

Asociado á una partida de *vaniputras*, recorrí los desiertos i las orillas de los rios para espiar los viajeros á su paso, i yo era siempre el primero en hacerles morder el polvo. Al reconocer un dia la víctima que acababa de sacrificar, ví que era mi segundo hermano, el único que me quedaba en el mundo. Desde entonces me

pareció que el cielo me habia designado mi destino, conocí que la terrible Diosa me habia escojido para uno de sus sacerdotes, i abracé el estado de *aghorí*.

Mi nuevo jénero de vida me alejaba de toda sociedad humana, porque segun nuestros ritos, debemos habitar en cuevas, i disputar la presa á las fieras. Costumbres i placeres, en fin todo lo sacrificué á la Diosa, i le consagré mi vida. Mis gustos, ya bastantemente depravados desde que habia abandonado una parte de los hábitos que habia contraido en sociedad, se depravaron mas i mas por cada dia. Como habia renunciado á toda comunicacion entre mis semejantes, no debí ya volver á usar el mismo traje. Porque ¿cuáles son los vínculos que me unen hoi con el jénero humano? La facilidad con que los rompí me hace ver con toda evidencia que yo soi de los escojidos de Maha-Devi.

¿Qué gloria la mia! No tengo en comun

con la humanidad ninguna de sus flaquezas; me creo tan superior á los hombres como el *Guru-Sikra* á las llanuras. Mi corazón se ha embotado i disfruta de calma; no tengo ni pesares, ni aficciones, ni remordimientos, ni amor. Las libaciones de la sangre que hago correr en honor de mi Diosa la son tan gratas, que las considera como actos los mas propiciatorios. El temor que inspira por todas partes mi aparicion me regocija. Aborrezco al jénero humano, i Kalí me lo recompensará en el cielo. No son los hombres tan solo los que huyen de mí; hasta las fieras, hasta los mónstruos de las montañas cuando me divisan, toman otra direccion para no encontrarse conmigo. Lo que hai de cierto es que jamas he inspirado compasion á ningun ser viviente, i que soi un santo!.... (1)

[1] Bien conocerá el lector que esta multitud de irritantes infamias i blasfemias se ha-

*Estado de la civilizacion del Nuevo Gales
del Sur.*

Insertamos este artículo no tan solo por la curiosidad é interes que ofrece á la Jeografía, sino para que se vea de cuánto es capaz la benéfica accion de un gobierno, pues que sabe sacar tesoros de los ter-

llan en boca de este malvado, de este mónstruo, de este aborto del infierno. ¿I será posible que la especie humana pueda llegar á un grado de tanta perversidad? Difícil nos es dar asenso á la ecsistencia de cerebros tan desordenados, por mas que lo afirme la Revista británica, de la cual hemos tomado el extracto de este viaje, que dice haberse verificado en 1833.

Todavía nos es mas difícil creer que un hombre de protervia tan consumada, pueda encallecerse en el vicio hasta el punto de desoir las voces de la razon, de la justicia i de la humanidad, i los remordimientos de su cora-

renos incultos, i convertir á los criminales en miembros útiles al Estado.

Habrá medio siglo que la inmensa estension de pais, conocida en el dia con el nombre de Nuevo Gales del Sur, no tenia sobre su superficie mas que bosques impenetrables i animales feroces de especies i de formas ignoradas en el resto del globo; ni mas habitantes que un pequeño nú-

zon aunque fuera de bronce, i mas difícil todavía suponer que una fiera tan cruel é inhumana pueda gozar de tranquilidad, reputarse por feliz, i pretender para la otra vida un premio de sus atrocidades é inaudita barbarie. El fanatismo i la obcecacion no pueden cambiar tan disparatadamente la esencia de las cosas. Mas fácil nos parece que habia de ser amansar una hiena, i hacerla perder su carácter carnívoro, que convertir á un hombre en el mónstruo que hallamos retratado en el preinserto viaje, al cual sin embargo hemos creido conveniente dar cabida en nuestra coleccion por su rara curiosidad i estrañeza.

mero de seres humanos, reducidos al último grado de embrutecimiento.

En 7 de Febrero de 1788 desembarcó Mr. Philips en la parte meridional de este país, eligió el punto de Sidney-Cowe por residencia del gobierno de la colonia, i puso los fundamentos de su capital; ¿i podrá creerse que en el momento en que escribimos, cuando escasamente han transcurrido cuarenta i ocho años, se halle la ciudad de Sidney tan poblada, tan rica floreciente, que ofrezca todas las comodidades i regalos de las mayores poblaciones de Europa, i que forme el centro de un territorio cubierto de villas i lugares, aldeas i haciendas, cuyas cosechas surten al país abundantemente de cuanto necesita? Tal es, pues, el prodigio obrado en este gran desierto, sin embargo de la inmensa distancia que lo separa de la madre patria, i aun de las demas colonias.

Hai correos establecidos que recorren con regularidad todos los puntos de la co-

lonia, i los hai asimismo para el interior de la ciudad de Sidney. Se imprimen seis gacetas en los diversos pueblos principales de este floreciente dominio. Hai varias diligencias para trasladar los viajeros de un pueblo á otro; tambien hai en las calles de Sidney lugares destinados para los coches de alquiler. Hai barcos de vapor que salen de la capital en dias determinados para New-Castle i Paramata. Se han fundado ya escuelas primarias é instituciones de órden superior, cuales son el "colegio „australiano, i el colegio de Sidney." Hai en Paramata un observatorio, una sociedad de horticultura, muchas asociaciones ó *clubs* para las corridas de caballos, un teatro, bancos de ahorros ect.

Estas noticias las hemos tomado del almanaque del Nuevo Gales meridional para 1833: valiéndonos de esta misma fuente ampliaremos nuestros informes estadísticos.

Dicho almanaque, que forma un tomito

de 422 páginas en dozavo, tiene por frontispicio el plano de la ciudad de Sidney, i sobre la portada una viñeta que representa la gran administracion de correos i diligencias; está adornado ademas con dos vistas, i el plano de un camino taladrado en las montañas azules del *Mount-Viebonn*. Viene luego el prólogo, el índice de las materias i la descripción de los diversos fondeaderos de la costa; en seguida el itinerario de los varios rumbos con todos los objetos i puntos de vista mas notables que se presentan á los viajeros. Se hallan asimismo los reglamentos coloniales para el uso de las personas que quieran tomar presidiarios en la clase de criados.

En la continuacion del almanaque se hallan los reglamentos sobre la distribucion de tierras, los de puertas i correos; los gastos de los tribunales; las rentas coloniales; la lista de las autoridades i empleados, i la de todos los establecimientos

públicos de toda especie. Las rentas de esta colonia, que en 1826 fueron de 72,320 libras esterlinas, subieron en 1831 á 121,065, i en los diez primeros meses de 1832 á 110,467. El presupuesto de 1833 se graduaba de 110,242 libras.

Finalmente, concluye el almanaque con los nombres i señas de las casas de mas de tres mil habitantes de los principales de la colonia.

NOTA.—Nuestros deseos de que sea conocido un establecimiento ultramarino tan importante para la Gran Bretaña, que en su principio fué un mal presidio en medio de un horroroso desierto, i condenado por lo tanto al mayor desprecio, nos ha obligado á entrar en pormenores tan minuciosos sobre esta preciosa adquisicion para la jeografia.

LITERATURA GALANTE.



Amor é himeneo.

Por qué hai padres tan severos que prohíben á un jóven que dé conversacion á su dama, i que pase algunos ratos en su compañía, preliminares tan necesarios para enterarse respectivamente de sus inclinaciones i carácter? Por qué no han de permitir que se conozcan antes de estrechar el nudo indisoluble? Por qué han de pretender que se den la mano antes que el corazon?

Apenas entra un mozo en una casa, aun-

que sea con los modales mas caballerosos i con todas las garantías de una brillante opinion, se le canta al oido la antífona, ya tan desabrida i empalagosa de puro vieja, "que cuál es el fin que se ha propuesto con favorecer aquella casa con sus visitas; que los habitantes de ella son muy delicados en materia de honor, i enemigos de que en ellos se cebe la maledicencia; que habiendo una ó mas muchachas en estado de merecer, acaso desmerecerian si las intenciones de los visitantes no fuesen tan honestas como era natural debiera desearse; que si bien su acrisolada virtud podia ponerlas al abrigo de la detraccion, sin embargo, podrían otros retraerse de estrechar honrosas relaciones, recelando que estuviesen ocupadas aquellas plazas por los campeones que podian dirigir mas de cerca su puntería; i finalmente, que las muchachas nada adelantan con los galanteos sino se convierten

pronto en sagrados contratos, ó si á lo menos no se estipulan empeños lejítimos i leales promesas, por cuyo solo medio puede darse alguna dilacion al acto solemne, i de lo contrario no se podia menos de hacer presente la conveniencia de escusarse el honor de aquellas visitas.”

Tales son poco mas ó menos las espre-siones que se usan en casos semejantes, i no pocas veces con mayor aspereza, i con una ecsijencia mas premurosa. El pobre mozo, que se habia presentado con la mas honesta intencion, se espanta con este asalto inesperado, se disgusta al ver la impaciencia con que se le quiere uncir al carro matrimonial, i concluye por olvidar los primeros arrebatos de su pasion, i por retirarse.

Si bien convenimos en que no se debe permitir que las jóvenes aspirantas á marido sean objeto de mero pasatiempo de ciertos atrevidos cortejantes, conocidos

por su aversion á la empresa conyugal, no podemos menos de censurar ese prematuro lenguaje que se usa del mismo modo con aquellos jóvenes que ofrecen una favorable disposicion de ser accionistas de buena fe. Débese tener presente que si conviene batir el hierro cuando está caliente, tambien es preciso dejarlo caldear antes.

Se ha dicho que muchas señoritas no se casan porque se ocupan mas en tender redes que en hacer jaulas; pero no es menos cierto que para encerrar los pájaros en la jaula ha sido menester cojerlos antes con las redes, i es bien sabido que para hacerlos caer en ellas ó para cojerlos con la liga, ha debido ser la primera operacion la de atraerlos con reclamos. Seria por lo tanto una imprudencia ir á echar mano de dichos pájaros en el acto de haberse aprocsimado á la citada liga; antes se les debe dar tiempo para que se peguen á

ella con el pecho i con las alas.

Si no se consulta el corazon para estrechar los lazos de himeneo, se harán matrimonios meramente por interes, por vanidad i por cálculo social. Nos parece que seria mayor cordura sondear antes el carácter i las inclinaciones, i observar si hai toda la apariencia de que puedan conjeniar dos personas que deben recorrer unidas el pesado camino de la vida, i participar juntas de tantos dolores: obrando de otro modo el anillo matrimonial será un eslabon mas que se agrega á la cadena de nuestras miserias; los lazos de himeneo serán cadenas de bronce, i no guirnaldas de flores como debieran ser.

¿Pues no es una tirania obligar á una tierna doncella á que forme á ojos cerrados un contrato que decide de su suerte para toda la vida? ¿No es una barbarie pretender que en un negocio de tanta importancia sea el cura al pié del altar el pri-

mero que le pregunte si está contenta de dar la mano al propuesto esposo? ¡I no es una indecencia que una vírjen tímida é inocente sea presa de un desconocido, i que caiga en poder de un hombre extraño i no en los brazos de un tierno amante?

El amor todo lo ennoblece i todo lo embellece. Una hermosa jóven que principia á sentir palpitar dulcemente su corazon con la mas hermosa pasion, es como una rosa ajitada sobre su verde caliz; despliega su púrpura i derrama su suave perfume cuando el blando soplo del céfiro abre delicadamente sus hojas, i las baña el benéfico rayo del sol. Es menester, pues, que el Dios de los tiernos afectos ponga la venda sobre los ojos de la víctima i la corone con una guirnalda risueña. El amor debe finalmente preceder al santo himeneo, como las flores á las frutas.

Una señorita de gran talento, que llegó á ser mujer de gran celebridad, solia de-

cir: "Mi padre me quiere casar con un hombre de sublime ingenio, mi madre con un gran personaje, mi tia con un hombre mui rico; pero yo quiero uno que me guste."

Nada hai mas justo que este deseo cuando no median nulidades que puedan causar la ruina de quien los tiene: los padres son mejores jueces en esta causa, porque los enamorados, que ven siempre las cosas por el prisma de sus placeres, no advierten los peligros en que pueden quedar envueltos, ni las asechanzas que suele armar la malicia, ó una desenfrenada pasion. Así, pues, tan laudable es en aquellos una racional vijilancia, como será censurable un exceso de rigor, una intolerante severidad en el trato, i sobre todo el exabrupto indicado de arrojar de su casa á todo amante que, desde sus primeras visitas, no presente ya los papeles de la vicaría para estrechar el santo nudo matrimonial.

Amistad entre hombre i mujer.

¡Qué cosa mas dulce que un verdadero amigo! decia La Fontaine; pero hai todavía una cosa mas dulce, que es una amiga. Las personas ordinarias i malignas no saben ver ni esplicar en las relaciones i en la conversacion de personas de diverso sexo, sino el placer de los sentidos i el amor. Creen que no se puede tener con las damas un estilo de cortesanía diferente de la galantería; pero se equivocan, porque la mujer puede inspirar un sentimiento mas puro, i es digna de cultivar la dulce i santa amistad.

Sin tener este hermoso sentimiento el fuego i los arrebatos del amor, está en gran parte animado de su suave calor, i casi en igual modo se deleita el corazon con aquella simpática relacion.

La verdadera amistad, ó al menos su esquisita dulzura, no ecsiste tal vez sino

entre hombre i mujer. La amistad entre los hombres es alterada frecuentemente i destruida por diversas miras de interes i ambicion, por ciertas rivalidades del talento, por el deseo de adquirir superioridad, por disputas demasiado vivas i ardientes, i por colisiones de amor propio i vanidad.

La demasiada familiaridad produce con frecuencia una indiferencia i un disgusto que debilita todos los vínculos i relaciones; pero los miramientos, las complacencias, las deferencias i los finos modales que se usan con el bello sexo, dan á la amistad la duracion, la gracia i la dignidad que conservan i embellecen los sentimientos del alma.

Entre hombre i hombre median relaciones de negocios de intereses, de créditos, de deudas i de otros sérios manejos; en la mujer no se halla mas que una dulce conversacion, no se ve mas que la amable criatura nacida para alegrar las plácidas ho-

ras de la vida. Con las mujeres no podemos menos de usar de aquellas delicadas atenciones que no es fácil emplear con los hombres sin que dejeneren en afectación.

La diferencia de sexos, que no es posible olvidar, introduce en esta relación una delicia indecible, i hace gozar un sentimiento misterioso, que no es amor ni amistad, pero que tiene los encantos de lo uno i de lo otro, siendo sus arrebatos menores que los de aquel, i su viveza mayor que la de ésta. En tal caso es cuando puede decirse que la amistad es hermana del amor.

La amistad de una mujer es desinteresada, i la anima por tanto el anhelo mas noble i mas puro: si toma parte en los designios i en la suerte de un amigo, lo hace con un ardor inimitable, conoce sus ventajas con una seguridad sin igual; es incansable para asistirlo i para serle útil,

pensará con ahínco en él, mientras que sus protectores no pensarán mas que en sí mismos. Madama de Thianges decia á Marmontel: "recomiéndese V. á una mujer mas bien que á un hombre, si V. quiere adelantar rápidamente en su carrera." Era tambien sentencia del gran Zoroastro. "Sea V. protegido por una mujer, i nada tema."

Una tierna amiga siente la mitad de las penas i los dobles placeres de su amigo, i sabe hacer mas tolerable la desgracia i mas dulce la alegría; participa de todos los sentimientos agradables i de todas las pasiones jenerosas de dicho su amigo, no se ocupa con él de necesidades, eleva su corazon á la altura del otro, se identifica con su fama, i se engríe con su gloria. Cuando el amigo tiene un proyecto, lo ecsamina ella i lo discute: su juicio por lo regular es fino i delicado, su consejo saludable, su prevision suma, i sus anuncios ó predicciones casi infalibles.

Si el amigo está angustiado por algun afan secreto, ó por algun triste cuidado, la mujer participa de sus penas, i es un encanto para sus males. Las mujeres son las enfermeras mas compasivas, poséen bálsamos para curar las llagas del corazon humano, i palabras májicas para calmar todos los dolores.

El amor, que es delirio de los sentidos i turbacion de la razon, parecerá debilidad al hombre de carácter i de respeto, i si cede á él, i si se deja arrastrar por sus encantos, será con rubor i con vergüenza; pero este mismo hombre, i mas si reúne un jenio sublime i si está de continuo engolfado en sus estudios, ó en los grandes negocios del mundo, necesita de una amiga para elevar su espíritu, para ensanchar su corazon, i para distraerse agradablemente de pesados cuidados.

Una amiga noble i juiciosa, ademas de los útiles servicios que puede prestar con sus consejos, sabe inspirar nobles ideas,

é inflamar al hombre de jenio con el amor de la verdad i de la hermosura.

Me parece, dice el sensible Yorik, que oigo desde lo alto de los cielos á esa dulce amiga que habla sola á mi corazon, ¡no ves, me dice, la severa musa que te observa? Es la historia, á la cual toca fijar la opinion de la posteridad. ¡No ves aquella Diosa que se enseñorea por el globo? Es la fama, que no se desdeñó de ocuparse de ti por un momento. Ella me trajo tus obras, i preparó nuestra dulce union con los sagrados vínculos de la estimacion. ¡Ves aquella Fenix que no muere nunca? Estos emblemas deben ecsortarte á ser siempre el defensor de la razon, de la virtud i de los sagrados derechos del hombre.” —Oh Elisa, cuán agradecido estoi á tus sábios consejos! Te juro que no escribiré una línea que no haga honor á mi corazon, en la cual no se pueda reconocer á tu amigo.

Feliz quien encuentra esta clase de amigas! Pero qué desgracia la de estar separados de la persona que poseía el secreto de nuestra alma, i que nos habia dado la vida del corazon! Cuando se pierde una amiga como la que acabamos de pintar, nuestra alma se figura estar condenada á vivir en un desierto, i le parece que lo ha perdido todo; ¡tal es el vacío que nota en su corazon!

Mr. D' Alambert perdió en pocos dias sus dos mas tiernas amigas, la señorita L. Epinasse, que era su visita de por la mañana, i Madama Geoffrin, que lo era por la tarde. En el destierro en que quedó sumido, solia decir sollozando. "Ya no tiene para mí encanto alguno la vida; he perdido las tardes i las mañanas!

La mujer, que Pope llama *softer man*, (el hombre mas dulce), embellece cuanto le rodea, tiene el alma fuerte del hombre, mas la sensibilidad de la mujer,

Thomas decia que un amigo es útil para los grandes apuros de la vida, i una amiga era necesaria para el placer de todos los dias.

Las mejores amistades, dice La Bruyere, son las que suceden al amor.

Amor i amistad.

El amor es un sentimiento mas vivo; la amistad un sentimiento mas perfecto; aquel se puede comparar á los ardorosos rayos del sol, éste á la plácida luz del astro solitario en las noches de calma. El amigo ama al amigo como á sí mismo, el amante ama al amante mas que á su propia persona.

Si grande es el placer de verse dos amigos, mayor es el de dos amantes. Se pueden tener muchos amigos; pero el amor no puede fijarse mas que en un solo objeto; la amistad se obtiene con la amis-

tad, el amor ne se obtiene por lo regular con el amor, sino con la simpatía i á veces con el desden. La amistad goza en desahogar sus penas, el amor en comunicar sus placeres. ¿Cuál de estos dos hermosos sentimientos deberá apreciarse en mas? Nuestras señoras elegantes parece que quieren dar la preferencia á la amistad, así es que á su amante lo llaman ahora el amigo: mas esta es una mera apariencia, porque lo mas comun es que el corazon no se contenta con tan estéril aunque agradable oficio; i por mas que al principio se hayan propuesto tan limitada idea i tan contenidos sentimientos, se salta pronto la barrera, i se toma no pocas veces exabrupto i por asalto la plaza del amor.

Quisiera erijir en mi jardin un templo á la amistad, decia la tierna i encantadora Elisa; se construyó el templo, pero faltaba la imájen de la amistad para colocarla en el

punto mas conspicuo: un escultor le hizo una estatua de la amistad la mas hermosa que pudiese inventar el arte; mas pareció tan fria i tan triste á la hermosa doncella, que dijo no era aquel el ídolo que anhelaba su corazon.

”Hágame V. un Dios chiquito que tenga su asiento sobre las rosas: esta es la imájen que yo me he formado de la amistad celestial. El escultor obedeció, i le llevó al hermoso niño del amor; apenas lo vió la delicada vírjen, huyó á lo mas recóndito de su templete. ¡Ah señorita, exclamó el artista, no extraño lo que á V. le sucede; no es V. la primera doncella que ha venido en busca de la amistad i se ha vuelto con el amor, ó ha tenido que fugarse ó esconderse para resistir, aunque débilmente i por corto tiempo, á los delumbradores encantos de Cupido!

VARIEDADES.



Advertencias á los críticos.

No la inmodesta presuncion ni el deseo de arrancar aplausos es lo que me mueve á destinar algunas pájinas al deslinde de cuestiones personales, i sí la conveniencia de dar con oportunidad una leccion de moderacion i decencia á los que desafortada é injustamente levantan el grito contra las obras del ingenio, ó mas bien contra sus autores.

Tales son los denuestos que se me han lanzado por cuatro ó seis enmascarados, que en el mero hecho de presentarse con

tal disfraz i con armas prohibidas, cuales son las de la injusticia i falta de verdad en sus asertos i acriminaciones, ya que no se les quiera dar otro dictado, llevan el sello de la reprobacion.

Tengo motivos para formar este juicio, pues he recibido testimonios inequívocos de que la opinion de tres ó cuatro individuos, que con la mayor lijereza i presuncion usurpan el título de órganos, cuando nadie les ha confiado tales facultades, no sale de ese estrecho círculo, en el cual debe quedar oscurecido i sepultado todo conato que no lleve por objeto la utilidad pública, único principio que puede hallar simpatía en una sociedad culta.

Si la idea de ilustrar las obras que he publicado en esta ciudad, i no otro fin siniestro, hubiese dirigido la pluma de los que con tanta acritud han salido á la palestra, sus impugnaciones habrían sido hechas con los debidos miramientos, i en

tal caso les habría agradecido el servicio i les rogaría su continuacion; porque si bien en lo que se me ha criticado hasta el presente no encuentro defecto alguno clásico que en justicia merezca ser enmendado, puede mui bien suceder que en los tomos sucesivos se resbalen algunas equivocaciones, las cuales me apresuraré á rectificar al fin de la obra para que no puedan inducir en error.

Esta sería una ocupacion útil i provechosa para los que presumen ser órganos de la opinion, i por cierto que el público la consideraría como un servicio importante. Háganse las observaciones críticas con urbanidad i decoro; no se mezclen en ellas fines rastreros, odios encubiertos, ni solapados designios; respétense las personas aun en el acto mismo que se censuren los defectos positivos i no imaginarios de sus obras. Haláguense mas bien i sean animados con oportunos elogios, i

nunca i por ningun caso sean deprimidos i ecsasperados los que se dedican á la espinosa carrera de escritores, porque de lo primero resultará aumento de ingenios que den publicidad á sus producciones literarias, i de lo segundo una invencible repugnancia en presentarse en escena por temor de que aun las obras mas perfectas sean convertidas en objeto de rechifla i escarnio.

Estas son las lecciones que debieran tener presentes los críticos del dia, por honor suyo i por el bien de su patria.

Cuando imbuido en las doctrinas que acabo de emitir, debia esperar mas bien que diatribas amargas escitaciones cordiales i corteses para no desmayar en unos trabajos cuya conveniencia nadie hai que pueda disputar, i cuando debia lisonjearme de recibir muestras de aprecio i aun de gratitud por la consagracion de mis horas de descanso á la composicion de la pre-

sente obra, en la cual no llevo mas objeto que el de prestar este nuevo servicio público á favor de las mismas letras, me veo atacado con tanta acrimonia como sinrazon i falta de urbanidad! Dejo al juicio de las personas sensatas é imparciales la calificación de tamaña conducta, i me limitaré á decir que es mui diferente la que observan las naciones mas ilustradas de Europa con sus autores, i aun con los extranjeros, en lo cual resalta pausiblemente su delicado discernimiento á la par de su sabiduría i justicia. En prueba de esta innegable verdad, me parece conveniente insertar, no como título de jactancia i sí de justificación, el siguiente artículo extractado del tomo tercero de la cuarta serie de la *Revista británica*, correspondiente al mes de julio del presente año, cuyo testimonio es irrecusable por cualquier aspecto que se quiera considerar. Dice así:

Revista jeneral de la economía política

por don Mariano Torrente, 3 tomos en 4.º
En la Habana, librería de Jordan, calle de
Mercaderes, número 89.

En esta *Revista jeneral de economía política* abraza el señor Torrente todas las grandes cuestiones sociales cuya resolución corresponde á esta ciencia. El primer tomo comprende el prólogo de la obra, un vocabulario de los principales axiomas de Economía política, i el tratado de la produccion de la riqueza, con la indicacion de los medios que los gobiernos pueden emplear para el desarrollo de su progresion. El tomo segundo trata de la distribucion de las riquezas; i el tercero indica el modo acertado con que éstas deben ser consumidas por los particulares i por el gobierno.

En apoyo de su doctrina presenta el autor la historia económica de España, un bosquejo de los diversos sistemas de hacienda que se han planteado en dicho

pais, i da el estado actual de sus recursos *financieros*. Así concebida i distribuida esta obra, forma en los tres tomos que acaban de publicarse un curso completo de Economía teórica: otros tres tomos que seguirán á esta primera empresa, serán consagrados á la Economía práctica, es decir, á presentar las mejoras de que son susceptibles los diversos ramos de la administración.

La España, i todas las naciones que tengan un verdadero interes por la propagacion de la ciencia económica, que es la única que enseña las leyes de la prosperidad pública, deben dar gracias al señor Torrente por el modo claro, brillante i metódico con que ha espuesto los principios de esta ciencia, i sobre todo por la imparcialidad con que ha presentado el análisis de las principales obras de Economía política.

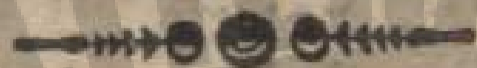
El señor Torrente es autor asimismo de

dos obras importantes i apreciadas con justicia, cuyos títulos creemos de nuestro deber indicar en este lugar: la primera es una Jeografía universal en dos tomos en folio con un atlas; i la segunda la historia de la revolucion hispano-americana en tres tomos en cuarto, con tres mapas i quince planos de batallas. Fácil es inferir el mérito que debe tener esta última obra al considerar que la historia de la revolucion de la América del Sur es desconocida en Europa, pues no poseemos de ella sino algunos fragmentos, mientras que la historia del señor Torrente abraza todas las fases de esta época memorable.

FIN DEL TOMO QUINTO.

INDICE

DE LAS MATERIAS.



TITULOS.	PAJINAS.
I. Tratado de la Mitología. . . .	5
II. Apuntes sobre la poesía i las musas..	40
III. Triunfo de la filosofía. . . .	43
IV. Caminos de hierro.	99
V. Modo de evitar la sofocacion en las minas i en los incendios..	110
VI. Marta, ó el salto del Tequen-dama...	119
VII. Lecciones de fina educacion. .	175
VIII. Cuentas de Jorje Washing-ton..	227
IX. El crimen castigado.	238
X. Rasgo de ferocidad conyugal..	249
XI. Rasgo de amor maternal. . .	252
XII. Rasgo de fidelidad.	256
XIII. Secta de los Aghoris en la India.	261

XIV.	Estado de la civilizacion del Nuevo Gales del Sur.. . .	269
XV.	Amor é himeneo.	275
XVI.	Amistad entre hombre i mu- jer.	282
XVII.	Amor i amistad.	289
XVIII.	Advertencias á los críticos.	292

ERRATAS.

<i>Páj.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
14	10	océano	oráculo
212	20	poniende	poniendo
242	21	un hijo	mi hijo

CONTINUA LA LISTA

DE

LOS SEÑORES SUSCRITORES
DE LA HABANA.

- 934 Srs. don Felipe Larroca.
935 don José María Flores.
936 don Manuel Morales Alsola.
937 don Simon Hernandez de la Torre.
938 don José Entralgo.
939 don Pedro Lucas Nogueira.
940 don Antonio Mayol.
941 don Pedro de Jesus Diaz.
942 don José Grogorio Guayanes.
943 don José Bosch.
944 don José Inés Camero.
945 don Bernardo de Córdoba.
946 don Joaquin Lopez Silvero.
947 doña Catalina Viaña.
948 don Juan José de la Lloza.
949 don Pedro García Ruiz.
950 doña Belen Suastegui de Acevedo.
951 don Matias Jose Delgado.
952 don Joaquin Garcia Angarica.
953 don Fernando de Osma.

- 954 Escmo. Sr. don Rafael de Quesada.
955 Srs. don José de los Dolores de Lima.
956 don Juan Francisco Cascales i Ariza.
957 don José Timoteo de Salva.
958 don José Juera.
959 don José Perez Cosío.
960 don Agustin Cajigas.
961 don Ramon Garin.
962 don Pascual Benjumeda.
963 don Francisco Jibaja.
964 don Miguel Diaz.
965 don José María Monteresi.
966 don Domingo Valbin.
967 don José Robles.
968 don Juan Tacon.
969 don Antonio de Ulloa.
970 don Antonio García Estrada.
971 doña Cecilia Ciganda de Chaumont:
972 don José María Chacon.
973 don Vicente Borges.
974 don José de Salazar.
975 don Narciso Casas.
976 don Rafael Cortés.
977 don Pedro José Apellanis.
978 don Julian Torres.
979 don Rafael Calvo.
980 don José Luís.
981 don Ramon del Hoyo.
982 don Antonio de la Torriente.
983 don Juan Bautista Monzon.

- 984 Srs. don Juan José de Aranguren.
985 don Andres Amador García.
986 don Casimiro Lachiche.
987 don Pedro de la Cuesta.
988 don Narciso de Mella.
989 don José Tacoronte.
990 don José Varela.
991 don Rafael Mosquera.
992 don Andres Gonzalez.
993 doña Catalina Cárdenas de Pedroso.
994 don Francisco María Ramirez.
995 don Manuel Melis.
996 don Roberto Nolan.
997 don Francisco Marquez.
998 don Serapio Serpa.
999 don Juan Cubre.
1000 don Diego Fernandez Herrera.
1001 don Francisco Yañez.
1002 don Pedro de Sotolongo.
1003 don Antonio Ponce de Leon.
1004 don Miguel Fernandez del Castillo.
1005 don Antonio Madrazo.
1006 P. Fr. Santiago Papiol.
1007 don Manuel de Arriaza.
1008 don José Jesus de Radillo.
1009 don José Antonio Franco.
1010 don Antonio Costa.
1011 don Nicolás García.
1012 don Juan Francisco Arbuan.

[Continuará.]

BIBLIOTECA SELECTA

DE

Amena Instruccion.



FERNANDO ORTIZ



MEXICO 1974

24

**BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ**

BIBLIOTECA SELECTA

DE

AMENA INSTRUCCION,

POR

D. Mariano Torrente.

TOMO 6.

HABANA:

IMPRESA DE D. T. JORDAN, C. DE MERCADERES.

NOVIEMBRE DE 1836.

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

INSTITUTO DE LITERATURA Y LINGÜÍSTICA
ANTONIO PORTUONDO

INGÜÍSTICA - JOSE

FILOSOFIA.



TRATADO DE LÓJICA.

La lójica es el arte de raciocinar con exactitud, i nos enseña á dirigir las diversas facultades del entendimiento, de modo que percibamos con distincion i claridad todos los objetos que fijan nuestra atencion, i juzguemos de ellos con acierto. Se dividen comunmente en cuatro partes, á saber: *percepcion, juicio, raciocinio, i método ó disposicion.*

La *percepcion* se define la simple contemplacion de las cosas que se nos presentan al entendimiento; i cuando estas per-

cepciones forman un caudal de especies ligadas i compuestas, se llaman ideas.

Estas ideas se elevan á *juicio* cuando se combinan una ó mas de ellas, i se comparan entre sí.

El *raciocinio*, ó *argumentacion*, es otra operacion mas adelantada del entendimiento, mediante la cual se sacan consecuencias de proposiciones sentadas, i se convierte en certeza lo que antes era desconocido, oscuro i dudoso.

Disposicion ó *método* es otra operacion del entendimiento, tan necesaria para ordenar las ideas, proposiciones ó argumentos.

La *percepcion* puede dividirse en *simple aprension* i *reflecion*. La *simple aprension* no es mas que la impresion que recibe el entendimiento, cuando los sentidos le presentan algun objeto físico ó moral: esta tramision es conocida con el nombre de *sensacion*. La *reflecion* es el

arte de ajustar i combinar estas percepciones ó sensaciones: así pues, cuando los sentidos son imperfectos, como sucede con los ciegos, mudos ect., no podrán ser correctas las ideas, ni acertadas las reflexiones.

Hai dos especies de ideas complecsas; unas que son sugeridas por los diferentes objetos que escitan sensaciones; i otras que forma el entendimiento combinando á su gusto las ideas simples. Las primeras son las que formamos de las sustancias materiales ó corpóreas que contienen la idea de partes sólidas, coherentes i estensas; i las segundas son las que nos formamos de las mentales ó incorpóreas, que no tienen forma material determinada en la naturaleza.

Las propiedades con que se distinguen las sustancias se llaman modos: éstos se dividen en *esenciales* i *accidentales*; los primeros son los que se consideran como

8
inseparables del objeto á que pertenecen;
i los segundos los que no son absoluta-
mente necesarios para que un objeto con-
serve su ser.

Al formar nuestro entendimiento las ideas complecsas, obra de tres modos di-
ferentes; á saber: por *composicion*, por
abstraccion i por *comparacion*. Se dice
que obra por composicion cuando juntan-
do muchas ideas simples forma una com-
pleta; por abstraccion, cuando separa de
cualquiera de nuestros conceptos las cir-
cunstancias que los hacen particulares, i
por *comparacion*, cuando el entendimiento
coteja ó compara una idea con otra i des-
cubre las relaciones que hai entre ellas.

Las *ideas abstractas* se subdividen en
jéneros, *especies* é *individuos*.

El *jénero* comprende todos aquellos in-
dividuos que poséen alguna propiedad en
comun. Las especies denotan la clase de
los seres que se parecen unos á otros en

9
las particularidades esenciales. El individuo comprende á uno solo de su especie.

De las palabras i de su uso.

Las palabras son unos sonidos ó signos por medio de los cuales se emiten las ideas que se despiertan en nuestra mente.

Las palabras, bien sean habladas ó escritas, no tienen conecision alguna natural con las ideas que se intenta significar, porque son meramente signos arbitrarios i de convenio inventados por los hombres para comunicarse sus pensamientos; por lo cual solo son entendidos por los que conocen la misma lengua: no sucede así en la espresion de las principales afecciones del alma, que como son comunes á todos los pueblos, se encuentra una conecision íntima con la idea que se quiere significar: tal es el acto de llorar, de reir, de cantar, de suspirar ect., que denotan la

pena, la alegría, el buen humor i la aflicción.

Aun tratándose de las palabras entre personas que hablan la misma lengua, no todas producen ecsáctamente las ideas que intentamos comunicar, porque si así fuera, rara vez padeceríamos equivocaciones.

Las palabras se dividen asimismo en *indefinibles* i *definibles*. Por indefinibles entendemos las palabras que denotan ideas simples que no pueden comunicarse á otros sino con la presencia real del objeto que las ha formado, por manera que el que haya nacido sin vista nunca podrá comprenderlas. Son definibles las palabras compuestas de ideas mas ó menos complejas, ó simples, pues con la esplicacion mas ó menos prolija de éstas se podrá hacer comprender el significado de aquellas.

Por definicion, pues, entendemos una enumeracion de todas las ideas simples

de que se compone una palabra ó una idea complecsa. Las definiciones se dividen en dos clases, que son: *del nombre i de la cosa.*

Definicion del nombre significa la esplicacion del sentido de una palabra en términos que se pueda escitar en el entendimiento del que oye la misma idea complecsa que ecsiste en el del que habla. Para que estas definiciones sean ecsáctas se ha de tener particular cuidado en no usar una voz por otra, aunque parezcan sinónimas, pues aun entre las que tienen esta acepcion se nota alguna diferencia que puede ser mui sustancial, i débese asimismo evitar el uso de palabras que tengan un sentido dudoso ú oscuro.

Definicion de la cosa es la que esplica su naturaleza jenérica i su diferencia esencial ó específica: lo primero se consigue comparando la naturaleza que se intenta definir con otras que son las mas seme-

jantes á ella, i fijando la concordancia de su esencia ó naturaleza que es su jénero; i lo segundo, considerando el atributo, propiedad ó idea mas notable en que se diferencia de las otras que mas se le parecen; i esta es la diferencia esencial ó específica.

Así pues, la definicion se hace juntando el jénero i la diferencia; i para que no carezca de las mejores reglas que se requieren, debe ser universal, propia i peculiar á la cosa definida, sencilla, clara, corta i despojada de repeticiones i de superfluidad de voces.

Del juicio.

Cuando el entendimiento ha adquirido cierto caudal de ideas, procede á compararlas entre sí, i á juzgar de su concordancia ó discordancia; cuyo acto se llama juicio.

Este se divide en tres partes, que son: *juicio de intuición, de experiencia i de testimonio.*

El juicio de *intuición* ó intuitivo, es el que se forma por la mera atención que se presta á las ideas comparadas. La intuición es el fundamento de aquella especie de raciocinio que los lógicos llaman *demonstración*; i los conocimientos adquiridos por este medio se llaman *ciencia*, porque conducen á verdades eternas é inmutables.

El juicio formado por la *experiencia* es el conocimiento que se deriva enteramente de los sentidos, atribuyendo á los cuerpos las cualidades que corresponden á las percepciones que escitan en nosotros. Dícese que estos juicios están fundados sobre la experiencia, porque cuando no hai conexión entre la estructura de aquellos cuerpos i las sensaciones que producen, debemos fundar nuestro juicio exclusivamente sobre la observación. Así, pues,

del mismo modo que la intuición es el fundamento de los conocimientos científicos, así la experiencia lo es de los conocimientos naturales, porque solo por observaciones i ensayos podemos descubrir las propiedades de dichos objetos.

El juicio sobre *testimonio* es indispensable en todos los casos, que son los mas, en que no pudiendo la corta esfera del hombre abrazar el conocimiento de todas las operaciones de la naturaleza, ni los fenómenos i sucesos del universo, no puede menos de apoyarse en la autoridad de otros.

De las proposiciones.

Proposición es la espresion de algun juicio del entendimiento, por medio de la cual afirma que dos ó mas ideas concuerdan ó no entre sí.

Toda proposición consta de sujeto, cópula i atributo ó predicado, ó lo que es lo

mismo de ajente, verbo i objeto que determina la accion; por ejemplo, los *niños son tímidos*: los *niños* son el ajente ó el sujeto, *son* el verbo ó copulativa de la oracion ó proposicion, *tímidos* el objeto que determina la accion ó el *atributo*, cuya última voz se ha adoptado para la enseñanza. Aun cuando no se encuentren en una proposicion mas que dos miembros, ó sea sujeto i cópula, como por ejemplo, cuando se dice *los niños temen*, se presuponen los tres que llevamos indicados, pues equivale á decir, *los niños están temiendo*; *yo amo* vale tanto como *yo estoy amando*, i así de los demas casos que parecen diversos de la primera regla jeneral, aunque no lo son en realidad.

Hai varias especies de proposiciones; á saber: afirmativas, negativas, universales, particulares, absolutas, condicionales, simples, compuestas, evidentes por sí mismas i demostrables.

Son *afirmativas* cuando la idea del sujeto concuerda con la del atributo.

Son *negativas* cuando no concuerdan, i se espresan con la partícula *no*.

Son *universales* cuando el sujeto es un término jeneral que incluye todos los individuos de una especie, ó todas las especies de un jénero.

Son *particulares* cuando dicho término admite alguna limitacion.

Son *absolutas* cuando afirmamos alguna propiedad inseparable de la idea del sujeto.

Son *condicionales* cuando el atributo no está ligado con el sujeto sino condicionalmente.

Son *simples* cuando son efecto de un simple juicio que no puede dividirse.

Son *compuestas* cuando pueden resolverse en tantas proposiciones simples, cuantos sujetos i atributos hai en ellas.

Son *copulativas* cuando tienen mas de

un sujeto ó predicado, enlazados por conjunciones afirmativas ó negativas.

Son *disyuntivas* cuando se comparan varios atributos con el mismo sujeto.

Son *evidentes por sí mismas* cuando su razon ó verdad se percibe en el momento, i no admite ninguna prueba, porque no es posible que por via de confirmacion se aumente mayor certeza.

Son *demostrables* cuando su razon ó verdad no es tan obvia, i necesita de algunas pruebas para figurarla.

De los falsos juicios i preocupaciones.

Los lójicos dan el nombre de preocupaciones á las diversas causas de que proceden los errores del juicio humano.

Aunque dichas preocupaciones son numerosas, pueden reducirse sin embargo á cuatro clases jenerales, que son: "las que proceden de las cosas, de las palabras,

„de nosotros mismos i de los otros.”

Las preocupaciones procedentes de las cosas se subdividen en cinco clases, á saber:

1.^a La oscuridad de algunos problemas i la dificultad de dar su solución; por lo cual formamos juicios erróneos i precipitados;

2.^a La falsa apariencia de cosas disfrazadas;

3.^a La aparición de algun defecto en dichas cosas, por el cual se desechan i condenan sin mas averiguación, aunque en todas sus demas partes tengan un mérito sublime. Así sucede con algunos críticos superficiales que desprecian las mejores obras del ingenio, sin mas razón que la de figurarse que han hallado algun descuido, harto disculpable aunque sea real i positivo;

4.^a Los diferentes puntos de vista en que se puede colocar un objeto, i los dis-

tintos aspectos bajo los cuales se nos puede presentar aunque sea uniforme por su naturaleza;

5.^a La asociacion casual de varias ideas, combinada con una propension á la creencia de vulgaridades.

”Por preocupaciones ó falsos juicios „procedentes de las palabras, entendemos „las que nacen de frases solas ó de frases „unidas. Las que dimanar de las primeras son las siguientes:”

1.^a Cuando las palabras son equívocas, ó están sujetas á diferentes interpretaciones;

2.^a Cuando varias palabras, que parecen sinónimas, se usan para espresar una misma idea.

Pueden originarse preocupaciones ó falsos juicios de las frases unidas;

1.^o Cuando no es feliz i claro el modo de espresar un discurso, aunque esté lleno de erudicion i sanas ideas, porque la

falta de estilo lo deslucen, i hace formar de él un juicio desfavorable.

2.º Cuando la fuerza de la elocuencia arrastra los ánimos é induce á los oyentes á abrazar un partido que no está en consonancia con la razon, ó lo que es lo mismo á adoptar un error.

Las *preocupaciones procedentes de nosotros mismos* se clasifican asimismo de seis modos; á saber: "Preocupaciones de la niñez, de los sentidos, de la imajinacion, de las pasiones, del amor propio i del temperamento."

Las *preocupaciones de la niñez* son aquellas ideas equivocadas que nos formamos cuando nuestra tierna edad no nos permite ver las cosas con un fino discernimiento.

Las *preocupaciones de los sentidos* son aquellas ideas equivocadas que muchos hombres conservan por el estraviado informe de los sentidos.

Las *preocupaciones de la imajinacion* son

las que son creadas por una acalorada fantasía, sin que se detenga á examinarlas por los principios que dicta la sana razon.

Las *preocupaciones de las pasiones* tienen alguna afinidad con las anteriores, porque son igualmente producidas por una imaginacion estraviada con las diversas afecciones que dominan al corazon.

Las *preocupaciones del amor propio* se distinguen por aquel empeño que tanto domina al hombre de considerar todo lo que le es propio como lo mejor i mas sublime.

Del racionio.

El *racionio* es una operacion por medio de la cual compara el entendimiento varias proposiciones, i forma de ellas un silojismo.

Todo hombre es mortal,

Yo soi hombre,

Luego soi mortal.

Por este ejemplo se verá que el silojismo consta de tres partes, á saber: dos proposiciones, que se llaman premisas, ó sea proposición mayor i menor, i otra que se deriva de ellas, i es conocida con el nombre de conclusión.

Son varias las clases de silojismos; pero todas se refieren á esta raíz. Los nombres con que son conocidos por los lógicos, son los de universales afirmativos i particulares negativos, sencillos i compuestos: estos últimos se subdividen en condicionales ó hipotéticos, conjuntivos i disyuntivos, i entimemas i sorites.

Los entimemas son unos silojismos imperfectos en apariencia, porque solo se expresa en ellos la mayor i la conclusión, como por ejemplo:

Todo hombre es falible,
Luego el sabio es falible.

Aunque se omite la menor, no por eso

deja de ser completo, porque dicha menor, que no puede ser otra sino la de *el sabio es hombre*, es de suyo tan obvia, que no hace falta alguna para que tenga igual fuerza el citado silojismo.

Hai otra clase de entimemas, en la que la menor va envuelta en la conclusion, i se llama racionio por inmediata consecuencia, como en el ejemplo siguiente:

Las cosas iguales á una misma cosa son iguales entre sí;

Luego dos triángulos, cada uno igual á un cuadro dado, son iguales entre sí.

Por *sorites* se entiende un razonamiento compuesto de mas de tres juicios ó proposiciones, las cuales deben estar tan encadenadas entre sí, que se proceda lisamente de una verdad á otra hasta su conclusion. Los sorites se dividen en cuatro especies, á saber, *graduacion*, *dilema*, *epicherema* é *inducccion*.

Para la *graduacion* se requiere que el atributo de la primera proposicion sea el sujeto de la segunda, el atributo de la segunda sea el sujeto de la tercera, i así de las demas, hasta que el sujeto de la primera se halle reunido con el atributo de la última.

El *dilema* es una especie de argumento que contiene dos proposiciones contrarias, dejando al adversario la eleccion de cualquiera de ellas para convencerle sin recurso, elija la que elijiere: este racionio no tiene réplica, porque probadas las dos proposiciones, es preciso convenir con el todo. He aquí un ejemplo:

“O el amigo á quien deseamos contar nuestras cuitas es verdadero ó falso.”

“Si es verdadero, no debemos contarlas, porque lo aflijiremos i le daremos un mal rato.”

“Si es falso, tampoco deben contarse, porque se regocijará con ellas, i nos insultará en secreto;”

”Luego no deben referirse las penas i „aflicciones que uno padece.”

El *epicherema* es un argumento en el cual se junta á cada premisa su prueba particular; i mas bien debiera llamarse un silojismo amplificado.

La *inducccion* es un razonamiento por el cual se pasa del conocimiento de muchas cosas particulares al conocimiento de una verdad jeneral.

La *demostracion* es la prueba de una proposicion por medio de un silojismo, ó de una serie de silojismos fundados en proposiciones i definiciones evidentes por sí mismas. Se pueden dividir en demostraciones *á priori*, que prueban el efecto por su causa necesaria, i demostraciones *á posteriori*, que infieren la causa por sus efectos necesarios.

De los sofismas.

Los sofismas son falsas consecuencias sacadas de las premisas que parecen verdaderas, ó de premisas falsas. Se conocen varias especies de sofismas: á saber: "Ignoratio elenchi, petitio principii, non causa pro causa, fallacia accidentis, i los de composicion i division."

La *ignoratio elenchi* consiste en probar otra cosa diferente de la que se cuestiona; cuyo sofisma lo vemos en uso por desgracia á cada instante, pues nada hai mas frecuente que disputar los hombres con acaloramiento sin entenderse, i atribuirse respectivamente lo que no piensan.

La *petitio principii* consiste en suponer como cierto lo que está en cuestion, i en sacar deducciones oscuras i faltas de conviccion.

La *non causa pro causa* consiste en su-

poner como cierto lo que es falso.

La *fallacia accidentis* procede de tomar por causa de una causa, lo que no es sino accidente.

Sofisma de *composicion* consiste en aplicar al sistema compuesto una verdad que lo es tan solo en el sistema dividido; i el sofisma de *division*, que lo es tan solo en el sentido compuesto.

Se conocen asimismo otros sofismas, cuales son "los de la *enumeracion imperfecta*, que consiste en concluir temerariamente que la tal ó cual cosa es de éste ó de otro modo, aunque en realidad sea muy diferente de lo que se piensa; los de abusar de la ambigüedad de las palabras; los de pasar de lo que es cierto respecto de una cosa á lo que es absolutamente cierto; los de juzgar de una cosa por lo que tan solo le conviene accidentalmente; los de concluir de la potencia al acto, lo cual se llama círculo vicioso; los de pasar del

„sentido colectivo al distributivo i vice-versa; los de pasar de un jénero á otro, del órden físico al metafísico, del natural al sobre-natural ó artificial i al contrario; los de pasar de la ignorancia á la ciencia; los de sacar de la consideracion de las cosas particulares una consecuencia jeneral, ect. ect.”

Del método.

Por método en la lójica se entiende la disposicion de diversas ideas en el órden que pueda servir mejor para descubrir verdades desconocidas, esplicar las conocidas, i fijarlas en la memoria.

El método se divide en dos especies jenerales, que son: método natural i método arbitrario.

El *método natural* se subdivide en *sintético* i *analítico*.

Llámase método *sintético* ó de *compo-*

sición, cuando de los principios mas simples procedemos á demostrar otros por consecuencia inmediata, hasta que vamos estableciendo por grados la verdad, que es el objeto de nuestra investigación.

Llámase método *analítico*, ó de *revolucion*, cuando para descubrir la verdad de una proposición, retrocedemos por medio de cada grado inmediato á sus primeros principios, i es la única i verdadera guia para que nuestros raciocinios sean evidentes i ecsáctos. El analisis tiene tambien otra ventaja, i es la de ofrecer al entendimiento pocas ideas á un tiempo, i siempre en la mas simple graduacion; la de desechar los principios vagos, i no buscar la verdad por medio de proposiciones jenerales, sino por una especie de cálculo, componiendo i descomponiendo las nociones para compararlas del modo mas favorable á los descubrimientos que intentamos hacer.

El método analítico se llama también de *invencion*, i el sintético de *instruccion*.

Siendo tal vez el buen uso del método la parte mas interesante de la lójica, fijaremos siete reglas que son de la mayor importancia, tomadas de uno de nuestros autores modernos, cuyas huellas hemos seguido para trazar este sucinto tratado.

Primera regla. Cuidar de que nuestro método esté ecsento de error; para lo cual se necesita:

1.º Gran cuidado para sentar el fundamento de nuestro argumento ó discurso, ecsaminando detenidamente las proposiciones que se hayan de establecer como primeros principios, i procurando que sean ecsáctas las primeras consecuencias, para que lo sean asimismo las sucesivas.

2.º Débese procurar que todo el encañamiento del racionio sea fuerte i bueno, porque un eslabon endeble destrairia el mérito de todos nuestros argumentos.

3.º Disponer nuestras proposiciones i

argumentos con el mejor orden i prevision posible, para precaverse de toda suerte de objeciones.

Segunda regla. El método debe ser sencillo i claro para que los oyentes ó lectores puedan seguir el racionio con facilidad, i percibir claramente todo el plan; para lo cual es menester:

1.º Que las primeras proposiciones sean las mas obvias i conocidas, i proceder con pasos regulares i fáciles hasta llegar á los mas difíciles.

2.º Poseer perfectamente una ciencia antes de presumir que se pueda enseñar.

3.º No acumular demasiados pensamientos i racionios en una sentencia ó párrafo.

4.º Formarse un modo claro i fácil de explicar nuestros conceptos, no usando palabras que tengan doble sentido, ó que puedan entenderse de distintos modos.

Tercera regla. Débese evitar cualquier

ra cosa que sea estraña ó inconecea con el sujeto ó asunto de que se trata, procurando clasificar cada proposicion ó argumento segun las reglas ya dadas, i cuidando sobre todo que no se confundan entre sí las diferentes divisiones del asunto.

Cuarta regla. El método de tratar un asunto ha de ser completo, no pasando por alto lo que es oscuro ó difícil de explicar, sosteniendo i confirmando cada parte dudosa ó disputable, considerando las dificultades en todos sus aspectos para que las soluciones sean completas.

Quinta regla. Tampoco debe tener el buen método superfluidad alguna, ni debe ser repetitivo ni prolijo, evitando por supuesto la pesadez de probar, de explicar i refutar lo que no necesita de prueba, de explicacion i refutacion.

Sesta regla. El método ha de ser propio para su objeto, porque no todos los asuntos deben manejarse del mismo modo, pero

la mejor guía para esta parte es el juicio i la experiencia.

Sétima regla. Las partes de un argumento ó discurso han de estar enlazadas de manera que en todo forme un encadenamiento regular, i de ningun modo violento.

Como no ha podido ser nuestro objeto dar un tratado jeneral i completo de lójica, i sí solo apuntar rápidamente lo mas esencial en esta parte de la ciencia; i como lo mas preciso es conocer el valor de las voces, procederemos á dar un extracto de las que no han tenido cabida en el compendio que acabamos de hacer, i que tienen íntima relacion con la misma lójica, habiendo consultado para este trabajo las observaciones i notas críticas al arte de pensar de Borrelly i otros autores.

Disputas son los actos públicos de las

escuelas, sujetos á ciertas fórmulas. También hai disputas de sociedad, en las que jeneralmente queda triunfante el que tiene mayor fuerza en los pulmones, porque por lo regular los sabios son los que menos levantan la voz.

Distincion es la esplicacion de los diversos sentidos que pueden darse á un término ó proposicion: es una parte principal de la ciencia, i en la que brilla principalmente la precision i claridad del entendimiento.

Sofista era antiguamente el nombre de filósofos i retóricos; i en el dia lo es de los que argumentan artificiosamente, i cuyo mérito se reduce á sutilizar.

Talento sutil es el que ve i penetra fácilmente lo que los demas no pueden alcanzar sino con dificultad.

Talento sólido es el que se fija en las cosas ó ideas mas bien que en las palabras, anteponiendo al oropel de éstas

lo real i efectivo de aquellas.

Argumento es un racionio mediante el cual se deduce una consecuencia de una ó mas proposiciones. Dicese *argumento en forma*, cuando está hecho segun las reglas silojísticas; *concluyente*, cuando la consecuencia se sigue de las premisas; *sólido*, cuando se compone de proposiciones que parecen incontestables; *demonstrativo* é *ineluctable* cuando ni peca por la materia ni por la forma.

Peripatetismo quiere decir la doctrina de Aristóteles; i se entienden por peripatéticos los que siguen las doctrinas de este filósofo.

Filósofo es el hombre entregado al estudio de las ciencias, i que procura conocer los efectos por sus causas i principios. Tambien se llama filósofo el que está dotado de firmeza i elevacion de alma para hacerse superior á los contratiempos del mundo.

Ente de razon se llama lo que no es real, ni subsiste sino en la imajinacion.

Categoría es cierto órden en que se colocan muchas cosas de diversa especie, pero que pertenecen á un mismo jénero.

Acsioma es una mácsima ó proposicion jeneral establecida, i que está recibida en una ciencia.

Pensamiento es aquella operacion de la sustancia intelectual, por la cual formamos la idea ó imájen de alguna cosa. Se puede mirar como una especie de *discurso mental*, es decir, como un discurso por el cual el entendimiento humano conversa consigo mismo.

Razon es aquella potencia del alma por la cual el hombre se distingue del bruto, i es capaz de inferir conseeuencias ecsáctas, i de discernir el bien del mal, lo verdadero de lo falso, ect.

Conocimiento es la perfeccion de la union ó de la oposicion, de la conformidad

ó diferencia que se encuentra entre dos ó mas ideas.

Conocimientos especulativos i prácticos: los segundos tienen por fin la ejecucion de alguna cosa, i los primeros se limitan al ecsámen de su objeto i propiedades.

Lójica natural es el don que la naturaleza concede gratuitamente á los hombres de ingenio; ó lo que es lo mismo, el arte de discurrir sin reglas, anterior á la lójica artificial, que es el arte de discurrir con ellas, i aun mas noble i mas necesaria, pues que aquella puede subsistir por sí sola, i ésta no.

Concebir es retratar en el alma la verdadera imájen de una cosa, sin formar todavía juicio alguno de ella.

Sensacion es la impresion que recibe el alma por los sentidos: las sensaciones se dividen en *afectivas* i *representativas*; las primeras son distintas de la imájen de los objetos, como los olores, sonido, sa-

bor, calor, frío ect.; las segundas nos hacen percibir materialmente el tamaño de los objetos, su forma, su figura, su movimiento, su reposo ect.

Ideas adventicias son las que adquirimos por inmediata presentación física ó moral; i las *facticias* las que nosotros formamos de las anteriores.

Por *ideas accesorias* se entiende todo aquello que no entra en la constitucion esencial de la cosa de que se trata.

Ideas claras, se forman sobre un objeto cuando ciertos lineamentos i señales lo distinguen de otro, de tal modo, que á la simple vista se conozca la diferencia.

Ideas oscuras son las que no bastan para darnos á conocer un objeto, i distinguirlo de otro.

Ideas distintas, se las da este nombre cuando el alma percibe i penetra con viveza los diversos caracteres que sirven para distinguir un objeto de otro.

Ideas confusas cuando no se presentan en un objeto bastantes caracteres para distinguirlo de otro.

Ideas fuertes son aquellas que hacen grande impresion en nuestro espíritu, i fijan toda su atencion por algun tiempo.

Ideas lijeras las que hacen una impresion superficial que se borra mui pronto.

Ideas completas son aquellas que ademas de presentar caracteres suficientes para distinguir un objeto de otro, nunca dejan de atribuirle lo que realmente le conviene, ni le aumentan lo que no le es propio.

Ideas incompletas son las que representan un objeto de un modo imperfecto.

Ideas adecuadas son aquellas que no solamente nos representan los caracteres que distinguen un objeto de otro, sino que tambien descubrimos en cada uno de estos caracteres las propiedades que respectivamente le pertenecen.

Ideas inadecuadas son cuando el alma concibe confusamente los caracteres que distinguen un objeto de otro, ó algunos de ellos solamente.

Ideas totales las que nos representan un objeto en todas sus partes; i *parciales*, cuando lo representa de algunas de ellas tan solo.

Ideas profundas cuando penetramos hasta lo mas íntimo de las cosas; i *superficiales* cuando no pasamos de la superficie de los objetos.

Ideas perfectas son las que nos representan todo lo que hai en un objeto.

Ideas imperfectas las que tan solo representan algunas perfecciones, algunos defectos, algunas propiedades, ó algunas partes de un objeto.

Discernimiento, es la facultad de distinguir bien las cosas i de juzgar sanamente de ellas. El discernimiento es directo, ó reflexivo: el primero consiste en perci-

bir una idea simple i directamente, i en no confundirla con otra; el segundo consiste en percibirla con cierta reflexion tácita; en el primer caso se percibe una idea cual es en sí; en el segundo se forma un juicio.

Atencion es aquella operacion del alma, con que aplicándose á un objeto compuesto, considera con tanto fervor cada una de sus partes, que llega á adquirir una idea clara i distinta del todo.

Observacion es el acto de ecsaminar un objeto; pero la utilidad de sus efectos la hacen nula las mas de las veces dos poderosos obstáculos que se la oponen, á saber: la *precipitacion del juicio* i la *preocupacion*: la primera es el oríjen de las combinaciones falsas, inducciones imperfectas, i de las ideas vagas con que complicamos los objetos que todavía no conocemos bien; i la segunda nos hace interpretar todos los hechos segun nuestros gustos i pasiones.

Experiencia es el conocimiento que se adquiere cuando se examinan atentamente las cosas que se presentan á nuestros sentidos. La experiencia i la observacion son inseparables; ésta nos conduce á la experiencia, i la experiencia á la observacion.

Evidencia rigurosa es la luz del entendimiento que resplandece por sí misma, i tiene todos los requisitos para ser la primera regla de todas las verdades filosóficas.

Evidencia moral es aquella que no produce sino una certeza moral, i que presenta una probabilidad tan grande, que obliga á todo hombre sabio i prudente á pasar por ella.

Hipótesis es la suposicion de una cosa de la cual se deduce una consecuencia; tambien es un órden de cosas imaginado ó supuesto para llegar mas fácilmente á la aplicacion de ciertos fenómenos; i en este

caso se llama sistema; i por último, es una proposicion particular comprendida en la tesis jeneral.

Probabilidades son cinco: la histórica, la hermenéutica, la física, la política i la práctica.

Probabilidad histórica la que se funda en el testimonio ajeno, i depende no menos de la autoridad de los testigos que de la naturaleza de los hechos.

Probabilidad hermenéutica, la que conduce á descubrir, á comprender, á interpretar las palabras, los discursos, las opiniones de otros, i el verdadero sentido de los autores que se leen.

Probabilidad física la que conduce del conocimiento de los fenómenos al de sus causas, i de los experimentos á la aplicacion de lo que se ha observado i de lo que ha sucedido.

Probabilidad política la que resulta del conocimiento del carácter de un hombre

por el ecsámen que se haya hecho de sus acciones.

Probabilidad práctica, la que nos conduce á conjeturar ó preveer con mas ó menos certeza lo que ha de suceder; cuyo conocimiento se adquiere por cálculos de analogía ó comparacion.

Certeza consiste en la firmeza del asenso que prestamos á una verdad cualquiera; pero esta certeza debe ser proporcionada á la fuerza de los motivos que la producen, pues de lo contrario no se distinguiría de la obstinacion, con que sostenemos á veces los errores mas estravagantes.

Fe i evidencia constituyen la certeza del juicio, ó lo que los filósofos llaman *certeza objetiva*. La fe nos enseña verdades que no pueden ser conocidas por las luces de la razon. La evidencia se limita á los conocimientos puramente naturales.

Revelacion es el acto de la voluntad di.

vina, en manifestar á los hombres por medios extraordinarios las verdades que pertenecen á su culto i atributos, como igualmente sus esperanzas i obligaciones.

Certeza de motivo es la coneccion del motivo en que se funda nuestra persuasion, con la verdad de la proposicion que creemos.

Error consiste en la oposicion de nuestras ideas con la verdad, i se encuentra igualmente en nuestras percepciones, juicios i racionios. Los errores proceden de infinitas causas que nos es mui difícil conocer, por lo cual es mui difícil preservarse de ellos.

Verdad. Se entiende por verdad la relacion ó conveniencia de nuestras ideas con sus objetos, i la conformidad de nuestros pensamientos con la naturaleza misma de las cosas. Hai verdades reales, i verdades puramente especulativas é ideales. Las *verdades reales* son las que consisten en las

relaciones ecsáctas i evidentes, que tienen los objetos con las sensaciones que causan. Las *verdades ideales* son aquellas que no consisten sino en las relaciones que tienen las sensaciones entre sí, separadamente de los objetos.

Duda es aquella disposicion del entendimiento que rehusa formar juicio sobre una proposicion, cuya verdad le es desconocida.

Opinion significa el estado de nuestra alma por lo que mira á una proposicion que no está suficientemente probada para quitar toda sospecha de que sea falsa.

Juicio temerario, es aquel que no se funda en conocimientos suficientes ni en ideas claras i ecsáctas, ó el que se forma cuando nos representamos los objetos no como son realmente, sino como queremos que sean.

Relacion, conecision. Por la primera entendemos lo que es una cosa con referencia á otra con que se compara; i por la

segunda la conveniencia, conformidad i encadenamiento que ciertas cosas tienen entre sí. Los filósofos llaman conexiones á las semejanzas ó diferencias que percibimos entre las ideas simples, sin que el objeto de la una pueda influir en el estado de la otra, sino precisamente sobre el juicio que formamos. Lllaman relaciones á las semejanzas ó diferencias, i á la situación respectiva de los seres individuales, en consecuencia de las cuales el uno puede influir en el otro.

Identidad es la union de dos ó muchas cosas, i su comprension bajo una misma idea. La identidad de sustancia se halla en las partes de un ser individual; la de naturaleza, entre dos seres que son de la misma especie; i la de semejanza, entre dos objetos que tienen los mismos atributos ó el mismo ser.

Cuestion es un problema que se ha de resolver, i cuya verdad ó falsedad se trata de averiguar.

Corolario es una consecuencia de una proposicion propuesta ó demostrada.

Analisis metafisico es una operacion del entendimiento, por medio de la cual se descompone por abstraccion una idea compuesta, i se resuelve en todas las ideas parciales que contiene.

Principio es la razon de la ecsistencia de otra cosa, ó la proposicion que sirve para descubrir la verdad de ella.

Meditacion es la atencion del espíritu aplicada largo tiempo á un mismo objeto.

Siendo la meditacion del mayor interes para todos sin distincion, dejaremos consignadas las principales reglas que conviene seguir.

1.^a Se debe acostumbrar nuestro espíritu á fijarse largo tiempo en un objeto sin distraccion.

2.^a El objeto de la meditacion ha de ser determinado; i se necesita ademas haber juntado antes un número suficiente de

ideas claras i distintas acerca de este objeto.

3.^a Debemos esforzarnos en abrazar todas las partes de la materia, distinguir las unas de las otras, i ecsaminarlas i profundizarlas separadamente.

4.^a Debemos asegurarnos de los principios ciertos de donde dimanen las verdades que nos proponemos aclarar ó demostrar, i deducir despues los acsiomas, las proposiciones, i todas las consecuencias esenciales que de ellas resultan.

5.^a Es necesario que al formar la cadena de las ideas, i al pasar de lo simple á lo compuesto, se siga el órden que mas convenga, teniendo siempre presente la division del objeto para no apartarse de él.



**BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ**



LO QUE PUEDE EL INGENIO DE LA MUJER,

6

LAS TRAVESURAS DE LUCINDA.

FERNANDO ORTIZ
COMEDIA EN DOS ACTOS,

ESCRITA EN FRANCES POR LOS SEÑORES

DUVERT I LAUZANNE.

INTERLOCUTORES.

DON MACARIO, rico negociante.

DON FABIO, abogado.

DON INOCENCIO, hacendado, con residencia en el campo.

SIMPLICIA, hija de don Macario.

LUCINDA, hermana de don Fábio.

DOÑA URSULA, aya de Simplicia.

La escena es en una casa de campo cerca de la Habana.

NOTA. Esta comedia, representada por primera vez en el teatro del VAUDEVILLE de Paris en 24 de marzo de 1836 con el título de **RENAUDIN DE CAEN**, ha sido refundida por el autor de la **BIBLIOTECA SELECTA**, i acomodada á la escena española con aquellas variaciones mas propias para aumentar su interes i el agrado del público.

ACTO PRIMERO.



El teatro representa un jardín con su enrejado por medio del cual se descubre la ciudad. La casa se halla á la derecha, i ademas de la puerta de hierro que da al camino, hai otra que comunica con dicha casa. A la izquierda se halla un cenador ó pabellon con persianas i una ventana de frente. Acia la puerta de este pabellon se halla un semillero de flores en sus macetas, algunas sillas i una mesa, i debajo de la ventana del pabellon un banco de césped.

ESCENA PRIMERA.

LUCINDA, luego don MACARIO i SIMPLICIA.

[Al levantar el telon, se ve Lucinda en el pabellon cerca de la ventana ecsaminando un sombrero.]

Lue. (sola i mal humorada.) ¡Qué fastidiosas son estas modistas!.... la mia a-

caba de salir dejándome este sombrero! ¡Preciosa cosa por cierto!.... Si á lo menos le hubiera agregado algunos lazos elegantes; pues ¿de qué sirve así tan sencillo i tan falto de adornos? Está visto que mi hermano me ha de tratar siempre como una niña. (*Vuelve á mirar el sombrero.*) ¡Valiente porqueria! Si fuera para su novia.... ya lo habría ordenado de mejor gusto. (*Oye golpes á la puerta principal.*) Llaman, (*deja el sombrero.*) Bravo.... tan temprano!.... todavía no son las ocho, (*sale del pabellon i va ácia la puerta principal. Con alegría.*) Simplicia! (*se abrazan*). Buenos dias, señor don Macario.

D. Mac. Señorita Lucinda, estoi á los piés de V.

Lucinda á Simplicia. ¿Ha ocurrido alguna novedad?

Simp. Nada absolutamente.

Luc. Cómo, pues! venir tan temprano á esta nuestra quinta!

Simp. Mi padre tenia que evacuar alguna diligencia por estas inmediaciones, i me he aprovechado de tan favorable oportunidad para venir á hacer una visita á mi querida Lucinda.

D. Mac. Sí, mi hija me ha asegurado que yo tenia que tratar algun negocio por estos barrios, i se ha valido de la ocasion para venir á ver á V.

Luc. Ya entiendo; esta es una casualidad que no deja de sorprenderme, (*toma por la mano á Simplicia*) pero mui agradablemente.

Simp. ¡Por qué te admiras? una amiga, i compañera de colejio.,.. ¡hai en esto alguna estrañeza?

Luc. No; pero como nunca vienes por acá, (*con cariño*) sea cómo quiera, yo estoi mui complacida de verte; (*misteriosamente i al oido*), porque tengo que decirte muchas cosas.

Simp. Bien, bien, hablaremos.

D. Mac. En el entretanto iré yo á despachar mis negocios... dime, alma mia, ¿á dónde he de ir?

Simp. Yo, padre mio, me parece que V. bien lo sabe.

D. Mac. Ya no me acuerdo. Ah! sí, ya sé; ya que estoi aquí me voi al Cerro; entraré en casa de don Policarpo i (*mira á su hija con espresion significativa,*) averiguaré si ha llegado ya nuestro jóven del campo, ya me entiendes; Inocencio.... Ya hace ocho dias que lo aguardamos; pero los caminos están tan malos; si á lo menos estuviese ya corriente el camino de hierro, seria un gusto viajar en los coches de vapor.

Se cuenta tanto portento
Del camino proyectado,
Que yo me he quedado helado,
I dudo que sea un cuento.

Dicen que al favor del gas
Es tan veloz su carrera,

Que dejando el viento atrás
Tomando la delantera,
El viaje ya se ha acabado
Antes de haberlo empezado:

Luc. Creo, señor don Macario, que han querido chancearse.

D. Mac. serio. En verdad que yo no pienso así, ni creo que sea una chanza; (*A Simplicia*), pero paciencia, hija mia, no tengas cuidado; él vendrá.... es preciso que se concluya este negocio; yo me intereso en él. A Dios, yo te dejo en buena compañía.

Simp. Papá, si V. no vuelve á tiempo para acompañarme, me iré en el carruaje de doña Gertrudis que suele pasar por las mañanas de vuelta de su quinta á la ciudad.

D. Mac. Pero muchacha, vas á incomodar á esa señora.

Simp. No, papá, ella tiene que pasar por la calle de la Amargura, i yo me apea-

ré en la puerta que tiene nuestra casa ácia aquella calle.

D. Mac. Ah! sí, es verdad; no pensaba yo que nuestra casa tiene entrada por la calle de la Amargura i por la de la Lamparilla. Está bien. A Dios hija mia. Señorita Lucinda, soi de V.

(Sale por la puerta de hierro.)

ESCENA II.

SIMPLICIA i LUCINDA.

Simp. ¡Cuánto me alegro haberte hallado en casa! habrá dos dias que vine á verte, i me dijeron que estabas en la de tu tia. Qué chasco me llevé!

Luc. Luego lo que tienes que decirme es mui urjente.

Simp. *(Algo cortada.)* Yo?... pero.... nada tengo que decirte.... tan solo queria verte.... nada mas!

Luc. Oh que feliz soi, i cuánto te agradezco la ocasion que me has proporcionado de estrechar nuestra amistad! En el colejio yo era un poco boba, ¿no es verdad? creia todo lo que me decian; pero ahora (*con importancia*) tengo ya diez i siete años;... i el año que viene!... ¿no te parece que estoi mui cambiada?

Simp. (*Sonriéndose.*) Sí, sí, ya lo veo (*á parte*) su sencillez va á favorecer mis proyectos.

Luc. Pero en fin ya somos mujeres.... i (*sostenida*) las mujeres tienen siempre que decirse un tropel de cosas; i si tú me prometieras ser callada, yo te confiaría un secreto... (*sostenida i alegre*) un gran secreto que me ahoga. No hai cosa mas molesta que un secreto cuando no se sabe donde colocarlo.

Simp. Pues bien, habla; yo tambien te diré en cámbio....; pero vamos para adentro, aquí nos pueden sorprender.

Luc. Nada temas...; yo vivo sola en este pabellon, (*riéndose*) i estoi como reclusa en él.

Simp. ¿Cómo es eso?

Luc. Son rarezas de mi hermano (*alegremente*); aquí me tiene escondida i achada con rigor.

Simp. ¿I por qué motivo?

Luc. No me lo ha dicho; pero me parece haberlo adivinado. Habrá como ocho dias que llegó un amigo suyo del campo de paso para la Habana, se quedó aquí, i no quiere que yo le vea.... (*en aire de enfadada*) este no es el modo de tratar á una hermana soltera, porque ya tú ves que si sigue así, no habrá quien pida mi mano, i me iré haciendo vieja, vieja, vieja, i me quedaré sin marido.

Simp. No des en niñadas.

Luc. I lo que es peor, que el mocito (*con entusiasmo*) me parece mui bien.

Simp. Luego lo has visto.

Luc. (*Con misterio.*) Sí; pero milagrosamente.... cosa de novela. (*Despues de haber mirado por todas partes para ver si alguien las oye.*) Escucha.... hace dos dias que fuí al Tívoli con mi tia, pasé á la sala de baile, todo el mundo se divertia, yo envidiaba en verdad la fortuna de todas las señoritas que eran convidadas para bailar; mas como mi hermano no quiere que yo baile (*con tristeza*) estaba rabiando. Mi tia se reia de mi desazon.,...; mas cuando se presentó un jóyen á pedirle licencia para bailar conmigo, se la concedió.... figúrate si yo me pondría contenta.... mi hombre era un caballero completo, galante conmigo en extremo, amable con mi tia; ya tú sabes cuánto agradecen las viejas estas atenciones; concedió nuevo permiso para otra contradanza, i luego otras, de modo que me divertí extraordinariamente.... Era este mozo jovial i

hablaba con tanta gracia, que me encantó.... Me dijo que habia venido á la Habana por algun tiempo, i que estaba hospedado en casa de un amigo suyo que se llamaba don Fábio Mascareñas.

Simp. (Admirada.) ¡En casa de tu hermano?

Luc. (Riéndose.) Sí. ¡Qué te parece? tantas precauciones para que el desconocido no me viera! ¡Puede haber cosa mas peregrina? Deseoso de conocer mi familia, trató de ganar mi confianza anticipándose á decir que él se llamaba Inocencio.

Simp. ¡I tú le dijiste tu nombre?

Luc. (Con sencillez.) No soi tan boba que fuera á decírselo; i como habia regalado á mi tia un ramo de flores, á fin de que yo aceptase otro, no pude escusarme; aquí lo tengo, yo te lo enseñaré.

Sim. Oh que lijera eres! Cómo? recibir un ramo de un desconocido?

Luc. (Sencillamente.) ¡I qué mal hai en eso?

Simp. (á parte.) Es la muchacha mas simple que yo he visto. (*en voz alta*); es preciso que huyas de ese señor Inocencio. ¡Lo oyes Lucinda? Sí, porque te hace poco honor. Pero ya me olvidaba que tú tenias que confiarme un secreto. ¡Hai de por medio algun amante?

Simp. (Suspirando.) Mi padre quiere casarme.

Luc. (Con viveza.) Qué feliz eres! cuán distante está mi hermano de hacerme tan halagüeñas proposiciones!

Simp. Feliz! i si tú no amases la persona que te destinan!

Luc. Ah sí.... no pensaba en eso; pero peor es quedarse siempre doncella.... esta debe ser una cosa bien terrible.... (*con viveza.*) ¡I quién es tu novio?

Simp. El hijo de un antiguo amigo de mi padre que reside en el campo, i se

llama don Inocencio Villa, el cual está para llegar á estrechar nuestro nudo nupcial.

Luc. [*Con alegría.*] Bravo; Simplicia i don Inocencio, escelente pareja!

Simp. Sí, chancéate; pero lo que yo puedo decirte es que estoi azorada i llena de sobresalto.

Luc. ¡I porqué?

Simp. Porque no conozco al tal don Inocencio.

Luc. Eso no obsta, amiga mia, para que te guste cuando lo hayas visto, i cuando te se presente con el carácter de marido. Marido! Qué nombre tan dulce! Con qué agrado resuena á los oidos de las solteras esa májica palabra!

Simp. (*Con inquietud.*) Podrá ser; pero lo dudo, porque tengo otro amante.

Luc. ¡Otro amante? ¡Quién es? ¡Lo conozco yo?

Simp. ¡Quiéres que te lo diga?

Luc. (*En aire suplicatorio i con viveza.*)

Sí, sí, querida mia; dímelo, no me niegues esta prueba de confianza; ya sabes cuanto me interesan estas revelaciones.

Simp. Pues bien, quiero complacerte; es tu hermano.

Luc. (*alegre.*) ¡Quién? Fábio? Es posible? Ah Simplicia, qué felicidad! tú mi cuñada? (*salta de contento,*) con que te llamaré hermana mia?

Simp. Sí; pero hai muchos obstáculos que vencer; yo estoi mui quejosa de tu hermano; en el momento en que iba á pedir mi mano á papá, tuve unos malditos celos, regañé con él, i ha dejado de ir á la tertulia de doña Rita, ya tú sabes de quién hablo.

Luc. Sí, sí, de aquella señora tan respetable, en cuya casa solíamos divertirnos en juegos inocentes cuando éramos mas niñas.

Simp. ¡ he aquí que ya me han prometido á otro; yo que sé que soi amada, Lucinda, sí, él me ama, no tengo duda; pero no debe saber esta novedad; *(llora)* yo voi á morir de pesar.

Luc. (Con enfado.) Ah cruel hermano! tú haces llorar á mi pobre Simplicia; tú estás enamorado.... ¡ no quieres que tu hermana lo esté.... esta es una injusticia atroz: *(arrimándose á Simplicia)*. Voi á regañarlo con aspereza; le diré que debe hacerte feliz, ¡ que es preciso que se case contigo sin remedio. *(con cariño)*. ¿ No es verdad que tú lo deseas?

Simp. [á parte.] Ella se lo dirá todo; ya he conseguido lo que queria *(en voz alta)*. Tú eres una buena amiga, Lucinda, ¡ ya me alegro doblemente de haberte venido á ver; pero mi padre no vuelve ¡ es menester que yo me retire, *(se oye hablar á don Fábio que va entrando por la derecha)*. Con que tú no quie-

res venir al jardin? I por qué?

Luc. Mi hermano es sin duda, que entra con su amigo.

Simp. Ah Dios mio! no quiero que tu hermano sepa que yo estoi aquí.

Luc. Entremos en el pabellon; tampoco yo quiero que me reconozca Inocencio.

ESCENA III.

SIMPLICIA i LUCINDA disimuladamente en la ventana del pabellon, D. FABIO, luego INOCENCIO que se dirijen ácia el jardin.

Fáb. (*Entrando primero i mirando ácia el pabellon con inquietud*). Ella está en su cuarto; bravo! miren la boba, qué pronto ha vuelto de casa de su tia!

[Lucinda cierra la persiana del pabellon para que don Fábio no vea á Simplicia.]

Inoc. (*Entrando.*) Ola, Fábio, ¿dónde estás? I por qué huyes de mí? Tengo yo algo que pueda asustarte?

Fáb. Nada, nada, no ha sido con estudio.

Inoc. Enhorabuena.... ¿en qué parte de nuestra conversacion nos hallábamos?

Fáb. Te decia, i lo repito, que has hecho mal en faltar á la confianza de un amigo.

Inoc. No te enojés; yo tengo en ti toda la confianza que mereces; pero opino al mismo tiempo, que no hai secreto mas bien guardado que el que se ignora; i he aquí porque no te habia dicho antes el motivo de mi viaje.

Fáb. ¿I cuál es? Veamos.

Inoc. Mi querido Fábio, voi á decírtelo con sinceridad. He venido á la Habana para casarme, bajo la buena fe, con una señorita que no he visto jamas, i que creo es tan hermosa como los astros (siempre bajo el pié de la buena fe); i

como yo no puedo esponerme á desairar esta familia delicada i distinguida con una negativa posible, he venido anticipadamente i de incógnito para desengañarme por mí mismo, si se ha abusado de la buena fe.... Esta es la causa de las idas i venidas misteriosas de que tú te has resentido. ¿Estás ya satisfecho?

Fáb. (Cojiéndole la mano.) Sí, amigo mio, no ecsijía tanto.

Inoc. Yo gusto no decir las cosas á medias.

Lucinda á Simplicia desde el pabellon. Escuchemos.

Inoc. Pero en verdad que yo soi demasiado complaciente en abrirte mi corazon, cuando tú lo tienes cerrado como una urna sepulcral. ¿Te parece á ti que yo no he echado de ver que tú tambien tienes palpitaciones amorosas? (*Fábio suspira*). Tú, que á cada instante echa

las suspiros, capaces de dar impulso á un molino de viento!

Lucinda á Simplicia. Esto te toca á ti.

Fáb. Es verdad que yo amo; pero no es menos cierto que me veo mui contrariado. Diez dias ha que no he visto al objeto de mi cariño.... mas yo te lo contaré todo despues de tu boda.

Inoc. (Alegremente.) Mi boda! Ah mi buen amigo! yo creo que ya mi boda ha entrado en la categoría de los problemas. Habrá dos dias que me ocurrió una peregrina aventura.

Simplicia á Lucinda. Esto te toca á ti.

Inoc. Creo que en el mundo no ha habido un suceso mas sorprendente que el que voi á referirte. (*Grandes carcajadas.*)

Simp. á Lucinda. Yo estoi en ascuas.... es preciso que me vaya.... Si mi padre llegase en este momento....

Fáb. Vamos, ¿i cuál es esa aventura?

Inoc. Yo te la referiré con todos sus pe-
los i señales.

Luc. Ahora va la buena....

Inoc. Como sabia que antes de ayer ha-
bias de estar fuera de casa todo el dia,
salí yo tambien en busca de alguna bue-
na fortuna, i despues de andar mucho
sin un objeto determinado, me encon-
tré frente del Tívoli; oigo música, i ob-
servo gran movimiento en aquella fun-
cion campestre; entro apresuradamen-
te, i encuentro una preciosa reunion de
hermosuras, adornadas con todos los a-
tavíos que tanto hacen resaltar las per-
fecciones físicas. Deslumbrado con los
acentos melodiosos que resonaban por
aquellos rústicos salones, encantado
con la alegría de que veia inundados
los semblantes de la brillante juventud
habanera, i bailándome ya los piés por
una especie de imitadora simpatía, no
pude resistir al deseo de tomar una

parte activa en la comun diversion.

Luc. (Asustada.) Ah Dios mio!

Inoc. Empero me faltaba una compañera.

Fáb. Por supuesto que es objeto de primera necesidad.

Inoc. Tiendo la vista ácia uno de los ángulos del salon, i descubro sentada modestamente sobre un banco de césped; ah amigo mio! una doncellita.... encantadora.... una vírjen de Rafael de Urbino!

Fáb. (riéndose.) Oh que hombre inflamable! Ya te vas dando á conocer.

Simp. á Lucinda Esa es tu aventura.

Inoc. Me adelanto, me inclino respetuosamente i con gracia, porque sin embargo de que vivo en el campo, tambien sé, cuando llega el caso, emanciparme del aire campesino que tú sueles reprenderme.

[*Toma un aire de elegancia.*]

Luc. ¡Cómo haria yo para interrumpirle?

Inoc. Me ofrezco, ella acepta, previa la licencia de su mamá; pero qué gracia, amigo mio, qué gracia! se la derramaba hasta por la punta de los dedos; qué sencillez anjelical! qué espresion tan elegante! No puede menos de ser de gran familia, pondría las manos en el fuego, i me afirmo en esta creencia, porque se ha obstinado en ocultarme su nombre... ¿quieres mejor prueba?

Luc. Mi hermano me va á reconocer,

Inoc. Yo, que no tengo tantos escrúpulos, le he dicho francamente mi nombre de bautismo, i le he hecho aceptar un ramo; pero qué ramo, amigo mio...! una alegoría vegetal: una rosa, emblema de su hermosura; una violeta, imájen de su modestia; i un gran pensamiento; adornado todo con una cinta verde, color de esperanza.... ¿Qué te parece? ¿No soi yo sentimental?

Lucinda á Simplicia. Simplicia, tú puedes salvarnos.

Simp. ¡Cómo?

Luc. Ven para dentro, yo te lo explicaré.

(Desaparecen por un momento.)

Fáb. No sé donde va á parar esa intriga.

Inoc. No tengas cuidado; i lo mas lindo del cuento es, que le he dado las verdaderas señas de esta casa.

Fáb. *(Algo enojado.)* ¡Cómo es eso?

Inoc. I aun me pareció que le habian causado cierta sensacion. Por último me despedí de ella con el corazon penetrado de una pasion inestinguible; sí amigo mio, conozco que la amo.... aunque no sé quién es esa anjelical hermosura, ya llevo dos noches sin dormir; me escuecen los ojos; me arde el corazon; he aquí la deplorable situacion á que se ve reducido tu desgraciado amigo!....

Fáb. La aventura es curiosa, ¡i de qué medios te valdrás para cultivar tan grata relacion?

Inoc. Yo te lo diré, aunque va en ello mi-felicidad.... se me ha ofrecido una en-

trevista, con tal que no diga nada (*riéndose*); pero se me ha amenazado que si soi indiscreto, se me devolverá mi ramo muerto ó vivo....

Fáb. (*riéndose.*) Ah! Ah! Ah!

(*Lucinda á Simplicia volviendo á apurecer á la ventana.*) Pronto, pronto, (*deja caer un velo sobre el sombrero de Simplicia.*) Nadie te reconocerá, i así nos salvamos las dos.

Simp. Que el cielo nos favorezca.

Inoc. (*riéndose.*) Pero ya hábrás conocido tú que yo no creo en duendes, i mas en materia de ramos. Ah! Ah! Ah!

Fáb. (*riéndose.*) A fe mia! es que....

Inoc. Es que.... Ah! Ah!

Aquí Simplicia, que ha salido furtivamente del pabellon, arroja á los piés de Inocencio un ramo, i desaparece al instante por la puerta de hierro que habia quedado abierta.

Oh cielo!

Fáb. ¿Qué es eso?

Inoc. Mi ramo.... una mujer que sale con tanta precipitacion.

[*Se adelanta ácia la puerta i ve que se aleja con igual presteza.*]

Fáb. (*á parte.*) Una mujer que sale del pabellon.... Qué sospecha!

Inoc. (*Recojiendo el ramo.*) Oh! es menester que yo sepa.... [*Va á salir.*]

Fáb. [*Deteniéndole,*] Aguarda. ¿En dónde has visto á esa mujer?

Inocencio. [*Mirando siempre ácia el camino con impaciencia.*] Por cierto que estoi yo para darte esas cuentas cuando tengo un vestiglo, un endriago á mis alcances....

Lucinda. [*Desde el pabellon.*] Ya estamos fuera de peligro!

Fáb. Amigo mio, te lo suplico....

Inoc. No me detengas! Este es un enigma que es menester que yo aclare. Por mi vida que la he de seguir aunque vaya á la China. (*Sale corriendo por la*

misma puerta i gritando.) He, señorita, he....

[El final de esta escena, desde el momento en que Simplicia arroja el ramo, debe ejecutarse con mucha viveza.]

ESCENA IV.

Fábio. (*Llamándolo de lejos.*) Villa! Villa!

Luc. (*Admirada.*) Villa dijo! No hai duda, es él.

Fábio. (*Volviendo á la escena.*) Oh! no es posible que mi hermana sea la heroína de esta aventura; no! sin embargo....

[*llama*] Lucinda! Lucinda!

[*se dirige ácia el pabellon.*]

Lucinda. (*Saliendo del pabellon i aparentando inocencia.*) ¿Tú me llamas?

Fáb. [*á parte, con viveza.*] Ya lo decia yo que era imposible.

Luc. (*Adelantándose.*) Buenos dias, hermano.

Fáb. (*Abrazándola con cariño.*) Buenos dias, Lucinda, buenos dias, hija mia....
[*con algo de inquietud.*] Dime, tú acabas de recibir una visita?

Luc. (*Mostrándose sorprendida.*) ¿Una visita?

Fáb. ¿No ha salido en este momento una mujer de tu cuarto?

Luc. Cómo? á eso llamas tú una visita? Si es mi modista.

Fáb. Tu modista! (*riéndose à parte*). Oh que aventura tan curiosa!

Luc. (*Con aire de enojo.*) Sí, mi modista, que me ha traído un sombrero, el cual por cierto es cosa preciosa, (*con ironía*), valiente figura voi á hacer con él!

Fáb. (*à parte.*) Pobre Inocencio! La gran dama que se espresaba con tanta elegancia, la que era una vírjen de Rafael de Urbino, una modista! (*se rie*), Dijo que no le habia querido dar su nombre; es claro; ha sido un rasgo de pruden-

cia.... ¡qué chasco! qué chasco!

Luc. (Con destreza.) ¡I de qué te ries? Yo no creo que haya en esto bufonada alguna.

Fàb. No es nada, nada.... ese pobre Villa!

Luc. Villa? ¡Es ese el nombre de tu amigo?

Fàb. ¡I qué hai con eso?

Luc. (Con maña.) Ah, nada; yo te he oido hablar algunas veces de un tal don Inocencio Villa, cuyo padre es negociante de.... de.... Cuba, segun creo.

Fàb. (Incomodado.) No hai tal.... Inocencio Villa es hijo de la Habana; pero vive en el campo; su padre tiene un cafetal i un potrero.

Luc. Ah, ya.... (*à parte i con viveza.*) No hai duda; este es el novio de Simplicia.... qué descubrimiento!

Fàb. (Distraido i con jovialidad.) A fe que he de ver desde la ventana si mi Hipo-

menes llega á apoderarse de su Atalante.... pobre enamorado.... Oh qué chasco! qué chasco! (*Entra en su casa.*)

ESCENA V.

Lucinda. (Sola i con alegría.) Conque el mozo del ramo, el huésped de mi hermano es don Inocencio Villa! El novio de Simplicia, que ella detesta sin conocerlo, es el mismo don Inocencio! el cual es rival de mi hermano; i yo soi por consecuencia la rival de mi amiga! Dios mio! qué embrollo es este; ninguno de los ajentes principales ha caido en malicia; i yo, de quien todo se oculta; yo, de quien todos desconfian, tengo en mi mano los hilos de esta intriga. Ah! que confusa está todavía mi imajinacion, no acostumbrada á la altura de grandes combinaciones.... pero yo veré.... (*dándose una palmada en la fren-*

te).... Sí; ya sé yo lo que he de hacer, (permanece un rato pensativa, luego se dirige àcia las macetas de flores i coje una regadera.)

ESCENA VI.

LUCINDA, don MACARIO, i don FABIO que vuelven á entrar.

Fáb. (Con jovialidad.) Yo nada he visto.... ya estaban mui lejos; pero qué chasco! (Al ver á don Macario que entra.) Señor don Macario!

[Desde que entra Fabio, Lucinda empieza á regar las flores.]

D. Mac. (Va entrando i dice aparte.) Ahí está el hermano!.... Por vida del chápiro verde.... yo creia que estaba ausente.... cáspita! no es mal enredo para mi hija (à don Fábio,) señor don Fábio, beso á V. las manos, (volviéndose à Lu-

cinda.) Pues qué, ya no está ahí?

Fàb. ¡Quién?

D. Mac. Mi hija.

Fàb. (*Inquieto.*) Cómo es eso? Quién? la señorita Simplicia? No, ella no ha venido.

D. Mac. (*riéndose.*) Vaya que es buena... con que no ha venido, habiendo sido yo mismo quien la ha conducido en mi carruaje.... pregúnteselo V. á la señorita.

Luc. (*Sin inmutarse.*) Sí señor, es verdad.

Fàb. ¡Cómo no me lo habías dicho?

Luc. No siempre está una en todos los puntos; i ademas tú no me lo has preguntado.... ni ella ha estado aquí mas que un instante.

D. Mac. ¡Habráse visto una muchacha mas insustancial? Con que se fué al instante?... (*Aparte*) Me alegro!

Fàb. (*Aparte.*) Si sería Simplicia!.....
(*aparte à don Mac.*) Dígame V., estuvo V. el domingo fuera de la Habana?

D. Mac. Sí, estuve en el Tívoli... esa es mi diversion favorita.

Fáb. [*Aparte.*] Ya no hai que dudar, ella es la heroína de Inocencio. (*en alta voz i azorado.*) Señor don Macario, la señorita Simplicia no traia puesto un velo esta mañana?

D. Mac. No; pero ya me voi escamando; ¿á qué se dirijen todas estas preguntas?

Fáb. Es que pensaba haberla visto....

(*Aparte.*) No, no; era la modista.

D. Mac. Pues que ya no está ahí mi hija, voi á retirarme; disimulen ustedes si los he incomodado. Señorita Lucinda, dispense V. asimismo la descortesía de mí hija.

Luc. (*Con espresion.*) Oh! yo no estoi enfadada de modo alguno con ella; pasó mui temprano doña Gertrudis, i se fué con ella; por otra parte yo no puedo extrañar que sean cortas las visitas de las

personas que van á casarse.

Fáb. (Con viveza.) ¡Cómo es eso? Pues qué se casa Simplicia?

Luc. [*Haciendo la simple.*] Sí, ella me lo ha dicho, (volviéndose á don Macario), i que su novio es un amigo de su padre.

D. Mac. (A don Fábio con timidez.) El hecho es positivo, yo no le habia dicho á V. nada todavía porque.... como el muchacho no ha llegado... pero ya es esta una idea antigua; sí, antigua.... es una boda mui conveniente.... su familia es mui respetable.... tampoco negaré á V. que esa ha sido la causa de no haber llevado mi hija de algun tiempo á esta parte á casa de doña Rita. Sabíamos que íbamos á tener el gusto de ver á V. en aquella reunion.... i ya V. conoce.... que debíamos privarnos de tal honor....

Fáb. (Picado.) Mui bien, caballero.

D. Mac. De todos modos yo lo aprecio á V. mucho, i cuento con que V. nos ha

de acompañar el día de la boda.

Fáb. (*Mordiéndose los labios.*) Si señor, no faltaré.

D. Mac. I también cuento con la preciosa Lucinda, que ha de ser la señorita de honor; no hai remedio.

Luc. (*Sin dejar su ocupacion.*) Con mucho gusto, señor don Macario.

D. Mac. Me veo precisado á separarme de ustedes. Son tan graves i complicadas mis ocupaciones de un mes á esta parte.... preparativos de boda, la llegada de un yerno, visitas, compras, i qué se yo que infinidad de menudencias, que á la verdad me tienen sofocado: ya mi cabeza no puede con tal baraunda de atenciones.

ESCENA VII.

LUCINDA i don FABIO.

Fáb. (*Muy ajitado.*) Se casa! Ah! se casa la pérfida! i se me habia ocultado todo! Oh rabia!

Luc. Hermano mio, por qué te desesperas? Yo no entiendo lo que pasa.... todos se recatan de mí, i todos se aflijen i se desconsuelan sin que yo pueda adivinar los motivos de tanta lamentacion, (*con malicia*] Tú estás triste.... Simplicia está triste....

Fáb. (*Con viveza.*) Cómo? Simplicia está triste?

Luc. Sí, i dice que tú eres la causa de su pesar.

Fáb. (*Con disimulo.*) Yo?

Luc. Sí; pero no te enojas.... yo no me he engañado....

Fàb. Habla! habla! qué es lo que dijo?
no me lo ocultes.

Luc. Me dijo que si te hubiera visto, habriais podido poneros de acuerdo....

Fàb. (*Con viveza.*) Eso dijo? (*Aparte.*)

Sí, la veré, la veré esta misma noche.

Luc. Ya tú puedes inferir que ella no tiene gusto en casarse con ese caballero.

Fàb. Lo crees tú?

Luc. Yo no sé; pero me parece....

Fàb. (*Aparte.*) Qué majadero soi en consultarme con esta boba; pero en este momento.... pediria consejo á las paredes.

Luc. (*Con malicia.*) Simplicia decia tambien con frases interrumpidas, (*imitando à Simplicia*) haber dejado pasar diez dias sin verme.... permitir que me case con otro.... haberse mostrado tan indiferente.... ¿será posible tal abandono?

Fàb. Todo eso decia? (*Aparte.*) Ah! ya no necesito de ulteriores pruebas; no

es ella la presunta conquista de Inocencio.... es la modista.

Luc. (*Finjiendo siempre.*) Pero de quién hablaba esta muchacha? Eso es lo que yo no sé.

Fáb. Oh fortuna! Si yo pudiera creer....

Lucinda!

Luc. Qué tienes? qué alegre te has puesto? Dime por qué?

Fáb. Nada, nada; ve á tu habitacion; alguien se acerca; si fuera Inocencio, ya tú sabes que no quiero que te vea. (*aparte*) Qué feliz soi! nadie sino yo posee su corazon. (*volviéndose à Lucinda.*) Sí, hija mia, retírate, ten paciencia por unos dias. A Dios.

[Lucinda entra en el pabellon i cierra la ventana.]

ESCENA VIII.

FABIO *solo.*

Sí, sí, querida Simplicia, esta noche me verás; esta noche acordaremos el modo de desbaratar ese matrimonio. (*Oyense pasos i se adelanta àcia la puerta.*) Ah! es Inocencio! pobre babieca! una modista! qué chasco!

ESCENA IX.

FABIO, INOCENCIO que entra por la puerta de hierro i LUCINDA desde el pabellon.

Inoc. [*Entrando mui apriesa.*] Amigo mio! Aquí tienes al hombre mas feliz de la tierra. [*mucha alegría.*]

Fáb. ¡El mas sofocado.

Inoc. Nada importa. Qué aventura tan curiosa! qué feliz soi!

Fúb. ¡Qué hai pues?

Inoc. (*Va à sentarse en el banco que está debajo de la ventana del pabellon, i deja allí su sombrero.*) Ah! déjame respirar un poco. No puedes figurarte el exceso de mi alegría. Colon al descubrir un nuevo hemisferio, Watt el vapor, Noé el vino, Parmentier las patatas, Jenner la vacuna, no tuvieron un placer tan intenso, un orgullo tan soberano, ni ventura que pueda igualarse á la mia.

Fáb. Tú estás loco, Inocencio; comunícame la causa de tus satisfacciones tan ponderadas para que pueda darte la enhorabuena por ellas.

Inoc. Pues bien, voi á complacerte. Tú sabes que mi tormento me habia tomado la delantera. Volaba como un águila, como una vision, como un ser aéreo;

pero yo no la perdía de vista; yo corría, i me tragaba el viento.

Fab. (riéndose.) Ya entiendo.... cuando se va en busca de una duquesa....

Inoc. No hai motivo para reirse. Ya estaba para alcanzarla, cuando uno de esos malditos carruajes, ya me entiendes, esas arcas de Noé de cuatro ruedas, que pueden llevar en su vientre toda una poblacion....

Fab. [riéndose.] Sí, sí; un ómnibus, una diligencia..

Inoc. Eso es; no te rías! Ella salta dentro con la lijereza de una corza....

Fab. [riéndose.] Bravo! bravo! Una princesa en Diligencia!.... peregrina aventura!

Inoc. Pero ya ves que iba en disfraz. Trato de lanzarme detras de ella; mas una voz áspera i desabrida grita desde la grada: "Ya no cabe mas jente. Ya está „completa. Listo." Ah maldito conduc-

tor, le repliqué, no es tu *dilijencia* la que está completa sino mi desdicha!

Yo quedé petrificado....

Fàb. El caso no era para menos.

Inoc. Empero saliendo al instante de mi embelesamiento, me resuelvo á correr tras de la dilijencia.

Fàb. Ah! ha! ha! Qué figura que harías detras de ese coche de nueva invencion!

Inoc. Sí, señor, no la hacia mala en verdad; i para colmo de mis desgracias era tirada (cosa bien rara) por cuatro caballos que se bebian los vientos. No me desanimó, i prosigo esta lucha desigual i violenta.

Fàb. Ah! ha! ha! pobre Inocencio!...

Inoc. Yo no perdía de vista esta infernal ballena, aunque conocia que por cada instante se me alejaba mas; algo sin embargo me favorecian las continuas paradas para bajar i subir nuevos habitantes de este satélite sublunar que de

poco tiempo á esta parte ha venido á saludar nuestras rejiones; pero por mas que yo ajitase mi pañuelo en señal de apuro, i por mas que apretase los talones, echaba á andar siempre mucho antes de llegar á ella.

Fáb. (*Riéndose.*) Pobre amigo!

Inoc. De repente, oh fortuna! párase dicho carruaje.... yo me hallaba á unos trescientos pasos de distancia.... i se apea una señora....

Fáb. [*En aire burlon.*] Por supuesto era la marquesa?

Inoc. La misma; la sigo con la vista; llego....

Fáb. Ah! i la cojiste?

Inoc. Sí; pero en el momento en que iba á caer á sus piés....

Fáb. De cansancio, he?

Inoc. Se mete por un zaguan, i cierra violentamente la puerta.... yo quedé por segunda vez.... estático.

Fáb. (*Riéndose*). Por un zaguan. Ah!
ah! ah!

Inoc. (*Con ternura*.) Tanto gozo, tanta felicidad, no te parece que podrá hacerme perder el juicio?

Fáb. Rara felicidad por cierto que le den á uno con la puerta en las narices! Excelente regalo! Qué modista tan amable!

Inoc. (*Admirado*.) ¿Cómo es eso? Una modista?

Fáb. (*Riéndose*.) Sí, amigo, una modista. Yo estoi bien informado, i te lo aseguro por mi honor.

Inoc. Quitá allá! Eso no puede ser... tu quieres desencantarme: esas no son partidas de amigo.

Fáb. No, Inocencio; yo no soi capaz de burlarme; mui al contrario; envidio tu buena suerte.

Inoc. Sí, sí; chancéate cuanto quieras; el caso es que yo no he perdido mi tiem-

po; ya sé ahora donde vive.... ya sé el aire que respira mi májica deidad.... número 57, calle de la Amargura.

Fáb. (*Con viveza.*) Cómo? cómo? Calle de la Amargura? Mira que no te hayas equivocado en el número.

Inoc. El 57 está escrito en mi corazón con caracteres indelebles: una puerta pintada de color de chocolate.

Fáb. (*Aparte*) Sí, no hai duda; esa es una de las puertas de la casa de don Macario. Si será Simplicia! Ah celos!...

Lucinda, (*que desde el principio de este diálogo habia entreabierto la persiana para oír mejor*), Simplicia comprometida! Vamos, no hai que perder tiempo; un servicio se paga con otro servicio. (*Escribe.*)

Inoc. Qué es eso? Qué tienes? Ya no te ries? Ya no participas de mi alegría?

Fáb. Sí, sí, ¡ por qué no? (*Aparte*) Ah! la

coqueta! Dejarse enamorar i venir aquí para verlo!...

[Lucinda dobla su esquela, la arroja cuidadosamente dentro del sombrero de Inocencio, i vuelve á cerrar la persiana.]

Inoc. Fábio! Fábio! Qué tienes? Parece que te han hechizado. Tu cruzas los brazos i te quedas como una momia.

Fáb. (*Aparte.*) Ah pérfida!

Inoc. Ea pues, ya que tú persistes en tu humor hipocondríaco, te dejo i me voi á mi cuarto, tanto mas que necesito de algun descanso.

[Fábio continúa en su distraccion. Inocencio toma su sombrero, i halla dentro el billete de Lucinda, i dice aparte].

Qué es ésto? (*Abre con azoro i lee*). "Si „usted sabe guardar secreto" [*se vuelve de espaldas á Fábio para no ser visto*], "la señorita del *Tívoli* le recibirá esta „noche, á las ocho, en la calle de la

„Amargura, número 57, piso princi-
 „pal. Tres golpes á la puerta serán la
 „seña convenida para que le sea abier-
 „ta.” Oh qué dicha!

Fáb. Qué haces?

Inoc. (*Ocultando el billete*). Nada, nada.
 (*Aparte*). Pero cómo es ésto? Dentro
 de mi sombrero cuando yo lo acabo de
 poner sobre este banco? Esto no puede
 venir sino de allá arriba. (*Señala la per-
 siana del pabellon.*) Dime, vive alguien
 en ese pabellon?

Fáb. (*Receloso.*) Nadie; tan solo el viejo
 jardinero.

Inoc. (*Aparte*). Vamos, ya voi viendo que
 todo esto es una brujería; i aunque así
 sea iré, sí; á pesar de los pesares no
 faltaré á la cita.

Luc. (*Desde su ventana.*) I yo tambien.
 Espero que el cielo ha de protejerme.
 Mia es la falta, es preciso que yo la re-
 pare.

Fáb. (*Aparte.*) No, yo no puedo vivir en tan cruel incertidumbre.... i esta noche misma....

Inoc. En este escrito precioso
soi llamado por mi Diosa,
no faltaré, fresca rosa,
Aunque pierda mi reposo.

FAB. Ah desleal é inconstante!
Venganza pide mi honor,
En esta noche el furor
Verás de quien fué tu amante.

LUC. Ah amiga mia inocente!
Si te he causado quebranto,
Esta noche por encanto
Lo desharé fácilmente.

[Lucinda cierra la ventana, Fábio é Inocencio se dirijen ácia la casa.]

ACTO SEGUNDO.



El teatro representa un salon mui sencillo de la casa de D. Macario; á la izquierda una puerta que se presupone ser la que da á la escalera que conduce á la calle de la Lamparilla; á la derecha, i por enfrente de la anterior, otra que comunica con la entrada por la calle de la Amargura; al fondo de la izquierda otra puerta que conduce á la habitacion de D. Macario i de su hija; á la derecha, i frente á la misma, otra que conduce al cuarto de la dueña doña Ursula. En el espacio entre las dos puertas por ambos lados habrá un camapé ó sillas, encima algunos cuadros entre los cuales debe haber uno ó dos retratos históricos. Habrá ademas una mesa; i todas las puertas deben permanecer cerradas durante el acto.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA URSULA, vieja setentona, con traje de dueña, i SIMPLICIA.

Doña Ursula estará en pié al lado de Simplicia, apoyándose sobre una escoba de crin. Simplicia, ya con otro traje, se hallará sentada al lado de la mesa dibujando.

Doña Urs. Mi querida Simplicia, oiga V. los consejos de su aya. Me parece que yo debo ser creida por mi palabra, i digo que don Macario debiera deshacerse de esta casa, i comprar otra en un punto mas propicio i mas seguro.

Simp. Usted chochea, doña Ursula? Puede haber en toda la Habana una posicion mas central, mas ventajosa i de mayor confianza? Esos son sueños.

Doña Urs. Sueños ó no sueños, lo que

puedo decir á V. es que no me llega la camisa al cuerpo desde el momento en que oigo hablar de ladrones i de robos, no porque ahora sean frecuentes, gracias á nuestro sábio i pródigo gobierno; pero con todo, puede haberlos cuando uno menos piense, i mas en donde hai dos entradas, dos calles, dos puertas, i qué sé yo cuántas otras proporciones favorables para los señores ladrones.

Si aun el cuidar una puerta
 Es tan difícil empresa
 De que un dia por sorpresa
 No se nos quede entreabierta.
 ¿Cómo podremos guardar
 Dos entre tantos rincones,
 Que no fuercen los ladrones
 Sin poderlo remediar?

Yo creo, hija mia, que estos mismos temores son los que la tienen á V. tan triste i pensativa.

Simp. (Distraída.) Oh no! No pienso en esas boberias.

Doña Urs. Si no son estos cuidados, serán los de la boda. Créa V. que á mí se me comulga con ruedas de molino? Yo bien sé que don Fábio le hace á V. la rueda, i que no se dormirá en las pajas para desbancar al novio elejido por su papá de V.; pero don Macario es hombre que sabe donde le aprieta el zapato, i cuando ha tomado un partido, sabe sostenerlo. I ademas, lo que él hace es por el bien de V., i un padre... es siempre... un padre! á menos que... (*aparte*) Oh cielo! Qué es lo que iba á decir? Perdonadme, Señor, los malos pensamientos, i castigad la flecsibilidad de mi lengua!.....

[Sale por la puerta de la izquierda.]

ESCENA II.

LUCINDA i SIMPLICIA.

Simp. [*Sola i en pié, i luego se sienta*]. Me parece que doña Ursula tiene razon; i me temo que la obstinacion de mi padre va á condenarme á este sacrificio nupcial. (*Se levanta.*) Pero si á lo menos hubiera podido ver á Fábio.... ¿Le habrá dicho Simplicia?... Qué mar de confusiones!... Ah! sí, él debe estar picado i aun furioso!

[Doña Ursula entra con Lucinda por la puerta por donde habia salido, i luego se va por la de su habitacion, que es la de la derecha.]

Simp. (*A Lucinda al entrar*). Eres tú, Lucinda mia?...

Luc. (*Con viveza.*) Tú me hiciste una visita esta mañana, i yo te la restituyo por la tarde.

[Ya Lucinda lleva otro traje, i al entrar deja su sombrero sobre el camapé.]

Simp. (*Esforzándose en moderar su curiosidad.*) Mui bien, mui bien, Lucinda; mucho lo agradezco, pero la verdad... tu tienes algo que... sí, algo que decirme.... Te lo conozco en el semblante.

Luc. ¿Ha salido tu padre?

Simpl. Está en el café, i de allí no vuelve hasta las nueve; esta es su costumbre.

Luc. Mejor: así conviene á mis planes.

Simp. (*Con interes.*) Segun veo llevas entre manos negocios de grande importancia.

Luc. [*Alegremente.*] Sí.... te traigo noticias.... mui curiosas.... Ha ido tras de ti toda la mañana....

Simpl. Quién? tu hermano?

Luc. No, Inocencio.

Simpl. Dios mio! i con qué objeto?

Luc. Te ha equivocado conmigo. (*se rie.*)

Simpl. Qué me dices? Tú te chanceas?

Luc. Hablo de veras; pero no temas.

Simpl. [*En aire de reconvencion.*] He aquí

los efectos de tu imprudencia!... Tu malhadado ramo! I si tu hermano sabe que vive en esta casa la que Inocencio presume ser la heroína del Tívoli?

Luc. (riéndose.) Ya lo sabe; su amigo se lo dijo.

Simpl. (Con ansiedad.) Oh cielo! I me lo cuentas con esa frescura?

Luc. I la parte mas dolorosa es que Inocencio ha dicho que queria verte, i que vendrá aquí sin falta aunque hubiera de volverse brujo.

Simpl. Aquí?

Luc. (Afectando sencillez.) Pero yo me he figurado que esta visita podría desagradarte....

Simpl. Ah Lucinda! qué atolondramiento! qué lijereza!... tú me has comprometido horriblemente, porque en resumidas cuentas, tu hermano ha visto salir del pabellon una mujer que ha arrojado un ramo á los piés de su amigo.

Sabiendo que esa persona embozada vive aquí, ya no podrá dudar que soi yo la que ha recibido los requiebros de don Inocencio.

Luc. (Con jovialidad.) He aquí tu error. Fáblio cree que la mujer del pabellon era mi modista, la cual por una feliz combinacion me habia traído un sombrero en la misma mañana; i en este sentido le ha hablado á su amigo, dándole gran chacota sobre el distinguido objeto de sus persecuciones amorosas. Por otra parte, el velo que te cubría... tu padre, que á las indagaciones de Fáblio, contestó que tú no llevabas tal adorno esta mañana.... en fin, los pobres mozos están en un apuro mui cruel, sí, mui cruel!.... No saben á qué atenerse!.... Van.... vienen.... dan vueltas i fluctuan en tanta duda é incertidumbre, que yo me divierto á mi placer. Ah Dios mio! cuánto me recrean

estas escenas de intriga i enredo!

Simpl. Tú todo lo tomas á broma, Lucinda, i si ese caballero se presentase aquí en el momento en que estuviésemos mas descuidadas... ¿no te parece que sería éste un conflicto de los mas lamentables?

Luc. (*Con aire de importancia.*) Pues qué me tomas tú por una niña, que no sepa prever las consecuencias? Tú eres como mi hermano. Ea, no temas; descansa en mis artificiosos recursos.

Simpl. Ah! ya entiendo.... tú te has presentado á él.... tú le has confesado todo; i ya él no vendrá.... no es verdad?

Luc. Yo lo he compuesto á mi modo; sí; he hallado un espediente (*apoyándose con un aire de triunfo*); pero qué espediente! asombroso!

Simpl. I cuál es?

Luc. (*riéndose.*) Le he enviado un billete.

Simpl. (*Asustada.*) Tú me estremeces!

Luc. (*Con jovialidad.*) Le he escrito que la señorita del Tivoli lo recibiría esta noche á las ocho en la calle de la Amargura, número 57, cuarto principal.

Simpl. Oh cielo! ¿A eso llamas tú componer las cosas?

Luc. (*Con lijereza.*) Cómo no? Esto es lo que se llama manejar una intriga con arte é intelijencia... Tres golpes de aldabon á la puerta son la señal convenida.

Simpl. Lucinda, tú deliras!

Luc. Pues qué? No habia mas que dejarte en tales apuros?....

Simpl. Ah amiga! tú te has conducido en esta parte sin ninguna prevision. ¿Cómo has de poder desenredarte de tales compromisos?

Luc. (*Con alegría.*) No hai cuidado; todo está arreglado. Por otra parte, mi hermano no puede tener celos porque sabe que tú le amas.

Simpl. [*Con viveza.*] ¿Quién se lo ha dicho?

Luc. Yo, en el mismo acto en que le di parte de tu proyectado matrimonio. (*con astucia*) Bien sabia yo que tú querias ocultárselo; pero á mí me ha parecido conveniente hacerle esta revelacion.

Simpl. (*Con alegría.*) Ah Lucinda! ¿I qué te ha contestado?

Luc. Qué hombre tan desesperado, [*imitando á Fàbio.*] No, jamas, jamas se efectuará ese fatal himeneo.... yo me opongo.... yo lo frustraré, yo hallaré medios para trastornarlo, i por último, mi muerte antes que verá mi adorada Simplicia en brazos de un rival. (*riéndose*) I qué se yo que multitud de juramentos i disparates añadió.

Simpl. (*Alegre.*) Todo eso dijo? Ah Lucinda! en verdad que tienes niñadas i locas travesuras; pero eres una buena

amiga, (*la coje la mano*), sí; escelente amiga!...

Luc. Ya lo ves? Bien sabia yo que alguna vez te habian de gustar mis vivos atolondramientos....

[Dan tres golpes á la puerta.]

Simpl. [*Se estremece á cada golpe.*] Gran Dios! ¿Qué será de nosotras?

Luc. El es; no estamos en el caso de volvernos atrás. Animo.

Simpl. (*Ansiosa.*) I si ahora entrase mi padre?

Luc. El no vuelve hasta las nueve.

Simp. Dios mio! Dar entrada en nuestra habitacion á ese mozo tan indiscreto!

Luc. No hai cuidado; es forastero en la Habana. Esta casa da á dos calles, él lo ignora.... por esta razon lo he hecho venir por la de la Amargura.... por la cual nunca se comunican ustedes... sí... creés tú que soi alguna boba? todo lo he previsto.

ESCENA III.

LUCINDA, SIMPLICIA i doña URSULA saliendo de su aposento.

Doña Urs. (asustada.) Señorita, señorita, llaman por la puerta de la Amargura.

Simp. Qué hemos de hacer?

Luc. Abrir.

Simp. Doña Ursula, encargo a V. que no se le salga de los labios el nombre de mi padre por ningun título.

Doña Urs. ¿Qué es eso, buen Dios? Qué van á hacer estas dos muchachas? Pobre de mí!...

[Sale por la derecha levantando las manos al cielo, en ademan de estar escandalizada.]

ESCENA IV.

LUCINDA i SIMPLICIA.

Simp. Yo me voi.... yo no quiero mezclarme en nada.... Desengáñalo, Lucinda, i dile que no vuelva á poner los piés en esta casa.

Luc. No temas.... ya tengo yo estudiado mi plan.... no te alejes mucho.

Simp. I si tu hermano llega á descubrir que yo he favorecido i encubierto una cita entre su hermana i su amigo! Ah Lucinda! Lucinda! Ya viene....

[Se oculta en su aposento, cuya puerta es la segunda de la izquierda.]

Lucinda (al acompañar á *Simplicia*.) No salgas de tu cuarto hasta que yo te avise. A Dios. (*sola*) Esta tonta teme que mi hermano llegue á averiguar.... i si así fuese (*con astucia*.) ¡Quién sabe que

no mudase de conducta, i que no saliese yo gananciosa.... Mas no es de mí de quien se trata ahora, i sí de él, de su suerte futura, de su fortuna ó desgracia....

[Durante este soliloquio, que lo hará con mucha calma i despejo, se situará delante del espejo para dar los últimos toques á su traje i peinado.]

ESCENA V.

LUCINDA, doña URSULA, que entra por la puerta de la derecha.

Doña Urs. (Admirada.) Este caballero pregunta por la señorita del cuarto principal.

Luc. [Con misterio.] Yo soi.

Doña Urs. (Todavía mas sorprendida.) ¿Usted?

Luc. Silencio; i si alguien llegare en el entretanto, avíseme V.

Doña Urs. [*Aparte.*] Yo he criado once hijos, seis de los cuales eran frutos de mis entrañas, i jamas he visto una cosa igual!.... Pase V. adelante, caballero.

[Hace entrar á Inocencio, i se retira á su cuarto por la segunda puerta de la derecha.]

ESCENA VI.

LUCINDA é INOCENCIO.

Inoc. (*Al entrar por la puerta de la derecha.*) Sí, ella es.... (*se adelanta con alegría.*) Ah señorita!.... Con que por fin he tenido la dicha de volver á ver á V? (*saca el reloj.*) Ocho horas cinco minutos! puntualidad de soldado! vea V. (*levanta el reloj á los ojos de Lucinda.*) Ocho horas cinco minutos, i voi bien, porque al venir para la Habana arreglé mi reloj por el de la catedral.

Luc. V. no esperaba verme, ¿no es verdad, caballero?

Inoc. (*Con alegría.*) En verdad que me lo temia mucho: pero mi felicidad excede á mi sorpresa.

Luc. (*Con seriedad.*) Poco apoco.... Si yo lo he citado á V. ha sido para hacerle reconvenciones.

Inoc. A quién? A mí?

Luc. Sí, señor, i no de otro modo se hubieran quebrantado estas puertas, cerradas con cerrojos dobles á amorosos devaneos.

Inoc. A tan grato i dulce precio
Encantadora Deidad,
¿Quién habrá que á su beldad
No quiera hacerle un desprecio?
Si por creerme criminal
Dejas ver tu linda cara,
Esta es recompensa rara
I no un castigo real.

Luc. Sí, sí, tómelo V. á broma; pero V. no podrá menos de convenir en que se ha conducido mui mal; si señor, con mui poco miramiento. Despues que me habia prometido ser prudente i reservado.... ya esta mañana empezaba V. á contar á uno de sus amigos todos los pormenores de nuestra entrevista, sin reparar en los riesgos i quebrantos en que podia V. envolverme; ya iba V. á vaciar indiscretamente todo su pecho...

Inoc. (*Interrumpiéndola.*) Cuando el ramo vino á poner un candado á mi lengua.

Luc. No habia otro medio para contener su locuacidad.

Inoc. (*Aparte.*) Fábio tiene razon; es una costurerilla. (*volviéndose à Lucinda.*) No merezco perdon; vea V. si soi franco; pero como no creí tener la felicidad de volverla á ver.... ya V. conoce.... que entre jóvenes son mui comunes estas confianzas.

Luc. V. podrá tener confianza en don Fábio Mascareñas, i tal vez con justicia...

Inoc. (*Aparte, admirado.*) Oh! Oh! sabe su nombre!

Luc. Pero en cuanto á mí, no militan iguales razones.

Inoc. (*Con viveza.*) Yo no le he dicho quién era V.

Luc. [*Con ironía.*] Elojios merece V. por la reserva, no hai duda....

Inoc. (*Sostenido.*) Sí señora que los merezco.

Luc. Pues bien, quien soi yo? V. lo sabe?

Inoc. Es preciso que le confiese á V. que esta ha sido una de las razones principales de no habérselo dicho;.... pero dígame V., señorita, por qué hace tres dias que una densa niebla tiene envuelta mi ecsistencia?.... No estaba V. en el pabellon?

Luc. (*Un poco cortada al principio, dice como sorprendida.*) ¡De que pabellon me habla V? -

Inoc. (*Despues de haberla mirado con malicia dice aparte.*) Si será la modista del jardinero! mas esto es un absurdo, no, no puede ser.

Luc. (*En aire de reconvencion.*) I no le ocurrió á V. que una palabra indiscreta de su amigo, podia perderme en el concepto de mis padres?

Inoc. (*Aparte.*) Oh! oh! tiene padres!.... No es lo que yo temia. (*á Lucinda*) Prenda mia, yo no habia caido en la cuenta.... he aquí como la pasion entorpece las facultades mentales; pero juro á V. que en lo sucesivo...

Luc. [*Con seriedad.*] Cuidado que olvide V. la leccion, señor D. Inocencio Villa.

Inoc. [*Asombrado.*] Cómo? Tambien sabe V. mi nombre?... Pues yo no se lo he dicho.

Luc. En tal caso no tendría gracia alguna.

Inoc. [*Aparte.*] Aquí hai algun encanto!

Luc. (*Con seriedad.*) Cuidado, pues, si

V. quiere volverme á ver...

Inoc. [*Con viveza.*] Si lo deseo? Gran Dios!
[*con enerjía*], i con todo el anhelo con
que se va en pos de la suma felicidad.

Luc. Pues bien; deberán cesar sus con-
fianzas con don Fábio.

Inoc. Lo juro, i lo cumpliré; que venga a-
hora á hacerme preguntas el señor cu-
rioso; ni media palabra le he de decir
aunque me empalen.

Luc. [*Con importancia.*] Por lo demas
tengo ya mayor confianza en V., desde
que he visto que á nadie ha enseñado
V. el billete que le dirijí. Así me agra-
da.... estoi satisfecha.

Inoc. Ahora pues me toca á mí. V. ha de
decirme, ya que lo sabe todo, cómo se
halló su billete dentro de mi sombrero,
cuando no puede quedarme duda de que
la dejé á V. á la puerta de su casa des-
pues de una carrera de las mas penosas
de mi vida.... tras de una infernal Di-

lijencia.... cuyos caballos tenían el diablo en el cuerpo?

Luc. Ahí está el secreto.

Inoc. [*Con viveza.*] ¡Hai en eso algo de majia? Será posible que retrograde-mos á los siglos de los prodijios?... Yo soi.... pero ni yo mismo sé lo que soi... yo me pierdo en conjeturas. Qué quiere V. de mí?

Luc. Tal vez su felicidad de V., señor D. Inocencio.... Tanto le repugna á V. el dejarse conducir? Soi yo acaso una guia tan espantosa?

Inoc. [*Con alegría.*] Mui al contrario; V. es encantadora, i luego tiene V. un ingenio prodijioso, sí, sobrenatural.

Luc. [*Lijera i modestamente.*] ¡I quién no lo tiene cuando interesa?

Inoc. [*Con alegría.*] En primer lugar los tontos, que son los mas, i aun muchos de los que se creen discretos; [*con calor*] mas no hace esto al caso. ¡V. quié-

re mi felicidad?.... De veras quiere V. que yo sea dichoso?... (*se para i muda de tono de repente*) pero para qué he de decir á V. en qué estriba esta ventura, si V. todo lo adivina i todo lo sabe?

Luc. (*Con astucia.*) Sin embargo, conviene que V. se explique.

Inoc. Quiére V. que lo diga?

Mi tierna esposa apellidarla,
Vivir con V. sola, i ser amado.
Cada dia con ardor mas estremado,
I por fin en mis brazos estrecharla.

Disipar mi inquietud i mis alarmas
Creadas por mi viva fantasía,
Que recelosa tal vez con demasia
Del pérfido Cupido i de sus armas....

Luc. (*Con astucia.*) Ya veo que V. no se atrevé á acabar.

Inoc. [*Con embarazo.*] Pero....

Luc. (*sonriéndose.*) Ya se lo que á V. le

detiene.... vamos.... confiéselo V.... la vergüenza pasa mui pronto.... V. teme que yo sea una pobre costurera, i por su mismo honor i decoro....

Inoc. (*Aparte con gran asombro.*) Es increíble todo lo que me pasa.

Luc. Es lástima, sin embargo, que V. haya desplegado tanto ardor en estas relaciones.

Inoc. (*Medio cortado.*) Pero.... yo no trato de despreciar á nadie; estoi mui lejos de ofender á las modistas.... yo sé que en ese ramo hai ejemplos brillantes de cualidades mui....

Luc. [*riéndose.*] Ah! Ah! Ah! me da lástima su tribulacion....

Inoc. Pues bien! sí.... francamente.... lo diré sin rebozo.... Sí, señora.... V. lo ha adivinado.... porque si yo pudiese escribir á mi padre i decirle... á fe mia, se podría arreglar este negocio.... pero V. me pone en mayor confusion.... V.

me suelta en el campo de las suposiciones para que vaya dando tropezones como un ciego.... porque en fin (*con un tono cariñoso i delicado*) vijilar mis pasos, colocar billetes en mi sombrero, pongamos la mano en el pecho.... (*sonriéndose*) alma mia, no creo que ésta sea una profesion la mas á propósito para una señorita que ocupa en la sociedad un....

Luc. Ah! ah! ah! Claro está! Escelente observacion! No se apure V., tranquilícese V., bien puede continuar.... (*aparte*) Conviene estorbar sin embargo que vuelva los ojos á Simplicia; démosle el último golpe.) Mi familia, caballero, no es menos distinguida que la de V.; las propiedades que poséen mis padres en la Habana no las cambiaría yo por su cafetal ni por su potrero.

Inoc. (*Con mayor sorpresa.*) Yo estoi pasmado! Esto es brujería.

Luc. Qué tiene V?

Inoc. [*Tranquilizándose*]. Nada, nada, señorita. (*Aparte.*) En verdad yo no sé por qué de todo me asombro. (*á Lucinda.*) Sí, señorita, yo la creo á V.; no dudo que su familia de V. no desmerecerá de la mia.... [*con viveza*] así, pues, yo le ofrezco, si me la da á conocer, mi corazon, mis bienes i mi mano.

Luc. (*Con calma*). I qué he de hacer yo de su corazon, de sus bienes i de su mano?

Inoc. (*Aparte*). Vaya otra especie peregrina. (*A Lucinda.*) I qué ha de hacer V?.... I usted no sabe por qué se ofrece el corazon i....

Luc. (*Interrumpiéndole con formalidad.*) No lo ignoro, supuesto que V. viene á la Habana para casarse.

Inoc. Tambien sabe V. eso?

Luc. Con la hija de don Macario Torde-
sillas.

Inoc. (Dando un grito de admiracion.) Je-
sus! (se santigua).

Luc. (Con precipitacion.) Cuyo don Ma-
cario es un negociante que vive en la
calle de la Lamparilla, bastante avan-
zado en edad, tiene aquella hija sola
que se llama Simplicia, á la cual V.
no ha visto todavía, ni á su padre, ni
los conoce, ni se les ha presentado.
[todo mui aprisa] No es verdad?

Inoc. [En el colmo de su asombro esclama.]
Santo cielo! asistidme.... esta mujer es
una hechicera!

Tu mision de espiarme noche i dia
¿Deriva del olimpo ó del averno?
Si angel ó Diosa eres no discierno;
I al ver que nada ignoras supondria
Que mas bien que mujer eres profeta,
O en la májica ciencia grande atleta.

Pero por Dios, amable señorita, sáque-
me V. de estas terribles dudas. Díga-
me V. quién es? Yo me pierdo i me con-

fundo en las conjeturas. Quién es su familia de V? Cuál es su nombre? No me niegue V. esta gracia.

Luc. ¡ Por qué le interesa á V. tanto saberlo cuando está V. para casarse?

Inoc. ¡ Si yo renunciase á ese matrimonio....

Luc. (*Con viveza.*) Ya entonces sería el caso mui diferente.

Inoc. (*Con vehemencia.*) Pues bien, por renunciado.

Luc. Pero ha de ser de un modo formal, ostensible.... en ese solo caso podría V. conocer mi familia.

Inoc. [*Con alegría.*] Ah! qué apuros! Pues bien, será hoi mismo, en el acto.

Luc. [*Aparte.*] Qué felicidad la mia! Ya triunfé!

Inoc. [*Con viveza.*] Cuál es la calle de la Lamparilla?

Luc. Se pregunta, i no le será difícil hallarla.

Inoc. Voi volando; sí, sin demora!... Pero una prenda.... aunque sea un corto testimonio de amoroso recuerdo.... [*Compasion.*] Sí, alma mia; la necesito.

Luc. I qué prenda quiere V?

Inoc. Tú que mi destino rijes libremente
Para sellar nuestro amoroso empeño,
¿Podrás negar al que de sí no es dueño
Que á tu linda mano aplique el labio ardiente?

Luc. Aunque amiga no soi de anticiparme
A lo que prescribe el nupcial deber,
Si esta prenda es precisa para amarme,
A tu gran deseo fuerza me es ceder.

(Alarga la mano, en la cual imprime un beso
Inocencio, i al retirarse, enajenado de contento,
tropieza con doña Ursula que iba entrando i le dice):

Inoc. Dispense V., buena anciana. [*Volviéndose à Lucinda*]. A Dios, alma mia.
Una Tordesillas!... no, jamás será mi esposa. A Dios.

ESCENA VII.

LUCINDA, DOÑA URSULA é INOCENCIO.

Doña Urs. Señorita, el amo que viene por la calle de la Amargura! Acabo de verlo.

Luc. Cielo santo!

[Conociendo Inocencio que hai algun misterio, va caminando lentamente].

Doña Urs. [*A Lucinda en voz baja.*] Quiere V. que haga salir á ese caballero por la otra puerta?

Luc. [*En el mismo tono de voz.*] De ningun modo. El no debe saber que existe esa puerta.

Doña Urs. (*Aparte.*) Yo no entiendo estos manejos; mas veo lo bastante para estar escandalizada. Jesus! en mis tiempos no eran tan atrevidas las mucha-

chas! Qué costumbres las del dia! Dios nos ampare.

[Entreabre la puerta de la derecha para escuchar.]

Inoc. [*A Lucinda*]. Contemplo que se halla V. en algun apuro.... i sentiría que por mi causa....

Doña Urs. El amo sube; yo lo oigo.

Inoc. Qué haré? Dónde podré ocultarme?

Luc. [*Señalando la segunda puerta de la derecha.*] Allá, en ese cuarto, corra V. pronto.

Doña Urs. Pero aquel es mi aposento!

Inoc. entra en el aposento de doña Ursula riéndose] Viva, viva; aquí tenemos una comedia de Calderon. Veremos en qué vienen á parar estas trasformaciones.

Doña Urs. Ah Dios mio! En mi cuarto un hombre! I qué diria el mundo si lo supiese? Yo, que he criado once hijos, i entre ellos cinco hembras! Yo que gozo de una reputacion sin tacha, pues nadie

hai que me vea enredada en ningun galanteo, porque no pienso mas que en mis ocupaciones domésticas i en mi rosario de cuentas gordas! Santa Brígida, defended mi honor!

ESCENA VIII.

SIMPLICIA, LUCINDA, DOÑA URSULA, luego DON MACARIO.

[Simplicia entra por la puerta segunda de la izquierda en el acto de salir de su cuarto.]

Simpl. [*A Lucinda*]. Ya salió?

Lucind. (*Interrumpiéndola*). Calla! tu padre! prudencia! el jóven está ahí. [*Señalando al cuarto de doña Ursula*].

Simpl. [*Asustada*]. Gran Dios! Ah Lucinda! ya tú ves....

Luc. (*Con alegría*). Va á las mil maravillas.... tengo que decirte muchas cosas.

D. Mac. (*Entra enfadado por la primera puerta de la derecha.*) Doña Ursula, dígame V. en qué consiste que estaba abierta la puerta de la calle de la Amargura? ¡á qué hora! De noche, i noche bien oscura, que cualquiera hubiera podido meterse dentro i pegarnos un susto. Sí, un gran susto!

Doña Urs. Señor, desde que V. me conoce nunca me ha cojido en mentira; yo diré la verdad....

Luc. (*Interrumpiéndola.*) Yo soi la culpable en esta ocasion....

[Se coloca entre doña Ursula i don Macario.]

Doña Urs. (*En aire de triunfo.*) Sí, sí, anda; á mí no me cojen en ningun renuncio (*aparte*); pero mas quiero que esta cuestion se aclare sin estar yo presente, porque rabiaría de ver lo que pasa, i no podría tal vez contener mi indignacion al considerar los grandes riesgos á que se ve espuesta mi honres-

tividad, i los grandes ataques que se dan á mi virtud. (*Sale por la izquierda*).

Don Mac. (*A Lucinda*). Perdone V., señorita; soi algo corto de vista, i no la habia conocido.... Estoi á los piés de usted....

Luc. (*Haciendo una seña de intelijencia á Simplicia.*) Beso á V. la mano, señor don Macario, habia venido á hacer una visita en la vecindad....

D. Mac. Ah ya! A su tia de V. doña Valeriana? He?

Luc. Cabalmente.

D. Mac. Que vive aquí enfrente no es verdad? No tengo el honor de tratarla; pero la veo algunas veces cuando sale al balcon á dar alpiste á los canarios.

Luc. Me vió Simplicia desde la ventana, i quiso que pasára un rato en su compañía; i para ahorrarme la incomodidad de dar la vuelta, me hizo abrir esa puer-

ta, i yo tan aturdida que no me acordé de cerrarla.

D. Mac. Nada importa, amiga mia; yo lo decia porque siempre tiene uno que estar encima de los criados para que no sean mayores sus faltas i sus descuidos; si no fuera por esta vijilancia i por las continuas reprensiones, no se podría uno averiguar con ellos. (*Llama recio i destemplado.*) Doña Ursula, tráigame V. la bata.

Doña Urs. (*Entra por la segunda puerta de la izquierda con la bata.*) Ya la estaba preparando, señor. (*Volviéndose à Lucinda.*) Señorita, ahí está su criada que ha venido á buscar á V.

Luc. [*A Simplicia en voz baja.*] Yo no puedo dejarte en tales apuros....

D. Mac. Podría yo ofrecer á V. mi brazo?

Luc. Ah señor don Macario! yo temo....

[Don Macario se separa en acto de ir á cojer el sombrero i el baston que habia dejado sobre una silla.]

Simpl. (*A Lucinda en voz baja i con viveza.*) Acéptalo; estando mi padre ausente, me será fácil sacar de aquí á Inocencio.

Luc. (*A don Macario.*) En verdad, señor don Macario, que bien reflexionado, dos mujeres no van bien solas por la noche.

[Don Macario pone en jarra su brazo para que lo tome Lucinda.]

D. Mac. Eso mismo es lo que yo decia, dos mujeres solas á estas horas... pero no sería mejor que le pusieran á V. la volante?

Luc. No; no hai necesidad; ya ve V. que de aquí á casa de mi tia no hai mas que dos pasos.

D. Mac. Sí, es verdad; pues bien, estoi á sus órdenes.

Luc. [*A Simplicia en voz baja.*] Yo no me voi hasta que no sepa... yo volveré.

[Salen por la izquierda i Simplicia los acompaña hasta la escalera. Doña Ursula queda sola en la escena.]

Doña Urs. Bendito sea Dios! Las jóvenes del día qué astutas son! Caramba! En mi tiempo no había tanta malicia; pero ahora aun las doncellas que parecen mas inocentes tienen mas tretas que un poeta hambriento. Fuego con ellas, i lo que saben! mas no se las envidio; no cambiaría yo mi candor i mi pureza por todos esos fuertes espíritus del siglo presente. Vea V. quién había de decir que pudiera ser tan fecunda en ingeniosos recursos doña Lucindita! Fiéense en las aguas mansas! Su hermano el abogado créa que es una boba. Cáspita con las tontas! Pues qué harán las agudas? Escandalizada estoi de tanto progreso en la malicia mujeril. Oh tiempos! oh costumbres! Santa Ursula, libradme de las asechanzas de los mozos de la jeneracion actual.

ESCENA IX.

Doña URSULA, i SIMPLICIA que vuelve á entrar.

Doña Urs. (*Absorta en sus ideas.*) Qué intrigas, santo Dios! I no poder decir nada sopena de hacer infeliz á mi señorita para toda su vida! Yo estoi sofocada hasta el punto de reventar sino veo pronto el término de estos enredos.

Simp. Doña Ursula! doña Ursula!

Doña Urs. [*Se despierta de su arrobamiento, i señalando con la mano á su cuarto dice.*] Ahí está esa buena alhaja. Pues qué cree V. que se ha marchado? No señorita; está en mi mismito cuarto, sí, profanando aquel santuario de la honestidad.... Ah!...

Simp. Ya lo sé; pero para que salga es preciso dar tiempo á que mi padre se

haya alejado.... porque si alguno lo descubriese, nadie querría creer que yo no lo conozco, i en verdad que no hai cosa mas cierta.

Doña Urs. (Admirada.) De veras?

Simp. I si él me ve, él, que cree hallarse en casa de Lucinda, pensará que lo han engañado....

Doña Urs. Ya no puedo mas con tantos engaños i ficciones.... Bueno, bueno; retírese V. á su aposento; yo lo voi á hacer salir á ese miserable!.. yo, sí señora [*escandalizada*] pero qué papel hago en estos manejos? Qué se dirá de mi pudor?

[Se dirige ácia la puerta que encubre al hombre tapado.]

Simp. (*Fijando asustada el oido ácia la primera puerta de la izquierda.*) Silencio! Oigo pasos.

Doña Urs. (*Dirijiéndose apresuradamente á dicha puerta.*) Como que es verdad!..

(*abre la puerta.*) He aquí á don Fábio Mascareñas.

Simp. Virjen de la Merced! D. Fábio! qué nuevo apuro!

Doña Urs. (*Aparte.*) Ya escampa, i llo-
vian guijarros. A buen tiempo llega
este caballero!.... I ahora ¿cómo hare-
mos para facilitar la evasion del pájaro
enjaulado?

[Vase por la segunda puerta de la izquierda.]

ESCENA X.

Don FABIO i SIMPLICIA.

Simp. (*Con embarazo.*) V. aquí, señor don Fábio?

Fáb. (*Con frialdad.*) Si, señorita! Los momentos son preciosos.

Simp. (*Con igual azoro.*) ¡Qué imprudencia!

Fáb. Sé que su matrimonio de V. va á

sancionarse, i no he podido resistir al deseo de asegurarme por mí mismo por última vez de las disposiciones de su corazon.

Simp. [*Temblando.*] De mi corazon, caballero? pero si yo le protesto á V....

Fáb. (*Animándose.*) No disimule V! esos celos infundados, i la riña que hubo á su consecuencia, no fueron mas que pretextos para romper conmigo.

Simp. Caballero!

Fáb. I luego, V. ha alentado á un jóven para que le preste sus asíduos obsequios....

Simp. (*Con viveza.*) Quién? Yo?

Fáb. (*Con viveza.*) Sí, V.! Oh! no trate V. de negarlo; lo sé á no poderlo dudar.

Simp. (*Aparte.*) Ah Lucinda! Lucinda! (*á Fábio*) V. no puede saber lo que no es cierto, señor mio, i ahora yo no puedo desengañarlo, porque mi padre está para llegar....

Fáb. No tenga V. cuidado.... yo me hallaba en la calle espiando el momento de entrar á ver á V., cuando su padre salió con mi hermana, i me he aprovechado de tan feliz coyuntura para....

Simp. (Con viveza) Con efecto, ha venido á recomendarme la modista.... que me habia enviado esta mañana.

Fáb. (Con alegría.) Su modista! ¿Es posible? Ah Simplicia, no me engañe V. [con inquietud.] Sin embargo, V. fué el domingo al Tívoli?

Simp. Mi padre es el que estuvo solo; yo me hallaba indispuesta i no pude salir.

Fáb. (Con viveza.) Cómo es eso? I no fué V. la que aceptó un ramo de su caballero?...

Simp. Cuando yo le aseguro que no salí aquel día de casa....

Fáb. [Tomando aliento i un aire jovial.]

Oh! sí, sí, la creo á V. He sido un in-

sensato, Simplicia, mi querida Simplicia; los celos crean fantasmas del mismo modo que el temor de perder lo que se adora.... yo venia á llenarla á V. de improperios, i á acusarla criminalmente, porque se me figuraba que tenia pruebas para ello; pero ya veo que yo soi el único culpable. ¿Se dignará V. perdonarme?

Simp. (*Siempre inquieta.*) Sí, con tal que V. se vaya, porque yo tiemblo como una azogada. (*Aparte.*) ¡Ese otro pájaro que está encerrado?....

Fáb. Pero ese matrimonio? Es preciso que nos pongamos de acuerdo para trastornarlo.

Simp. Mas tarde.... esta noche.... no se aleje V. mucho.... cuando mi padre se haya recojido.... yo le avisaré.... i con el auxilio de mi aya buscaremos algun medio.... ahora no que mi padre puede sorprendernos.... i no deja de recelar

algo sobre nuestro amor.... tengo motivos para creerlo.

Fáb. En verdad que esta mañana me lo dió á entender.

Simp. (Con viveza.) Ya V. lo ve!

Fáb. Pero aquí es fácil la evasión; si él viene por una calle, me iré yo por la otra.

Simp. No puede ser, porque ha guardado la llave de la puerta que da á la calle de la Amargura.

Fáb. Esta es una precaucion propia de un don Bartolo.

Simp. (Aparte.) Es preciso mentir para asegurar la salida de Inocencio.

Fáb. Pues bien, Simplicia, para tranquilizar á V. me iré, i aguardaré en la calle.

[Se dirige ácia la puerta de la izquierda para salir.]

D. Mac. (Sin ser oido hasta hallarse muy cerca de la misma puerta.) Doña Ursula, alúmbreme V.

Simp. [*Asustada.*] Mi padre! cuando yo se lo decia á V.

[Se retira ácia el fondo mirando la puerta por donde va á entrar su padre.]

Fáb. El tiene la llave de esta puerta, (*indicando la de la derecha.*) El viene por ahí. (*indicando la de la izquierda*) Cómo haré para que no me vea, i que no se despierten sus sospechas?... Ah! méto-me en este cuarto....

[Va á empujar con fuerza la puerta del cuarto en el que está encerrado Inocencio, i la entreabre.]

Simp. (*Lo detiene por el brazo.*) No, no entre V. ahí.

Fáb. (*Pasmado, despues de haber vuelto á cerrar con viveza la puerta, i conservando siempre su mano en la llave.*) Un hombre! (*A Simplicia con tono amenazador.*) Un hombre en este cuarto!...

Simp. V. se equivoca.

Fáb. (*Con ira.*) Yo lo he visto bien á pe-

sar de la oscuridad. Quién es?

Simp. Yo le juro á V....

Fáb. Ola! Déjeme V. entrar.

Simp. [*Deteniéndole.*] Silencio! Mi padre!

Fáb. (*Aparte.*) Qué posicion la mia! Si hablo la pierdo; i si callo....

[Estos movimientos de escena ecsijen mucho calor i precision.]

ESCENA XI.

Doña URSULA, don MACARIO, SIMPLICIA i FABIO.

[D. Macario entra por la puerta de la izquierda, doña Ursula lo acompaña con una bujía en la mano.]

D. Mac. [*Entra hablando.*] Ya ves que no he tardado mucho. [*Al ver á don Fábio se arruga su semblante.*] D. Fábio aquí á estas horas! Qué quiere de-

cir esto? (*Volviéndose á él con desagra- do.*) Beso á V. la mano.

Fáb (*Medio cortado.*) Señor don Macario, usted no esperaba hallarme á estas horas en su casa....

Simpl. (*En voz baja.*) Fábio! Fábio! Por Dios, prudencia!...

Fáb. Me dijeron que mi hermana estaba aquí, i yo vine á buscarla.

Doña Urs. [*Aparte*]. Vaya otro embustero! Aquí parece que todos son dentistas!

D. Mac. Mas vale que sea así. [*A Fábio*] Yo me he adelantado á los privilegios de V., i acabo de acompañarla.

Fáb. Ruego á V. me dispense.

Simp. Eso es lo que yo estaba diciendo ahora al señor Mascareñas.

Fáb. Voi, pues, en busca de ella. (*D. Macario habla en voz baja á Simplicia. Doña Ursula se entretiene en quitar el polvo á los muebles. Aparte.*) Qué haré? Aguardar á ese hombre en la calle será im-

posible, porque la casa tiene dos salidas encontradas i yo estoi solo.... Si á lo menos hubiese traído conmigo á Inocencio, á ese verdadero amigo.... Pero tengo un medio para saberlo todo. (*A don Macario*). A Dios, Sr. D. Macario.

D. Mac. Soi de V., caballero.

Fáb. (*Aparte.*) A mí se me ha de dar una esplicacion de todo esto. Sí, señor.

[Sale disparado por la primera puerta de la izquierda, despues de haber saludado á Simplicia con frialdad.]

D. Mac. Aguarde V. que le alumbren. Doña Ursula, alumbre V. al señor don Fábio.

Doña Urs. Oh, ya va mui lejos.

D. Mac. [*A Doña Ursula con enfado.*] Aquí en esta casa no hai medio de que á uno le obedezcan; jamás, jamás se cumplen mis órdenes....

ESCENA XII.

DOÑA URSULA, SIMPLICIA i DON
MACARIO.

D. Mac. (*Con aire misterioso.*) Hija mia!

Tengo que hablarte!

Simp. [*Asustada.*] A mí, padre mio?

D. Mac. Tengo que decirte alguna cosa importante. Ven!...

[*Se dirige ácia el cuarto en que está encerrado Inocencio.*]

Simp. (*Asustada i deteniéndolo.*) Papá.... papá.... ¡á dónde va V?

D. Mac. Ah! tienes razon; yo creo que voi á perder la cabeza. [*con aire festivo.*] Vaya una cosa orijinal. Me iba á colar en el cuarto de Doña Ursula. Lo que son las distracciones....

[*Va entonces á la puerta de su cuarto.*]

Simp. [*A Doña Ursula en voz baja.*] Hágallo V. salir por amor del cielo!.... (*A*

parte.] Qué apuros son estos!

Doña Urs. (*Enfadada.*) Está bien, señorita, muy bien.

D. Mac. (*Entrando con Simplicia en su habitación.*) Ven, Simplicia, tengo que hablarte de una cosa del mayor interés.
[*Se van.*]

ESCENA XIII.

Doña URSULA i luego INOCENCIO.

Doña Urs. Oh Dios! qué noche tan aciaga! (*Dirigiéndose al cuarto del contrabando.*) Si ahora me viesen, cielo santo! Yo ocultar un hombre en mi cuarto, i luego proteger su fuga!... Se creería por cierto que habia venido por mí!... Pobre doña Ursula! qué vaiven está sufriendo tu honesta opinión! (*Entreabre la puerta i llama.* Caballero!... Caballero!....

Inoc. [*Con alegría.*] Aquí estoi, buena mujer. Parece que ha habido gran traposonda por acá; he oido hablar mucho, pero nada he entendido....

Doña Urs. (*Secamente.*) Salga V., i no me tome por lo que no soí.

Inoc. [*Con aturdimiento.*] Una sola palabra. Yo estoi enamorado de su señorita. Dígale V. que voi á desbaratar la boda que tenía ajustada, i que mui pronto sabrá noticias mias... ¿Usted me daría razon de la calle de la Lamparilla?

Doña Urs. (*Con una dignidad cómica.*) Salga V., le digo, i no me tome por lo que no soí.

Inoc. (*Admirado pero alegre*) Miren la dueña de las veínte tocas i de las doscientas arrugas i jorobas qué mal humorada está! No habrá encontrado quien la quiera en los setenta i pico que lleva encima de su alma, i luego viene aquí haciéndose la preciosa,

Doña Urs. (Furiosa.) Oiga V., deslenguado; no ha estado la carne en el plato por falta de gato. Si yo me he mantenido viuda no ha sido porque no me viese hostigada por un enjambre de adoradores, i sí porque queria consagrar á Dios solo mi hermosura, mis encantos i mi honestidad; sí, mi honestidad.

Inoc. Puf con los vejestorios!... (*Va á salir i se detiene un momento á contemplar los cuadros.*)

Doña Urs. (Aparte.) Estoñ segura que el otro lo está aguardando al paso; pero una vez que estén fuera, que se degüellen i que se hagan picadillo ¿qué perdemos en ello?

Inoc. Hola, la vista del puerto de la Habana! Yo tambien tengo ese cuadro en el cafetal.

Doña Urs. (Con la vela en la mano.) Ea, listo; lárguese V. (*Se va Inocencio.*)

ESCENA XIV.

Fáb. (*Entra con disimulo por la puerta primera de la izquierda.*) Por aquí no hai jente; créen que me he marchado; pero me quedé oculto en la escalera. Yo he de aclarar todos estos tapujos; tengo por cierto que no habrán podido dar salida al embozado, porque don Macario tiene la llave de la otra puerta.

(*Señala la de la derecha.*) Finjamos ser de la casa; llevémosle á la calle, i que allí mi venganza.... (*Se dirige á la puerta del contrabando.*) Sí, aquí es. *Entre-abre la puerta.*] Caballero! caballero! Salga V., no tema. (*Aparte.*) No responde (*Mas fuerte*) Caballero! Si V. no es un cobarde salga, i cuidado con meter ruido!... Ah! por vida del diablo que si se oculta sabré hallarlo, i arrancarlo aunque sea de las entrañas de la tierra.

[*Entra en el cuarto i cierra la puerta con furia*]

ESCENA XV.

Simp. (Que sale de su cuarto.) Ah Dios mio! Qué susto he pasado! Mi padre me llama á parte para decirme con aire misterioso que ha recibido una carta de S. Marcos, en la cual le anuncian que ya Inocencio debe estar en la Habana....A la verdad creí al principio que mi padre habia descubierto todo el pastel! (*mira con inquietud.*) ¡Pero por dónde anda mi aya! Qué no habrá entendido mi recomendacion? (*se oye en el gabinete el ruido de haber caído una silla.*) Cielo santo! ella no ha heeho salir á ese mozo! yo me hallo aquí sola! No importa. Fábio está en la calle, mi padre puede llegar, es preciso resolverse, [*Entreabre la puerta.*] Caballero! caballero! salga V. pronto.

[En tanto que ella aguarda con un aire inquieto, entra Lucinda.]

ESCENA XVI.

LUCINDA, SIMPLICIA i FABIO.

Luc. (*Entrando por la izquierda.*) Aquí estoy yo! Ya ves que pronto he dado la vuelta... estaba en ascuas... Ha salido?

Simp. Yo creo que no. [*llama de nuevo*].
Caballero, salga V.

Fáb. (*Se presenta à la puerta de dicho cuarto.*) Aquí estoi, señorita!...

Simp. (*Asustada.*) Fábio!

Luc. (*Lo mismo.*) Mi hermano!

Fáb. [*A Simplicia con ironía.*] El mismo!

Ustedes no me esperaban, no es verdad?

Simp. Pero.... [*Aparte.*] Oh Dios!

Fab. [*A Simplicia saliendo á la escena i en aire de reconvencion.*] I mi hermana ha de ser siempre una niña crédula i bobalicona, á la cual no ha reparado V. en tomarla por confidenta de una intriga...

Simp. (Interrumpiéndole.) Señor don Fáb-
bio!...

Luc. (Aparte.) Esto va mal.... ¡cuánta e-
lectricidad va á descargar esa nube!

Simp. Yo tan solo podré decir á V., que
si habia un hombre oculto en ese cuar-
to.... al tal hombre jamás le he visto.

Luc. (Aparte.) ¡ es verdad.

Fáb. [Con algun movimiento de alegría.]
Cómo?

ESCENA XVII.

LUCINDA, SIMPLICIA, doña URSU-
LA i FABIO.

*Doña Urs. (Entra por la puerta de la iz-
quierda mui alegre sin ver à Fábio.)* Se-
ñorita! señorita! No hemos salido de
mal apuro.... Ya está fuera.

Fáb. [A Simplicia con vehemencia.] Lo o-
ye V?

Doña Urs. (*Escandalizada.*) Aquí el señor don Fábio?

[Va á colocarse al fondo de la derecha, despues de haber dejado el candelero encima de la mesa.]

Fáb. [*A Simplicia con calor.*] Su aya de V. dice que ya está fuera. Veo que V. trataba de urdirme nuevos engaños.

Simp. Fábio! Fábio! Las apariencias me acusan, i con todo protesto i juro que ni lo conozco, ni sé quien es.

Luc. [*Aparte.*] Vamos; ya veo que me toca á mí componer estos enredos.

Fáb. Pero este hombre.... es preciso que por alguien haya venido [*volviéndose á doña Ursula.*] ¿Será acaso por esta señora?

Doña Urs. Ah vírjen santísima! Yo que he criado once hijos, seis de los cuales eran frutos de mis entrañas!... Señor don Fábio, es verdad que él estaba en mi cuarto.... pero mi honestidad, mi

recato... ah, sí, me ponen al abrigo de la maledicencia i de las fatales apariencias.

Luc. (*Interrumpiendo à doña Ursula.*)
Simplicia, yo creo que vale mas decirlo todo.

Simp. (*Sorprendida.*) Cómo?

Luc. Sí; es lo mejor.

Fáb. Ea pues, habla.

Doña Urs. Sí, sí, diga V. la verdad; porque de poco tiempo á esta parte voi yo i vuelvo como palillo de barquillero; i por cierto que este papel no es correspondiente á mi carácter i á mi opinion sin tacha; no, señor....

Fáb. (*A Lucinda acercándose á ella.*) Explícate.

Luc. Pues bien, debes saber que aquí ha entrado un jóven.

Fáb. [*En aire de triunfo.*] Ah! Ah! Ya V. lo ve!...

Doña Urs. (*Con importancia.*) Ahí está la

verdad.... la pura verdad.

Simp. (Aparte.) ¡Qué va á hacer esta muchacha?

Luc. ¡Este jóven es el novio de Simplicia.

(Hace al mismo tiempo señales de intelijencia á Simplicia, que ésta sola debe ver, aunque de pronto hace como que no las entiende.)

Fáb. (Con viveza i pesar.) Su novio!...

Doña Urs. [Aparte.] ¡Yo pobre de mí que lo he hostigado tanto!...

Simp. Qué es lo que dices?

Luc. Don Macario había salido; Simplicia recibió á este caballero, el cual conoció bien pronto que no había gustado. Se lo dijo con frescura á Simplicia, proponiéndola que desbarataría todo convenio con don Macario. Ah caballero! le dijo Simplicia revistiéndose de firmeza [*ella la imita*], parece que V. ha leído mi corazón; este es de otro, lo posee el hermano de mi mejor amiga... No es verdad, Simplicia?

Fáb. [Con viveza.] Será posible?

Simp. (Medio cortada.) Yo no se qué....
responder....

Fáb. (Con alegría.) Ah Simplicia! Simplicia! no tema V. decírmelo....

Doña Urs. Mas todo esto no da razon del pájaro enjaulado.

Fáb. Tampoco yo quedo satisfecho.

Sim. [Aparte] A mí me sucede lo mismo.

Luc. (A Fábio.) En aquel momento se oyó la voz de don Macario; i para que no se creyese que habia habido alguna intelijencia maliciosa con el citado jóven, lo oculté esperando ocasion de hacerlo salir sin ser visto. I sabiendo Simplicia que eres tan celoso, no te lo ha querido decir.... No hai cosa mas sencilla ni mas natural. ¿No opinas tú del mismo modo?

Doña Urs. (Aparte.) Como yo no entiendo el hebreo, será mejor que me vaya.

[Sale por la puerta de la izquierda.]

ESCENA XVIII.

SIMPLICIA, FABIO i LUCINDA.

Fáb. (A Simplicia con tono suplicatorio.)

Ah querida! Yo estoi abochornado, confundido. No se encruelezca V. conmigo.... V. no responde? Me perdona V., Simplicia?

Simp. (Bajando los ojos.) Todos debemos ser indulgentes.*Fáb.* Ya se acabaron para mí las sospechas! Jamás, jamás volveré á tenerlas. [*Aparte*] Con qué facilidad se engañan los hombres!*Sim. (A Luc.)* Lucinda... cuando él sepa...*Luc.* No te apures.

ESCENA XIX.

LUCINDA, DOÑA URSULA, SIMPLICIA i FABIO.

Doña Urs. (Entra por la izquierda, i se di-

rije misteriosamente á Simplicia.) Señorita! señorita! Ha vuelto el otro, i dice que quiere hablar con el amo.... su novio de V.

Simp. Oh cielo!

Luc. (Aparte.) Se ve que es hombre de palabra.

[Doña Ursula se retira misteriosamente ácia el fondo.]

Fáb. Hai todavía otro enredo?

Luc. (A Simplicia.) Vuelve pronto.

Simp. [A Fábio azorada.] Fábio! Fábio! Si V. me ama aunque V. vea, i aunque V. oiga, no me acuse sin oirme antes, i créame V. digna siempre de su cariño.

Luc. (Cojiéndola por la mano.) Vamos pues.

[Salen rápidamente por la segunda puerta de la izquierda.]

Fáb. [Asombrado.] Qué novedad es esta?

Doña Urs. [A don Fábio.] Caballero, espero que V. no me tomará por lo que

no soi, i que hará justicia á mi recato.

[Va á la primera puerta de la izquierda.]

Pase V. adelante, caballero.

[Sale por la misma.]

ESCENA XX.

FABIO é INOCENCIO.

Fáb. (Solo.) Qué significa esa fuga precipitada? Nuevas maquinaciones?... Qué diablo anda por esta casa?

(Va á salir i se encuentra frente por frente con Inocencio.)

Inoc. [Entra atolondradamente i sin reparar en Fáb.] Señor de Tordesillas, tengo el honor de....

Fáb. Inocencio!

Inoc. (Asombrado.) Fábio!... Cómo te hallas tú aquí?

Fáb. I tú? Pues qué, tambien conoces al señor de Tordesillas?

Inoc. Lo mismo que al rei que rabió. I tú!

Fáb. Yo? Sí por cierto.

Inoc. [*Con alegría.*] Tú no me lo habias dicho. Pues si es á su hija á la que yo estoi destinado.

Fáb. (*Con regocijo.*) Cómo? Era esta la boda proyectada?

Inoc. Sí.

Fáb. Ah, ya entiendo.... Tú vienes á ver al señor de Tordesillas, para decirle que rehusas la mano de su hija?

Inoc. Así es; pero cómo lo sabes?

Fáb. (*Inundado de gozo.*) Ah amigo mio! Soi el mas feliz de los mortales, porque esa señorita, á la cual tú renunciás, es precisamente la que yo amo.

Inoc. (*riéndose.*) Bravo! Con que somos rivales! Acabo de llegar á esta populosa ciudad, i ya me encuentro con... Ah! bravo! bravísimo! Tendré que reir para sesenta años. Ah! ah! ah!

Fáb. Qué caso tan peregrino.

Inoc. (Con alegría.) Pero tú no sabes por qué he vuelto á ver á mi Diosa esta noche? Tengo el corazon en un estado volcanizado; el Etna i el Vesubio son dos miserables linternas en comparacion de.... Así, pues, yo vengo á cortar el nudo gordiano; vengo á decir al padre: "V. quiere darme su hija? pues yo estoi enamorado de otra; vea V. si así puede convenirle." Este hombre, es claro me arrojará de su casa con cajas destempladas, i es lo que debe hacer. Yo soi feliz, tú eres feliz! Yo me caso *(se para á observar la sala con atencion.)* Oh!... aguarda que yo me oriente un poco.... me parece.... Ah!... esto es brujería... yo estoi aturdido.... esta sala....

Fáb. Qué es eso?

Inoc. Pero aunque me lleve Satanás, sí, yo he estado aquí esta noche; mas cómo puede ser? Si donde yo estuve fué en la calle de la Amargura, número 57, i

ésta es la calle de la Lamparilla? Se ha divertido algun mago en hacer esta transformacion?

Fáb. [*Con alegría.*] No, Inocencio, no estás equivocado. Esta casa tiene dos salidas.... Tú has venido aquí esta noche, i te han escondido allá....

[Señala al aposento de la derecha.]

Inoc. Es verdad.

Fáb. Despues de tu entrevista con la señorita Tordesillas, en la cual le has dicho que no te querías casar con ella....

Inoc. (*Medio cantando.*) Tú te embrollas, tú te embrollas, tú te embrollas!.... No es eso, amigo mio. En primer lugar que yo jamas he visto á esa señorita.

Fáb. Cómo? Si es ella la que te ha recibido.

Inoc. (*Admirado.*) Qué dices? Ella? Aquí? Ah! tú te chanceas.

Fáb. Reconoces tú ese cuarto? [*Va á a.*

brir la puerta de dicho cuarto en el que estuvo encerrado.]

Inoc. Ah, sí, i como que lo reconozco. I tambien ese cuadro (*mira el cuadro de la vista del puerto de la Habana*) del cual tengo yo una copia en mi cafetal. Pero todo esto es fantástico. Se parece á uno de los cuentos de las *mil i una noches*. Yo enamoraba á la misma que me estaba destinada; yo me he desbancado á mí mismo, i ella era su propia rival. [*riéndose*] Ah! ah! ah! Cuando el acaso quiere dar chascos, los da bien crueles.

Fáb. I ella te dijo que te amaba?

Inoc. I como que me lo dijo. De un modo bien terminante.

Fáb. (*Con ira.*) Luego me ha engañado.

Inoc. Yo no te entiendo.

Fáb. (*Con viveza.*) Sí; aquella con quien tú bailaste, cuyos pasos le has seguido.... es ella! es Simplicia!

Inoc. Simplicia se llama? Vaya un nom-

bre precioso. Yo prometo hacerla feliz.

Fáb. En el mismo instante en que me juraba.... qué traicion! (*mudando de tono.*) Pero.... ella habia ecsijido de ti que renunciases á su mano....

Inoc. (*Con calor.*) Ah sí, es verdad!... todo lo demas ha sido una estratajema.

Fáb. (*Con alegría.*) Si fuera cierto!...

Inoc. Pero si ella ha prometido aceptar mi mano.... si yo renunciaba á la suya.... ó yo soi un tonto.... ó ya no me puedo casar, porque este acto no es regular que lo celebre solo. ¿Habráse visto jamás tal embrollo? Lo que yo observo es que se burlan de mí como si fuera un chino.

Fáb. (*Con formalidad.*) No, amigo mio, no; si ella te ha ocultado su nombre, fué porque temia que yo llegase á saber la verdad; yo soi mas bien el engañado!...

Inoc. [*Con viveza.*] Oh que no!

Fáb. (*Con viveza.*) Oh que sí!

Inoc. [*Con viveza.*] Te digo que soi yo.... piénsalo bien, i verás que yo tengo razon.... este es un tejido de lances equívocos; pero tú estás debajo de techado, i yo á la inclemencia.

Fáb. Repito i sostengo que el burlado soi yo.

Inoc. (*Con ira i esfuerzo.*) Tú quieres volverme loco; que me traigan al señor Tordesillas; él solo podrá darnos la clave de esta intriga sin salida. Yo me pierdo, no sé lo que me pasa, yo reviento; Uf!... veme á buscar al padre.... que me traigan el padre; yo lo deslindaré todo con el padre.

ESCENA XXI.

INOCENCIO, DON MACARIO i FABIO.

D. Mac. (*Entra por la puerta segunda de*

la izquierda, que es su cuarto.) Qué bu-
lla es esta?

Fáb. Señor don Macario?

Inoc. Señor don Macario, V. llega oportu-
namente. Plante V. el ramo de olivo
entre dos rivales que adoran á su hija
de V.

D. Mac. Cómo es eso? Hola señor don Fá-
bio! Ya yo me lo maliciaba....

[Don Macario examina atentamente á Inocen-
cio, i aparenta gran sorpresa de lo que le
dice una persona que él no conoce.]

Inoc. Sí, dos rivales que ella ama, ó por
mejor decir, que ella no ama.... ó mas
bien, de quienes ella se burla.... porque
yo la he visto á esa señorita Simplicia
tan seductora, aunque en maldita la cosa
se le parece á V.... Ella ha aceptado
mi corazon por la calle de la Amargura;
(*indicando à Fábio*) i el de este caballe-
ro por la calle de la Lamparilla.... Vea
V. pues, cual es nuestra posicion....

Nuestra pasion es á medias.... [*se vuelve à don Macario que habia quedado estasiado.*] Salga V. de su embelesamiento. Yo soi Inocencio Villa.

D. Mac. [*Esclama con ímpetu.*] Cómo? Tú eres el hijo de mi amigo Villa? Tú mi yerno? Ven, dame un abrazo.

Inoc. (*Lo abraza con entusiasmo.*) La cosa va bien.

D. Mac. Oh que buen mozo es mi yerno! Cómo? Ya conoces á mi hija.... i ya ella te ama?... Este ha sido un golpe celestial. ¡I qué ha de hacer sino querer al esposo que le destina su padre! He aquí el grato premio que sacan los padres cuidadosos de la educacion de sus hijos. Supo esta anjelical criatura que yo llevaba gusto en este matrimonio, i en el acto se identificó con mis ideas. Oh que hija! qué hija!

Fàb. (*A don Macario.*) Pero señor don Macario!...

D. Mac. (*A Fàbio.*) Me duele en el alma, me llega al corazon tener que desairar á V.; pero es cosa prometida, negocio ajustado.... no hai remedio.... es

preciso que V. se consuele.... no le faltarán dulces compañeras, dignas de poseer un caballero de tan sobresalientes cualidades. (*A Inocencio*) ¡Pero en dónde la has visto?

Inoc. Aquí, esta noche misma. Este mi amigo tiene asimismo razones excelentes para creer.... de modo que.... él.... i yo.... los dos hemos venido aquí.... i no sabemos mas... i vea V. por qué queremos tomar parecer de V....

D. Mac. Yo no entiendo estos misteriosos conceptos.

Inoc. Ya somos, pues, tres que no entendemos nada, i que no sabemos lo que nos sucede.

Fáb. Pero si ella te ama, para qué mas?

D. Mac. Simplicia! Simplicia! ven acá hija mia.

[Abre la puerta de su aposento, sale Simplicia, la coje por la mano, i viene detras de ella doña Ursula.]

Fáb. (*Aparte.*) Ella es, reportémonos.

ESCENA XXII.

DOÑA URSULA, SIMPLICIA, DON
MACARIO, INOCENCIO i FABIO.

D. Mac. Ven acá, hija mia, qué felicidad!
Tú lo amabas?

Inoc. (*Lanzando un grito de admiracion.*)
¿Cómo?

Simp. [*Con timidez.*] Papá....

Fáb. (*A Simplicia con despecho.*) Sí, seño-
rita, V. lo ha dicho.

Inoc. Qué catástrofe me amenaza! (*con fu-
ria*) Señor don Macario; esta señorita
no es hija de V.

Doña Urs. [*Aparte.*] Virgen santa! Ya yo
me lo recelaba.

D. Mac. Esta si que es buena.

Inoc. Yo no conozco á esta señorita sino
para servirla.

Fáb. (*Con alegría.*) ¿Es posible?

Simp. Yo jamás he visto á ese caballero.

Inoc. [*Mui animado.*] Pero dónde está
ese ángel, esa mujer, ese espíritu fan-
tasmagórico que me abandona en medio

de tan intrincado logogrifo, habiéndome ofrecido presentarse tan pronto como yo hubiera desistido de mis pretensiones sobre la mano de la hija de don Macario?

Sim. [*Con timidez*]. Será tal vez porque todavía no ha llegado el caso de que V. haya renunciado formalmente á este himeneo....

Inoc. (*Muy ajitado i buscando por todas partes con los ojos*). Ah, sí, es verdad! Pues bien, señorita, disimule V. mi descortesía; yo lo renuncio cuatro veces.... diez veces... ochenta.

Fáb. (*Cojiéndole la mano*). Amigo mio!

Inoc. [*Siempre ajitado i rechazándolo*]. Sí, sí, tú me darás las gracias en otra ocasión; pero dónde está mi tormento? Cual es mi encantadora deidad?

ESCENA XXIII.

Doña URSULA, SIMPLICIA, D. MACARIO, LUCINDA, INOCENCIO i FABIO.

[Lucinda viene con mucha calma por la segunda puerta de la izquierda, á tiempo que Inocencio estaba rechazando la mano de su amigo, i se coloca en medio del foro.]

Luc. (Con bizarría.) Aquí estoi yo!...

Inoc. Esta es!... Ya la cojí.... Cerrad las puertas que no se me escape.

[Va con viveza á cerrar la puerta que Lucinda habia dejado entreabierta.]

D. Mac. Cómo?

Fáb. Mi hermana?....

Inoc. (Colocándose entre don Macario i Lucinda.) Tu hermana? Tú eres su hermano? Hombre disimulado!

Fáb. Par diez! Quién habia de poner de manifiesto las solteras á quien sabe enamorar aun las que están ocultas con esquisitas precauciones?

Inoc. (A *Luc.* con pasión.) Ah señorita!

D. Mac. Pero yo todavía no entiendo una jota.

Doña Urs. ¡Yo tampoco,

Inoc. Ni yo; ya somos cuatro.

Luc. ¡De qué se admiran ustedes?

Fáb. Dime, cómo has conocido tú á Inocencio?

Luc. El señor tuvo la bondad de sacarme á bailar en el Tivoli.

Fáb. (Cayendo en la cuenta.) En el Tivoli? Ah! Ah!.. (El ha! debe ser sostenido.)

Luc. ¡Esta mañana me dijiste tú su nombre. Ya todo está explicado.

Simp. Ya lo voi entendiendo.

Inoc. ¡La carta?

Luc. Salió del pabellon.

Inoc. Ya me voi desencantando.

Fáb. ¡La modista?

Luc. Era Simplicia.

D. Mac.

Fáb..... } Ya está descifrado el enigma.

Inoc....., }

Doña Urs. ¡La cita aquí con este caballero?

Simp. Eso lo diré yo: Inocencio ¡yo nunca nos habíamos visto. Lucinda conocia bien que no podíamos amarnos, ¡ha

sabido sacar partido de estas circunstancias; ella fué la que dirigió con tanta maestría este plan complicado, que pone bien en claro su delicado ingenio.

LUCINDA.

Si he sabido manejar la intriga
 Con tino i favorable resultado,
 Si la dicha he formado de una amiga
 I de un hermano que tanto ha suspirado,
 Discúlpense mis tretas; i mi amor
 Os merezca indulgencia i no rigor.

D. MACARIO.

¿Quién que conozca lo que es una pasión
 Osará subyugarla con fiereza?
 Yo no. Sed felices en tan dulce union,
 Se convirtió en blandura mi dureza.

Da la mano, hija mia, al fino amante
 A quien te ha señalado tu destino;
 Yo os bendigo, i deseo que constante
 Os sea el hado cariñoso i fino.

[Se dan las manos.]

FABIO.

Recibo con placer tu blanca mano
 I en su cámbio mi vida i corazón
 Pongo á tus pies bien mio soberano,
 Juro que será eterna mi pasión.

[Volviéndose á Lucinda.]

A la autora de mi dicha sin igual
Justo será que yo premie dignamente,
Concediéndola el hombre que leal
Sabrá amarla i servirla firmemente.

[Hace que se den las manos Lucinda é Inocencio.]

[Volviéndose á doña Ursula.]

I tú, honor i gloria de las dueñas,
No temas los ataques alevosos,
Pues los hombres al verte, en duras peñas
Se convertirán, ó en fieros osos.

Tus canas, tus arrugas i tus asmas
Serán preservativos escelentes;
Para salvarte no opongas otras armas
Sino tu peluca i tus podridos dientes.

D. MACARIO.

Viva el fecundo ingenio de Lucinda,
Honor del seco i de virtud dechado,
Tú podrías, sino fueras tan linda,
Dirijir los negocios de un Estado.

F I N.

FILOSOFIA.



LOS SIETE SABIOS DE GRECIA.

Los antiguos griegos llamaron á los amantes de la sabiduría ó versados en las ciencias, *sofistas* ó *sofos*, que quiere decir sabios; pero como este dictado pareciese demasiado arrogante i altivo al divino Sócrates, porque en estrecho rigor no puede aplicarse á ningun mortal, se adoptó la modesta palabra *filósofos*, que espresa la verdadera cualidad del hombre que cultivaba las ciencias, i trabaja por adquirir la sabiduría.

Hubo sin embargo siete individuos que

retuvieron el nombre antiguo de *sabios*, fueron Solon, Chilon, Cleóbulo, Thales, Bias, Pitaco i Periandro.

Varios són los escritores que han tratado de las doctrinas i sentencias de estos hombres célebres de la antigüedad, i señaladamente Aristóteles, Plutarco, Diógenes Laercio, Ausonio Galo, Erasmo, Felipe Beroaldo, Rafael Volaterano i San Agustin, de los cuales extractaremos la parte mas curiosa que tiene relacion con dichos sabios.

Sólon nació en Salamina, ciudad de Atenas. A la nobleza de su cuna reunia conocimientos mui estensos, una rara prudencia i un valor sin igual, cuyas virtudes practicó con sumo brillo obteniendo señaladas victorias sobre los megarenses, influyendo poderosamente con sus consejos en los tratados de paz de la república, i ejerciendo tal autoridad sobre sus ciudadanos, que fué el moderador de las

severas leyes de Dracon. Fundó en Aténas el famoso Areópago, i fué el competidor del tirano Pisistrato, habiéndose negado á admitir la soberania, i á reconocerla en este furioso rival, cuando la hubo usurpado, diciendo "que la tiranía era deleitable aposento, pero que no tenia salida."

Habiéndose desterrado voluntariamente de su patria, estuvo peregrinando por Egipto i por otros paises por el espacio de diez años, al cabo de los cuales pasó á la córte del opulento Creso, rei de Lidia. Quiso este soberano probar la sabiduría del filósofo griego, i al efecto se le presentó en su trono con todo el aparato de lujo i ostentacion, preguntándole si habia visto jamás un espectáculo mas hermoso i mas bien ordenado. Solon contestó con la libertad que le era característica, "que los pavos, los gallos i los capones le parecian mas hermosos, porque su hermosura era natural."

Habiéndole preguntado si habia visto otro hombre mas rico i mas feliz que aquel monarca, respondió que le llevaba ventaja un paisano suyo llamado Tello, que habia sido mui virtuoso, había tenido hijos i nietos, igualmente bondadosos, habia vivido muchos años para gozar de la pureza é intensidad de estos placeres, i que habia muerto por la libertad de su patria.

Disgustado Creso por las desabridas contestaciones de Solon, le manifestó su extrañeza, á lo cual le replicó aquel filósofo, "que eran tales las mudanzas que inesperadamente ocurrían aun en los hombres que al parecer tenían vinculada la fortuna, que no sabía á quien pudiera darse con propiedad el título de dichoso; que quien se presenta hoi como objeto de envidia, puede mui bien ser convertido mañana en objeto de compasion. No fué del agrado de Creso este severo lenguaje; fué Solon despedido de su córte; pero á poco

tiempo se apoderó Ciro de Persia del reino de Lidia i de la persona de Creso, quien al tiempo de ser conducido á ser quemado en una hoguera, á cuya horrible pena habia sido condenado, no cesaba de esclamar;” Ah Solon, Solon!

Ciro, que se hallaba accidentalmente mui inmediato al sitio de la ejecucion de aquel suplicio, entró en curiosidad de saber el sentido de aquellas exclamaciones; i habiéndole referido el rei de Lidia lo ocurrido con Solon en tiempo de sus mayores prosperidades, quedó tan conmovido con aquel suceso, que temiendo que por otra variacion de la caprichosa fortuna pudiera llegar el caso de verse en la miserable posicion del vencido monarca, mandó que fuera puesto en libertad, i lo trató con todas las consideraciones debidas á su elevado rango.

Desde la córte de Creso pasó Solon á la isla de Rodas, en donde murió á los o-

chenta años de edad, habiendo dejado encargado que su cuerpo fuera quemado, i sus cenizas derramadas por la isla de Salamina, porque como le hubiesen prometido los atenienses que guardarían las leyes que les había dado hasta que volviese de sus viajes, quería que ni sus cenizas fuesen llevadas á Atenas, para que no se creyesen relevados de su juramento. He aquí las principales máximas de este gran filósofo.”

Honra á Dios.

Socorre al prójimo i al amigo.

Defiende la virtud.

Obedece á las leyes.

Refrena la ira.

Reverencia á tus mayores.

No jures ni seas envidioso.

Sé tardo en contraer amistades, i constante con las que hubieres formado.

Cásate con igual, porque lo desigual nunca se une bien.

Al amigo que alabares en público, re-
préndelo en secreto.

Aprende á gobernarte á ti mismo, antes
que á gobernar á los demas.

Huye la compañía de los malos.

Alaba i sigue la virtud.

Decia tambien este filósofo que las le-
yes eran como las telas de las arañas, que
prendian á las moscas i á los animales fla-
cos; pero que los fuertes las quebrantaban.

Chilon, hijo de Amarato, nació en
Lacedemonia, en donde por su eminente
saber llegó á ser Eforo, oficio público
mui parecido al de los tribunos, i de suma
confianza. Se distinguió por su laconismo
en el hablar, de modo que al lenguaje
conciso lo llamó Aristágoras *estilo chilo-
niano*. Murió de edad mui avanzada del
placer que le causó la vista de un hijo
suyo que venia victorioso de los juegos
olímpicos, i le fué hecho un entierro so-
lemnísimo.

Entre las varias sentencias que nos dejó consignadas este filósofo, sobresalen las siguientes:

Conócete á ti mismo.

Acuérdate siempre de tu muerte, i tendrás cuidado de tu salud.

Honra los viejos.

No maldigas ni murmures de los muertos.

Escoje antes daño que torpe ganancia.

El esforzado debe ser manso para que sea mas bien honrado que temido.

El oro se prueba en la piedra, i el hombre en el oro.

El que dice lo que quiere, oye lo que no querría.

Preguntado por Esopo qué era lo que hacia Dios, contestó: "Ensalzar los humildes, i abajar los soberbios.

—Qué cosa era la mas dificultosa de hacer?—Callar el secreto, repartir bien el tiempo, i perdonar las injurias.

Decía también de sí mismo, que quería vivir de tal manera, que ni lo menospreciasen los mayores, ni lo temiesen los inferiores.

Cleóbulo fué natural de Lindo en la isla de Rodas, i según otros de Carra, ciudad de Aconia, provincia de la Grecia; su padre se llamó Evágoras. Se distinguió no tan solo por su sublime sabiduría, sino también por la hermosura i gallardía de su cuerpo i por sus fuerzas hercúleas. Llevado del deseo de estender sus conocimientos pasó á Egipto, en donde vivió muchos años dedicado á los estudios que tanto florecían en aquel reino.

Tuvo una hija llamada Cleobolina, muy aficionada á la poesía i á los logogrifos i adivinanzas: suya es aquella que comúnmente se dice, "de un padre que tiene doce hijos, i cada hija treinta hermosas nietas, la mitad blancas, la mitad prietas, i son inmortales i mueren todas," que quie-

re decir el año, los doce meses i los dias i noches de ellos.

A su regreso de Ejipto fué Cleóbulo considerado como un jenio portentoso, i sus dichos se respetaron como modelos de sabiduría.

Una de las mácsimas que mas le fueron celebradas fué la de que el medio es lo mas bueno, *mediocritas optimum*, es decir, que todos los extremos son viciosos: esta mácsima lo fué tambien de Bias, quien la espresó por el *Ne quid nimis*; i fué mui elojiada por Aristóteles, Horacio, Hesiodo, Graseno, Platon, Terencio, Plauto i otros hombres célebres.

Se atribuyen asimismo á Cleóbulo las siguientes sentencias:

No debe el hombre dar lugar á ser reprendido por los amigos, guardándose al mismo tiempo de las asechanzas de sus enemigos.

Antes que salgas de casa debes pensar

lo que has de hacer fuera, i á tu regreso debes ecsaminar lo que hiciste.

Todo hombre debe casarse con su igual, porque quien trate de elevarse por este medio, encontrará tantos amos ó señores en sus deudos.

Debes perdonar á otros, i nunca perdonarte tus propios yerros.

Cuanta mas libertad tuvieres, menos debes usar de ella.

No te ensorberbezcas con la próspera fortuna, ni desconfies en la adversa.

Amaéstrate á sufrir esforzadamente las mudanzas de fortuna.

Debes proponerte el honor i la virtud por base de tus acciones, i evitar la vanidad i la ingratitude.

El hombre debe manifestar mas deseos de oir que de hablar.

Ni adules ni regañes á tu mujer en presencia de otras jentes: lo primero es mentecatez, lo segundo locura.

Cleóbulo vivió setenta años, sembrando de continuo las semillas de su vasta erudición, á las cuales debió el distinguido lugar que ocupa.

Thales, llamado Milesio porque fué natural de Mileto, debió ocupar el primer lugar entre los siete sabios, no solo por su estremada sabiduría en jeometría, astrolojía i filosofía natural, sino tambien porque segun nos lo ha trasmitido la historia, sus seis compañeros le debieron el pomposo título con que fueron caracterizados; lo cual nos lo refieren San Ausonio i Calímaco del modo siguiente:

Habiendo ciertos jóvenes comprado á unos pescadores de Mileto al tiempo de tirar sus redes, por un ajuste alzado, todo lo que sacasen en aquella suerte, como se hace con frecuencia aun en nuestros dias, ocurrió que dichos pescadores sacaron con sus redes una mesa de oro de escelente hechura; los pescadores se negaban á en-

regar esta rica presa, alegando que esto no era pescado, del cual se habia tratado tan solo en el ajuste, i los jóvenes sostenian que cuanto hubiere salido con las redes debiera ser de ellos.

No pudiendo avenirse las partes, resolvieron someter este pleito al arbitrio del oráculo de Delfos, el cual pronunció que la mesa de oro debia darse al hombre mas sabio de la Grecia. En el acto se pusieron todos de acuerdo para enviarla á Thales, porque en su concepto era quien la merecia. Thales fué tan modesto i comedido que la rehusó, confesando que era debida de justicia á otro de dichos siete sabios, i con iguales protestas fué pasando por la mano de todos, hasta que llegó por segunda vez á Thales, quien la envió al templo de Delfos.

Decia este filósofo que los sabios podian ser ricos cuando quisiesen, i para acreditar esta verdad, como conociese por

sus cálculos astronómicos que en el año siguiente se habia de desgraciar la cosecha del aceite, compró á su tiempo mucha aceituna i duplicó su capital; [1] é hizo otros experimentos fundados en su ciencia astrológica con igual fortuna en sus resultados, con los que llegó á deslumbrar á muchos. Se cuenta sin embargo que una vieja ajó su orgullo científico, porque como hubiera salido un dia de su casa á contemplar las estrellas, por mirar para arriba cayó en un grande hoyo, i dando voces para que lo sacasen de él, exclamó la

[1] Si Thales no pudiese alegar otros títulos á la sabiduría que su astrología, merecería mas bien ser calificado de charlatan. Debemos convenir en que dichos sabios obtuvieron tal dictado, no tanto por la solidez i prodijiosa estension de su ciencia, como porque supieron sacar partido de las preocupaciones i errores de aquella época, habiendo adquirido mayores luces que la muchedumbre.

vieja: "Díme, Thales, ¿cómo presumes tú saber lo que pasa en el cielo, cuando no aciertas á ver lo que tienes á tus piés?"

Sea como quiera, Thales fué tenido por sapientísimo. He aquí algunas de sus sentencias.

No salgas fiador por nadie si no quieres tener motivos de arrepentimiento.

Para vivir los hombres virtuosamente, sería buena regla que nadie hiciese lo que halla en otros digno de censura.

No hai cosa mas difícil que conocerse á sí mismo.

Ni mas fácil que conocer los defectos ajenos.

Es muy raro que un tirano llegue á edad avanzada.

Daba gracias á Dios por tres cosas: la primera, por haberlo hecho hombre i no bestia; la segunda, varon i no hembra; i la tercera, griego i no bárbaro.

Algunas otras máximas que se le atri-

buyen, lo fueron tambien de Chilon i Cleóbulo, como "*conócete á ti mismo; todos los extremos son viciosos, ect.*

Bias fué natural de la ciudad marítima de Prieneo en la provincia de la Jonia, é hijo de *Tentamo*. Sobresalió en la elocuencia que ejercitó con aplauso en los comicios populares i en el foro; i se distinguió por sus superiores conocimientos en varias ciencias, i aun mas por su acrisolada virtud, desinterés i desprecio de honores i riquezas, habiendo llegado á tal grado esta su abnegacion, que al entrar en cierta ocasion los enemigos en su patria, todos pusieron en salvo cuanto pudieron; de lo cual se mofaba este filósofo, que no habia querido cojer nada consigo, diciendo que él llevaba encima toda su hacienda, aludiendo á su ciencia i saber, únicas riquezas que él consideraba como verdaderas.

He aquí algunos de sus dichos mas dis-

cretos. Decia que no queria ser árbitro ni juez entre dos amigos, porque cualesquiera que fuera su decision, habia de perder uno de ellos; no así con los enemigos, en cuyo caso se puede contar con el reconocimiento i amistad del favorecido en el fallo.

Habiéndole preguntado un hombre de mala conducta qué cosa era la piedad i religion, guardó silencio; se ofendió el preguntante, i habiéndole ecsijido la causa de no haberle dado contestacion, dijo: "porque me propones una cuestion en la que tú no puedes tener parte alguna."

Navegaba en cierta ocasion con muy mala jente, i habiendo sobrevenido una gran tempestad, todos elevaban sus voces á los Dioses pidiendo misericordia; se volvió entonces á ellos con mucha gravedad i les dijo: "Callen ustedes, porque vale mas que los Dioses ignoren que están ustedes por acá."

Otra de las sentencias que mas se ce-

lebran en este sabio fueron las siguientes:

Los malos son mas que los buenos.

Todo lo bueno que hicieses lo debes atribuir á Dios.

Aquel es rico que no codicia nada.

Todo avariento es pobre.

Aquel es bueno á quien no acusa su conciencia.

El mayor daño i peligro que puede venir á un hombre, es de otro hombre.

La dote mas rica de la mujer es la bondad i honestidad.

El ejercicio en un empleo ú oficio público descubre quién es el hombre, porque hai algunos con opinion de buenos, que puestos en cargo ó mando, ponen en claro su maldad encubierta, i acreditan que fué usurpada su reputacion.

El hombre debe amar i tratar á su amigo como si lo hubiese de perder ó aborrecer; i al enemigo como si hubiera de ser su amigo.

Bias tuvo la muerte del justo, i su patria, agradecida á sus virtudes, honró sobremanera su memoria.

Pitaco, natural de Mitilene, ciudad illustre en la isla de Lesbos, é hijo de un tal Hircadio, fué hombre de gran prudencia i valor, i tan amante de la libertad de su patria, que arrojó de ella por la fuerza de las armas á Meleagro, que se habia hecho tirano de ella. Fué nombrado capitán jeneral en la guerra contra los Atenienses, i habiendo convenido con Phrimones, jeneral de los contrarios, dirimir sus discordias en un desafío personal, mató á su adversario, se le adjudicó el triunfo de la victoria, i le fué cedido el terreno que habia sido la causa de dicha guerra.

Esta hazaña le valió el gobierno de su pais que mantuvo en su mano por el espacio de diez años, pasados los cuales, i despues de haber planteado las mejores leyes en aquella república, renunció el

mando, i vivió otros diez años admirado i respetado por todos sus conciudadanos, hasta la edad de 70 en que murió. Sus principales sentencias fueron las siguientes:

Conoce la ocasion i aprovéchate de la oportunidad.

No hai cosa mas oscura que el porvenir.

Ni mas fiel que la tierra.

Ni mas falsa que la mar.

Es de varon prudente preveer los desastres que pueden sobrevenir, i precaverse de ellos.

Es de valor esforzado sufrir con paciencia los reveses.

El que no sabe callar, no sabe hablar.

Cuando te vieres en la prosperidad, procura granjearte muchos amigos, i en la adversidad, no los pongas á prueba á todos ellos.

Lo que pensares hacer no lo publiques, para que no se rian de ti si por casuali-

dad sufren tus planes algun tropiezo.

Cual fueres con tus padres, debes esperar que sean tus hijos contigo.

Se refiere asimismo de este sabio, que fué tan templado é indiferente á las riquezas, que habiéndole enviado el rei Creso de Lidia, un gran regalo en metálico, no lo quiso recibir, habiéndole contestado que no tenia necesidad de su oro, pues él tenia doble de lo que deseaba, aludiendo á la parte de herencia que habia recaido en su favor por muerte de un hermano suyo.

Periandro, á quien se da comunmente el sétimo lugar entre los siete sabios, no debiera en opinion de algunos críticos ser incluido en este número; no por que le faltase sabiduría é ingenio, sino porque fué tirano de Corinto, del mismo modo que lo habia sido su padre Cipsilo, por lo cual creen no pocos que el verdadero sabio no fué este rei ó tirano, sino otro Pe-

riandro; pero como no se presentan suficientes razones para ilustrar esta cuestion, no podemos conformarnos con dicha discordancia, porque solo sobre este Periandro encontramos testimonios de competente autoridad.

Como hombre que tenia tiranizada su patria, vivia cercado de armas i guerreros, i se señaló todavía mas por sus empresas militares que por las científicas, habiéndose acreditado mas bien de soldado valiente que de filósofo virtuoso; pero en medio de estos defectos descolló tambien por su discrecion, sagacidad é instruccion. Sus mas agudas sentencias fueron las siguientes:

Hai tanto peligro en dejar la tiranía voluntariamente como por la fuerza.

El todo i lo principal en los negocios es pensarlos primero; es decir, que solo debe ser tenido por hombre hábil para la ejecucion, aquel que piensa bien las cosas antes de empezarlas.

La virtud es eterna.

Los deleites mortales son de poca duracion.

En tu prosperidad usa de templanza i modestia, i en la adversidad de prudencia.

Obra de manera que vivo te alaben, i muerto te juzguen por bienaventurado.

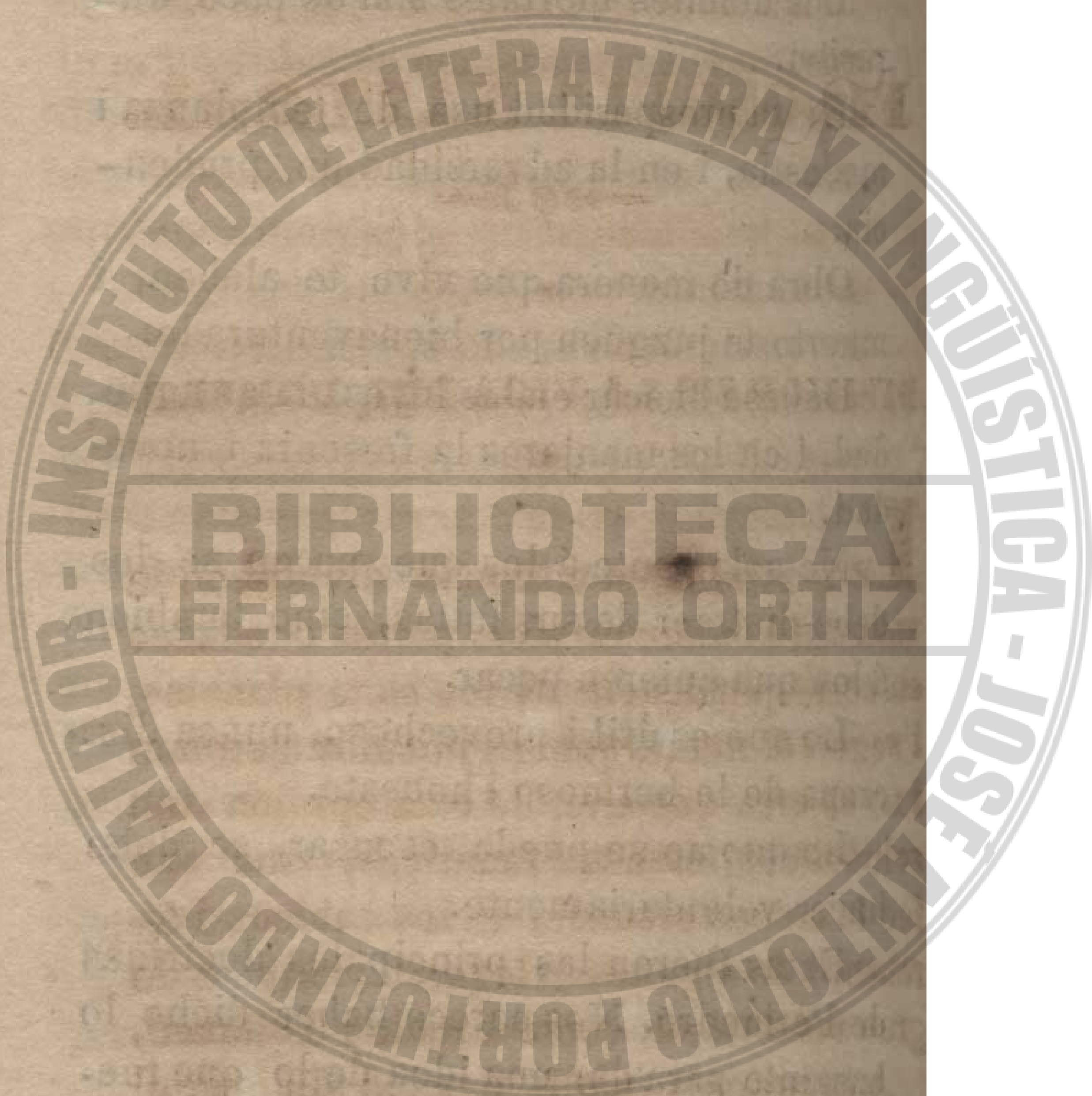
Débese buscar en las leyes la antigüedad, i en los manjares la frescura i novedad.

No solamente á los que pecan se les debe distraer de sus faltas, sino tambien á los que quieren pecar.

Lo que es útil i provechoso, nunca discrepa de lo hermoso i honesto.

Lo quo no se pueda excusar, se debe hacer voluntariamente.

Estas fueron las principales doctrinas de Periandro. Nos parece haber dicho lo bastante para dar una idea de lo que fueron los siete sabios de Grecia.



**BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ**

FILOSOFIA NATURAL.



DIVISION DE LA VIDA DEL HOMBRE.

Los astrólogos antiguos dividieron la vida del hombre en siete partes ó edades en correspondencia de los siete planetas, i segun el influjo que los mismos ejercian; i no se crea que eran de esta opinion tan solo los charlatanes i fanáticos, sino que fué la comun creencia de los caldeos i árabes, i de algunos griegos i latinos de gran celebridad, como Proclo i Tolomeo.

A la primera parte ó edad dieron el nombre de infancia, que duraba cuatro a-

ños, en cuyo tiempo ejercia su dominio la luna como planeta mas prócsimo á la tierra, i comunicaba su humedad, blandura i debilidad, que son las afecciones principales de dicha edad.

A la segunda época dieron el nombre de *puericia* ó niñez, dándole diez años de duracion, ó sea de los cuatro á los catorce, que es cuando principia la mocedad. El signo de esta edad pretendian que fuera Mercurio, que está en el segundo cielo, i á quien se da el atributo de flexibilidad, por cuyo influjo los que se hallan en dicha edad empiezan á mostrar su ingenio para las letras i artes, son dóciles á la enseñanza, variables en sus propósitos, inconstantes i lijeros, aunque dispuestos para todo.

A la tercera edad, que llamaban adolescencia, ó lo que es lo mismo mocedad i crecimiento, asignaban ochos años, i por planeta á Venus, de lo cual procedian los

vehementes deseos á los placeres de todas clases.

La cuarta edad la hacian durar diez i nueve años, es decir, desde los veinte i dos á los cuarenta i dos, i la llamaron juventud bajo la influencia del astro principal, que preside á todos los planetas, por cuya razon es dicha edad la flor de la vida, los sentidos i potencias han adquirido todo su vigor i lozanía, es el hombre entendido i emprendedor, tiene un fino discernimiento, es dominado por la ambicion, i trabaja con empeño por adquirir fama i honores.

La quinta edad, segun dichos autores, era de quince años, i se estendia hasta los cincuenta i seis con el nombre de edad viril ó varonil bajo la influencia de Márte, á cuyo planeta le daban los atributos de malo, peligroso i caliente, de los cuales participaban los hombres comprendidos en este período, en el cual las pasiones fo-

gosas de la juventud, i la mayor parte de los principios jenerosos se templan por un lado para tomar un carácter menos noble, cual es el de la avaricia, de la ira, de la venganza, de la envidia i del rencor.

La edad sesta, llamada vejez, que abrazaba un espacio de doce años i se estendia hasta los sesenta i ocho, era representada bajo el dominio de Júpiter, planeta ilustre, modelo de piedad, de relijion, de templanza i de virtud, porque por lo jeneral los hombres al llegar á aquella edad se despojan de sus vicios, i se dedican al ejercicio de las virtudes relijiosas i políticas.

La edad sétima i última de esta division astrolójica, conocida con el nombre de caduca ó decrépita, abraza un espacio de treinta años, es decir, desde sesenta i ocho á los noventa i ocho, i tiene por signo al planeta Saturno, que es el mas pesado i el mas alto de todos: i de aquí fué pintar

á los comprendidos en esta edad como frios, secos, tristes, melancólicos, regañones, impertinentes, flacos de memoria i de fuerzas, i aflijidos por largas i dolorosas enfermedades.

Si alguno pasa de esta edad, vuelve á tener por planeta á la luna, ó sea el signo de la infancia, porque entonces los viejos se vuelven niños en sus gustos é inclinaciones.

El gran filósofo Pitágoras hizo tan solo cuatro partes de la vida del hombre, comparándola á las cuatro estaciones, á saber: la niñez á la primavera, que es cuando todas las cosas están en su flor i en crecimiento; la mocedad al verano, que es la época del mayor calor i fuerza; la edad varonil al otoño, que representa los frutos en sazón, como que el hombre ha adquirido en aquella edad un gran fondo de experiencia i toda la madurez de su juicio; la vejez al invierno, época de la postracion

de la naturaleza, i en la cual todos son trabajos i ningun fruto.

El doctísimo Marco Varron asignó cinco términos á la vida del hombre, de quince años cada uno, llamando al primero niñez, adolescencia ó mocedad al segundo, juventud al tercero, edad viril ó seniores al cuarto i vejez al quinto, es decir, desde sesenta años para adelante.

El príncipe de la medicina, Hipócrates, dividió la edad del hombre tambien en siete partes; que fueron: la primera de siete años; la segunda de otros siete; la tercera de catorce; la cuarta de siete; la quinta tambien de siete; la sesta de catorce; i la séptima todo el resto de la vida.

Solon i San Isidoro hicieron una division mui parecida á la anterior.

Horacio está de conformidad con Pitágoras en esta parte, i describe elegantemente en su arte poética las condiciones del hombre en cada una de las cuatro eda-

des; pero apurando Aristóteles sus reglas filosóficas, no admite mas que tres edades ó tres períodos que son comunes á todo lo criado, á saber: crecimiento, estado i disminucion.

Los médicos árabes, i señaladamente Avicena, fijaron cuatro términos: el primero de treinta años, llamado adolescencia, porque toda va de crecimiento en aquella edad; el segundo de cinco, que distingue con el nombre de estado i hermosura, porque de los treinta á los treinta i cinco está el hombre en toda su perfeccion, i no ha empezado á decaer; el tercero desde treinta i cinco á sesenta, que ya es el camino de la disminucion i de la vejez; i el cuarto, desde los sesenta para adelante, que ya es vejez clara i descubierta, i edad caduca.

Aunque Galeno conviene procsimamente con estas divisiones, dice sin embargo que no pueden darse como reglas seguras

porque la variedad de complecsiones i la clase de conducta mas ó menos arreglada que se haya observado, así como otras varias causas físicas i morales, anticipan ó atrasan los términos descritos.

Servio Tulio, rei de Roma, al dividir el pueblo en cinco clases ó estados, fijó tan solo tres partes para la vida del hombre, que fueron: la primera hasta los diez i siete años; la segunda hasta los cuarenta i seis, i era la que obligaba al servicio militar; á la tercera dió el título de *seniores* que fué desde cuarenta i cinco para adelante.

No será fuera del caso hablar en este capítulo de los años climatéricos, del modo que los entendian los filósofos i astrólogos antiguos. La palabra *climatéricos* procede de la voz griega *climax*, que significa escala ó grado, para dar á entender que tales años son como pasos ó puertos dificultosos de la vida. Así como en las

enfermedades se consideran como términos ó puntos difíciles, el sétimo, noveno i catorceno dia, del mismo modo sucede en las edades, á lo menos así lo creyeron Pitágoras, Temistio, Boecio i Averrois, i otros autores, tanto por la fuerza de los números, como por la influencia i dominio de los planetas malos, especialmente de Saturno.

Marcilio Fiacinio en el libro segundo de *Triplice vita*, *Censorino* en el libro de *Dic natali*, i *Aulo Gelio* en el tercero de sus *Noches Aticas*, convienen en lo climatérico de los septenarios, reputando por imposible que dejase de ocurrir algun grave peligro, ó trance, ó alteracion en la vida, en la salud ó en la suerte del individuo. Tenian tambien por mui crítico el número tres compuesto por siete, como tres veces siete veinte i uno, i aun mas el de cuarenta i nueve por componerse de siete sietes; pero el mas misterioso i de mayor peligro

era el sesenta i tres como que se componia de tres sietes, que hacen veinte i uno, i luego de tres veinte i unos, i asimismo de nueve sietes.

Era tan firme i tan jeneral esta creencia entre los antiguos, que se figuraban haber conseguido un gran triunfo si lograban pasar de los sesenta i tres años: el mismo emperador Augusto al escribir á su sobrino Cayo, que acababa de celebrar felizmente dicho año de su nacimiento, se expresaba segun Aulo Gelio en unos términos de tanto encarecimiento i regocijo, que demuestra sobradamente la grande importancia que atribuia á dicho año climático.

Lo que tambien fortalecia esta vulgar creencia eran los repetidos ejemplos de jentes que morian en dicho año, ó que por lo menos sufrían graves enfermedades. El que superaba dicho riesgo, volvía á alarmarse cuando se aprocsimaba á los ochenta

ta i uno, porque como se compone de nueve nueves, no era menos temible que el sesenta i tres, i se observó con efecto que á dicha edad habian muerto personas muy notables como Platon, Eratóstenes, Jenocrates, Diójenes i otros muchos.

Aunque no hallamos razones convincentes para abrazar estas opiniones, que á primera vista se presentan como desbarros de entendimientos crédulos i supersticiosos, no nos atrevemos sin embargo á condenarlas absolutamente, porque así como vemos que en el hombre hai prescritos ciertos períodos para el curso de sus enfermedades, tambien para mudar los dientes, echar el bozo, cambiar la voz, i para otras operaciones que ha trazado la naturaleza, ¿no podría suceder del mismo modo que nuestro cuerpo, participando como participa de las influencias del sistema planetario, tuviera marcados ciertos períodos mas sujetos á alteraciones i á

fuertes impresiones por medios que no están á nuestro alcance? Dejamos la resolución de este problema al criterio de nuestros lectores, ya que nosotros no nos atrevemos á derribar de un golpe autoridades tan respetables.



HISTORIA.



VIDA GALANTE.

DE NINETA LENCLÓS.

Ana Lenclós, conocida mas bien con el nombre de *Ninon* ó *Nineta*, nació en Paris en 1615 de padres nobles: su madre, dotada de un gran fondo de piedad i religion, quiso dirigirla por la senda de la virtud i de las prácticas de devocion; pero su padre, hombre disipado i voluptuoso, la inició en los misterios de su libre filosofía, é hizo de ella una epicúrea.

Refiere *Menage* en sus observaciones sobre Malherbe, que Mr. Ninon, padre presunto de nuestra heroína, mató en desafío cerca de los *Mínimos de la Plaza Real* en 1630 al baron de Chabans, á quien dicho Malherbe habia dedicado muchas de sus poesías con el nombre de Mr. de Maine. Se añade que dicho Ninon fué un soldado afortunado, primero ingeniero, luego teniente de artillería al servicio de Venecia, i por último ayudante de campo en los ejércitos franceses. Hai quien duda de si verdaderamente fué aquel el padre de Nineta, cuyo nombre se presume que tomó, i que usaba mas bien que el de Lenclós, que le era propio.

Sea como quiera, lo que se sabe de cierto es que Nineta ó Ninon Lenclós, se hallaba huérfana de padre i madre á los quince años; i que dueña de su alvedrío en tan tierna edad, se formó ella sola, i desarrolló su brillante ingenio con las o-

bras de Montaigne i de Charron, á cuya lectura se dedicó desde la edad de diez años, i que fueron las primeras en que se ejercitó su meditacion.

Mui pronto se dió á conocer en Paris la encantadora Nineta, no tanto por sus gracias i perfecciones físicas que la naturaleza habia derramado sobre ella con la mayor profusion, como por su extraordinario talento, por sus dichos agudos i por la libertad de su filosofía.

Se refiere que tuvo una grave enfermedad al despuntar en el mundo galante, i que viendo su cama rodeada de muchas jentes que se lamentaban de que hubiese de morir tan jóven aquel portento de gracias i hermosura, exclamó: "No me tengais lástima, señores; yo dejo el teatro de los muertos para ir á representar un papel mas importante en el teatro de los vivos!" Empero restablecida mui pronto de aquella enfermedad, se aplicó con doble

ahinco á perfeccionar sus talentos, i á embellecer su espíritu. Conocia la música con perfeccion, tocaba divinamente el piano i otros instrumentos, cantaba i bailaba con admirable donaire.

”La belleza sin gracia, decia, es un anzuelo sin cebo.” Con tales encantos no pudieron faltarle aspirantes á su mano, i menos adoradores galantes; pero su excesiva pasion por la libertad no la permitió ligarse con ninguna clase de vínculo formal.

”Una mujer sensata, decia, no debe casarse sin el consentimiento de su razon, ni contraer relaciones galantes sin consultar el corazon; ó mas claro en este segundo caso se debe consultar el corazon, i en el primero la razon.” Mas como ella prefería la *licencia* del amor á la pesada carga del himeneo, situó sus fondos en los vitalicios, i se formó uno de ocho á diez mil libras, con las cuales pudo virvir con

absoluta independencia i libertad, i aun ejercer algunos actos de beneficencia.

El plan de vida de esta mujer mundana fué verdaderamente orijinal. Nunca descendió á hacer un tráfico vergonzoso de sus encantos; pero rendia su voluntad á los adoradores que llenaban mejor el vacío de su corazon, i los conservaba en su gracia mientras duraba el prestigio. Voluble en sus amores, constante en la amistad, escrupulosa en materias de probidad, siempre de un humor igual, de un trato embelesador, de un carácter el mas á propósito para dirigir á su antojo á los jóvenes i para reducirlos; de agudísimo ingenio sin presuncion, bella hasta en su edad decrepita, no le faltó mas que juicio i cordura; i sin embargo, se condujo con tanto decoro como si hubiera tenido uno i otro.

Jamás aceptó regalos de sus amantes; i lo que hai de mas raro en el carácter de esta mujer, es que la pasion del amor, que

ella preferia á todo, la consideraba mas bien como una sensacion que como un sentimiento; como un gusto ciego, puramente sensual, i como una ilusion pasajera, que no supone mérito alguno en ninguna de las partes interesadas en dicho amor. Pensaba como Epicuro, i obraba en conformidad con sus doctrinas.

Coligni, Villarceaux, Sevigné, el gran Condé, el duque de la Rochefoucauld, el mariscal D'Albret, el mariscal D'Estreés, Miossen, Palluan, D'Effiat, Gourville, Juan Banniere, i finalmente los principales personajes de la córte de Francia fueron sucesivamente sus amantes, i amantes afortunados: pero todos se convencieron de que Nineta se ocupaba menos de satisfacer su vanidad que su gusto.

La Chatre fué uno de los que experimentaron de un modo mas sensible los caprichos de esta voluptuosa mujer: habiéndose visto precisado á salir para el e-

jército, é incrédulo á los mas tiernos juramentos de Nineta, le firmó ésta un billete, en el cual le aseguraba bajo su palabra de honor, que durante su ausencia no amaría á otro sino á él; i no bien habia desaparecido, cuando ya estaba ocupada aquella plaza vacante, i aun con mofa i escarnio del mismo La Chatre, con relacion al cual decia esta voluble mujer: "Ya está fresco La Chatre con el billete que lleva; que lo conserve como una ejecutoria."

El gran prior de Vendome, resentido de no haber podido alcanzar los favores de Nineta, dejó sobre su tocador la siguiente quarteta.

Indigna de mi amor i de mi ruego,
 Renuncio sin pesar á tu hermosura,
 No era poco el valor que con mi fuego
 Recibiera tu mísera impostura.

Nineta contestó con los siguientes versos:

Insensible á tus penas i tormento,
Observo que desprecias mis encantos;
Si lo que dices tuviera fundamento
Bien pronto remediaras tus quebrantos.

Esta reputacion de inconstante i caprichosa no le sirvió de obstáculo para que tuviese amigos de los mas ilustres; tampoco se desdennaron de tratarla las mujeres mas amables i de mas respeto de su tiempo, entre ellas Madama Lafayette, La Valiere i la Maintenon. A la primera la comparaba nuestra heroína galante á un risueño campo de gran feracidad; i la segunda la comparaba á un bonito cuadro cubierto de flores. De la tercera añadia, que quiso hacerla devota, i la catequizaba para que pasase á Versalles á consolarla del fastidio de la grandeza i de la vejez; pero Nineta prefirió la vida del deleite en

la oscuridad, á la de la esclavitud en el brillo de la córte.

En vano se esforzaron algunos varones apostólicos en volverla á la senda de la relijion; todo lo tomaba ella á broma, i lo volvió en ridículo chistoso. "V. sabe, decia á Fontenelle, el partido que yo habría podido sacar de mi cuerpo; pues todavía podré vender mejor mi alma, porque se la disputan con acalorado empeño los janse-nistas i los molinistas.

En medio de su incredulidad relijiosa, no gustaba de hacer escarnio de los dogmas ó prácticas sagradas. Así, pues, viéndose en cierta ocasion que uno de sus amigos se negaba á confesarse en el curso de una grave enfermedad, ella misma le llevó el sacerdote, i lo ecsortó á cumplir con este deber relijioso, ya que en ello nada perdía, i evitaba el dar un escándalo mui notable en aquellos tiempos.

Nadie poseía mejor que esta mujer la

teoría de aquella decencia i buen porte de que tanto se necesita en el mundo. Su casa era el punto de reunion de la jente mas fina de la córte i de la capital, i de los literatos mas ilustres. Scarron la consultaba sobre sus novelas. Saint Evremond sobre sus versos. Moliere sobre sus comedias. Fontenelle sobre sus diálogos; i La Rochefoucauld sobre sus mácsimas.

La Reina Cristina de Suecia en su viaje á Paris pasó á visitarla, i se acordó siempre de la definicion que dió Nineta á las mujeres que afectan mucho pudor sin tenerlo, pues las llamaba las *jansenistas del amor*.

Algunos creen que ha sido una ridiculez la de haberse dicho que un literato fué el último amante de Nineta cuando ésta habia cumplido ya ochenta años. Las opiniones están divididas en esta parte. Voltaire, que vió á esta mujer galante en sus últimos años, asegura que estaba seca

como una momia, llena de arrugas, i que no tenia sobre los huesos mas que una piel amarilla oscura. Añade que ella misma se quejaba de las mudanzas que produce la decrepitud, i que decia, que si hubiera asistido al consejo de los Dioses en el momento de la creacion, habría opinado por colocar las arrugas de las mujeres en el flanco de Aquiles, es decir, en el talon.

Saint Evremont, cuya cita no es menos respetable que la de Voltaire, se explica en términos mui diferentes. Dice, pues, "que aun en su edad decrépita, no tuvo jamás la fealdad ni desagrado que causa la suma vejez; que conservó todos sus dientes i casi todo el brillo de sus ojos, de modo que se decia de esta, mujer aun en sus últimos años, que se podia leer en ellos toda la historia de su vida."

La procsimidad de la muerte no alteró de modo alguno la serenidad de su alma,

pues conservó hasta el último instante toda la gracia i libertad de su jenio. "Si se pudiera creer, decia algunas veces, lo que creia Madama Chevreuse, que al morir va uno á conversar con todos sus amigos al otro mundo, sería cosa mui grata pensar en este viaje." En la última noche de su ecsistencia, que fué el 17 de Octubre de 1706, escribió estos cuatro versos:

Que nadie crea que podrá asustarme
 En tan terrible lance en que me encuentro,
 Conozco ya que es hora de marcharme,
 ¿I qué hago aquí si falta mi elemento?

Dejó un legado para libros al jóven Voltaire, cuya celebridad ya presajió desde entonces.

El retrato que acabamos de trazar de esta epicúrea ha sido formado de lo que contienen todas las memorias que se han publicado sobre ella. Algunos dudan sin

embargo que este retrato sea parecido en todas sus partes. Oigamos lo que dice J. J. Rousseau.

”Dicen que Ninon Lenclós en medio del desprecio con que miraba las virtudes de su secso, habia conservado las del nuestro. Se ensalza su franqueza, su rectitud, la seguridad de su trato, la fidelidad de su amistad, i finalmente, para completar el cuadro de su gloria, se dice que se habia hecho hombre. En hora buena; pero con toda su gran reputacion, yo no habría querido tal hombre para amigo ni para cortejo. Las mujeres que pierden el pudor son mil veces mas falsas que las honestas. A tal grado de depravacion no se llega sino á fuerza de vicios, que se conservan todos, i ejercen su imperio al favor de la intriga i de la mentira.”

”Por la inversa, las mujeres que tienen alguna vergüenza, que no hacen jactancia de sus faltas, que saben ocultar sus deseos aun á aquellos mismos que se los

inspiran; aquellas, cuyos favores se obtienen con mas dificultad, son al mismo tiempo las mas sinceras, las mas constantes en todos sus empeños, i sobre cuya palabra se puede contar con seguridad. Qué miramiento ó consideracion podrá contener á las mujeres si se las quita su mayor freno, que es el pudor, i si una vez han renunciado á su propio honor? Cuando ha dado la mujer rienda suelta á sus pasiones, no tiene ya ningun interes en combatirlas.”

Otros opinan de distinto modo que Rousseau, i añaden que si este filósofo hubiera vivido en su tiempo habría tenido en ella igual confianza que Gourville, el cual, como hubiese debido desprenderse de sus brazos para hacer un largo viaje, le confió un cofrecito que contenia diez mil escudos, é igual suma depositó en manos de un caballero. Al volver de su viaje le negó éste aquel depósito; pero cuán grande no fué su sorpresa cuando al

entrar en casa de Nineta le dijo echándole los brazos al cuello: Ah Gourville! qué desgracia tan grande ha ocurrido durante su ausencia de usted! desgracia irreparable!... he perdido el cariño que le tenía; pero no así la memoria, i en prueba de ello aquí tiene usted los diez mil escudos que me confió al tiempo de marcharse.

Esta mujer célebre, de la que se ha dicho tanto bien i tanto mal, fué definida por Desmahis en los siguientes versos:

Esta mujer voluble é inconstante,
 En extremo lasciva i caprichosa,
 No pudo conocer, con tanto amante,
 Del puro amor la parte mas preciosa.

DESMAHIS.

Dejó Nineta algunos frutos de sus galanterías: uno de ellos, llamado La Boissiere, que murió de setenta i cinco años en 1732 en Tolon siendo oficial de marina, era un hombre mui singular, i mui apasionado á la música aunque no conocia ni

una sola nota. Antes de salir al mundo se disputaron el honor de la paternidad un militar i un abate; el caso era dudoso, se echaron suertes, i el acaso decidió á favor del primero.

Otro hijo de Nineta murió de un modo mui trájico. Se enamoró de su madre ignorando su oríjen, i luego que descubrió este importante i fatal secreto se quitó la vida á puñaladas. Le Sage mezcló esta cruel aventura en el romance de Gil Blas con otra porcion de sales cómicas.

Hubo quien propuso á la reina que hiciese encerrar en las arrepentidas á esta mujer galante; mas no llegó á verificarse. Aunque Nineta hubiera consagrado toda su vida al deleite, estuvo mui distante de ser feliz, i aun ella misma lo espresa de un modo bien enérgico en una de sus cartas á Saint Evremont diciendo: "Todos me dicen que yo debo quejarme menos del tiempo que nadie. Sea como quiera, si me hubieran propuesto con conoci-

miento de causa una vida semejante, me habría ahorcado.

Nineta daba gracias á Dios todas las noches porque la hubiera conservado su talento, i le pedia todas las mañanas que la preservase de las necesidades del corazón.

Dos son los autores que nos han dejado consignada principalmente la vida de esta mujer de tanta celebridad en la galantería: Bret, en 1751, un tomo en dozavo; i Damours, á la cabeza de las cartas que supone haber sido escritas por Nineta al marques de Sevigné en 1764, dos tomos en dozavo, que están llenos de rasgos de ingenio i de metafísica sentimental.

Mr. Anger dió en 1806 una nueva edición de la moderna *Leontium*, precedida de una biografía mui bien redactada. A estas cartas agregó el editor una pequeña memoria escrita por Nineta, que habia sido publicada por primera vez en

1659 en dozavo con el título de la *Coqueta vengada*. Las verdaderas cartas de Nineta fueron mas sencillas i delicadas: algunas de ellas se hallan en la coleccion de las obras de Saint Evremont, cuyo sabio escritor juzgó de ellas en los términos siguientes: "Aunque el jiro de dichas cartas es mui orijinal, i aunque todas ellas abundan en sentimientos morales i en conceptos brillantes, nada tienen de extraordinario, ni su mérito sale de la senda comun. Como la parte moral está siempre sazonada con el chiste, i como su ingenio no se manifiesta sino bajo las apariencias de una imajinacion libre, en nada se diferencian de su conversacion." El mismo autor escribió al pié del retrato de esta mujer orijinal los siguientes versos:

Tomando naturaleza
Las virtudes de Platon,
De Epicuro la flaqueza,
Formó el alma de Ninon.

HISTORIA NATURAL.



*Maravillas de la naturaleza tocantes al
cuerpo del hombre.*

El cuerpo humano se divide en cuatro partes iguales, una desde lo alto de la cabeza hasta el pecho, otra desde el pecho hasta el arranque del muslo, otra de aquí á la rodilla, i otra de la rodilla á la planta del pié. *Huerta in Plinio lib. 7. cap. 17.*

La medida de la circunferencia del cuerpo humano, tomada por debajo de los brazos, es la mitad de su estatura. *Mejía pàj. 2.*

El hombre consta de figura cuadrada, de modo que puestos los brazos en cruz, tiene tanto de la punta de una mano á la otra como de los pies á la cabeza: tambien tiene por centro el ombligo, porque puesto en él la punta del compas, se forma un círculo perfecto, cuya punta exterior tocará en las estremidades de las manos i de los pies. *Plin. lib. 7, cap. 17, i Vitruvio.*

Coyuntura del dedo pulgar es la medida de todo lo que se puede abrir la boca entre los dientes, i de lo que dista la punta de la barba del labio inferior. *Mej. Silv. parte 2, cap. 19.*

Dedo en medida jeométrica se entiende el largo de tres granos de trigo continuados por los estremos; diez dedos de estos son un palmo; i cuatro palmos una vara. *Huerta in Plin. lib. 7, cap. 17.*

Codo es la cuarta parte de todo el cuerpo. *Vitruv. lib. 3, cap. 1.*

Rostro tiene tanto de ancho como de largo tomando la medida desde el nacimiento del cabello á la punta de la barba, i de una oreja á otra. *Huerta in Plin. lib. 7, cap. 17.*

Rostro, desde el nacimiento del cabello hasta la punta de la barba, es la décima parte del cuerpo. *Vitrub. lib. 13, cap. 1.*

Pié es la sexta parte del cuerpo humano. *Idem.*

Medida del grueso del dedo pulgar, tomada por la raiz de él, es la mitad del grueso de la muñeca. *Expertus.*

Medida de la muñeca al doble, es el grueso de la garganta i pantorrilla. *Idem.*

Medida del palmo añadida la coyuntura alta del pulgar, es el largo del pié. *Cardoso.*

La distancia desde la punta de la barba hasta la coronilla de la cabeza, es la octava parte del cuerpo. *Huerta in Plin. lib. 7, cap. 17.*

Mano, desde la coyuntura de la muñeca hasta la punta del dedo del medio, es la medida del rostro. *Idem.*

Hombre, puede enjendrar hasta los 70 años; pero lo mas comun es que cesen estas facultades á los 65. *Aristót. libro 5, cap. 14.*

Hombre, crece en estatura hasta los 21 años, i de allí en adelante embarnece. *Pl. lib. 11, cap. 37.*

Hombres, por el bazo se rien, por la hiel se irritan, por el corazon sienten, por el cerebro saben, i por el hígado aman. *Nat. Rerum lib. 5, cap. 51.*

De todos los seres criados, solo el hombre rie, llora i habla: solo nace mudo, solo es balbuciente; solo está dispuesto para la jeneracion en todo tiempo, porque todos los demas tienen sus épocas marcadas; á él solo le palpita el corazon; solo tiene pestaña en el párpado inferior; solo tiene ombligo; solo tiene los dedos de los

pies mas cortos que los de las manos; solo le sale la sangre de las narices, procedente de la cabeza, porque la que sale á los animales, procede del pulmon. *Cardoso lib. 8, cap. 40, de Rerum Var.*

Huesos, del cuerpo humano están tan vidriosos en tiempo de gran frio, que con un pequeño golpe se suele quebrar un brazo ó una pierna. *Card. lib. 5.*

Humores del cuerpo humano, bien compleccionado, han de estar en proporcion de 8 partes de sangre, 4 de flema, 2 de cólera i una de melancolía. *Mej. part. 2, cap. 19 de la Silva.*

Vejiga del hombre es mayor en proporcion que la de ningun otro animal. *Real-dus.*

Vejiga herida no se junta ni cicatriza. *Plin. lib. 11, cap. 37.*

Los que tienen el cabello crespo se vuelven calvos mas pronto. *Expert.*

Calvo, no se pone ninguno de los ani-

males, solo el hombre. *Plin. lib. 11, c. 37.*

Calvos, no lo son comunmente ni los niños, ni los ciegos de nacimiento, i con mucha dificultad las mujeres. *Aristót. lib. 3, cap. 11.*

Canas, vienen primero al hombre i al caballo; en el hombre principian por las sienas i por la parte anterior de la cabeza, i concluye por la barba. *Plin. lib. 11, cap. 17.*

Las cejas manifiestan el ánimo del hombre; con ellas concedemos ó negamos, i damos indicios de altivez i soberbia; la cual aunque nace del corazon, sube á esta parte, i en ella tiene su asiento. *Idem.*

Las cejas crecen mucho en la vejez. *Nat. rerum*

La ceja que se divide por alguna herida no se vuelve á juntar. *Idem.*

Cólera, se aviva en el hombre con el cansancio i la sed. *Plin. lib. 22, cap. 24.*

Coléricos, son de mas larga vida que

los flemáticos, aunque parece debiera ser al contrario.

Corazon, es lo primero que vive en el hombre, i lo último que muere; i una vez herido, no tiene cura. *Plin. lib. 11, cap. 37.*

Costillas tiene el hombre 24, i algunos tienen 23 ó 25. *Realdus lib. 1, cap. 19.*

Dedos de las manos están mas gruesos en el verano que en el invierno. *Cardanus lib. 3, cap. 63, Rer. Var.*

Dedo gordo del pié, apretado hace venir al paciente mal de corazon. *Expertus.*

Dedos de las manos están mas gruesos antes de comer, i la sortija que antes venia apretada, está holgada despues. *Cardanus.*

Dolor, da mas pena al hombre de noche que de dia. *Alonso Lopez.*

Dolor, lo siente el hombre en las rodillas cuando sube, i en los muslos cuando baja. *Arist. sec. 5, cuest. 19.*

Las enfermedades suceden la mayor parte en la primavera i otoño: menos enfermedades se contraen en el invierno, pero son de mayor peligro. *Aristót. sec. 1, cwest. 27 i 28.*

Enfermedades, se padecen mas en la mocedad que en ninguna otra edad. *Alonso Lopez.*

Enfermos, mueren mas de noche que de dia. *Idem.*

Enfermos que están en el último punto de su vida, no espiran comunmente sino cuando empieza á bajar la marea. *Plin. lib. 2, cap. 98.*

Enfermos, que en las pupilas de los ojos presentan aquellos rostros pequeños que llaman niños, están todavía en posibilidad de sanar. *Card. lib. 8, cap. 45.*

Estornudar con los ojos abiertos, hace derramar lágrimas; i ninguno estornuda durmiendo. *Aristót. in Dioscor. lib. 2, cap. 120.*

Hambre, daña mucho á los hombres cólericos, i aprovecha á los flemáticos.

Hambre, es menos penosa á los tristes que á los alegres, porque siendo causada la alegría por el calor i humedad de la sangre, aviva los espíritus, dijere los humores, i despierta el apetito: la tristeza al contrario, como que dimana de frialdad entorpece los espíritus, espesa los humores, i los hace difíciles de digerir. *Garrino in Problem.*

Hambre, se mitiga bebiendo. *Plut.*

El hipo i el estornudo cesan deteniendo el aliento. *Aristót. sec. 32, cuest. 5.*

Hombre que nunca ha soñado si comienza á soñar, está cerca de morirse ó de padecer alguna grave enfermedad: señala este nuevo accidente mudanza de temperamento en los miembros superiores; la esperiencia ha demostrado que pocas veces deja esto de ser cierto. *Card. lib. 8, de Rer. var. cap. 44.*

Hombres que viven en rejiones calientes se hacen mas viejos, i son mas agudos de injenio que los que habitan en las frias. *Aristót. sec. 14, cuest. 10.*

Hombres de vista larga tienen por lo regular débil olfato, i vice-versa. *Card. lib. 13 de Subt;* i los que lo tienen agudo, son injeniosos.

Hombres combatidos de sospechas i recelos, son tímidos. *Idem.*

Hombres, que se irritan fácilmente, son pusilánimes. *Galen.*

Humor, no se halla en la vejiga del cuerpo muerto de enfermedad. *Nat. Rer. lib. 5, cap. 49.*

Injenio del hombre es mas claro en los que gozan de cielo mas puro. *Leon Bapt. lib. 1, cap. 3.*

Ira, en el hombre abrevia la vida inflamando la sangre, i consumiendo los espíritus vitales. *Monzon lib. 1, cap. 53.*

Labios del hombre que tiemblan en las

fiebres agudas, i en los frenesíes, es señal mortal. *Plin. lib. 2, cap. 37.*

Lágrimas que derrama el hombre de dolor, salen calientes; las de contento, frias. *Arist. sec. 51, cuest. 24.*

Uñas, se ponen cárdenas ó amarillas á quien le va faltando la virtud del calor natural. *Nat. Rer. lib. 8, cap. 30.*

Voz, se pone mas gruesa en el hombre en llegando á la pubertad, i en la vejez se adelgaza. *Plin. lib. 11, cap. 51.*

Voz, la tiene el hombre mas gruesa en el invierno, despues de haber comido, ó de haber vomitado. *Expertus.*

Voz, la tienen ronca los desvelados. *Plin. lib. 11, cap. 37.*

Hombre viejo estornuda con dificultad. *Arist. sec. 33, cuest. 12.*

Hombre viejo se embriaga fácilmente. *Plutarco.*

Viejos, pocas veces son atacados de la peste. *Plin. lib. 7, cap. 50.*

Sudor frio en la cabeza, rostro ó cuello del enfermo, suele ser señal de muerte. *Gaud. lib. 4. cap. 17.*

El sueño viene mas pronto al que está echado del lado derecho. *Nat. Rer.*

Sueños de cosas alegres significan predominio de sangre; los tristes, de melancolía; los de fuego se refieren á la cólera; i los de truenos i lluvias á la flema. *Idem lib. 6, cap. 27.*

Sordo de tres años pocas veces recobra su oido. *Expertus.*

Sesos, no tienen sangre, i en el hombre abundan mas que en la mujer. *Arist. lib. 2, cap. 16.*

Sentido del gusto i del tacto es escelente en el hombre; pero le esceden muchos animales en la vista, oido i olfato. *Plin. lib. 10, cap. 69.*

Sed, tienen mas los viejos que los jóvenes.

Sangre de hombre bermejo, si la sacan

estando irritado es ponzoña. *Mej. part. 1.*

Sangria, en el hombre es mortal en el dia primero de luna, i en el último de la de diciembre. *Galenus.*

Sabores en el hombre son diez, á saber: acerbo como el de la cáscara de granada; austero como el del membrillo; amargo como el del acibar; salado como el de la sal; agudo ó picante como el de la pimienta; agrio como el del limon; dulce como el de la miel; empalagoso como el que se siente en las cosas grasientas, é insulso como el de la calabaza.

Cuerpo ahogado del hombre nada boca arriba; el de la mujer boca abajo. *Plin. lib. 7, cap. 27.*

El cuerpo engorda con las cosas mas dulces i pingues, i con la bebida; i enflaquece con las frias, secas i de poco jugo, i bebiendo poca agua. *Plin. lib. 11, c. 54.*

Piés frios se calientan con aguardiente.
Expertus.

Piojos, desamparan el cuerpo muerto, i no se libra de criarlos ningun animal sino el asno i la oveja. *Plin. lib. 11, c. 33.*

Piojos, cria menos el varon que la hembra, i quien los cria en la cabeza padece menos enfermedades.

Pantorrillas, no las tiene ningun animal sino el hombre. *Arist. lib. 4, cap. 10.*

Orejas mojadas con agua fria, se refresca todo el cuerpo al instante. *Moya cap. 1.*

Miembros del cuerpo del hombre son treinta; están privados de humor, i una vez cortados no sueldan. *Plin. Plut. i Beda.*

Miedo grande, contrae la vejiga i promueve las ganas de orinar. *Arist. sec. 1, cuest. 16.*

Cuerpo muerto de rayo no se corrompe. *Mathiolus in Præm.*

Cuerpo de hombre muerto es mas hediondo que el de ningun otro animal. *Expertus.*

Los coléricos no tienen frio. *Arist. sec. 5, cuest. 17.*

Animo del hombre se conoce por los ojos; el del caballo por las orejas; i el del leon por la cola. *Carp. de Subt.*

Vómito, se sosiega con el olor del pan. *Mizaldus.*

Dijestion que se hace con sueño es mas apropósito para engordar i tomar fuerzas que la que se hace con el ejercicio. *Plin. lib. 11, cap. 53.*

Dijestion, se hace mejor durmiendo del lado derecho que del izquierdo, i dificilmente de espaldas. *Id. lib. 28, cap 4.*

Enamorados de vista aguda aman menos que los de vista corta. *Card. lib. 13 de Subt.*

Amantes coléricos, si bien la semejanza de complecsion enjendra en ellos benevolencia, la cólera no los deja vivir en paz. *Gav. lib. 3, cap. 26.*

Arterias, no sienten porque no tienen

sangre; no las tienen las aves, las serpientes ni las tortugas. *Plin. lib. 2, cap. 37.*

Vómito despues de haber comido ó bebido demasiado, evita una apoplejía. *Mizaldus.*

Boca, no la dió la naturaleza á ningun animal tan pequeña como al hombre, en proporcion de su cuerpo. *Orrens. Lan.*

Campanilla en el tragadero, no la tiene ningun animal sino el hombre. *Plin. lib. 11, cap. 37.*

Estómago del hombre, si se pone la mano sobre él en el invierno, se hallará caliente, i lo demas del cuerpo frio; i al contrario en el verano. *Diego Gutierrez, lib. 2, cap. 1 de Agricult.*

Estómago del hombre, se mueve al vómito cuando le sacan un ojo; lo que consiste indudablemente en la afinidad que tienen algunas venas que van de los ojos al estómago. *Plin. lib. 11, cap. 37.*

Dos son las cosas que mas destruyen

al hombre, á saber: tener los pies moja-
dos algunas horas, i esponerse al aire frio
en el acto de estar sudando. *Card. lib. 13,*
de Rer. Var. cap. 62.

Pies calientes mantienen el cuerpo
sano. *Plut. in Opusc. p. 1.*

Melancólicos, lo han sido todos cuan-
tos hombres ha habido en el mundo que
se hayan distinguido en las letras. *Arist.*
sec. 30, prob. 1.

Memoria, en el hombre se aumenta un-
tándose las sienes una vez al mes con
hiel de perdiz. *Riscell. part. 1.*

Los ojos hundidos ven mas largo espa-
cio que los saltones.

Ojo, cuando se ha introducido en él al-
guna paja, mosquito ú otro objeto sutil,
aprovecha cerrar el otro. *Expertus.*

Orina clara denota frialdad; la rubicun-
da calor; la rosada ó amarilla sanidad; la
blanca ó turbia como leche, poca dijestion;

la negra ó cárdena pronostica muerte; i la dorada es la mejor señal de la buena digestion. *Nat. Rer. lib. 5, cap. 45.*

Orina humana es veneno mortal para los gansos que la beben. *Lag. in Dioscor. lib. 2, cap. 73.*

Oido aplicado á la tierra, siente los pasos del que viene caminando, aunque sea de mui lejos. *Vicente Spinel.*

Pelo arrancado con tenacillas, i untado aquel lugar con aceite vitriolo, ó con aceite beleño, no vuelve á nacer mas. *Porta in Max. Lag. in Dioscor.*

Pelos, se secan untando la parte que los tiene, con lágrimas de vid mezcladas con aceite. *Nat. Rer. lib. 17, cap. 177.*

Saliva de hombre es veneno para las serpientes; escupiéndolas encima, huyen como si las echaran agua hirviendo; i si la saliva les entra en la boca mueren, especialmente si es de hombre en ayunas.

Arit. lib. 8, de Hist. Anim.

Disputa sobre mesa, corrompe el manjar en el estómago, i da dolor de cabeza.

Plut. in Opusc. part. 1.

Sangre, en el que duerme se retira á lo mas interior del cuerpo; de aquí es, que picándole con una aguja no le sale sangre ó le sale menos, i mas tarde que si estuviera despierto. *Arist. lib. cap. 15.*

Sangre, es mas pura del lado derecho que del izquierdo; por eso los buenos médicos sangran antes de este segundo lado.

Gaud. lib. 4, cap. 18.

Sangre de las narices, no sale espontáneamente á ningun animal sino al hombre, i algunas veces á las monas. *Plin. lib. 11, cap. 38.*

Sangre que sale por las narices, es señal de sanidad, i en los enfermos, de curacion. *Hipócrates.*

Sangre que sale por las narices, se res-

taña doblando i apretando fuertemente el dedo del corazon del lado de la ventana por donde saliere: lo mismo sucede apretando el dedo gordo del pié derecho. *Erio i Gaudencio.*



HISTORIA.



EL ZAR IVAN IV DE RUSIA.

Ivan IV, que subió al trono de Rusia en 1534, fué uno de los príncipes mas célebres de aquel imperio. Despues de haber hecho grandes é importantes conquistas, parece que la fortuna empezó á mostrársele esquiva, i sus súbditos descontentos de aquel cambio en la suerte de las armas, que atribuyeron á su torpeza, le representaron la necesidad de que resignase el mando en su hijo.

Al dia siguiente de esta intimacion se

presentó solo en la plaza mayor, se despojó de su manto imperial, arrojó su corona al medio del pueblo, dirigiéndole el siguiente lacónico discurso: "Dad esa corona i ese manto á quien sepa mandar mejor que yo, i á quien tengais mas gusto en obedecer. He conquistado los reinos de Casan, Astracan i la Livonia; he vencido á los turcos, he sostenido siempre la gloria de la nacion; durante mi reinado jamás los rusos han sido insultados impunemente. En recompensa de lo que he hecho por vosotros, buscad otro monarca."

El pueblo consternado aguardaba en silencio el fin de esta escena singular, cuando de repente gritan algunos boyardos: "No, no queremos otro emperador; tú eres nuestro soberano." Le presentaron entonces su corona i su manto; i al recibir estas insignias reales dijo que él no volvería á adornarse con ellas sino

con la condicion de que habia de castigar á los autores de aquel atentado.

Volviéndose entonces á su hijo, lo acusó de haber sido la causa de aquella sedicion, i de haber seducido al pueblo para destronarlo. Cae el príncipe á sus pies i trata de justificarse. Penetrado el zar de la idea de que su hijo habia sido con efecto el motor del alboroto, se irrita mas con sus disculpas, cuyo lenguaje enérgico, como que procedia de un fondo puro de corazon, fué calificado de insolente i atrevido.

El zar, que llevaba como de costumbre un grueso garrote con hierros á la punta, sacude con él un golpe en la cabeza del príncipe, el cual se afecta con mayor dolor por la cólera de su padre que por la herida que acababa de recibir; trata de levantarse, pero se ve inundado en sangre, i cae desmayado.

La cólera del zar cede á los impulsos

de la naturaleza; se arroja sobre su hijo moribundo i le dice: "He aquí, gran Dios, el último golpe que me tenias preparado! Es posible que yo haya sido el asesino de mi hijo? Padre infeliz! Qué crueldad la mia en haberme privado del placer de gozar de los frutos de los cuidados i del trabajo que me ha costado la infancia de este hijo malogrado! Hijo mio! tú eres mas feliz que yo, tú vas á morir, i yo viviré tan solo para llorarte i para aborrecerme á mí mismo; todos los instantes de mi vida han de ser mas crueles que la muerte."

El jóven Ivan abre sus amortiguados ojos, fija sus miradas sobre su padre, i le dice: "Padre mio, muero contento viendo que su ternura de V. ácia mí le hace derramar algunas lágrimas. Protesto á V., que yo jamás, ni remotamente, he tenido parte en el criminal proyecto de que he sido acusado, tomo al cielo por testigo de

que mi labio no miente. El Ser supremo quiere que yo perezca de este modo: pero cuánto mas grato i satisfactorio me hubiera sido perder la vida en el campo del honor!"

Este desgraciado príncipe espiró á los cinco dias. Desde aquel momento vivió su padre sumido en la mayor tristeza; nada de este mundo podia mitigar su dolor; le sucedia con frecuencia que en lo mejor de la conversacion prorrumpia en un amargo llanto, el cual no interrumpia sino para esclamar: "*Hijo mio, mi querido Ivan!*" Temia al mismo tiempo la ira del cielo, i procuró calmarla con ofrendas á la iglesia.

El acerbo pesar empezó á enflaquecer sus fuerzas; al poco tiempo ya no pudo salir de su habitacion, en la cual recibia las visitas de sus cortesanos que iban á consolarle. Arina, viuda de su desgraciado hijo, fué un dia á rendirle su homena-

je; el Zar, trasportado de inocente ternura se deshizo en caricias i agasajos, que hicieron creer á la princesa que procedian de un oríjen impuro, habiendo llegado su alarma, hasta el extremo de dar voces. El Zar se enfureció al ver la siniestra interpretacion que habia dado á los tiernos i candorosos sentimientos de honesto cariño que profesaba á la viuda de su víctima, como una compensacion de las amargas penas que le habia causado, i le mandó que saliera de su aposento, lanzándole una mirada de indignacion, como si hubiera querido castigar con ella su desacato á la majestad del trono. Llamó entonces á su segundo hijo Teodoro, i le dijo reservadamente:

”Mis desgracias han llegado á su colmo; conozco que los *Knees*, los *Boyardos* i que todos mis súbditos me desprecian, i que me consideran como incapaz de reinar. Yo no te hablaré de tu hermano, del

cual no debes acordarte sino para compadecerme. Yo no esperaba consuelo alguno sino en el seno de mi familia. Vino Arina á visitarme i á informarse de mi salud; su vista reanimó toda mi ternura ácia Ivan; yo la estreché en mis brazos i le prodigué mis caricias; pero ha tomado estos inocentes desahogos, ¿podrás creerlo, hijo mio? por unos arrebatos criminales, i ha dado voces. Entraron los guardias, ¿no les habrá comunicado sus injustas sospechas? ¿no me han de mirar ahora como á un mónstruo capaz de los crímenes mas abominables? Yo la he arrojado de mi habitacion, i te mando que la hagas salir de mis Estados. Yo quiero que la miseria le recuerde por todo el tiempo que me queda de vida, que ha ultrajado injustamente al zar Ivan IV.”

Indeciso Teodoro entre las órdenes de su padre i la compasion que hablaba por Arina, pasó á ver al Metropolitano, hom-

bre sabio i discreto, quien le aconsejó que no obedeciese la órden de su padre, la cual no serviria sino para confirmar las sospechas del pueblo; i que haria mejor en confinar la princesa en un encierro oculto i reservado, del cual pudiese sacarla cuando hubiera sido elevado al trono. En conformidad con estas disposiciones tan acertadas, entró Arina en un convento, é hizo solemnes votos que no quiso quebrantar, ni tampoco trató de salir de aquella religiosa morada, aun cuando Teodoro la invitó con empeño á la muerte de Ivan, que ocurrió en 18 de Marzo de 1584.

Oderborn, que conoció mui particularmente á este príncipe, dice que era alto i de hermosa figura; que tenia el aire majestuoso, cuerpo de las mas bellas proporciones, i los ojos, aunque pequeños, llenos de fuego i espresion.

Su tez trigueña i su barba negra i espesa, le daban un aire marcial que impri-

mia á los soldados respeto i temor. Tenia una comprension tan fina que entendia lo que se le queria decir aun antes de concluir el discurso que se le dirijia. Era tan feliz su memoria, que conocia á todos los guardias i esclavos por su nombre i apellido. Cuando queria saber si un boyardo tenia valor, le aplicaba con dureza á los pies la punta de su grueso garrote, i si se aguantaba sin dar señal alguna de dolor, le dispensaba su aprecio.

BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ

EL HOMBRE DE TRES VIDAS.

Un noble normando, llamado Francisco Civille, habia abrazado la carrera de las armas, i era ya capitán de infantería al servicio de los Hugonotes de Francia cuando el ejército real puso sitio á la pla-

za de Ruan, de cuya guarnicion formaba parte dicho Civille.

Habiendo sido herido en un asalto, cayó en el foso á las once de la mañana, i fué enterrado con el cadáver de otro soldado que se halló junto á él. Noticioso su fiel asistente de este trájico suceso, i deseando darle una sepultura mas decente, obtuvo del gobernador el correspondiente permiso para llevar á efecto su idea. Con efecto, se dirigió de noche en compañía de un amigo ácia el sitio, en que yacian los dos cadáveres sepultados superficialmente; pero halló tan desfigurado el rostro de ámbos que no pudo conocer á su amo, en cuya duda se resolvió á retirarse, i ya iba á verificarlo cuando su compañero observó cierto objeto que á la claridad de la luna brillaba sobre una mano que habia quedado descubierta. Vuelven á ecsaminar, i el asistente conoce la sortija de diamantes que solia llevar su amo; asegura-

do de la identidad del presunto cadáver, iba á cargarlo sobre sus hombros cuando le pareció notar en él alguna señal de vida. Se apresuró entonces á llevarlo con todo cuidado á los cirujanos de la guarnicion, quienes le rehusaron su atencion teniéndolo por muerto; pero el fiel criado, que pensaba mui diversamente, se lo llevó á su alojamiento en donde permaneció cinco dias sin volver de su letargo, i sin mas señales de vida que algun latido en el pulso.

Algunos de los parientes de *Civille*, que tuvieron noticia del caso, acudieron con dos médicos i un cirujano á prestarle todos los auxilios del arte; le hicieron tragar un poco de caldo abriéndole la boca con una cuchara, i á la mañana siguiente empezó á volver en sí, articulando algunas palabras, pero sin conocer á nadie.

Ya se iban teniendo esperanzas de curarle sin embargo de una calentura mui

ardiente que le habia acometido, cuando á los once dias de su desgracia fué tomada la plaza por asalto. El terror aumentó la calentura; pero por fortuna cuatro soldados, que fueron los primeros que entraron en la casa en que él se hallaba, eran de la compañía de uno de sus amigos, i lo trataron con mucha humanidad; mas esto duró pocos dias, porque habiendo debido aquellos soldados ceder su alojamiento á uno de sus oficiales, el asistente de éste, que no tenia miramientos que guardar con el pobre *Civille*, lo puso en un mal jergon, i lo dejó abandonado en un sucio desvan de la casa. Habiendo llegado á este tiempo unos enemigos del hermano del moribundo que habian jurado su ruina, desfogaron su saña sobre este desgraciado, al cual arrojaron por la ventana sobre un monton de estiercol.

Allí estuvo tres dias i tres noches expuesto á la inclemencia, i sin mas abrigo

que un gorro en la cabeza. Al cabo de este tiempo se apareció en la casa uno de sus parientes á preguntar por él, i una vieja le informó que lo habian arrojado por la ventana i que ya debia estar podrido. Fué sin embargo dicho pariente en busca del cadáver para darle sepultura; pero cuán grande no fué su admiracion cuando lo encontró todavía con vida, aunque tan débil que no podia hablar ni moverse, si bien la dieta i el frio habian producido los mejores efectos al parecer, pues se hallaba sin calentura! Desde allí fué conducido á una casa de campo situada á una legua de Ruan, en donde fué asistido por los mismos facultativos que habian intervenido en su primera resurreccion, i con efecto recibió la salud en términos de haber podido volver á su rejimiento.

Este hombre parece que estaba destinado para aventuras singulares, pues que

despues de haber tenido una vida borrascosa, se enamoró á los ochenta años de una mozuela, i tuvo la locura, cual si fuera un niño, de pasar una noche de las mas rigurosas del invierno á la reja de su dama, de cuyas resultas le dió una pulmonía que acabó con su presunta inmortalidad; i en su túmulo se fijó el siguiente epitafio:

Aquí yace quien dos veces
 Debió morir i vivió,
 I en su vejez le dió muerte
 Una locura de amor.

RASGO DE DESINTERES.

Se dice que los médicos son mui celosos unos de otros; he aquí un rasgo que forma una honrosa escepcion. El famoso Freind, que murió en 1728, fué primer

médico de la reina, i miembro del parlamento en 1722 por el pueblo de Lances-ton. Como se hubiera pronunciado hóstilmente contra el ministerio se le urdió una causa de alta traicion, i fué encerrado en la torre de Lóndres en el mes de marzo. Cuando ya este patriota injustamente perseguido llevaba seis meses de prision, cayó enfermo el primer ministro, i fué llamado el no menos celebrado Mead, el cual despues que se hubo hecho cargo de la enfermedad, dijo al paciente que él respondia de su curacion, pero que no le recetaria ni un vaso de agua hasta que su amigo i compañero Freind no hubiera sido puesto en libertad.

Viendo el ministro que su gravedad aumentaba de dia en dia, hizo suplicar á su Majestad la gracia de Freind. Se habia dado ya la órden para sacar de la cárcel á este individuo, i se creia por lo tanto que Mead empezaría á disponer los re-

medios mas oportunos; mas este se negó todavía hasta que no le constase que ya su amigo estaba fuera del encierro. Se procedió en el acto á dar cumplimiento á esta disposicion, i Mead desplegó con el mayor ahinco toda su habilidad á favor del enfermo, de modo que sanó en mui breve tiempo.

En el mismo dia en que tuvo el gusto de ver á su amigo Freind, le entregó cinco mil guineas que habia ganado sobre los enfermos de su amigo, que habia tomado á su cuidado durante su prision, i le obligó á aceptar aquella suma, aunque hubiera podido retenerla lejítimamente, pues que era el fruto de su trabajo.

Rasgo verdaderamente recomendable de fidelidad, de cariño i de desinterés, que honra tanto la memoria del famoso Mead, como su mérito sublime en la facultad i la profundidad de su ingenio.

F I S I C A.



Materia fosfórica de los seres organizados.

El desarrollo fosfórico de los seres organizados es un fenómeno tan curioso, i al parecer tan extraño á los demas fenómenos orgánicos, que ha debido llamar en todos tiempos la atención pública, i ofrecer abundante materia á la meditacion de los naturalistas. Un sabio fisiologista alemán, el profesor *Tiedemann*, ha publicado recientemente en su *fisiología comparativa* observaciones i descubrimientos sobre este punto llenos de interes; i como

son la espresion mas auténtica del estado actual de esta ciencia, reproduciremos algunos de ellos en el presente capítulo.

Los cuerpos organizados pueden ser luminosos tanto en su estado de vida como despues de muertos; pero de todos modos la materia fosfórica no puede ecsistir sino en cierta temperatura, pues se tiene observado que desaparecen durante los estremos de frio i calor.

La que se desenvuelve en la madera, especialmente en la de raices de árboles cuando ésta empieza á descomponerse por la influencia de un calor moderado, de la humedad, i de un lijero acceso de aire, desaparece por la disecacion ó con el agua caliente. Cree Tiedemann que durante la descomposicion de la leña ó madera, se forma una combinacion orgánica eminentemente combustible de carbonato, de hidrójeno i ocsígeno, la cual del mismo modo que el fósforo, arde i suministra luz en la

temperatura ordinaria. Acaso el mismo fósforo contribuye á ella de algún modo; lo que concuerda con los experimentos que ha hecho Mr. Buren, por medio de los cuales ha demostrado que las cenizas de una gran cantidad de leña contienen fosfato de cal.

Los cadáveres de los animales presentan mas frecuentemente la materia fosfórica que las sustancias vejetales que carecen de vida. Bien conocida es la facilidad con que se desenvuelven en el pescado, especialmente un dia ó dos despues de muerto si está espuesto á la humedad del aire atmosférico, ó en el gas ocsígeno á la temperatura de 12 á 18 grados, pues que se descubre entonces en su superficie una materia trasparente, líquida, mucilajinosa, que se pone de un turbio luminoso; cuya sustancia fosfórica se le puede quitar lavándolo con agua, la cual adquiere tambien á su vez partículas luminosas.

Si dicho pescado se pone en un vaso de vidrio con agua, se ve aparecer al momento un círculo brillante á la superficie del líquido. Si se ajita aquella agua, se vuelve luminosa; mas esta luz desaparece cuando se hace hervir el agua i se le priva del contacto del aire, si bien aparece de nuevo tan pronto como el aire llega á la superficie del agua. La materia fosfórica se disipa asimismo en el momento de la putrefaccion, ó sea de la descomposicion fétida.

La sustancia fosfórica se manifiesta igualmente en los seres vivientes de ambos reinos. Se ha visto en las noches de verano calientes i calmosas desprenderse la luz en forma de chispas, de las flores de muchas plantas como el berro, del clavel de la India ect. Es verdad que se han suscitado algunas dudas sobre la ecsactitud de la observacion; i la causa de esta virtud fosfórica está todavía envuelta en la

oscuridad, aunque Tiedemann la atribuye á la emanacion de una materia combustible, tal vez de un aceite volátil que entra en una especie de combustion, bajo la influencia del aire. El *dictamnus albus* derrama, segun se dice, al rededor de sí durante las noches calurosas de verano, una atmósfera que se inflama á la aprocsimacion de una vela, i que da una hermosa luz azulada.

Muchos animales suministran fenómenos luminosos, señaladamente los que viven en el agua. La mayor parte de los zoofitos marinos, muchos crustáceos, i porcion considerable de peces emiten luz, i á ellos se atribuye la sustancia fosfórica que se desenvuelve en la mar. Muchos gusanos é insectos volátiles son tambien luminosos, entre los cuales se considera como la principal familia el *Lampyrus nocteluca*. (1)

[1] Nada hai comparable en resplandor al

La luz que despiden dichos insectos es de un azul verdoso que parece envuelve todo su cuerpo. El macho tiene una claridad menos pronunciada; la de la hembra es de un verde luciente, i se aprocsima al color de aquellos topacios que tienen algunos matices de verde. Dicha luz no adquiere su fuerza sino en la temperatura de 50 grados 7 décimos, i es cuando se puede distinguir la hora en el reloj.

La mosca luminosa, que llamamos luciernaga, ofrece dos grados de luz; la del primero es mas lijera que la del verde luciente, pero sin intermision; la del segundo es de un azul vivo é intermitente, pa-

insecto llamado cocuyo en la isla de Cuba, pues á la claridad que despide uno solo de ellos se puede leer i escribir con facilidad; i cuánto mejor si se reúnen varios de ellos que tanto abundan en los campos, especialmente en la estacion de las aguas.

recido á las brillantes chispas que se apagan al instante. La intensidad de su luz es mas fuerte que la del gusano luciente ó de cualquier otro animal luminoso. La intermitencia de la luz en los cuerpos que tienen esta propiedad se esplica con la ecsistencia de algun velo membranoso, que se estiende i se recoge alternativamente.

La materia fosfórica se desenvuelve comunmente á la caida de la tarde, que es cuando se ven aparecer algunos puntos brillantes que van aumentando gradualmente. Si los insectos están encerrados en algun lugar sombrío, principian á brillar mucho antes del crepúsculo. Si se les espone á la luz mientras que se hallan en su estado de *fosforescencia*, su claridad disminuye gradualmente; pero vuelve en la oscuridad: su luz concluye cuando principia el dia, excepto en dos puntos del último anillo que siguen arrojando por algu-

nos instantes un débil resplandor. Macartney ha observado que los insectos no brillan de noche si se les ha sustraído durante el día á los rayos del sol. (1)

Después de haber ecsaminado Tiedemann con la mas seria atención todas las circunstancias, bajo cuya influencia se opera el *fosforismo*, lo atribuye á una materia producida por las alteraciones de la composición que acompañan á la vida, i que probablemente está separada de la masa de los humores por órganos particulares. Este líquido contiene sin duda algun fósforo ó sustancia combustible análoga, que se combina con el oxígeno del

[1] No sucede así con los insectos fosfóricos de la isla de Cuba, los cuales siguen dando luz muchas noches consecutivas, sin embargo de estar todo el día á la sombra, aunque es preciso convenir en que dicha luz se va debilitando por grados, i nunca es tan brillante como el primer día de cojidos.

aire ó del agua aérea á una temperatura media, i produce por esta via un destello de luz. La preparacion i la secrecion de esta sustancia entra en los actos de la vida, los cuales se alteran, aumentan ó disminuyen por la influencia de los estimulantes externos; pero el *fosforismo* no puede ser considerado como un acto vital, ya que en ciertas ocasiones continúa por dias enteros, aun despues que ha muerto el animal.

Todo lo que se puede decir sobre la presencia de este fenómeno en la economía de los insectos que gozan de esta prerogativa, es que la preparacion i secrecion de esta materia luminosa deben ser de alguna utilidad para la conservacion de su vida.



**BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ**

LITERATURA GALANTE.



APOLOJIA

DE LAS MUJERES CHIQUITAS.

No pensamos nosotros con tanta descortesía como aquel misántropo, el cual preguntado por qué se había casado con mujer chiquita, contestó: "De dos males debe elejirse el menor."

Empero no nos parece que sea mas apreciable una mujer que tenga estatura de granadero, si bien por lo regular son estas matronas apetecidas por los hombres chí-

cos de cuerpo, sin duda por el gran contraste, que tanto atractivo tiene en la naturaleza.

Lo pequeño es siempre lo mas fino, lo mas mono i lo mas lindo. Pequeñas son las piedras preciosas. Pequeña fué Venus, á lo menos así la pintaron los antiguos, queriendo comprender en la pequeñez la hermosura i la gracia. Pequeño se pinta al amor, i es el mas elegante de los Dioses.

Se tiene en gran estimación un pié pequeño i una mano pequeña. Una lluvia menuda refresca la atmósfera, apaga el polvo i se apetece que venga á visitarnos á menudo; de una pequeña semilla sale un árbol grandísimo: las damas aprecian mas un perrito faldero que un podenco. El filósofo desea una pequeña habitacion con un pequeño jardin que esté regado por un arroyuelo. El literato se halla mejor en un gabinete pequeño, en el cual tenga á

la mano una biblioteca pequeña pero selecta.

Los regalitos conservan la buena amistad; i las pequeñas atenciones forman la gracia principal de la sociedad; las chucherias i monaditas son el cebo principal de los niños; en la clase de trabajos literarios que llevan el nombre de bagatelas ó chistecitos, juguetillos i agudezas, se encuentran á veces las producciones mas ajenas del ingenio. Un billetito galante encierra un tesoro de amor; en las cajitas chiquitas vienen los aromas mas preciosos; los pomitos contienen los perfumes mas suaves.

Por las cosas pequeñas se reconocen los hombres. Un escritor frances, dotado de mucha gracia i elegancia, decia: "*Dans un petit coin* habitan la paz i la tranquilidad; un *petit instant* decide de todo; un *petit mot* es una razon elocuente; se adelanta á *petit pas* cuando se quiere caminar

seguro; se observan *les petits soins* cuando uno ama con delicadeza; *un petit coup dans un petit verre* derrama la alegría i hace brillar el jenio. Una mujer hermosa es un *petit bijoux*. Los nombres mas dulces i encantadores que se dan los amantes, son los de *mon petit, ma petite*, que en este nuestro pais equivale á *chinito, chinita*.

Los diminutivos son la parte mas expresiva i cariñosa de los conceptos; de aquí es que todas las lenguas los forman caprichosamente con especialidad en coloquios amorosos, i cuando se trata de dar un brillante colorido á las imájenes i mayor viveza al discurso.

Cuanto mas grande sea el ánimo, tanto mas pequeño debe ser el cuerpo. El cielo nos ha dotado de un ingenio tanto mayor, cuanto menor es la materia. Decia un hombre discreto á un amigo suyo que se habia casado con una mujer chiquita: "Sin duda tu mujer debe tener una alma

grande, cuando con tan pequeño cuerpo ha sabido encadenarte al dulce yugo del amor." — Sí, es por cierto una joyita, una miniatura, un compendio de perfecciones; se puede decir de ella con verdad, *Multum in parvo*, i se la puede contar entre las pequeñas causas que han producido los efectos mas grandiosos.

Difícilmente podrán hacerse tantos elogios de las cosas grandes como de las pequeñas, porque éstas son mas graciosas, mas insinuantes i mas cariñosas. ¿Qué extraño es, pues, que los hombres de buena estatura, distinguidos por su porte elegante i varonil, prefieran las mujeres chiquitas á las grandes? Algo mas debiera extrañarse que estos pigmeos femeninos lleguen á dominar á los jigantes masculinos; i con todo nada hai de mas comun en la sociedad, como si la mayor debilidad aparente de la mujer formase el nudo corredizo de los grillos del marido, i el prin-

principal eslabon de su cadena. Cuando un ser flojo i desvalido quiere luchar con un hombre robusto, bien penetrado éste de su gran superioridad no se da por ofendido por ninguna clase de medios que emplee para llevar adelante su ridículo empeño; i he aquí sin duda la causa verdadera de que las mujeres chiquitas hagan lo que quieran de sus maridos.

OBSERVACIONES

SOBRE EL CARACTER DEL HOMBRE.

Para conocer el corazon i el carácter de las personas con las que estamos en alguna relacion ó contacto, ni se necesita recurrir á las observaciones de Porta, ni de Lavater, ni á los lineamentos del semblante, ni á la espresion de la fisonomía, ni á

las indagaciones del doctor Gall sobre la estructura del cráneo. Aun sin observar á los hombres en los fuertes movimientos de sus pasiones, i en las grandes situaciones de su vida, pueden servir algunas particularidades insignificantes al parecer, para fundar un juicio mui aprocsimado á la verdad, ó á lo menos para formar conjeturas mui probables.

Se puede conocer al hombre en el momento en que está mas desprevenido, cuando está mas distante de creer que lo observan; se le debe considerar no cuando está en traje de gala, sino cuando está de chupita ó de bata. Su verdadero retrato se puede sacar mejor de las triviales acciones i de sus discursos familiares, que de la compostura de sus actos mas solemnes, i del barniz ideal i aparente que se suele dar á su conducta.

Es mui fácil engañarse en juzgar el carácter de los hombres si se aguarda á

los grandes sucesos, porque en apuradas circunstancias suelen aparecer mui diferentes de lo que son en realidad. Hai quien ha pretendido definir la disposicion natural del hombre por su modo de andar i de moverse, por la gravedad ó lentitud de su paso, por la posicion derecha ó torcida que presenta, por su aire erguido ó cabizbajo. Otros ha habido que han querido adivinar la forma del cuerpo i habilidades del ingenio por la punta de los dedos, *Ex ungue leonem*. Otros fundaron su juicio sobre el modo de escribir, por lo cual se dió el nombre de carácter á la forma de letra.

Un autor célebre ha dicho que la risa era el mejor juez de nuestra parte interna, porque segun se hacia sonar, al reir, una de las cinco vocales, se manifestaba la inclinacion á la ironía, á la burla ó á la pura i franca alegría. Estendia su observacion á la voz, que es el eco de los senti-

mientos i afecciones interiores, i que se imprime en la memoria con mas profundidad que los lineamentos del semblante, despertando al mismo tiempo la emocion producida en tiempo lejano. Decia, pues, que la voz firme i sonora indicaba franqueza i lealtad, la aguda i falsa denotaba doblez i astucia, la ronca i estrepitosa manifestaba dureza i soberbia, i la dulce i sumisa espresaba humildad i modestia.

Un observador curioso, sin tener particular conocimiento de las personas con las que se hallaba en un convite, juzgó de las cualidades de los comensales por sus sombreros que estaban colgados de unas perchas. Aquel sombrero tan lindo, decia, que apenas ha sido puesto en la cabeza segun el lustre i limpieza que presenta, debe ser de algun almidonado petimetre que se ocupa mucho de su persona, i que se muere por figurar i parecer bien. Aquel otro, que está lleno de polvo i tan desasea-

do, debe ser de algun filósofo que se confunde en los abismos de la metafísica, ó de un poeta que se pierde en las nubes. Aquel otro, tan untoso i grasiento por la parte interior, es de algun misántropo, ó bien de algun orgulloso que se lo suele encasquetar hasta los ojos para no saludar ó nadie, i para que nadie lo moleste con sus cortesías. Aquel, cuya ala ajada i destrozada por la parte interior, es el mejor comprobante de su carácter obsequioso i cumplimentero, debe ser de algun cortesano adulador, ó de algun humilde esclavo de los grandes i de las personas de las que puede sacar algun partido.

Habia otro observador que juzgaba de los hombres por el modo de leer la gaceta; llamaba discretos i bien educados á los que la leían rápidamente i le pasaban á otros para que disfrutasen á su vez de esta ventaja; i egoistas i descorteses á los que conociendo que otros esta-

ban aguardando á que ellos hubiesen concluido su lectura, se complacian en retenerla en su poder, tal vez sin mas objeto que el de causar incomodidad i aburrimiento.

Necker habia establecido su teoría sobre las palabras parásitas, es decir, sobre aquellas muletillas ó habituales espresiones que no dejan de repetirse á cada instante, habiendo observado que casi siempre es opuesto al carácter al sentido de aquel dictado ó frase favorita, como si se hiciese un estudio particular en ocultar con palabras los propios defectos, i en engañar á un tiempo á sí mismo i á los demas.

Por lo regular el hombre falso i de mala fe, repite á cada momento: "Yo soi franco i sincero, i llevo en los labios lo mismo que siento en el corazon."

El que es mui etiquetero i ceremonioso suele decir: "Yo soi un hombre corriente, no me paro en formalidades."

El hombre pesado, cuyos discursos son eternos, i del cual se huye como de una mala nube, se arrima diciendo: "Una palabrita sola, dos minutos i nada mas, me voi al instante, no quiero molestar á V.

El que es mui fastidioso en hacer los cumplidos de sociedad, suele decir: "*Sans façons, sans compliments.*"

El hombre regañon i de mal humor, acostumbra á decir: "Yo nunca me enfado; no se sabe de qué color es mi voz.

El ajente oficioso i entrometido, dice: "Yo no me mezclo en nada, como si tal hombre hubiese; no me gusta meterme en vidas ajenas."

El que á guisa de doctor profiere sentencias absolutas, principia siempre sus discursos con modestia finjida: "Si no es un atrevimiento intervenir en esta cuestion; si se me permite que diga algo sobre el particular."

El que está en todos los puntos de su

aliño personal, i gusta de hacer pompa de su finura i elegancia, tiene por frase favorita la de "Yo no pierdo el tiempo en el tocador; yo voi á la lijera, de cualquier modo ect.

El hombre díscolo i embrollon, repite á cada momento: "Yo no quiero pleitos, soi pacífico."

El especulador, que de todo quiere sacar ventaja, dice: "A lo amigable, á lo corriente, á lo justo."

El hombre débil que se deja dominar por todos, no se cansa de decir: "Yo tengo los calzones bien puestos, me sobra carácter, en mi casa nadie manda sino yo."

El embustero tiene siempre en la boca: "Con mi acostumbrada injenuidad; con la sinceridad que me es característica."

El hombre sin pudor i sin vergüenza no habla mas que "de honor i de conciencia."

El judío tiene siempre en la boca: "Por mi fé."

El hombre avaro i miserable dice: "Yo soi un manioto; no tengo nada mio."

El pillo dice: "Yo soi un bobo."

El mentecato repite: "A mí no se me comulga con ruedas de molino; yo sé donde me aprieta el zapato."

Un filósofo, escrupuloso analizador de las fórmulas sociales, decia haber observado que por lo regular el jóven á quien más queria una señora, era aquel sobre el cual al presentarse en la tertulia, se fijaban esclusivamente sus miradas sin perderlo de vista, ó aquel que no merecia ni una sola mirada de dicho objeto. Tambien habia observado que cuando se hallaba en la flor de su edad, decia la dama enamorada para encarecerlo: "Es un jóven de mui buena educacion que yo aprecio mucho." Cuando este mismo jóven habia llegado á encanecer i que ya no podia inspirar sentimientos tan vivos, decia sin reparo: "Lo quiero mucho."

Cuenta el mismo filósofo, haber visto sentados en una mesa un caballero i una señora que no se hablaron durante la comida; i al momento exclamó: "O son dos que no se conocen, ó mas bien puede decirse que son marido i mujer." Habiendo encontrado un dia á otra pareja, que sabia que pasaba los dias enteros en contradicciones i peleas, les preguntó: "Caballeros, ¿se han casado ustedes por ventura?"

Decia el mismo á otro amigo, que se empeñaba en hacerle creer que en cierta casa lo apreciaban mucho. ¿Cómo es posible que yo lo crea, cuando observo que al entrar i salir no se quitan el sombrero los criados, i cuando veo que los muchachos de la casa vienen detras de mí haciéndome mofa i jugándome mil travesuras?

La mujer que tiene buenos dientes se conoce en que recibe sin misterio al dentista, ó va en compañía de otras personas

á su casa, haciendo pompa de haberse hecho limpiar la dentadura; la que los tiene malos se conoce en que recibe al artista reservadamente, ó si va á su casa es con mucho sijilo i siempre sola.

La que debe á la naturaleza los hermosos colores que adornan su cara, se queja siempre de ellos diciendo, que parece una aldeana, que está fastidiada de tenerlos tan encendidos, que esto es cosa mui ordinaria, i que ella preferiría un semblante sentimental; la que tiene finjidos dichos colores nunca habla de ellos con desprecio, antes bien tiene empeño en que se los celebren.

Una gran soberana del Norte quiso escoger una esposa digna de su hijo, para lo cual hizo venir á la córte las tres hijas de una princesa alemana. Cuando llegó á palacio el coche de estas princesas, se hallaba aquella soberana asomada á un balcon que daba al cortil en que se apea-

ron las citadas princesas: una de éstas al salir del coche tropezó i cayó en el suelo; la mas jóven dió un salto i entró en palacio dando muestras de inmoderada alegría, i la segunda bajó con gracia i dignidad: la primera fué calificada de torpe, la tercera de atolondrada, se dió por lo tanto la preferencia á la segunda adjudicándola el premio, que era la mano del sucesor al trono.

Es indudable, pues, que á veces se puede juzgar acertadamente del carácter de las personas, i de sus inclinaciones aun por las mas menudas circunstancias i particularidades. Cuando se quiere saber de qué parte sopla el viento, se arroja al aire una pluma i no una piedra.

Este juicio sin embargo debe ser rápido á modo de subitáneo relámpago. Habla para que yo te vea, decia Addison. Madama Stael dejó consignada en sus obras la mácsima siguiente: "Quiero conocer á la

mujer á primera vista, i al hombre á la primera palabra.”

LA MUJER VIRIL.

Si son repugnantes á la vista de la jente de juicio aquellos pisaverdes adonizados, monos con traje de hombre, i muñecos con resortes animados, que disertan todo un dia sobre alguno de sus rizos, ó sobre un pueril objeto de caprichosa moda, que se dan colorete, que llevan corsé, que hacen muecas i visajes cada vez que pasan delante de un espejo, i que son finalmente el escarnio de la sociedad por sus afectadas ridiculeces i afeminados modales, no lo serán menos, ó no dejarán de perder una gran parte de sus atractivos, aquellas mujeres viriles que visten á la amazona, que montan á caballo como un cosaco,

que hablan con descaro i arrogancia, que van á caza, que manejan las armas como un granadero, que fuman en pipa, que tocan el violin, i que se ejercitan en otros actos que son peculiares de los hombres.

Tampoco pueden ser graciosas á los ojos de nadie aquellas mujeres que, usando la frase vulgar, llevan los calzones en el matrimonio, ó lo que es lo mismo que empuñan el baston del mando. La mujer que tenga virtud i dignidad, debe considerar que le es mas decoroso obedecer á un marido que dirigir á un mentecato; i que una mujer que, ó por eleccion ó por obligacion tiene que pensar i obrar como hombre, no es ni uno ni otro, porque renuncia á las gracias de su sexo, i no adquiere ninguno de los privilegios de los que nuestras leyes i nuestras costumbres han alejado al sexo débil.

Las mujeres han nacido para la dependencia i no para el mando; (sea dicho

con su licencia está sentencia de eterna verdad); las mujeres deben agradar por la dulzura, por la timidez i por la modestia, no por la fuerza, ni por la altivez i jactancia; deben tener el cinto de Venus i no el asta de Márte; deben practicar las virtudes amables, i ocuparse de oficios sencillos, sin elevarse jamás á los robustos trabajos de los hombres ni á sus severos cuidados; deben brillar en las finas tertulias i no declamar en el senado: su semblante debe llevar impresa la sonrisa amorosa, i no el entrecejo de la austera filosofía: en el hermoso jardin de las Musas no se deben cultivar sino flores. Dijo una dama de agudo espíritu: "Sean hombres los hombres, i mujeres las mujeres, del modo que la naturaleza las ha formado; á mí me gustan los secsos bien pronunciados."

MODERACION EN EL AMOR.

Todos los excesos son perjudiciales; nada hai mas conforme á la razon i á la conveniencia que la moderacion en todos nuestros deseos i afecciones: este es uno de los preceptos mas sanos de política i el mejor garante de la prosperidad.

Aun en el reino del amor se debe beber el nectar puro, i no embriagarse con la taza que rebose en voluptuosidad, no se debe hacer una cadena pesada de un blando lazo de flores; son mui dulces los rayos solares de un hermoso dia de abril; pero no su llama ardiente de la canícula.

El amor debe tomarse como la sal i la pimienta para correjir la insipidez i el desabrimiento de la comida; mas no para dar un gusto demasiado picante i salado á los manjares que los haga inservibles ó nocivos á la salud.

¿I qué es lo que se consigue con un amor excesivo? Cuanto mas arde el enamorado, mas se enfria por lo regular el objeto de su culto idólatra, como sucedió á Rojerio con Bradamante, i como lo vemos con demasiada frecuencia.

El que solo está medio enamorado, está lleno de alegría, de gracia i de finura, sabe hallar la hermosa senda de los placeres sin quebrantos; el que está locamente apasionado se ve dominado por la melancolía, por la inquietud, por la desconfianza i por los celos.

Un amante racional gusta de que su querida sea admirada i celebrada, se complace de que alaben su eleccion i envidien su suerte; el amante furioso no deja un momento de descanso á su enamorada, la estrecha con un eterno sitio, no puede sufrir que la toque ni el aire, es capaz de deprimirla i deformarla para que nadie se prenda de ella; hace como los muchachos

golosos que escupen sobre un plato de dulce para que nadie lo coma sino ellos.

El amor convertido en un gran volcan se destruye, i en llama lijera se conserva como una plácida lámpara, á la cual se le renueva el puro alimento. Los poetas han dicho con razon que el lindo hijo de Venus se acerca con burlas lijeras i con juegos amables i graciosos. No deben acompañarle los furoros de los celos, las ardientes pasiones, ni los torvos cuidados. Se pinta á Cupido como un lindo niño, i no como un fiero jigante. ¿No es pues, preferible un amor moderado, á otro ciego i furioso? No vale mas descubrir claramente las encantadoras facciones del hijo de Venus, que verle la mitad de la cara ó con la benda en los ojos? No es mejor retozar con él suavemente, i embotarle las agudas puntas de sus flechas, que abrir el pecho para que lo taladre?

¿Habrá quien no se estremezca al re-

correr tantos i tantos desastres, producidos por la furiosa pasion de los celos, ó lo que es lo mismo por un amor ciego i desordenado? Qué ferocidad hai comparable con la de Raul, cuando dió á comer á Gabriela de Verjes el corazon de su asesinado amante, i la de Tiestes cuando dió á comer á su hermano sus propios hijos?

¿Puede haber extravagancia mayor que la de un italiano, que estando con su esposa rompió un hermoso espejo porque le pareció que su misma figura era la de otro hombre que estaba requebrando á su dama?

Pero aun prescindiendo de las barbaridades i extravagancias que se cometen por los amantes violentos, ¿no es infinitamente mas feliz el que sabe chupar la dulzura de las flores i dejar la amargura de sus hojas? el que bebe la copa del placer sin apurar sus heces?

El hombre ó la mujer, [que es lo mis-

mo porque ambos se hallan en igual caso), que sabe dominar sus pasiones, (i he aquí lo que se llama amor moderado), no es el objeto de la burla ó desprecio de un amante voluble ó de una coqueta, porque sabe retirarse á tiempo; no se aflige, ni se consume, ni se destruye, aunque vea inconstancia ó infidelidad, porque sabe tomar medidas oportunas para castigar á lo menos con el desprecio tamañas faltas.

¡Feliz, pues, quien posea esta calma, i desgraciado el hombre de grandes pasiones, las cuales son el oríjen de grandes crímenes i de horribles desgracias!

FIN DEL TOMO SESTO.

INDICE

DE LAS MATERIAS.

1	Tratado de lójica.	5
2	Lo que puede el ingenio de la mujer, ó las travesuras de Lucinda. Comedia.	51
3	Los siete sabios de Grecia.	177
4	Division de la vida del hombre.	201
5	Vida galante de Nineta Lenclós.	213
6	Maravillas de la naturaleza tocantes al cuerpo del hombre.	231
7	Historia de Ivan IV de Rusia.	251
8	El hombre de tres vidas.	259
9	Rasgo de desinterés.	264
10	Materia fosfórica.	267
11	Apolojía de las mujeres chiquitas.	277
12	Observaciones sobre el carácter del hombre	282
13	La mujer viril.	294
14	Moderacion en el amor.	297

ERRATAS.

<i>Páj.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
209	10	Marcilio Ficcinio	Marsilio Ficino
217	16	reducirlos	seducirlos
221	6	volvio	volvía
222	6	Evremond	Evremont

CONTINUA LA LISTA

DE

LOS SEÑORES SUSCRITORES

DE LA HABANA.

- 1013 Srs. don Agustin de Muro.
- 1014 don Salvador Juandó.
- 1015 don Lu's Flores.
- 1016 don Esteban Diez,
- 1017 don A. B. C.
- 1018 don Bernardo Dominguez.
- 1019 don Juan María de Eleizegui.
- 1020 don Francisco de Mihoura.
- 1021 don Manuel Varela.
- 1022 don Francisco de Jener.
- 1023 don Ramon Gonzalez de Mendoza.
- 1024 don Antonio Espinosa de los Monteros.
- 1025 don Francisco Leon.
- 1026 don Franciseo Llovet i Rausells.
- 1027 don Pablo de los Rios.
- 1028 don José Arias Ruiz.
- 1029 don Francisco Gonzalez.
- 1030 don José Erce.
- 1031 don Antonio Regalado Gonzalez.
- 1032 don Sinforiano de la Torriente.
- 1033 don Juan Francisco Aguirre.

- 1034 Srs. don Arcadio Lamas,
1035 Sr. Marques del Real Socorro,
1036 don Antonio Gonzalez Betancourt.
1037 don Manuel Ortega.
1038 don Judas Tadeo Moles.
1039 don Valentin Martinez.
1040 don Juan Rico de Mata.
1041 don Antonio Veitia i Pit.
1042 don Ignacio de' Torres i Mojarrieta.
1043 don Leandro José Martinez de Castro.
1044 don Francisco José Garcia.
1045 don Antonio Lopez Canosa.
1046 don José Rovira.
1047 don Francisco de Leon.
1048 don Ignacio Llanes.
1049 don Juan José de Mendoza.
1050 don Mannel Ayala.
1051 doña Gerónima Marchang.
1052 don Vicente Pascual.
1053 Sra. Condesa viuda de Zaldivar.
1054 don Joaquin Reina i Capetillo.
1055 don Francisco Pulgaron.
1056 don Juan de Dios Alamilla.
1057 don Francisco Antonio Mojarrieta.
1058 don Félix Balboza.
1059 don José María de Tagle.
1060 don José Castellanos.
1061 don José María Perez.
1062 don Juan Rubio Pastor.

(Continuará)



BIBLIOTECA
FERNANDO ORTIZ